

# **Correspondencia**

**Gustave Flaubert**

## 1. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 21 de septiembre 1866]

Regreso de doce días de viaje con mis hijos, y al llegar a casa, encuentro sus dos cartas, lo cual, añadido al placer de reencontrar a la pequeña Aurore fresca y hermosa, me hace del todo feliz.

Y usted, mi benedictino, ¿sigue solitario, en su encantadora cartuja, trabajando y sin salir nunca? ¡Eso ocurre por haber salido demasiado! ¡Eso le ocurre al señor de las Sirtes, los desiertos, el lago Asphaltites, los peligros y las fatigas! Y, por otro lado, crea las Bovary donde todos los pequeños rincones de la vida son estudiados y pintados con mano maestra. ¡Qué cuerpo tiene que quedarle a uno también tras el combate de la Esfinge y la Quimera! Usted es un ser tan aparte, tan misterioso... y con todo dulce como un cordero. He tenido muchas ganas de preguntarle, pero un excesivo respeto hacia usted me lo ha impedido, porque yo no sé jugar sino con mis propios desastres, y lo que un espíritu grande ha debido pasar para producir, me parece algo tan sagrado que no se puede tocar grosera o ligeramente. Sainte-Beuve, quien sin embargo le quiere, sostiene que usted es horriblemente vicioso. Pero quizá él mire con ojos un tanto viciados, como ese sabio botánico que pretende que la zamarrilla tiene un amarillo sucio. La observación era tan falsa que no he podido resistirme a escribir en el margen de su libro: Es usted quien tiene los ojos sucios. Presumo que el hombre de inteligencia puede tener curiosidades grandes. Yo no las he tenido —falta de coraje— y he preferido dejar mi espíritu incompleto. Pero cada uno es libre de embarcarse en un gran navío a toda vela o en una barca de pescador. El artista es un explorador a quien nada debe detener y que no hace ni bien ni mal marchando a derecha o a izquierda: su meta lo santifica todo. Está en su poder intuir, con un poco de experiencia, cuales son las condiciones de salud de su alma. Por mi parte, creo que la de usted está en estado de gracia, ya que se complace en trabajar y en seguir solo a pesar de la lluvia. ¿Sabe usted que, en medio del diluvio que cae por todas partes, hemos tenido, excepto algunos aguaceros, un hermoso sol en Bretaña? Un vendaval sobre las playas del océano, bello sin embargo, la gran marejada, y como la botánica de los arenales me entusiasma, y Maurice y su mujer tienen la pasión de los moluscos, lo hemos soportado todo alegremente. Por lo demás, no hay más ilustre engañabobos que la Bretaña. Nos hemos indigestado de dólmenes y menhires, y nos hemos dejado caer por las fiestas donde hemos visto todos los trajes que se dicen extinguidos y que los viejos siguen llevando aún hoy. Y bueno, esos hombres del pasado son realmente feos, con sus pantalones de lona, sus cabellos largos, sus chaquetas con bolsillos en las mangas, su aire embrutecido, medio ebrio, medio devoto. Y las

ruinas célticas, sin duda interesantes para el arqueólogo, no tienen nada para el artista, todo está mal colocado, mal compuesto, Carnac y Erdeven no tienen ninguna fisionomía. En resumen, no dejaría mis huesos en Bretaña, mil veces preferiría su Normandía señorial, o, esos días en que a una le arrebató la musa dramática, los verdaderos países del horror y la desesperación. No hay nada, allí donde reina el clero y donde el vandalismo católico ha pasado, derribando los monumentos del viejo mundo y sembrando los piojos del porvenir.

En cuanto a su féerie, usted habla de nosotros. No sé con quién la ha escrito, pero me digo una y otra vez que debería llevarla al Odéon. Si la conociese, no me importaría hacer por usted lo que uno no sabe nunca hacer para sí mismo, dar la paliza a los directores. Algo suyo debe de ser demasiado original para ser comprendido por el gordo Dumaine. Prepare entonces una copia y, el próximo mes, iré, desde París, a pasar un día con usted, para que me la lea. ¡Está tan cerca de Palaiseau, su Croisset! Y yo estoy en una fase de actividad tranquila en que me apetecería ver fluir su gran río y ensoñarme en su jardín, tranquilo todo él, allí en lo alto del acantilado.

Pero yo parloteo y usted se está poniendo a trabajar. Debe perdonar esta intemperancia anormal a alguien que viene de ver piedras, y que ni tan sólo ha olido una pluma desde hace doce días. Usted es mi primera visita a un vivo, a la salida de una sepultura completa de mi pobre yo. ¡Viva usted! He ahí mi oremus y mi bendición. Un abrazo de todo corazón.

## **2. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 22 de septiembre de 1866]**

Sábado por la tarde

¡Yo “un ser misterioso”! ¡Querida maestra, por favor...! Yo me encuentro, muy al contrario, de una simpleza repugnante, y me disgusta a menudo el burgués que llevo bajo la piel. Sainte-Beuve, entre nosotros, no me conoce en absoluto diga lo que diga.

Le juro incluso (por la sonrisa de su nieta) que conozco pocos hombres menos “viciosos” que yo. He soñado mucho y ejecutado muy poco. Lo que choca a los observadores superficiales es el desacuerdo que hay entre mis sentimientos y mis ideas. Si usted quiere mi confesión, se la haré completa.

El sentido del ridículo me ha retenido en lo alto de la pendiente de los desórdenes. Sostengo que el cinismo linda con la castidad. Podremos hablar más sobre todo ello (si el corazón así se lo dicta a usted) la próxima vez que nos veamos.

He aquí el programa que le propongo. Mi casa va a estar abarrotada e incómoda durante un mes. Pero hacia finales de octubre, o principios de noviembre (después de la obra de Bouilhet), nada le impedirá, espero, reencontrarnos aquí, no un día como usted dice, sino una semana, ¡al menos! Tendrá usted su habitación “con un velador y todo lo necesario para escribir”. ¿Quedamos así? Sólo seremos tres, incluida mi madre.

En cuanto a la *féerie*, gracias por sus amables ofertas. Le tendré dispuesta la cosa (hecha en colaboración con Bouilhet). Pero la considero un tanto flojucha y estoy dividido entre el deseo de ganar algunas piastras y la vergüenza de exhibir una nadería.

Me parece un poco severa con la Bretaña. No con los bretones, los cuales me parecen animales hirsutos, cerdos poco amables. En cuanto a la arqueología céltica, publiqué en *L'Artiste*, en 1858, una broma bastante buena sobre las piedras oscilantes. Pero no tengo el número y no recuerdo ni siquiera el mes.

He leído, de una tirada, los diez volúmenes de la *Histoire de ma vie*, de la cual conocía más o menos dos tercios, si bien por fragmentos. Lo que más me ha impresionado es la vida en el convento. Tengo sobre ello un buen número de observaciones que hacerle que ya me irán viniendo.

Vaya lluvia, ¿no? ¿Estará usted mucho tiempo en Nohant?

Se hará según el deseo de usted. El mío es volverla a ver. Hasta pronto, pues. Le beso a usted las dos manos, tiernamente, y soy

suyo

Gustave Flaubert

Mi madre y yo hablamos de usted todos los días. Ella estará muy contenta de recibirla.

### **3. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, La Châtre, Indre, 28 de septiembre 1866]**

De acuerdo, querido compañero y amigo. Haré todo lo posible por asistir a la representación de la obra de su amigo en París, y cumpliré mi deber fraternal como siempre; después de lo cual, iremos a su casa y estaré allí ocho días, pero a condición de que no se mueva usted de su habitación. Me disgusta hacer cambiar a alguien de sitio, y yo no necesito tanto montaje para dormir. Me duermo en cualquier sitio, entre las cenizas o bajo un banco de cocina,

como un perro de campo. Todo en su casa está limpio y reluciente, así que cualquier lugar vale. Alborotaré un poco con su madre, y charlaremos, usted y yo, muchísimo. Si hace bueno, lo forzaré a salir. Si llueve continuamente, nos coceremos a fuego lento contándonos las penas del corazón. El gran río correrá negro o gris, bajo la ventana, diciendo siempre: ¡Rápido! ¡Rápido!, y llevándose nuestros pensamientos, nuestros días y nuestras noches, sin pararse a reparar en nada de nada.

He envuelto y enviado con máxima urgencia una buena copia de un retrato de Couture, firmado por el grabador, mi pobre amigo Manceau. Es el mejor que tengo y no lo he encontrado hasta llegar aquí. He adjuntado una copia fotográfica de otro de Marchal, que también me parece bueno; aunque de año en año, una cambia. La edad da sin cesar un carácter distinto al rostro de las personas que piensan y buscan, es por eso que los retratos de esas personas no se parecen en nada entre ellos y no se parecen a ellas por mucho tiempo. Sueño tanto despierta, y vivo tan poco, que a veces no tengo sino tres años. Pero, al día siguiente, tengo trescientos, si el sueño ha sido negro. ¿No le ocurre a usted lo mismo? ¿No le parece, por momentos, que está empezando a vivir, sin saber ni siquiera en qué consiste, y, otras veces, no siente sobre usted el peso de muchos miles de siglos, de los cuales tiene el vago recuerdo y la impresión dolorosa? ¿De dónde venimos y a dónde vamos? Todo es posible, porque todo es desconocido.

Abrace de mi parte a la bella y buena mamá que tiene usted. Me ilusiona pensar que estaré con los dos. Intente encontrar esa broma sobre las piedras celtas, me interesaría mucho. ¿Habían abierto ya, cuando usted estuvo allí, el túmulo de Lockmariaker y desescombrado el dolmen cerca de Plouharnel? Esas gentes debían de escribir, pues había piedras cubiertas de jeroglíficos, y trabajaban el oro bastante bien, pues se encontraron unos collares muy bien elaborados.

Mis hijos, que son, como yo, grandes admiradores suyos, le envían sus saludos, y yo un beso en la frente, ya que Sainte-Beuve mintió.

¿Tienen ustedes sol hoy? Aquí uno se asfixia. El paisaje está bello. ¿Cuándo vendrá usted?

#### **4. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 29 de septiembre de 1866]**

Sábado por la tarde

El envío de los dos retratos me había hecho pensar que usted estaba en

París, querida maestra. Y yo le escribí una carta que la espera en Rue des Feuillantines.

No he logrado encontrar mi artículo sobre los dólmenes. Pero tengo el manuscrito entero de mi viaje a Bretaña, entre mis “obras inéditas”. ¡Tendremos para cotorrear, cuando esté usted aquí! ¡Prepárese!

Yo no experimento como usted ese sentimiento de una vida que comienza, la estupefacción de la existencia fresca que eclosiona. ¡Me parece, al contrario, que he existido siempre! Y poseo recuerdos que se remontan a los Faraones. Me veo en diferentes eras de la historia con toda nitidez, ejerciendo oficios distintos y con fortunas diversas. Mi individuo actual es el resultado de mis individualidades desaparecidas. He sido barquero en el Nilo, leno en la Roma del tiempo de las guerras púnicas, rétor griego en Suburra, donde fui devorado por las chinches. He muerto, durante las Cruzadas, por haber comido demasiadas uvas en las playas de Siria. He sido pirata y monje, saltimbanqui y cochero, quizá también emperador de Oriente...

Muchas cosas se explicarían mejor si pudiéramos conocer nuestra genealogía verdadera. Porque, al ser los elementos que forman a un hombre limitados, ¿no se deberían reproducir las mismas combinaciones? Así, la Herencia es un principio fundado, pero que se ha aplicado mal. Pasa con esta palabra como con tantas otras. Cada uno la toma por un extremo y nadie se entiende. Las ciencias psicológicas se quedarán donde ahora yacen, es decir en las tinieblas y el desvarío, en tanto no tengan una nomenclatura exacta y mientras esté permitido utilizar la misma expresión para designar las ideas más diversas. Cuando uno embrolla las categorías, ¡adiós a la Moral!

¿No le parece a usted, en el fondo, que después del 89 se desbarra? En lugar de seguir por la gran ruta que era larga y bella como una vía triunfal, todo el mundo se ha ido por los senderos, y se chapotea en los humedales. ¿No sería quizá sabio volver momentáneamente a Holbach? Antes de admirar a Proudhon, ¿no habría que conocer a Turgot?

¿Y qué será de lo CHIC, esa religión moderna? Opiniones chic (o chics): estar con el catolicismo (sin creer ni una palabra), estar con el esclavismo, estar con la casa de Austria, llevar duelo por la reina María Amalia, admirar Orfeo en los infiernos, ocuparse de los Comicios agrícolas, hablar de deportes, mostrarse frío, ser Idiota, hasta el punto de lamentar los tratados de 1815, esto es todo lo que hay de novísimo.

No crea usted que, porque paso la vida intentando hacer frases armoniosas y evitando las asonancias, no tengo, yo también, mis pequeñas opiniones sobre los asuntos del mundo. Helas aquí, y créame que estallarían si me las guardara para mí.

Pero demasiada palabrería. Voy a terminar enojándola.

La obra de Bouilhet se estrenará a principios de noviembre. Así pues, nos veremos dentro de un mes.

Agradezca por mí a sus hijos las cosas amables que de su parte me envía usted.

La abrazo fuertemente, querida maestra, y soy  
suyo

Gustave Flaubert

## 5. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 1 de octubre de 1866]

Lunes por la tarde

Querido amigo,

Su carta me ha llegado desde París. Así que la tengo. Demasiado hay en ella como para perdérmela. No me habla usted de inundaciones. Supongo, pues, que el Sena no ha hecho barbaridades en su casa y que el tulipero no ha empapado sus raíces. Temo cualquier fastidio para ustedes, y me pregunto si el terraplén ha sido lo bastante alto para protegerlos. Aquí, nosotros no tenemos nada que temer de ese estilo. Nuestros arroyos son bastante traviosos, pero los tenemos lejos.

Dichoso usted, que tiene recuerdos tan nítidos de otras existencias. Mucha imaginación y mucha erudición, he ahí su memoria. Pero, si uno no recuerda nada tan distintamente, llega a tener un sentimiento vivísimo de su propia renovación en la eternidad. Yo tenía un hermano muy gracioso que a menudo decía: cuando yo era perro... Creía ser hombre desde hacía bien poco. Yo creo que he sido vegetal o piedra. No estoy siempre segura de existir completamente, y otras veces creo sentir una gran fatiga acumulada por haber existido demasiado. En fin, no sé, y no podría, como usted, decir: poseo el pasado. Pero, entonces, ¿usted cree que uno no muere, sino que vuelve a ser? Si osa decir eso a los incrédulos, tiene valor, y eso es bueno. Yo sí tengo ese coraje, lo cual me hace pasar por imbécil, pero no arriesgo nada: ¡soy imbécil desde tantos otros puntos de vista!

Estaría encantada de tener su impresión por escrito sobre la Bretaña. Yo no he visto lo suficiente como para hablar de ello. Pero buscaba una impresión general, y me sirvió para reconstruir una o dos escenas que necesitaba.

También se lo leeré, aunque todavía es un engendro informe. ¿Por qué su crónica se quedó inédita? Es usted coqueto; no encuentra todo lo que hace digno de ser mostrado. Es un error. Todo lo que proviene de un maestro es enseñanza, y no debe tener miedo a mostrar sus croquis y sus esbozos. Incluso éstos están muy por encima del lector, y se le dan tantas cosas de su nivel que el pobre diablo permanece en la vulgaridad. Hay que amar a los estúpidos más que a uno mismo, ¿acaso no son ellos los verdaderos desgraciados de este mundo? ¿No son las personas sin gusto y sin ideal las que se aburren, no gozan de nada y no sirven para nada? Es inevitable ser maltratado, escarnecido y desconocido por ellos. Pero no por ello hay que abandonarlos, y siempre hay que tirarles buen pan, que prefieren a la m... Cuando estén hartos de basura, comerán el pan, pero si no lo hay, se comerán la m... in secula seculorum.

Le he oído decir a usted: Yo no escribo más que para diez o doce personas. En las charlas se dicen un montón de cosas que son resultado de la impresión del momento. Pero no es el único que lo dice. Es la opinión, o la tesis, del día. Yo protesté interiormente. Las doce personas para las cuales escribe y que lo aprecian, lo igualan o lo superan. Y, a su vez, nunca ha tenido necesidad de leer a las once restantes para ser usted. Por lo tanto, uno escribe para todo el mundo, para cualquiera que necesite ser iniciado. Cuando no somos comprendidos, nos resignamos y volvemos a empezar. Cuando lo somos, nos alegramos y continuamos. He ahí todo el secreto de nuestro trabajo perseverante y de nuestro amor por el arte. ¿Qué es el arte sin los corazones y los espíritus donde uno lo vierte? Un sol que no proyectaría sus rayos y que no daría vida a nada. ¿No está usted de acuerdo? Si se convence uno de eso, no conocerá jamás el desánimo ni la pereza. Y si el presente es estéril e ingrato, si perdemos todo efecto, todo crédito entre el público, queda el recurso al porvenir, que mantiene el coraje y borra cualquier herida del amor propio. Cien veces en la vida, el bien que hacemos no parece servir de nada, y no sirve de nada inmediatamente, pero sostiene al menos la tradición de la buena voluntad y el buen hacer sin la cual todo perecería.

¿Es, pues, desde el 89 que se desbarra? ¿No era necesario desbarrar para llegar, no ya al 48, cuando todavía se desbarró más, sino para llegar a lo que debe ser? Ya me dirá qué piensa usted sobre ello, y yo releeré a Turgot para complacerlo. ¡No le prometo retroceder hasta Holbach, por bueno que sea!

Ya me avisará usted cuando sea el momento de la obra de Bouilhet. Yo estaré aquí, trabajando duro, pero dispuesta a salir corriendo y amándolo de todo corazón. Ahora que prácticamente ya no soy una mujer, si el buen Dios fuera justo, me convertiría en hombre. Tendría así la fuerza física necesaria para decirle: viajemos a Cartago o más allá. Pero, en fin, se retrocede a la infancia, que no tiene sexo ni energía, y es en otra parte, bien lejos, donde uno se renueva. ¿Dónde? Yo lo sabré antes que usted y si puedo, regresaré para

decírselo en sus sueños.

[sin firma]

## **6. SAND A FLAUBERT**

**[París, 10 de noviembre de 1866]**

Sábado por la noche

Al llegar a París me entero de una triste noticia. Ayer por la tarde, mientras nosotros charlábamos —e incluso creo que anteayer habíamos hablado de él—, murió mi amigo Charles Duveyrier, el corazón más tierno y el espíritu más cándido. ¡Lo entierran mañana! Tenía un año más que yo. Mi generación se va poco a poco. ¿Los sobreviviré yo? No lo deseo ardientemente, sobre todo en días de duelo y de adiós. Que sea lo que Dios quiera, a condición de que me deje amar siempre, en esta vida y en la otra. Guardo hacia los muertos una viva ternura. Pero por otro lado, amo a los vivos. Le doy a usted la parte de mi corazón que él tenía, lo cual, junto a la que usted ya tiene, hace una parte importante. Creo que me consuela hacerle a usted este regalo. Literariamente, Charles no era un hombre de primer orden, le amaba por su bondad y su espontaneidad. Menos ocupado por negocios y filosofía, habría desarrollado un talento encantador. Deja una bella obra, Michel Perrin.

Hice la mitad de la ruta sola, pensando en usted, en su madre, en Croisset, y contemplando el Sena, que gracias a usted se ha convertido en una divinidad amiga. Después, tuve que soportar la compañía de un hombre y dos mujeres de una imbecilidad ruidosa y falsa como la música de la pantomima del otro día. Ejemplo: «He mirado al sol, me ha dejado dos puntos en los ojos». El marido: «Se llaman puntos luminosos». Y así durante una hora, sin parar.

[...] Voy a dormir, estoy destrozada, he llorado como una bestia toda la tarde, y le envío un fuerte abrazo, querido amigo. Quiérame más que antes, porque estoy apenada.

## **7. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 12-13 de noviembre de 1866]**

Noche de lunes

Está usted triste, mi pobre amiga, mi querida maestra. Pensé en usted al

conocer la muerte de Duveyrier. La compadezco, pues sé que lo amaba. Su pérdida se une a tantas otras. ¡Cuántas muertes como ésta tenemos en el corazón! Cada uno de nosotros lleva dentro su propia necrópolis.

Yo me encuentro todo descoyuntado desde su partida. ¡Me parece que no la he visto desde hace diez años! Mi único tema de conversación con mi madre es usted. Aquí todos la quieren. ¿Bajo qué constelación nació usted para reunir en su persona cualidades tan diversas, tan numerosas, y tan raras? No sé qué tipo de sentimiento le aporonto, pero yo siento por usted una ternura particular y que no he sentido antes por nadie. Nos entendimos bien, ¿no es cierto? Fue muy agradable.

Fue tan bueno que no quiero compartir ese placer con nadie. Si se sirve usted de Croisset en algún libro, disfrácelo, para que nadie lo reconozca. Se lo agradeceré. El recuerdo de su presencia aquí es para nosotros dos, para mí. Tal es mi egoísmo.

La eché de menos sobre todo ayer por la tarde, hacia las diez. Hubo un incendio en el almacén de madera vecino. El cielo se puso rosa y el Sena de color de jarabe de grosella. Trabajé con los bomberos durante tres horas, y regresé a casa más rendido que el Turco de la Jirafa.

¿Qué han dicho de su obra Chilly y Duquesnel? ¿Cuándo la estrenarán? ¿Qué hace usted ahora? Las escenas de la Revolución, sin duda...

Un periódico de Rouen (Le Nouvelliste) ha relatado su visita a Rouen; aunque el sábado, tras haberla dejado, me encontré a unos cuantos Burgueses indignados conmigo, porque no la había exhibido a usted. Lo mejor me lo dijo un magistrado anciano: «¡Ah!, si hubiéramos sabido que ella estaba aquí... nosotros le habríamos... le habríamos... —buscó la palabra durante cinco minutos— “nosotros le habríamos... sonreído”». No es que sea mucho, ¿verdad?

[...] Amarla a usted más me resulta difícil. Pero la abrazo muy tiernamente. Su carta de esta mañana, tan melancólica, me ha llegado al fondo. ¿Acaso nos separamos en el momento en que nos iban a venir a los labios multitud de nuevas cosas? Aún no se han abierto todas las puertas entre nosotros. Me inspira usted un gran respeto y no oso hacerle preguntas.

Adiós, beso su bello y dulce rostro y soy  
suyo

Gustave Flaubert

## 8. SAND A FLAUBERT

**[París, 13-14 de noviembre de 1866]**

Noche del martes al miércoles

[...] He estado dos días enferma. Ya estoy recuperada. Su carta me aporta bienestar. Responderé a todas las preguntas, tal como usted ha respondido a las mías. ¿No es una suerte poderse contar toda la vida? Es bastante menos complicado de lo que creen los burgueses, y los misterios que uno puede revelar al amigo son siempre lo contrario de lo que suponen los indiferentes.

He sido muy feliz durante los ocho días junto a usted. Ninguna inquietud, un buen nido, un bello paisaje, unos corazones afectuosos, y su hermoso y franco rostro que tiene algo de paternal. La edad no importa, se siente en usted una protección de bondad infinita, y una tarde en que llamó a su madre hija mía, me vinieron las lágrimas a los ojos. Me costó marcharme, pero la verdad es que le impedía trabajar. Y además, además... una enfermedad de mi vejez es no poder estarme quieta en un sitio. Tengo miedo de atarme demasiado y de cansar. Los viejos deben ser de una discreción extrema. De lejos, puedo decirle cuánto lo amo sin miedo a hacerme pesada. Es usted uno de los raros que se mantienen impresionables, sinceros, amantes del arte, no corrompidos por la ambición, no embriagados por el éxito. Ciertamente, usted tendrá siempre veinticinco años ante todas esas ideas que han envejecido, según pretenden los seniles jóvenes de este tiempo. Creo que lo de esos jóvenes es ante todo una pose, pero no deja de ser estúpida. Si es impotencia, es aún peor. Son hombres de letras en vez de hombres.

Ánimo con la novela. Me pareció exquisita; pero es curioso: hay toda una parte de usted que no se revela ni se traiciona en lo que hace, algo que probablemente usted mismo ignora. Acabará saliendo, estoy segura.

Le envió un tierno abrazo, y lo mismo a su mamá, y a su simpática sobrina.  
[...]

[sin firma]

## **9. SAND A FLAUBERT**

**[París, 16 de noviembre de 1866]**

[...] Llevo dos días paseando a mi Renacuajo, el ingenierito del que alguna vez le he hablado. Se ha puesto guapo, las mujeres lo miran de reojo, y él no tendría más que hacer que jirafear. ¡Pero se ha enamorado! Está prometido, debe esperar cuatro años, trabajar para hacerse una posición, ha hecho un voto.

Usted le diría que es estúpido; pero yo, al contrario, le predico mi moral de viejo trovador. Moral aparte, no creo yo que los jóvenes de esta época sean capaces de afrontar a la vez la ciencia y la copa, las chicas y el noviazgo. La prueba de ello es que nada sale de la joven bohemia.

Buenas noches, mi amigo, y buen trabajo. Pasee un poco, por el amor de Dios, y por el mío. [...]

[sin firma]

## **10. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 17 de noviembre de 1866]**

Sábado por la mañana

No se preocupe por las informaciones relativas a los periódicos. Eso ocupará poco espacio en mi libro, y puedo esperar.

Pero cuando no tenga Usted nada mejor que hacer, póngame en un papel cualquier cosa que recuerde del 48. Después me lo podría desarrollar cuando charlemos. No le pido nada exhaustivo, por supuesto, sino algo que recoja un poco sus recuerdos personales.

[...] Si su ingenierito ha hecho un voto, y ese voto no le cuesta, hace bien en mantenerlo. En caso contrario, es una pura necesidad, entre nosotros. ¿O es que existe la Libertad, si no es en la Pasión? El catolicismo, que no ha pensado más que en impedir los goces, es decir, en restringir la Naturaleza, nos ha habituado en exceso a valorar la castidad. ¡Damos a esas cosas una importancia grotesca! Ya no hay que ser espiritualista, ni materialista, sino naturalista. Isis me parece superior a la Virgen, igual que a Venus.

Y desde luego, no, en mis tiempos no hacíamos votos parecidos. ¡Claro que nos enamorábamos! ¡Y locamente! Pero todo se mezclaba en un eclecticismo generoso. Y si uno se alejaba de las Damas, como yo hice del todo durante dos años (de los 21 a los 23), era por orgullo, como desafío hacia uno mismo, como hazaña. Después de lo cual, uno se libraba a los excesos contrarios. En fin, éramos unos románticos, inflamados, de una ridiculez consumada, pero en floración completa. ¡Lo poco de bueno que me queda viene de aquel tiempo!

Adiós, mi querida maestra. La quiero con ternura y la abrazo con el mismo sentimiento.

Gustave Flaubert

¡Sepa Usted que me mimas, con todas las dulzuras que me envía en sus amadas cartas!

## 11. SAND A FLAUBERT

[Palaiseau, 22 de noviembre del 1866]

Creo que me traerá felicidad decir buenas noches a mi querido compañero antes de ponerme manos a la obra.

Heme aquí totalmente sola en mi casita. El jardinero y sus herramientas se alojan en el pabellón del jardín, y estamos en la última casa al extremo del pueblo, aislados en la campiña, que es un oasis encantador. Los prados, los bosques, los manzanos como en Normandía; ningún gran río con sus gritos de vapor y su cadena infernal; un riachuelo que pasa mudo bajo los sauces; un silencio... ¡Ah! Pero me parece estar al fondo de la selva virgen: nada suena excepto el pequeño chorro de la fuente que derrama sin cesar sus diamantes al claro de la luna. Las moscas adormiladas en los rincones de la habitación se despiertan al calor de mi fuego. Se habían dejado caer allí para morir, ahora se acercan a la lámpara, presas de una alegría loca, zumban, saltan, ríen, incluso tienen veleidades de amor; pero es la hora de morir, y ¡paf!, en medio de la danza, caen de golpe. ¡Se acabó, adiós al baile!

De todos modos, aquí estoy triste. Esta soledad absoluta, que siempre ha servido a mi ocio y mi recreo, es compartida ahora por alguien que murió aquí, como una lámpara que se extingue, y que siempre está conmigo. No creo que sea desgraciado, en la región que él habita; pero la imagen que ha dejado a mi alrededor, que no es más que un reflejo, parece lamentarse de no poderme hablar más. ¡Qué más da! La tristeza no es malsana: nos impide endurecernos.

Y usted, mi amigo, ¿qué hace a estas horas? Cavando también, solo también, porque mamá debe estar en Rouen. ¿Piensa de vez en cuando en su “viejo trovador de péndulo de reloj de pared, que siempre canta y cantará el amor perfecto”? Y, ¡bueno, sí, ya lo sé! Usted no está hecho para la castidad, eso está claro. [...]

Un abrazo con todo mi corazón; me voy a dar voz, si soy capaz, a gentes que se aman al viejo estilo.

[sin firma]

No debe usted forzarse a escribirme cuando no le venga en gana. Ninguna amistad verdadera sin libertad absoluta.

En París la semana que viene, después en Palaiseau, y después en Nohant.

[...]

## 12. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 27 de noviembre de 1866]

Martes a las 5 h.

Usted está triste y sola, ahí; yo estoy igual aquí.

¿De dónde vienen, esos accesos de humor negro que nos invaden por momentos? Uno se siente asfixiado, hay que huir. Sube como una marea. Yo me tumbo boca arriba, no hago nada y la oleada pasa.

Mi novela va muy mal por el momento. Añádale a eso las muertes de las que he tenido noticia: la de Cormenin (un amigo de hace veinticinco años), la de Gavarni, y después el resto. ¡En fin!, todo pasará.

No sabe usted lo que es estar todo un día con la cabeza entre las manos tratando de exprimirse la maldita testa para encontrar una palabra. En su caso, las ideas fluyen largamente, incesantemente como un río. En el mío, no hay más que un escaso hilo de agua, necesito esfuerzos gigantescos antes de obtener una cascada. ¡Ah, si habré conocido yo las angustias del estilo! Total, paso la vida carcomiéndome el corazón y el cerebro. He ahí el verdadero fondo de su amigo.

Le pide usted si piensa a veces en “su viejo trovador de péndulo de reloj de pared”. ¡Pero claro que sí! ¡Y lo echa de menos! Nuestras charlas nocturnas fueron muy agradables. Hubo momentos en que me retuve para no besuquearla como si fuera un niño grande. ¿No le resonaron los oídos ayer por la noche? Cené en casa de mi hermano, con toda la familia. No se habló de otra cosa que de usted y todo el mundo cantó sus alabanzas. [...]

He releído, a propósito de su última carta (y por una asociación de ideas del todo natural) el capítulo del viejo Montaigne titulado «Algunos versos de Virgilio». Lo que él dice sobre la castidad es precisamente lo que yo pienso. Es el Esfuerzo lo que es bello, y no la Abstinencia en sí. De otro modo, ¿habría que maldecir la carne, como hacen los católicos? ¡Dios sabe adónde lleva eso! Así pues, a riesgo de hacerme pesado, y de parecer pretencioso, repito que su jovencito se equivoca. Si se reprime a los veinte años, será un viejo verde a los cincuenta. ¡Todo se paga! Las Grandes Naturalezas —que son las Buenas— son ante todo pródigas y no piensan sino en consumirse. Hay que reír y llorar, amar, trabajar, gozar y sufrir, en definitiva, vibrar tanto como sea posible en toda su extensión. He aquí, creo yo, lo verdaderamente humano.

Adiós. Trate de estar serena. Vaya a ver a su niñita, le hará bien. Y piense en su viejo, que la ama y que le envía mil cariños.

### **13. SAND A FLAUBERT**

**[carta no enviada]**

**[Palaiseau, 29 de noviembre de 1866]**

En París la próxima semana.

No hay que ser espiritualista ni materialista, dice usted, sino naturalista. Ésa es una cuestión importante.

Mi Renacuajo (así llamo a mi ingenierito) la resolverá como mejor considere. No es un estúpido, y sopesará las ideas y las deducciones, y las emociones, antes de llegar a su conclusión. Yo no lo catequizo sin reservas, porque es más fuerte que yo en estas cuestiones, y no es por cierto el espiritualismo católico el que lo asfixia.

Pero la cuestión es por ella misma muy seria y sobrevuela nuestro arte, el de los trovadores más o menos pendulares o penduloides. Tratémosla de la manera más impersonal que podamos, porque lo que está bien para uno puede ser lo contrario para el otro. Preguntémonos, haciendo abstracción de nuestras tendencias o de nuestras experiencias, si el ser humano puede buscar y alcanzar su entero desarrollo físico sin que el intelecto lo pague. Sí, en una sociedad ideal y racional, así sería. Pero en ésta, en la cual vivimos y con la que nos hemos de conformar, ¿el goce y el abuso no van acaso de la mano? ¿Se los puede separar, limitarlos, a menos que se sea un sabio prematuro? Y si uno lo es, adiós al aprendizaje que es el padre de los goces reales.

La cuestión para nosotros los artistas, es saber si la abstinencia nos fortifica, o si nos exalta demasiado, lo cual degenera en debilidad. Usted me dirá: hay tiempo para todo, y fuerza suficiente para cualquier desgaste. Así pues, usted hace una distinción y pone límites; no se puede hacer de otra forma. La naturaleza, cree usted, pone sus propios límites y nos impide abusar. ¡Ah!, pero no, no es más sabia que nosotros, que también somos naturaleza. Nuestros excesos de trabajo, como nuestros excesos de placer, nos destruyen por completo, y cuanto más grande es nuestra naturaleza, más sobrepasamos nuestros límites y hacemos retroceder los de nuestras fuerzas.

Yo no tengo teorías. Paso la vida planteándome cuestiones e intentando resolverlas en un sentido o en otro, sin que una conclusión victoriosa e irrefutable se me haya presentado nunca. Yo espero la luz de un nuevo estado

de mi intelecto y de mis órganos en otra vida, porque, en ésta, cualquiera que se ponga a reflexionar hasta las últimas consecuencias topa con los límites del pro y el contra. Fue Platón, creo, quien pretendía haber encontrado el vínculo entre ambos. No lo conocía en absoluto más que nosotros. Sin embargo, ese vínculo existe, porque el universo subsiste sin que el pro y el contra que lo constituyen se destruyan mutuamente. ¿Cómo llamar a eso para la naturaleza material? Equilibrio, por supuesto. ¿Y para la naturaleza pensante? Moderación, castidad relativa, abstinencia de los abusos, todo lo que quiera, pero se traducirá siempre como equilibrio. ¿Me equivoco, maestro?

Piénselo: en nuestras novelas, lo que hacen o dejan de hacer nuestros personajes no descansa sobre otra cuestión que ésta. ¿Conseguirán o no conseguirán el objeto de sus ardientes deseos? Ya sea amor o gloria, fortuna o placer, en la medida en que existen, aspiran a una meta. Si nosotros poseemos una filosofía, ellos se comportan según queremos; si no la tenemos, marchan al azar y se dejan dominar en exceso por los acontecimientos con que los hacemos tropezar. Imbuidos de nuestras propias ideas, conmocionan a menudo las de otros. Desprovistos de nuestras ideas y sumidos en la fatalidad, parecen un tanto ilógicos. ¿Hay que poner un poco o un mucho de nosotros en ellos, o no hay que poner nada, excepto lo que la sociedad pone en cada uno de nosotros?

Yo soy de la vieja escuela, me meto en la piel de mis personajes. Me lo reprochan, me da igual. Usted, no sé si por método o por instinto, sigue otro camino. Lo que usted hace le funciona; por eso me pregunto si diferimos sobre la cuestión de las luchas interiores, si el hombre-novela las debe tener, o si no hace falta que las conozca.

Me sorprende usted siempre con su trabajo penoso. ¿Es una coquetería? ¡Ciertamente no lo parece! Lo que yo encuentro difícil es escoger entre las mil combinaciones de la acción escénica, que pueden variar hasta el infinito, la situación límpida y sobrecogedora que no resulte brutal ni forzada. En cuanto al estilo, salgo de apuros mejor que usted.

El viento toca en mi vieja arpa como le place. Tiene sus altos y sus bajos, sus notas brillantes y sus desfallecimientos; en el fondo me da igual, con tal de que llegue la emoción, pero nada puedo encontrar en mí. Es la otra quien canta a su gusto, mal o bien, y cuando trato de pensar en ello, me asusto y me digo que no sé nada, nada en absoluto.

Pero una gran sabiduría nos salva. Sabemos decirnos: y bien, aun siendo nada más que instrumentos, es una feliz situación y una sensación incomparable sentirse vibrar. Deje pues correr el viento por sus cuerdas. Creo que se aflige usted más de lo necesario, y que debería dejar hacer al otro más a menudo. Todo iría igual, y con menos fatiga. Quizá el instrumento sonara

débil en algunos momentos, pero el soplo, al prolongarse, encontraría su fuerza. Y como más tarde haría usted lo que yo no hago, lo que yo debería hacer, ya reconduciría el tono de la obra entera y sacrificaría los excesos a la luz del día.

Vale et me ama.

#### **14. SAND A FLAUBERT**

**[Palaiseau, 30 de noviembre de 1866]**

Habría mucho que decir sobre todo esto, mi compañero. Mi Renacuajo — llamo así al novio en cuestión— se reserva para su novia. Ella le ha dicho: esperemos a que hayas resuelto tu trabajo, y él trabaja. Ella le ha dicho: guardemos nuestra pureza el uno para el otro, y él se guarda. No es el espiritualismo católico el que lo asfixia, sino que se hace una alta idea del amor, y ¿por qué aconsejarle que la pierda, si él compromete su conciencia y su mérito en conservarla?

Hay un equilibrio que la naturaleza, nuestra soberana, coloca en nuestros instintos, y ella misma limita rápidamente nuestros apetitos. Las grandes naturalezas no son las más robustas. Ninguna educación, por lógica que sea, nos hace desarrollarnos en todos los sentidos. De cualquier manera, somos reprimidos, y hacemos crecer nuestras raíces y nuestras ramas donde y como podemos. También los grandes artistas enferman a menudo y muchos de ellos han sido débiles. Y aquellos a los que el deseo hace fuertes, se agotan deprisa. En general, creo que nosotros, los que trabajamos con el cerebro, tenemos alegrías y penas muy intensas. El campesino, que faena rudamente noche y día con la tierra y con su mujer, no es una naturaleza fuerte. Su cerebro es de los más débiles. ¿Desarrollarse en todos los sentidos, dice usted? ¡No a la vez, ni sin reposo, está claro! Aquellos que se jactan de hacerlo, exageran un poco, o si es verdad que lo hacen todo a la vez, todo es incompleto. Si el amor es para ellos un mero plato caliente y el arte un simple medio de vida, les irá bien; pero si sienten el placer inmenso, cercano al infinito, y el trabajo ardiente, cercano al entusiasmo, no lo alternan como la vigilia y el sueño. No creo en esos donjuanes que son a la vez Byron. Don Juan no hizo poemas y Byron, según dicen, no hacía muy bien el amor. Debió de conocer alguna vez —se pueden contar con los dedos de una mano esas emociones en toda una vida— el éxtasis completo del corazón, el espíritu y los sentidos; lo suficiente como para ser uno de los grandes poetas del amor. A los instrumentos de nuestra vibración no les hace falta más. El viento incesante de los pequeños apetitos los destrozaría. Trate de hacer algún día una novela en que el artista (el

verdadero) sea el héroe; verá con qué vigor enorme, pero delicado y contenido, lo observa todo con mirada atenta, curiosa y tranquila y cómo su atracción por las cosas que examina y penetra será distinta y seria. Verá también cómo se teme a sí mismo, cómo sabe que no puede dejarse ir sin aniquilarse, y cómo un profundo pudor de los tesoros de su alma le impide desparramarlos y malgastarlos. El artista es un personaje interesantísimo, que yo no he osado nunca hacer realmente. No me siento digna de tocar esa figura demasiado bella y demasiado complicada. Es apuntar demasiado alto, para una simple mujer. Pero a usted puede tentarlo alguna vez, y seguro que valdrá la pena. ¿Dónde está el modelo? No lo sé. No he conocido a fondo a ningún artista sin alguna mancha, quiero decir que no tenga un lado algo tendero. Usted, que posiblemente no tenga esa mancha, podría tomarse como modelo. Yo la tengo. Me gustan las clasificaciones, soy algo pedagoga. Me gusta coser y limpiar para los niños, soy algo sirvienta. Tengo distracciones, soy algo idiota. Y, al fin y al cabo, no me gustaría la perfección. La aprecio y no la sabría expresar. Pero también podrían encontrársele algunos fallos a su naturaleza: ¿cuáles? Algún día lo investigaremos. No es su tema de ahora mismo y no debo distraerlo. No sea usted tan cruel consigo mismo, siga adelante, y cuando el soplo lo haya creado todo, ya reconducirá el tono general y sacrificará aquello que no debería estar según el primer plan. ¿No puede ser así? Yo creo que sí. Lo que usted hace parece tan fácil, de tal abundancia, es un exceso perpetuo. No comprendo su angustia.

Buenas noches, querido hermano. Besos a todos. He regresado a mi soledad de Palaiseau. La amo. Vuelvo a París el lunes.

Un fuerte abrazo. Trabaje mucho.

## **15. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 5-6 de diciembre de 1866]**

Noche del miércoles

[...] ¡No me sorprende del todo que no entienda usted mis angustias literarias! Yo mismo no las entiendo. Pero existen, y son violentas. Ya no sé cómo hay que hacer para escribir, y apenas llego a expresar una centésima parte de mis ideas, después de infinitas tentativas. No tiene demasiado arrojito, su amigo de usted. ¡En absoluto! Llevo dos días enteros dando vueltas a un párrafo sin lograr acabarlo. ¡Me dan ganas de llorar! ¿Le doy pena? ¡Pues imagínese a mí mismo!

En cuanto a nuestro tema de discusión (a propósito de su jovencito), lo que

usted me escribe en su última carta coincide hasta tal punto con mi punto de vista, que no solamente lo he puesto en práctica, sino que lo he predicado. Pregúntele a Theo. Aclaremos algo, sin embargo. Los artistas (que son sacerdotes) no arriesgan nada siendo castos. ¡Al contrario! Pero los Burgueses, ¿a santo de qué? Está bien que algunos lo sean, entre toda la humanidad. Incluso diría que ¡dichosos aquéllos a quien no les cueste serlo!

No creo (al contrario que usted) que se pueda hacer nada bueno con el personaje del artista ideal. Sería un monstruo. El arte no está hecho para pintar las excepciones. Y además siento una repulsión invencible a poner sobre el papel cualquier asunto de mi corazón. Incluso pienso que un novelista no tiene derecho a expresar su opinión sobre lo que sea. ¿Acaso Dios ha dicho alguna vez su opinión? He aquí por qué hay tantas cosas que se me atragantan, que querría escupir y que me trago. Para qué decirlas, en efecto. Cualquiera es más interesante que el Sr. G. Flaubert, porque es más general, y por consiguiente más típico.

Hay días, no obstante, en que me siento hundido en el cretinismo. Ahora tengo una pecera con peces rojos, y me divierte; me hacen compañía mientras ceno. ¡Qué estúpido interesarse por cosas tan bobas!

Adiós. Es tarde, estoy espeso. La abrazo tiernamente y soy

suyo

Gustave Flaubert

## **16. SAND A FLAUBERT**

**[París, 7 de diciembre de 1866]**

¿No poner nada del propio corazón en lo que uno escribe? No lo entiendo en absoluto, pero en absoluto. A mí me parece que no se puede poner otra cosa. ¿Acaso es posible separar el espíritu del corazón, acaso son cosas distintas? ¿Acaso es siquiera posible limitar la sensación, escindir el ser? En fin, no darse entero en la propia obra me parece tan imposible como llorar con otra cosa que con los propios ojos o pensar con otra cosa que con el propio cerebro. ¿Qué ha querido decir? Ya me responderá cuando tenga tiempo.

[sin firma]

## **17. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 15-16 de diciembre de 1866]**

Noche del sábado

[...] Mi estilo continúa procurándome pegadas considerables. Espero, de todas maneras, haber pasado el peor tramo en un mes. Pero actualmente estoy perdido en un desierto. En fin, ¡que sea lo que Dios quiera!

¡Con qué placer abandonaría ahora mismo este género para no regresar a él jamás! ¡Pintar a los burgueses modernos y franceses ya ofende considerablemente a mi nariz! Y además, ¿no sería ya hora de divertirse un poco en la vida y de escoger temas agradables para el autor?

Me expresé mal cuando le dije “que no habría que escribir con el corazón”. Quise decir que no habría que poner la propia personalidad en escena. Creo que el gran arte es científico e impersonal. Es necesario, con un esfuerzo del espíritu, meterse en los Personajes, y no atraerlos hacia uno mismo. He ahí al menos el método, lo que equivale a decir: intenta tener el máximo de talento e incluso de genio, si puedes. ¡Qué vanidad en todas las Poéticas y en todas las críticas! Y el aplomo de los que las escriben me asombra. ¡Oh, nada los altera, a esos tipejos!

¿Ha notado usted que a veces hay en el aire corrientes de ideas comunes? Acabo de leer la última novela de mi amigo Du Camp, *Les Forces perdues*. Me recuerda mucho, en varios aspectos, a lo que yo hago. Es un libro (el suyo) bastante ingenuo y que da una idea justa de los hombres de nuestra generación, que se han convertido en auténticos fósiles para los jóvenes de hoy. La Reacción del 48 cavó un abismo entre las dos Francias. [...]

En fin, buenas noches. La beso tiernamente en las dos mejillas.

## **18. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 12-13 de enero de 1867]**

Noche del sábado

Yo sigo manoseando mi novela. Me iré a París cuando esté al final de mi capítulo, hacia mediados del mes que viene. Continúa su lenta marcha. Esculpo laboriosamente a mi tipejo, como un forzado. Y yo mismo lo soy (un tipejo, si no un forzado), y uno bastante triste.

Al contrario de lo que usted supone, “ninguna bella dama” viene a visitarme. Las bellas damas han ocupado mucho mi espíritu, pero me han

quitado muy poco tiempo. Tráteme de anacoreta es quizá una comparación más justa de lo que usted misma cree. Paso semanas enteras sin intercambiar una palabra con un ser humano. Y al final de la semana, me resulta imposible recordar un solo día, ni un hecho cualquiera. Veo a mi madre y a mi sobrina los domingos y eso es todo. Mi única compañía consiste en una banda de ratas que hacen en el granero, por encima de mi cabeza, un alboroto infernal, cuando el agua no brama y el viento no sopla. Las noches son negras como la tinta, y me rodea un silencio semejante al del Desierto. La sensibilidad se exalta desmesuradamente en un lugar así. Tengo palpitations por nada, cosa comprensible, por otra parte, en un viejo histérico como yo. Porque sostengo que hay hombres histéricos, igual que las mujeres, y yo soy uno de ellos. Cuando escribí *Salambó* leí a “los mejores autores” sobre esa materia y reconocí todos mis síntomas: siento la bola en el cuello y los pinchazos en el occipucio. Todo eso resulta de nuestras alegres ocupaciones. Eso es lo que sacamos de atormentar el alma y el cuerpo. Pero ¿y si ese tormento es lo único que merece la pena en este mundo?

Creo que ya le dije que había releído *Consuelo* y *La Comtesse de Rudolstadt*. Me ha ocupado cuatro días. Charlaremos sobre ellas largamente cuando usted quiera. ¿Por qué me he “enamorado” de Liverani? Será que tengo los dos sexos, quizá. [...]

Haga usted una reverencia a su bella hija, dé un apretón de mano a su hijo, dé cuatro besos en las mejillas a la señorita Aurore. En cuanto a usted, cuídese, por el amor de

su viejo

Gustave Flaubert

## 19. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 15 de enero de 1867]

He recibido tu carta esta mañana, querido amigo de mi corazón. ¿Por qué será que te amo más que a la mayoría, incluso más que a viejos compañeros bien conocidos? [...]

En fin, uno se hace, en la vejez, a la luz del sol poniente de su vida —que es la hora de tonos y reflejos más bellos—, una noción nueva de todas las cosas, y de los afectos especialmente. En la edad del crecimiento y de la personalidad, uno tantea la amistad como tantea el terreno, desde el punto de vista de la reciprocidad. Uno se siente sólido, y sólido quiere encontrar a quien le guíe o le conduzca. Pero cuando se siente huir la intensidad del yo, amamos

a las personas y a las cosas por lo que son ellas mismas, por lo que representan a los ojos de nuestra alma, y ya no por lo que aportarán a nuestro destino. Es como el cuadro o la estatua que querríamos poseer, al mismo tiempo que soñamos en una bella mansión donde colocarlos. Pero hemos recorrido la verde Bohemia sin ganar nada, hemos permanecido pobres, sentimentales y trovadores. Sabemos bien que será así para siempre y que moriremos en la pobreza. Entonces pensamos en la estatua, en el cuadro, con los que no sabríamos qué hacer y que no sabríamos dónde colocar honorablemente si los poseyéramos. Nos sentimos contentos de saberlos en cualquier templo no profanado por el frío análisis, un poco lejano, y los amamos aún más. Nos decimos: volveré al lugar donde están. Los veré de nuevo y amaré siempre a quien me los hizo amar y comprender. Y es así realmente: el ideal que renunciamos a fijar, queda fijado en nosotros, porque permanece fiel a sí mismo. He aquí todo el secreto de lo bello, de lo bueno, de lo único verdadero, del amor, de la amistad, del arte, del entusiasmo y de la fe. Piensa en ello, verás cómo es así.

Esa soledad en que vives me parecería deliciosa si hiciera buen tiempo. En invierno, la encuentro estoica y tengo que forzarme a recordar que tú no tienes la necesidad moral de la locomoción habitual. Pienso que debe de haber para ti algún otro gasto de fuerzas durante tus encierros; en ese caso, está muy bien, pero no hace falta prolongarlos indefinidamente. Si la novela va a durarte más, es necesario interrumpirla o esponjarla con distracciones. De verdad, querido amigo. Piensa que la vida del cuerpo se irrita y se crispa cuando uno la reduce demasiado. Estando enferma en París, fui a ver a un médico bastante loco pero muy inteligente que me dijo varias cosas ciertas. Me comentó que yo me espiritualizaba de una manera inquietante, y como yo le dije, pensando justamente en ti, que uno puede abstraerse de cualquier otra cosa que no sea el trabajo, y conseguir de él más bien exceso de fuerza que disminución de ella, me respondió que hay más peligro en la acumulación que en la pérdida. Y, sobre esto, muchas otras cosas excelentes que querría saber reproducir para ti. Pero, en fin, tú las sabes, aunque no las practiques. ¡Ese trabajo al que maltratas tanto de palabra, es una pasión, y de las grandes! Te diré, como tú me dices: por nuestro amor y por el de tu viejo trovador, cuídate un poco.

Consuelo, La Comtesse de Rudolstadt, ¿qué es eso? ¿Es algo mío? ¡No recuerdo una maldita palabra de ellas! Dices que las lees. ¿Realmente te divierten? Entonces las releeré un día de éstos, y me querré si tú me quieres.

¿Y qué es eso otro de ser histérico? Quizá yo misma lo he sido, quizá lo soy, pero no sé nada de ello, ya que nunca he profundizado en el tema y sólo he oído hablar de él sin estudiarlo. ¿No es acaso una enfermedad, una angustia, causadas por el deseo de un imposible cualquiera? En ese caso, todos nosotros estamos aquejados de ese extraño mal, cuando tenemos imaginación;

y ¿por qué tal enfermedad debería tener un sexo?

Y más aún, algo para los expertos en anatomía: no hay más que un sexo. Un hombre y una mujer son hasta tal punto lo mismo, que es incomprensible el montón de distinciones y de razonamientos sutiles de los que se nutren las sociedades sobre este particular. He observado la infancia y el desarrollo de mi hijo y de mi hija. Mi hijo era yo, es decir mucho más mujer que mi hija, que era un hombre inacabado. [...]

Tal vez iré a Cannes, donde algunos amigos me reclaman. Pero no puedo aún abrir la boca ante mis hijos. Cuando estoy con ellos, no es fácil moverse. Hay pasión y celos. ¡Y toda mi vida ha sido así, nunca mía del todo! ¡Laméntate tú, pues, tú que te perteneces!

[sin firma]

## 20. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 23-24 de enero de 1867]

Noche del miércoles

He seguido sus consejos, estimado maestro. ¡He hecho ejercicio! ¿Qué le parece? El domingo por la noche, a las once, había tal claro de luna, sobre el río y sobre la nieve, que me asaltó un prurito de locomoción. Y salí a pasear durante dos horas y media. Iba fantaseando, figurándome que viajaba por Rusia o por Noruega. Cuando la marea subió e hizo crujir los témpanos del Sena y el agua helada que cubría el curso, fue, sin ironía alguna, espléndido. Entonces pensé en usted, y la eché de menos.

No me gusta comer solo. Tengo que asociar a alguien o la idea de alguien a las cosas que me dan placer. Me pregunto, yo también, por qué la quiero. ¿Es porque es usted un gran Hombre o un ser encantador? No lo sé. Lo que es seguro, es que siento por usted un sentimiento particular y que no puedo definir.

Y a propósito de esto, ¿cree usted (que es Maestro en psicología) que uno ama a dos personas de la misma manera? ¿Y que uno experimenta alguna vez dos sensaciones idénticas? Yo creo que no, ya que nuestra individualidad cambia en todos los momentos de nuestra existencia.

Usted me escribe cosas bellas sobre los “afectos desinteresados”. Eso es verdad. Pero ¿no lo es lo contrario? Siempre hacemos a Dios a nuestra imagen. En el fondo de todos nuestros amores y de todas nuestras admiraciones nos reencontramos: ¿nosotros? ¿o alguna cosa aproximada? Qué

más da, si nosotros nos va Bien.

Mi yo me importuna, por momentos. ¡Cómo me pesa sobre los hombros ese tipejo! ¡Escribe tan lentamente! Y no para de quejarse de su trabajo. ¡Qué castigo! ¡Y qué maldita idea, haber escogido un tema como éste! Debería darme usted una receta para ir más deprisa; ¡y usted se queja de tener que buscar fortuna, usted! [...]

He recibido un mensaje de Sainte-Beuve que me confirma su buena salud. Pero me suena lúgubre. ¡Parece desolado por no poder frecuentar los bosques de Cypris! ¡Está en lo cierto, después de todo! Al menos en su certeza, que viene a ser lo mismo. ¿Me pareceré a él cuando tenga su edad? No lo creo. Al no haber tenido la misma juventud, mi vejez será diferente. Esto me recuerda que había pensado, en otro tiempo, en un libro sobre Sainte-Périne. El señor Champfleury ya trató el tema, a lo idiota. Porque yo no le veo nada de cómico (ni al tema, ni a Champfleury). Yo lo habría hecho atroz y lamentable. Creo que el corazón no envejece. Incluso hay gente a quien se le hace más grande con la edad. Yo era más seco y áspero a los veinte años que hoy. Me he feminizado y enternecido con el tiempo, así como otros se endurecen. Y eso me indigna. Siento que me vuelvo fofo. Apenas hace falta nada para conmoverme. Todo me perturba y me agita. [...]

Adiós, pues. Piense en mí. Le envío mis mejores abrazos.

Suyo

Gustave Flaubert

## 21. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 27 de enero de 1867]

[...] Tú, querido, paseas por la nieve, de noche. He aquí que, para hacer una salida excepcional, escoges la ocasión más loca, y podrías haber caído enfermo. No es la luna, sino el sol lo que yo te aconsejaba, que no somos lechuzas, qué diablos. Por aquí hemos tenido tres días primaverales. Juraría que no subiste a mi jardín, tan hermoso y tan querido. Yo te haría subir allí todos los días de buen tiempo, a mediodía. El trabajo sería más fluido después, y compensaría el tiempo perdido.

Así pues, ¿tienes problemas de dinero? Yo ya ni sé qué es, desde que no tengo nada en el mundo. Vivo de mi trabajo como el proletario: cuando ya no pueda hacerlo, estaré camino del otro mundo, y entonces no necesitaré nada. Pero tú tienes que vivir. ¿Cómo vivir de tu pluma si te dejas engañar y explotar

siempre? [...]

No, no iré a Cannes, aunque me tienta muchísimo. Figúrate que ayer recibí una pequeña caja llena de flores cortadas hace cinco o seis días, porque el envío fue primero a París y luego a Palaiseau. Pues bien, esas flores están adorablemente frescas, de lo más hermosas. ¡Ah, partir, partir ahora mismo hacia el país del sol! Pero no tengo dinero y tampoco tengo tiempo. [...] Si no puedo ir a París el mes que viene, ¿vendrás tú a verme aquí? ¡Ya sé, son ocho horas de viaje! Pero no puedes dejar de venir a ver este viejo nido. Me debes ocho días, o creeré que amo a un pedazo de ingrato que no me corresponde.

¡Pobre Sainte-Beuve! Más desgraciado que nosotros, él que no tiene grandes penas ni problemas materiales. ¡He aquí que llora por lo menos lamentable y lo menos serio de la vida, entendida como él la entiende! Y además, tan superficial, él que fue jansenista. Su corazón se ha enfriado por ese lado. La inteligencia tal vez se desarrolla con la edad. Pero no es suficiente para hacernos vivir, y tampoco nos enseña a morir. [...]

En fin, buenas noches, querido amigo de mi corazón. Suena la hora de la representación. Maurice nos ofrece esta noche marionetas. ¡Es tan divertido, y el teatrillo tan bonito! Una verdadera joya. ¡Que no puedas estar aquí! Es tan estúpido, no vivir puerta con puerta con aquellos a los que se ama.

[sin firma]

## 22. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 6 de febrero de 1867]

miércoles

[...] No, no tengo lo que se llama problemas de dinero. Mis ingresos son escasos pero seguros. Lo único que ocurre es que, como es habitual en su amigo de usted anticipar sin cobrar, se encuentra apurado, y refunfuña “en el silencio del despacho”. Pero nada más. A menos que surjan trastornos extraordinarios, tendré siempre para comer y calentarme hasta el fin de mis días. Mis herederos son o serán ricos (porque yo soy el pobre de la familia); así que... ¡a otra cosa!

En cuanto a ganar dinero con la pluma, es una pretensión que jamás he tenido, reconociéndome radicalmente incapaz para ello. Hay que vivir, pues, una vida simple en el campo, lo cual tampoco es tan malo. Cuando tantos otros que valen más que yo no tienen dónde caerse muertos, sería injusto lamentarse. Además, acusar a la Providencia es una manía tan común que uno

debe abstenerse de ella, por simple buen gusto.

Añadiré algo sobre el Dinero que será un secreto entre nosotros. Puedo, sin que me suponga ningún esfuerzo, cuando esté en París, es decir del 20 al 23 de este mes, prestarle a usted mil francos, si tiene necesidad de ellos para ir a Cannes. Le hago esta propuesta directamente como se la haría a Bouilhet o a cualquier otro íntimo. ¡Nada de ceremonias! ¿No es cierto? Entre gentes de mundo esto no sería muy adecuado, lo sé, pero entre trovadores, se pueden decir así las cosas.

Es muy amable al invitarme a ir a Nohant. Iré, porque tengo muchas ganas de conocer su casa. Me disgusta no conocerla, cuando pienso en usted. Pero debo retardar ese placer hasta el próximo verano. Ahora tengo que quedarme en París algún tiempo. Tres meses son poco tiempo para todo lo que quiero hacer allí. [...]

¡Pero qué severidad para el viejo Beuve, que no es ni jesuita ni virgen! Echa de menos, dice usted, «lo que no se debe echar de menos, entendido como él lo entiende». ¿Por qué? Todo depende de la intensidad que uno ponga en el asunto. Me parece usted, en el fondo, infestada (en esta materia) de catolicismo, querida maestra. Los hombres siempre pensarán que la cosa más seria de su existencia es Gozar. La Mujer, para todos nosotros, es la Ojiva del infinito. No será nada noble, pero es el verdadero fondo del Macho. Se bromea sobre todo ello, desmesuradamente. ¡Gracias a Dios por la Literatura, y por la Felicidad individual, también! ¡Gloria a Venus! [...]

¡Ah, esta tarde la he echado de menos! Las mareas son espléndidas. El viento muge, el río blanquea y se desborda. Llegan aires del mar que reconfortan.

Adiós. La abrazo como la quiero, muy tiernamente.

### **23. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 8 de febrero de 1867]**

No, no soy católica, pero me repugnan las monstruosidades. Digo que el vejestorio que se paga jovencitas no hace el amor, y que ahí no hay ni Cypris, ni ojiva, ni infinito, ni macho, ni hembra. Hay algo contra natura, porque no es el deseo el que pone a la chica en los brazos del carcamal, y donde no hay libertad ni reciprocidad, hay un atentado contra la santa naturaleza. Por eso la pérdida que él lamenta no es de lamentar, a no ser que crea que sus fulanitas lo echarán de menos a él (y yo te pregunto: ¿echarán de menos otra cosa que su escaso salario?). Ahí está la gangrena de ese gran y admirable espíritu, tan

lúcido y tan sabio desde cualquier otro punto de vista. Uno se lo perdona todo a aquéllos a quienes ama, cuando hay que defenderlos de sus enemigos. En cualquier caso, lo que tú y yo nos decimos queda entre nosotros dos, y yo puedo decirte que el vicio ha estropeado a mi viejo amigo.

Hay que creer que tú y yo nos amamos de corazón, querido compañero, porque los dos tuvimos al mismo tiempo el mismo pensamiento. Me ofreces mil francos para ir a Cannes, tú que eres tan pobre como yo, y cuando me escribiste que estabas agobiado por temas de dinero, reabrí mi carta para ofrecerte la mitad de mi haber, que en este momento asciende a 2000. Ésos son mis fondos. Y luego, no osé hacerlo. ¿Por qué? Una estupidez; tú has sido mejor que yo, tú has ido al grano con toda buena fe. Te doy un fuerte abrazo por ese buen pensamiento, pero no te lo acepto. Pero lo aceptaría, tenlo por seguro, si no tuviera más recursos. En cualquier caso, si alguien me debiera prestar dinero, sería el señor Buloz, que se ha comprado mansiones y tierras gracias a mis novelas. Él no me negaría el préstamo, lo sé. Incluso me lo ha ofrecido. Así que lo tomaré de él, si es necesario. Pero en estos momentos no estoy en condiciones de partir. He recaído estos últimos días. He dormido 36 horas seguidas, exhausta. Ahora estoy de pie, pero débil. Te confieso que no tengo la energía de querer. No, no la tengo. Moverme del lugar donde estoy bien, buscar nuevas fatigas, salir de mi mal para caer en otros males, sería un poco estúpido, creo; en cambio, sería dulce irse de aquí así, todavía amando, todavía amada, en guerra con nadie, en absoluto descontenta de mí y soñando en las maravillas de otros mundos, con la imaginación aún fresca.

Pero no sé por qué te hablo de cosas tan tristes. Tengo por costumbre considerarlas con dulzura. Se me olvida que parecen penosas para quienes están en la plenitud de la vida. No hablemos más de ellas y dejemos hacer a la primavera, que quizá me hará llegar con su soplo las ganas de retomar mi tarea. Seré tan obediente a la voz interior que me proponga marcharme como a la que me diga que me quede. [...]

Es probable que tenga que ir a París para un asunto u otro. Nos abrazaremos y, después, vendrás a Nohant, en verano. ¡Es una promesa!

Mis recuerdos a tu madre y a la bella sobrina. [...]

[sin firma]

## **24. FLAUBERT A SAND**

**[París, 13 de abril de 1867]**

Sábado

Querida maestra,

Usted debería, ciertamente, ir a tomar el sol en cualquier parte. ¡No tiene sentido estar siempre sufriendo! ¡Viaje, pues, descanse! La resignación es la peor de las virtudes.

¡A mí, en cambio, me iría bien tener un poco de ella para soportar todas las imbecilidades que oigo! No se imagina usted a qué punto pueden llegar. Francia, que a veces ha sido presa de la histeria religiosa (como bajo Carlos VI), parece hoy tener parálisis cerebral. Todo el mundo está idiotizado por el miedo: miedo a Prusia, miedo a las huelgas, miedo de la Exposición “que no va bien”, miedo de todo. Hay que remontarse a 1849 para encontrar un grado parecido de cretinismo.

Hemos tenido en la última cena en Magny tales conversaciones de portero que me he jurado interiormente no volver a poner los pies allí. ¡No hubo otro tema, todo el rato, que Bismarck y Luxemburgo! ¡Aún resuena en mis oídos! ¡Además se me hace tan complicado vivir! Lejos de embotarse, mi sensibilidad se agudiza. Un montón de cosas insignificantes me hacen sufrir. ¡Perdóneme la debilidad, usted que es tan Fuerte y tan tolerante!

La novela no va del todo bien. Me he sumergido en la lectura de periódicos del 48. He tenido que hacer (y aún no he acabado) distintas excursiones: a Sèvres, a Creil, etc.

El viejo Sainte-Beuve prepara un discurso sobre el Librepensamiento que leerá en el Senado, a propósito de la ley de la prensa. Ha sido muy audaz, sépalo usted.

Dígale a su hijo Maurice que lo quiero mucho. Primero porque es su hijo, y segundo porque es él. Me parece bueno, espiritual, cultivado, nada engreído, en fin, encantador. “Y con talento”.

Ciertamente, iré a Nohant. Pero ¿cuándo vendrá usted a París?

Mil abrazos de

su

Gustave Flaubert

## **25. FLAUBERT A SAND**

**[París, 6 de mayo de 1867]**

Lunes por la noche

¡Me inquieta no tener noticias tuyas, querida maestra! ¿Qué es de usted?  
¿Cuándo la volveré a ver?

Mi viaje a Nohant no va a ser posible, he aquí por qué. Mi madre ha sufrido, hace ocho horas, un pequeño ataque. No ha sido nada al fin, pero podría repetirse. Ella me echa de menos, y tendré que adelantar mi regreso a Croisset. Si ella está mejor en agosto, no hace falta decir que me precipitaré hacia su casa [...]

Hoy hay cena en Magny, pero no iré, pues faltan los mejores.

Desde que los rumores de guerra se han calmado, todo parece un poco menos idiota. La desazón que me producía la cobardía pública se calma.

He estado dos veces en la Exposición, es agobiante. Hay cosas maravillosas y más que curiosas. Pero el hombre no está hecho para devorar el infinito. Habría que saber de todas las Ciencias y todas las Artes para interesarse por todo lo que uno ve en el Campo de Marte. Alguien que dispusiera de tres meses enteros y que fuera allí todas las mañanas a tomar notas, se ahorraría luego un montón de lecturas o de viajes. Uno se siente muy lejos de París, en un mundo nuevo y feo, un mundo enorme que quizá es el del porvenir. La primera vez que comí allí, pensé todo el tiempo en América y me entraron ganas de hablar como un negro.

Así pues, dentro de quince días regresaré a Croisset, después de tres meses de estancia aquí, donde, según mi costumbre, he hecho apenas la quincena parte de lo que quería hacer.

Muchos recuerdos a Maurice. Un tierno abrazo.

Su viejo

Gustave Flaubert

Me han dicho que Girardin ayudó en misa en la capilla de su mujer. Él era el que hacía sonar la campanilla, ¡qué bueno!

## **26. SAND A FLAUBERT**

**Nohant, 9 de mayo de 1867**

Querido amigo de mi corazón,

Estoy bien, trabajo, voy acabando Cadio. Hace calor, vivo, estoy tranquila (y triste, no sé muy bien por qué). En esta existencia tan uniforme, tan tranquila y tan dulce que llevo aquí, estoy en un elemento que me debilita

moralmente mientras me fortifica físicamente, y caigo en ataques de melancolía de miel y rosas no por ello menos melancólicos. Me parece que todos aquellos a quienes he amado me olvidan y que ello es de justicia, porque vivo egoístamente, sin hacer nada por ellos. He vivido dedicaciones formidables, que me abrumaban, que sobrepasaban mis fuerzas y que maldecía con frecuencia. Y ahora sucede que, cuando no tengo más que hacer, me disgusta estar bien. Si la especie humana fuera muy bien o muy mal, uno se vincularía a un interés general, se viviría de una idea, ilusión o sabiduría. ¡Pero tú ya ves cómo están los espíritus, tú que truenas con energía contra los miedosos! ¿Eso se disipa, dices? ¡Pero es para comenzar de nuevo! ¿Qué será de una sociedad que se paraliza en medio de su expansión porque mañana puede llegar una tormenta? Nunca antes el pensamiento del peligro ha producido desmoralizaciones como éstas. ¿A tal punto hemos decaído que hay que rogarnos que comamos jurándonos que nada vendrá a inquietar nuestra digestión? Sí, es estúpido, es vergonzoso. ¿Éste es el resultado del bienestar, y la civilización nos empujará a un egoísmo enfermizo y cobarde? Mi optimismo ha recibido un duro golpe en estos últimos tiempos.

Yo me hice una ilusión, me dio coraje la idea de tenerte aquí. Era como una curación que yo cocinaba a fuego lento. Pero ahora tú estás inquieto con tu querida vieja madre, y ciertamente, no tengo nada que objetar. En fin, si puedo acabar Cadio, a la cual estoy atada bajo pena de no poder ni pagar mi tabaco y mis zapatos, antes de que te vayas de París, iré a encontrarte con Maurice. Si no, te esperaré a final del verano. Mis hijos, desconfiados ante este retraso, te esperan también, y deseamos tanto más tu visita por cuanto eso significará que tu madre goza de buena salud.

Hemos vuelto a sumergirnos en la historia natural. Maurice quiere perfeccionarse en los insectos. Yo aprendo de rebote. Cuando me haya metido en la cabeza el nombre y la forma de dos o tres mil especies imperceptibles, habré avanzado un poco, ¿no? Bueno, estos estudios son verdaderos pulpos que te atrapan y te llevan a no sé qué infinito. Tú te preguntas si es el destino del hombre beber el infinito: a fe que sí, no lo dudes, es su destino porque es su sueño y su pasión. Inventar, es también apasionante, pero ¡qué fatiga después! ¡Cómo se siente uno vaciado y despojado intelectualmente cuando ha emborronado páginas durante semanas y meses sobre ese animal bípedo que tiene el derecho exclusivo de ser representado en las novelas! Veo a Maurice completamente fresco y rejuvenecido cuando regresa a sus animales y a sus piedras, y si yo aspiro a salir de mi miseria, es para enterrarme en los estudios que, a decir de los tenderos, no sirven para nada. Siempre es mejor, en cualquier caso, que decir misa y hacer sonar la adoración del creador. ¿Es verdad, eso que me cuentas de G? ¿Es posible? No me lo puedo creer. ¿No será que hay en la atmósfera que la tierra exhala en estos tiempos un gas, hilarante o parecido, que altera de golpe el cerebro y lleva a hacer

extravagancias, como hubo durante la primera revolución un fluido exasperante que llevó a cometer crueldades? Hemos caído del infierno de Dante al de Scarron.

¿Qué piensas tú, cabeza lúcida y buen corazón, en medio de esta bacanal? Estás encolerizado, eso está bien, prefiero eso a que te rías; pero ¿qué ocurre cuando te apaciguas y reflexionas...?

¿Hay que encontrar una manera de aceptar el honor, el deber y la fatiga de vivir a pesar de todo? Yo me recreo en la idea de un viaje eterno por mundos más apasionantes. Pero habría que viajar deprisa y cambiar incesantemente. La vida que tanto lamentamos perder es siempre demasiado larga para aquellos que comprenden rápidamente lo que ven. Todo se repite.

Estoy segura de que no hay más que un placer, el de aprender lo que uno no sabe (y una felicidad: amar las excepciones). Así pues, te amo y te abrazo tiernamente.

Tu viejo trovador

Gustave Flaubert

[...]

## **27. FLAUBERT A SAND**

**[París, 17 de mayo de 1867]**

viernes por la mañana

Vuelvo con mi madre el próximo lunes, querida maestra, ¡y de aquí a entonces no creo que nos veamos! Pero cuando usted esté en París, ¡nada le impedirá acercarse a Croisset, donde todo el mundo la adora, empezando naturalmente por mí! [...]

No se habla ya de la guerra, no se habla de nada. Lo único que “ocupa todos los espíritus” es la Exposición y los cocheros exasperan a los burgueses. Han estado graciosos (los burgueses) durante la huelga de los sastres. Cualquiera hubiera dicho que la Sociedad iba a derrumbarse.

Axioma: el odio a los Burgueses es el inicio de la virtud. Incluyo en el concepto “burgués” tanto a los burgueses en mangas de camisa como a los burgueses en redingote. Nosotros, y sólo nosotros, es decir los literatos, somos el Pueblo, o por decirlo mejor, la tradición de la Humanidad.

Sí, soy susceptible de cóleras desinteresadas, y la quiero más a Usted por

quererme por eso. La estupidez y la injusticia me hacen rugir. Y aúllo, en mi rincón, contra un montón de cosas “que no se preocupan de mí”.

¡Qué triste es que no vivamos cerca, querida maestra! Yo la admiraba antes de conocerla. Desde el día en que vi su dulce y hermoso rostro, la quise. ¡Así es! Yo también la abrazo muy fuerte.

Su viejo

Gustave Flaubert

## **28. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 30 de mayo de 1867]**

¡¡He acabado Cadio, uf!!! Sólo me falta revisarlo un poco. Es como una enfermedad, llevar tanto tiempo con un asunto así en la cabeza. Además la enfermedad real me ha interrumpido tanto que me costó bastante retomarlo. Pero ahora estoy fuerte como un roble, desde que ha empezado el buen tiempo, y tomaré un baño de botánica. Maurice lo toma de entomología. Ha recorrido tres leguas con un amigo para buscar, en medio de un llano inmenso, un animal que hay que mirar con lupa. ¡He ahí la felicidad! Estar chalado por algo.

Mis tristezas se han disipado mientras acababa Cadio. Ahora mismo, no tengo más de quince años y todo me parece perfecto en el mejor de los mundos posibles. Esto durará lo que se pueda. Son accesos de inocencia, en los que el olvido del mal equivale a la inexperiencia de la edad de oro.

¿Cómo va tu querida madre? Seguro que feliz de volverte a tener cerca. ¿Y la novela? ¡Hay que avanzar, qué diablo! ¿Sigues adelante, eres razonable?

El otro día, había por aquí algunas personas nada estúpidas que hablaban muy bien de Madame Bovary, pero a las que gustaba menos Salambó. Lina se encolerizó mucho, y no quiso permitir a esos desafortunados la más pequeña objeción. Maurice tuvo que calmarla, y luego, hizo una defensa ponderada de la obra, artística y sabia, tan fina que los recalcitrantes se rindieron. Me habría gustado escribir lo que dijo. Habla poco y a menudo sin gracia. Esta vez estuvo extraordinariamente acertado.

No quiero decirte adiós, sino hasta luego, mientras pueda. Te quiero mucho, mucho, mi querido viejo, tú lo sabes. Lo ideal sería vivir una larga temporada con un buen y gran corazón como el tuyo. Pero entonces una ya no querría morir, y cuando se es viejo de verdad, como yo, hay que estar preparada para cualquier cosa.

Te abrazo tiernamente, Maurice también. Aurore es la persona más dulce y más graciosa. Su padre le da de beber diciéndole: Dominus vobiscum; ella bebe y responde: Amen. Así aprende. ¡Qué maravilla el desarrollo de un niño pequeño! Nadie lo ha escrito jamás. Seguido día a día, sería precioso, desde todos los puntos de vista. Es una de esas cosas que vemos todos sin verlas. Una vez más, adiós, y piensa en tu viejo trovador, que piensa en ti sin cesar.

## **29. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset 12 de junio de 1867]**

Miércoles por la noche

Pasé 36 horas en París a principios de esta semana, para asistir al Baile de las Tullerías. Fue algo espléndido, en serio. París, por otra parte, tiende a lo colosal. Todo se está volviendo loco y desmesurado. ¿Regresamos quizá al viejo Oriente? Parece que los ídolos quieren salir de la tierra. Estamos amenazados por una nueva Babilonia. ¿Por qué no? El individuo ha sido tan totalmente negado por la Democracia, que se llegará a una anulación completa, como bajo los grandes despotismos teocráticos.

El zar de Rusia me decepcionó profundamente. Lo encontré vulgar. Al lado del señor Floquet, que grita sin riesgo alguno “viva Polonia”, tenemos a la gente-chic que se pelea por entrar en el Elíseo. ¡Oh, qué buena época!

En cuanto a la novela, va piano. A medida que avanzo, surgen las dificultades. ¡Qué pesada carreta de melones para arrastrar! ¡Y usted se lamenta de un trabajo que dura seis meses! A mí me quedan todavía dos años, por lo menos (en el mejor de los casos). ¿Cómo diablos hace Usted para encontrar el hilo de sus ideas? Eso es lo que a mí me retrasa. Este libro, además, me exige investigaciones fastidiosas. Por ejemplo, el lunes estuve sucesivamente en el Jockey-club, en el Café Anglais, y en casa de un abogado.

¡Ah!, a propósito, me olvidaba de decirle que el buen Chilly ha leído Le Château des coeurs. Lo que he entendido es que no ha entendido nada. De modo que el oso ha vuelto a su madriguera.

¿Le gusta a usted el prólogo del viejo Hugo a Paris-Guide? No mucho, ¿no es así? La filosofía de Hugo siempre me ha parecido vaga.

He estado, embobado, hace ocho horas, ante un campamento de gitanos que se han establecido en Rouen. Es la tercera vez que voy allí. Y siempre con un placer renovado. Lo admirable es cómo excitan el Odio de los Burgueses, aunque son inofensivos como corderos. He conseguido que la multitud me

mirase mal al darles algunas monedas. Y he oído algunas bonitas palabras contra mí. Este odio tiene algo muy profundo y complejo. Uno lo encuentra en toda la gente de orden. Es el odio hacia el Beduino, hacia el Herético, hacia el filósofo, hacia el solitario, hacia el Poeta. Hay también miedo en ese odio. A mí, que siento atracción siempre por las minorías, me exaspera. Es verdad que muchas cosas me exasperan. El día que ya no me indigne, caeré en el suelo, como una marioneta a quien le cortan los hilos.

El palo que me ha sostenido este invierno ha sido la indignación que siento contra nuestro gran historiador nacional, el señor Thiers, que ha pasado al estado de semidiós. Y el folleto de Trochu, y el eterno Changarnier regresando sobre las aguas. Gracias a Dios, el delirio de la Exposición nos ha librado temporalmente de esos payasos.

Adiós, querida maestra. La abrazo como la quiero, es decir fuertemente. ¡A ver si viene usted! Me canso de no ver su ilustre y amada cara.

### **30. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 14 de junio de 1867]**

[...] No te molestes y organiza tu verano sin preocuparte de mí. Tengo ahora mismo treinta proyectos, y no me comprometo con ninguno. Lo que me entusiasma son las cosas que me llevan a lo imprevisto. Pasa en los viajes como en las novelas: lo que sucede es lo que manda. Desde París, Rouen está a un tiro de piedra, y estaré dispuesta, cuando me encuentre allí, a responder a tu llamada en cualquier momento. Me remuerde un poco la conciencia quitarte días enteros de trabajo, porque yo no me canso jamás de pasear, y me sabe mal que tú pierdas horas bajo un árbol, o ante el fuego, con la certeza de que yo encontraré en ellos algo de interesante. ¡Se me da tan bien vivir lejos de mí! No ha sido siempre así. También yo he sido joven, y he estado sujeta a las indignaciones. ¡Se acabó! Desde que empecé a meter la nariz en la verdadera naturaleza, he encontrado en ella un orden, una continuidad, una placidez de revoluciones que le faltan al hombre, pero que el hombre puede hasta cierto punto hacer suyas, cuando no está directamente atado a las dificultades de la vida que le es propia. Cuando esas dificultades reaparecen, hace bien en esforzarse por protegerse de ellas, pero si ha bebido en la copa de lo verdaderamente eterno, no se apasiona demasiado por o contra lo efímero y relativo.

Pero ¿por qué te digo esto? Me ha venido espontáneamente, porque, pensándolo bien, tu estado de sobreexcitación es probablemente más

verdadero, o al menos más fecundo y más humano que mi serenidad senil. No querría que te parecieras a mí, ni siquiera si, por medio de una operación mágica, pudiera hacerlo. Yo no me interesaría por mí, si por azar me encontrara. Me diría que basta con un trovador que dominar, y enviaría al otro a paseo.

A propósito de los gitanos, ¿sabías que hay gitanos de mar? Los descubrí en los alrededores de Tamaris, en unos acantilados remotos, en grandes barcas resguardadas, con mujeres, niños, una población costera, bastante pequeña, muy curtida, que come de lo que pesca, sin apenas comercio, con una lengua extraña que la gente de la zona no entiende; sin otro lugar para residir que sus grandes barcas sobre la arena, cuando la tempestad se abate sobre sus ensenadas rocosas; se casan entre ellos, son inofensivos y sombríos, tímidos o salvajes, y nunca responden cuando uno les habla. No sé cómo los llaman. Me dijeron el nombre pero se me ha olvidado, aunque podría buscarlo de nuevo. Naturalmente, la gente del lugar abomina de ellos y dicen que no tienen ningún tipo de religión. Si es así, deben de ser superiores a nosotros.

Me aventuré totalmente sola en medio de ellos. «Buenos días, señores». Respuesta, un ligero gesto con la cabeza. Observo su campamento, nadie se inmuta. Parece que no me ven. Les pregunto si mi curiosidad les molesta. Un alzamiento de hombros, como diciendo: ¿y qué más nos da? Me dirijo a un chico que está reparando con destreza los eslabones de una cadenita. Le enseño una moneda de oro de cinco francos. Mira hacia otro lado. Le enseño una de plata. Se digna mirarla. «¿La quieres?». Baja la nariz sobre su trabajo. La dejo cerca de él. No se altera. Me alejo. Me sigue con la mirada. Cuando cree que ya no lo veo, toma la moneda y se va a charlar con un grupo. Ignoro de qué hablan. Imagino que la moneda va a parar a un fondo común. Me pongo a recoger plantas a cierta distancia, a su vista, por si se me acercan a pedirme algo más o a darme las gracias. Nadie se acerca. Vuelvo como por azar a su lado. El mismo silencio, la misma indiferencia. Una hora después, estaba en lo alto del acantilado y le preguntaba al guardacostas quién era esa gente que no hablaba francés ni italiano ni dialecto alguno. Fue él quien me dijo entonces ese nombre que no recuerdo. Según él, eran moros que se habían quedado en la costa desde la época de las grandes invasiones de la Provenza, y quizá no se equivocaba. Me dijo que me había visto entre ellos, desde lo alto de su puesto de vigía, y que había cometido una imprudencia, porque esa gente era capaz de todo; pero cuando le pregunté qué mal hacían, me reconoció que no habían hecho nada. Vivían del producto de la pesca y sobre todo de los restos y desechos que recogían antes que nadie. Eran objeto del más completo desprecio. ¿Por qué? Siempre la misma historia: aquél que no hace como todo el mundo no puede hacer sino algo malo. Si alguna vez vas por allí, tal vez puedas verlos en la punta de Brusq. Pero son aves migratorias, y hay años que no aparecen.

Ni siquiera he hojeado el Paris-Guide. Tenían que enviarme un ejemplar, ya que escribí alguna cosa para él, sin reclamar pago alguno. Probablemente por ello, me había olvidado. [...]

Te abrazo tiernamente, mi gran viejo. Camina un poco, te lo suplico. No temo por la novela, temo porque el sistema nervioso reemplace al sistema muscular. Yo estoy bastante bien, salvo algunos ataques que me hacen tenderme en mi cama durante cuarenta y ocho horas sin querer que nadie me hable. Pero me sucede raramente, y cuando consigo no dejarme enternecer para que me cuiden, me levanto perfectamente curada. Recuerdos de Maurice. La entomología lo ha vuelto a arrebatarse este año, y encuentra maravillas en ella. Abraza de mi parte a tu madre y cuida de ella. Te quiero con todo mi corazón.

### **31. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 18-19 de diciembre de 1867]**

Noche del miércoles

Querida maestra, querida amiga del alma,

¡Rujamos contra el señor Thiers!

¿Habrás visto un imbécil más triunfante, un carcamal más abyecto, un burgués más mierdiforme? ¡No! ¡Nada puede dar la idea del vómito que me inspira ese viejo chocho diplomático, engordando su estupidez sobre el estiércol de la Burguesía! ¿Es posible tratar con una falta de vergüenza tan completa y tan inepta la filosofía, la religión, los pueblos, la libertad, el pasado y el porvenir, la historia y la historia natural, todo? ¡Me parece eterno como la Mediocridad! ¡Me enerva!

¡Pero lo mejor, son esos revolucionarios a los que hizo encarcelar en 1848, y que ahora lo aplauden! ¡Qué Demencia infinita!

Lo cual prueba que Todo reside en el Temperamento. Las prostitutas, como Francia, siempre han sentido una debilidad por los viejos farsantes.

Intentaré, en la tercera parte de mi novela (cuando llegue a la reacción que siguió a las jornadas de junio), insinuar un panegírico del susodicho, a propósito de su libro De la propriété, y espero que estará satisfecho de mí.

¿Cómo hay que hacer para expresar la opinión de uno sobre las cosas de este mundo, sin riesgo de pasar, más tarde, por un imbécil? He ahí un arduo problema. Me parece que lo mejor es pintar, con toda honestidad, las cosas

que te exasperan. Diseccionar es una venganza.

Y, después de todo, ese tipo no es el que más me desazona, ni los otros como él. ¡Pero los Nuestros! Si hubiésemos seguido el gran camino del señor Voltaire, en lugar de tomar los pequeños senderos neocatólicos, si hubiésemos luchado un poco más por la Justicia en lugar de predicar tanto la Fraternidad, si nos hubiésemos preocupado de la Instrucción de las clases Superiores, dejando para más tarde los Comicios agrícolas, si hubiésemos conservado, en fin, la Cabeza encima del Vientre, no estaríamos ahora así, probablemente... [...]

No está nada bien que diga usted que no piense en “mi viejo trovador”. ¿En quién pensar, pues? ¿En mi libro, quizá? Es más difícil y menos agradable. [...]

Para dejar terminado mi libro en la primavera de 1869, ¡es necesario de aquí a entonces que no me dé ni ocho horas de descanso! Por eso no voy a Nohant. Es como la historia de las Amazonas. Para tirar mejor con arco, se mutilaban un pecho. ¿Será acaso una buena manera?

Adiós, querida maestra. Escríbame, ¿eh? Un tierno abrazo.

## **32. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 21 de diciembre de 1867]**

¡Por fin, alguien que piensa como yo sobre ese patán político! No podía ser otro que tú, amigo de mi corazón. Mierdiformes es la palabra exacta que clasifica a esa especie de vegetales nauseabundos. Tengo amigos, buenas personas, que se prosternan ante cualquier idea que proceda de él, y para quien ese saltimbanqui sin ideas es un Dios. Sin embargo, han quedado con la cola entre las piernas después de ese discurso rimbombante. Empiezan a pensar que esta vez ha ido un poco demasiado lejos, y quizá ha sido para bien que, a fin de conquistar la gloria parlamentaria, el tipo haya vaciado su saco de traperos, y sacado sus gatos muertos y sus tronchos de col ante todo el mundo. Eso enseñará a algunos. ¡Sí, harás bien en diseccionar esa alma de botarate y ese talento de tela de araña! Desgraciadamente, cuando llegue tu libro, quizá será pasado y resultará poco peligroso, porque este tipo de gente no deja nada tras ellos. Pero tal vez esté en el poder. Todo podría ser. En ese caso, vendrá muy a cuento.

No estoy de acuerdo contigo en que haya que mutilar el pecho para tirar con arco. Tengo una teoría del todo contraria, para mi uso personal, y que creo buena para muchos otros, probablemente para la mayoría. He desarrollado mi

idea en una novela que acabo de enviar a la Revue y que aparecerá después de la de About. Creo que el artista debe vivir de acuerdo con su naturaleza tanto como le sea posible. Al que ame la lucha, la guerra; al que ame a las mujeres, el amor; al viejo que, como yo, ame la naturaleza, los viajes y las flores, las rocas, los grandes paisajes, los niños también, la familia, todo lo que conmueve, todo lo que combate la anemia moral. Creo que el arte necesita de una paleta siempre desbordante de tonos suaves o violentos, según el tema del cuadro; que el artista es un instrumento que debe tocarlo todo antes de que los otros lo toquen. Pero todo esto quizá no es aplicable a un espíritu como el tuyo, que ha asimilado tanto y a quien no queda más por digerir. Tan sólo insistiré sobre un punto: que el ser físico es indispensable para el ser moral y que temo que un día u otro te llegue un deterioro de la salud, que te forzaría a suspender tu trabajo y a dejarlo enfriar.

Si tú vas a París a comienzos de enero, nos veremos allí, aunque yo no iré hasta pasadas las fiestas. Mis hijos me han hecho prometerles que pasaré esos días con ellos, y no me he podido resistir, a pesar de una gran necesidad de moverme. ¡Son tan amables! Maurice es de una alegría y de una inventiva inagotables. Ha hecho de su teatro de marionetas una maravilla de decorados, de efectos, de trucos, y las obritas que representa en esa caja encantadora son de una fantasía inaudita. La última se titula 1870. Vemos al Papa con Antonelli dirigiendo a los bandoleros calabreses para reconquistar su trono y restablecer al papado. Todo es por el estilo. Al fin, la viuda Ugénie se casa con el Gran Turco, único soberano restante. [...] Las obras duran hasta las dos de la tarde y todo el mundo sale exultante. Cenamos a las cinco. Hay representación dos veces por semana y el resto del tiempo, hay pequeñas escenas, y la obra continúa con los mismos personajes, en las aventuras más increíbles. El público se compone de 8 o 10 jovencitos, tres nietos-sobrinos y los hijos de algunos viejos amigos. Se entusiasman hasta dar alaridos. Aurore no puede asistir; estos juegos no son para su edad. Yo me divierto hasta el agotamiento. Estoy segura de que tú también te divertirías mucho, porque hay, en estas improvisaciones, una inspiración y un desenfado espléndidos, y los personajes creados por Maurice dan la impresión de estar vivos, con una vida burlesca, a la vez real e imposible; parece un sueño.

He aquí como vivo después de 15 días en que no he trabajado nada. Maurice me proporciona este recreo en mis intervalos de reposo, que coinciden con los suyos. Pone en ellos tanto ardor y pasión como cuando se enfrasca en la ciencia. Es realmente una naturaleza feliz y es imposible enfadarse con él. Su mujer es encantadora, redonda como un globo ahora, pero lleva sin desmayo su vientre, siempre en movimiento, ocupándose de todo, echándose en el sofá veinte veces al día, levantándose para ir a atender a la niña, a la cocinera, a su marido que le pide un montón de cosas para su teatro, volviendo a echarse, quejándose de dolores, y riendo al instante, cosiendo

canastillas, leyendo periódicos indignada, novelas que la hacen llorar, llorando también con las marionetas cuando hay escenas sentimentales, que también las hay. Es, en fin, todo un personaje, canta de maravilla, es colérica y tierna, prepara golosinas succulentas para sorprendernos. Y cada día de nuestra fase de recreo organiza una pequeña fiesta.

La pequeña Aurore se anuncia dulce y reflexiva, entiende de una manera maravillosa lo que se le dice, y cede a la razón, con sus dos añitos. Es del todo extraordinario y nunca he visto nada parecido. Sería incluso inquietante, si uno no sintiera una gran calma en las operaciones de ese pequeño cerebro.

¡Pero cómo parloteo contigo! ¿Te divierte todo esto? Me gustaría que así fuera, porque una carta charlatana tal vez pueda reemplazar una de nuestras cenas, que echo tanto de menos, y que serían tan buenas contigo aquí, si no fueras un muermo que no se deja arrastrar a la vida por la vida. ¡Ah, cuando uno está de vacaciones, qué extraño parece el vaivén del trabajo, la lógica, la razón! Uno se pregunta si le será posible volver alguna vez a esa condena.

Te abrazo tiernamente, mi querido viejo, y Maurice encuentra tu carta tan bella que va a llenar enseguida con sus frases y palabras la boca del filósofo de su teatrillo. [...]

Tu viejo trovador, que te quiere.

[...]

### **33. FLAUBERT A SAND**

**[París, sábado 4 de abril de 1868]**

Mi querida maestra,

[...] En su última carta, entre las muchas cosas amables que me dice, usted me elogia por no ser “altanero”. No somos altaneros con quien es alto. Por eso, en ese aspecto, usted no puede conocerme, la rectifico.

Aunque me considero una buena persona, no soy siempre un hombre agradable, y como muestra le ofrezco lo sucedido el pasado jueves. Tras haber comido en casa de una dama a quien llamé “imbécil”, fui a hacer una visita a otra a quien traté de “pava”. Tal es mi vieja galantería francesa. La primera me había fastidiado con sus discursos espiritualistas y sus pretensiones idealistas. La segunda me indignó al decirme que Renan era «malicioso». Añada a ello que me había reconocido no haber leído sus libros. Hay tipos con quienes uno pierde la paciencia. Y cuando alguien denigra ante mí a un amigo, mi sangre de salvaje renace, lo veo todo rojo. ¡Nada más necio! Pues no sirve de nada y

me causa un dolor horrible. [...]

En Pascua iré, como testimonio, a la boda de una prima en Champagne. Eso me llevará tres días. Luego volveré aquí, a esperarla a Usted [...]

Recuerdos a todos los suyos. Y para usted todo mi cariño.

### **34. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 21 de junio de 1868]**

[...] ¿Sigues luchando contra el sol, en tu villa encantadora? Que yo no pueda estar allí... ¡Ah, ese río, que te mece con su dulce murmullo y que aporta frescor a tu antro! Yo charlaría discretamente contigo entre dos páginas de tu novela y tapanía con mi voz ese fantástico chirriar de cadenas que tú detestas y que, por extraño, a mí no me desagrada en absoluto. Amo todo lo que caracteriza un entorno, el rumor de los coches y el faenar de los obreros en París, el canto de mil pájaros en el campo, el movimiento de las embarcaciones en los ríos. También amo el silencio absoluto, profundo, y en definitiva amo todo lo que hay a mi alrededor, no importa dónde esté. Es el idiotismo auditivo, variedad nueva. También es cierto que escojo mis entornos y no voy al Senado ni a otros lugares de mala vida.

Todo va bien por aquí, mi trovador. Los niños son bellos, los adoramos. Hace calor, me encanta. Es siempre la misma cantinela que ya conoces, y te quiero como el mejor de mis amigos y compañeros. Ya ves, nada de nuevo. Guardo buena impresión de lo que me leíste. Me pareció tan bello que no es posible que no sea bueno. Yo no doy ni golpe, me dominan las ganas de pasear. Ya pasará. Lo que no pasará es mi amistad contigo.

### **35. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, domingo 5 de julio de 1868]**

¡Y, bueno, yo también, “la misma cantinela”, querida maestra, yo la quiero, de verdad y mucho! Además, caigo en la fatuidad de creer que usted no lo duda. Habrá que volver aquí en otoño y pasar una buena temporada juntos. Es, por otra parte, una promesa. Su amigo de usted va a tomar un poco el aire. Pasado mañana, voy a casa de mis dos sobrinas para pasar un fin de semana. Después, de allí a Fontainebleau (para mi libro) y a París. No volveré hasta los primeros días de agosto. A partir del día 12 escíbame, pues, al Boulevard du

Temple, 42.

He trabajado violentamente durante seis semanas. ¡Los patriotas no me perdonarán este libro, y los reaccionarios tampoco! Peor para ellos, yo escribo las cosas como las siento, es decir, como creo que son. ¿Es eso ser estúpido? ¡Pero a mí me parece que toda nuestra desgracia viene exclusivamente de los nuestros! Todo lo que encuentro de cristianismo en los revolucionarios me horroriza. He aquí dos notas que tengo sobre la mesa. «Este sistema (el suyo) no es un sistema de desorden. Porque tiene su fuente en el Evangelio. Y de esta fuente divina no puede derivarse el odio, la guerra, el choque de todos los intereses. Porque la doctrina formulada en el Evangelio es una doctrina de paz, de unión y de amor» (L. Blanc).

«Me atrevería incluso a proponer que con el respeto del domingo se ha apagado en el alma de nuestros poetas la última chispa del fuego poético. Pues, ciertamente, ¡sin religión, no hay poesía!» (Proudhon). A propósito de esto último, le suplico, querida maestra, que lea después de su libro sobre la celebración del domingo una historia de amor titulada, creo, Marie et Maxime. Hay que conocerla para hacerse una idea del Estilo de los Pensadores. Hay que ponerla al lado del viaje a la Bretaña del gran Veuillot, en Ça et là. Eso no impide que tengamos amigos muy admiradores de estos dos señores. En cambio, se burlan de Voltaire.

Cuando sea viejo, me dedicaré a la crítica, eso me aliviará. Porque a menudo me asfixian las opiniones manidas. Nadie mejor que yo puede entender la indignación del valiente Boileau contra el mal gusto. «Las estupideces que oigo decir en la Academia apresuran mi fin»; ¡eso es un hombre!

Ahora, cada vez que oigo la cadena de los barcos a vapor pienso en usted, y ese ruido me irrita menos, cuando me digo que a usted le gusta. ¡Qué claro de luna había esta noche sobre el río!

Estoy completamente solo desde hace ocho horas. Mi madre está en casa de Caroline. Se encuentra mejor, física y moralmente.

Recuerdos a los suyos. Y a usted mil abrazos.

### **36. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 31 de julio de 1868]**

Te escribo a Croisset de todas maneras. No creo que estés todavía en París, con este calor de mil demonios. A menos que la sombra de Fontainebleau te

haya resguardado de él. Qué hermoso bosque, ¿eh? Pero es sobre todo en invierno, sin hojas, con el musgo fresco, cuando está más bonito. ¿Has visto las dunas de Arbonne? Hay allí un pequeño Sahara que debe de ser bello en este tiempo. Nosotros somos muy felices aquí. Todos los días tomamos un baño en un riachuelo siempre frío y sombreado; por la mañana, 4 horas de trabajo, por la tarde recreo y sesión de polichinelas. Ha llegado por aquí una Novela cómica de gira, parte de la compañía del Odéon, con muchos viejos amigos, con quienes hemos cenado en La Châtre, dos noches seguidas, con todo el grupo, después de la representación: canciones y risas con champán helado hasta las 3 de la madrugada, para gran escándalo de los burgueses que quién sabe qué bajezas habrán hecho para serlo. Había entre los de la compañía un cómico normando muy gracioso, un verdadero normando, que nos cantó auténticas canciones campesinas en dialecto auténtico. ¿Sabes que hay en ellas un espíritu y una malicia del todo galas? Hay ahí una mina sin explotar, obras maestras de género. Eso me hace amar aún más Normandía. Tú quizá conozcas a ese comediante. Se llama Fréville. Es el encargado, en el repertorio, de hacer de criado torpe y de recibir patadas en el culo. Es detestable, imposible, pero fuera del teatro, es un hombre encantador y divertido como nadie. ¡Así es el destino!

Hemos tenido en casa huéspedes encantadores y hemos llevado una vida alegre, sin perjuicio de mis *Lettres d'un voyageur* en la Revue, y de las excursiones botánicas en los lugares salvajes más asombrosos. Lo más bello de todo son las pequeñas. Gabrielle, un corderito rechoncho que duerme y ríe todo el día; Aurore más fina, de ojos de terciopelo y fuego, hablando a sus treinta meses como otros a los cinco años, y adorable en todo. Hay que contenerla para que no vaya demasiado deprisa.

Me inquietas cuando dices que tu libro acusará a los patriotas de todo el mal. ¿Es cierto, eso? ¡Fueron vencidos, después de todo! Ya es bastante penoso ser vencido por tus propios errores, para que además te echen en cara todas tus tonterías. Ten piedad. El cristianismo ha sido una veleidad, y creo que, en todas las épocas, es muy seductor. Cuando no ves más que su lado tierno, te roba el corazón. Hay que ponerse a pensar en todo el mal que ha hecho para deshacerse de él. Pero no me extraña nada que un corazón generoso como el de L. Blanc haya soñado en verlo depurado y devuelto a su ideal. Yo también tuve esa ilusión, pero tan pronto volvemos la vista atrás, vemos que no se puede reavivar, y estoy segura de que hoy L. Blanc se ríe de sus sueños de entonces. En cuanto a Proudhon, jamás me ha parecido de buena fe. Es un rétor, de genio, según dicen. Yo no lo entiendo en absoluto. Es un espécimen de antítesis perpetua, sin solución. Me recuerda a uno de aquellos sofistas de quienes se burlaba el viejo Sócrates.

Confío en tu sentimiento de generosidad. Con una palabra de más o de

menos, se puede dar un golpe de látigo sin herir, cuando la mano es suave en su misma firmeza. Tú eres tan bueno que no puedes ser malvado.

¿Iré a Croisset este otoño? Empiezo a temer que no, pues Cadio estará ya en los ensayos. En fin, trataré de escaparme de París, aunque sea un día.

Mis hijos te envían sus recuerdos. ¡Ah, por cierto! hubo una bonita pelea por Salambó. Uno a quien tú no conoces se permitió decir que no le gustaba. Maurice lo trató de burgués, y para arreglarlo, la pequeña Lina, colérica como es, le dijo que su marido se había equivocado con la palabra y que habría tenido que decir imbécil.

Bueno, me estoy haciendo pesada. Te quiero y te abrazo.

Tu viejo trovador

### **37. FLAUBERT A SAND**

**[Dieppe, lunes 10 de agosto de 1868]**

Pues sí, querida maestra, he estado en París con este calor trop Picalé (como dice el señor Amat, gobernador del palacio de Versalles), y he sudado un montón. Estuve dos veces en Fontainebleau. Y la segunda, siguiendo el consejo de usted, vi las dunas de Arbonne. Es tan bello que estuve al borde del vértigo.

He estado también en Saint-Gratien. Ahora heme aquí en Dieppe y el miércoles estaré en Croisset, para no salir de aquí a un buen tiempo: he de avanzar con la novela.

Ayer vi a Dumas. Hablamos de usted, por supuesto. Y como lo volveré a ver mañana, volveremos a hablar de usted.

Me expliqué mal si le dije a usted que mi libro «acusará a los patriotas de todo el mal». No me creo con el derecho de acusar a nadie. Tampoco creo que el novelista deba expresar su opinión sobre las cosas del mundo. Puede comunicarla, pero no me gustan los que la dicen (esto forma parte de mi poética personal).

Yo me limito, pues, a exponer las cosas tal como se me presentan, a expresar lo que me parece Verdadero. Me dan igual las consecuencias. Ricos o pobres, vencedores o vencidos, yo no admito nada de eso. No quiero tener amor ni odio, ni piedad, ni cólera. En cuanto a la simpatía, eso es distinto. La he tenido por ellos, y en abundancia. Los Reaccionarios, por su parte, serán todavía tratados con menos miramientos. Porque me parecen más criminales.

¿No habrá llegado el tiempo de hacer entrar la Justicia en el Arte? ¿No se acercaría en ese caso la imparcialidad de la Pintura a la Majestad de la Ley, y a la precisión de la Ciencia?

En fin, como tengo una confianza absoluta en su gran espíritu, cuando mi tercera parte esté acabada se la leeré a usted, y si hay en mi trabajo cualquier cosa que le parezca malvada, la quitaré. Pero estoy convencido de antemano de que no me hará ninguna objeción. En cuanto a las alusiones personales, no hay ni sombra de ellas.

El príncipe Napoleón, a quien vi el jueves en casa de su hermana, me pidió noticias de usted y elogió a Maurice. La princesa Mathilde me dijo que la encontraba a usted “encantadora”, lo cual hace que la quiera un poco más que antes.

¿Cómo? ¿Los ensayos de Cadio le impedirán venir a ver a su pobre viejo este otoño? ¡No puede ser, no puede ser!

Conozco a Fréville. Es un hombre excelente y muy culto.

La beso a usted tiernamente en las dos mejillas.

### **38. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 18 de septiembre de 1868]**

El estreno será, creo, el 8 o el 10 de octubre. El director lo anuncia para el 26 de septiembre, pero eso le parece imposible a todo el mundo. Nada está listo aún, me avisarán y te avisaré. He venido a pasar aquí los días de descanso que mi colaborador, muy meticoloso y muy considerado, me indica. He retomado una novela sobre el teatro de la que había dejado una primera parte en mi despacho, y me baño todos los días en un pequeño torrente helado que me vapulea y me hace dormir como un bebé. ¡Qué bien se está aquí, con estas dos niñitas que ríen y charlan de la mañana a la noche como pájaros, y qué estupidez ponerse a componer y tramar ficciones, cuando la realidad es tan cómoda y agradable! Pero uno se acostumbra a aceptar todo esto como una consigna militar y se va al frente sin preguntarse si morirá o será herido. ¿Piensas que esto me contraría? No, te lo aseguro, pero ya no me divierte como antes. Voy tirando de mí, tonta como un zapato y con la paciencia de un buey. No hay nada más interesante en mi vida que los otros. Verte pronto en París me será mucho más agradable que todos mis asuntos, que me embrutecen. Tu novela me interesa más que todas las mías. La impersonalidad, especie de idiotismo muy propio de mí, hace notables progresos. Si no lo llevara tan bien, creería que es una enfermedad. Si mi viejo

corazón no despertara todas las mañanas amando más y más, creería que es egoísmo. En fin, no sé, así es. He tenido un disgusto estos días, te lo decía en la carta que no has recibido. Fue el 31 de agosto: lo anoté en mi cuaderno. Una persona que tú conoces, a la que quiero mucho, Célimène, se ha hecho devota, pero devota extática, mística, molinista, ¿qué sé yo? ¡Imbécil! Me sacó de mis casillas, me puse hecha una furia, le dije cosas durísimas, me burlé de ella. No importa, le da igual lo que yo piense. El padre Hyacinthe reemplaza para ella toda amistad, toda estima, ¿tú lo entiendes? ¡Un espíritu tan noble, una verdadera inteligencia, un carácter tan digno! ¡Y mírala ahora! Thuillier también es devota, pero sin haber cambiado; ella no ama a los sacerdotes, ni cree en el diablo, es una herética sin saberlo; Maurice y Lina están furiosos contra la otra. Han dejado de quererla. A mí me da mucha pena no amarla ya.

Te queremos, te abrazamos. Gracias por venir a ver Cadio.

### **39. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 19 de septiembre de 1868]**

Sábado por la noche

¿Le sorprende, querida maestra? ¡Pues bien, a mí no! Se lo había dicho, pero usted no me quiso creer.

Lo lamento por usted, pues es triste ver a la gente que uno ama cambiar. Esa sustitución de un alma por otra dentro de un cuerpo que permanece idéntico al que era es un espectáculo lastimoso. Uno se siente traicionado. He pasado por eso, y más de una vez.

Pero, no obstante, ¿qué idea tiene entonces de las mujeres, usted que pertenece al Tercer sexo? ¿Acaso no son ellas, como ha dicho Proudhon, «la desolación del Justo»? ¿Desde cuándo pueden ellas prescindir de las quimeras? ¡Después del amor, la Devoción, es lo que corresponde! Sylvanie no tiene ya hombres; se acoge a Dios. Eso es todo.

Son raros los que no tienen necesidad de lo Sobrenatural. La Filosofía será siempre propiedad de los aristócratas. Se puede cebar el ganado humano, rellenar su cama de paja e incluso dorar su cuadra, seguirá siendo bruto por más que digan. Todo el progreso que cabe esperar es hacer al bruto un poco menos malvado. Pero en cuanto a elevar las ideas de la masa, a darle una concepción de Dios más amplia y por tanto menos Humana, lo dudo, lo dudo.

Estoy leyendo ahora un libro honesto (escrito por un amigo mío, un magistrado) sobre la Revolución en el departamento de L'Eure. Está lleno de

textos escritos por burgueses de la época, simples particulares de pequeñas ciudades. Pues bien, ¡le aseguro que hay fuerza a raudales en ellos! Eran cultos y valientes, llenos de sentido común, de ideas y de generosidad.

El neocatolicismo de una parte y el socialismo de la otra han embrutecido a Francia. Todo se mueve entre la Inmaculada Concepción y las escudillas de los obreros.

Ya le dije a usted que no halagaría precisamente a los Demócratas en mi libro. Pero le anuncio que los Conservadores no serán mejor tratados. Escribo ahora tres páginas sobre las abominaciones de la guardia nacional en junio del 48, que me dejarán bien ante los burgueses. Les hago hundir la nariz en sus torpezas, tanto como puedo.

A todo esto, no me ha dado usted ningún detalle sobre Cadio. Quiénes son los actores, etc.

No sé si fiarme de su novela sobre el teatro. ¡Usted ama demasiado a esa gente! ¿Ha conocido a muchos de ellos que amen su arte? ¡Qué cantidad de artistas que no son sino burgueses descarriados!

Nos veremos, pues, de aquí a tres semanas, como mucho. Me hace mucha ilusión, y le envío abrazos.

#### **40. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 15 de octubre de 1868]**

Heme aquí en nuestra casa, donde, después de haber abrazado a mis hijos y nietas, he dormido 36 horas de un tirón. Estaba agotada, pero ni me había dado cuenta hasta ahora. Me despierto de esta hibernación como un animal, y eres la primera persona a quien quiero escribir. No te he agradecido aún que vinieras por mí a París, tú que te desplazas poco; tampoco nos vimos más; cuando supe que habías cenado con Plauchut, lamenté haber tenido que quedarme consolando el bajón de Thuillier, a quien no le pude hacer ningún bien y que tampoco me lo agradeció mucho. Los artistas son niños mimados, y los mejores son grandes egoístas. Dices que los amo demasiado; los amo como amo los bosques y los campos, todas las cosas, todos los seres que conozco un poco y que siempre estudio. Hago mi mundo en medio de todo eso y como amo mi mundo, amo todo lo que lo alimenta y lo renueva. No me afectan las miserias: pero no las siento. Sé que todos los peces tienen espinas. Eso no me impide meter las manos y encontrar flores. Aunque no todas son bellas, todas son curiosas. El día que me llevaste a la abadía de Saint-Georges, encontré la *scrofularia borealis*, planta rarísima en Francia. Estaba encantada; había

montones de mierda en el lugar donde la cogí. Such is life!

Y si no la tomas así, la vida, no la puedes tomar por ningún lado, y entonces, ¿cómo hacer para soportarla? Yo la considero divertida e interesante, y aunque lo acepte todo, soy tanto más feliz y entusiasta cuando encuentro lo bello y lo bueno. Si no tuviera un gran conocimiento de la especie, no te habría comprendido tan rápidamente, conocido tan rápidamente, amado tan rápidamente. Puedo tener una indulgencia enorme, tal vez banal, tanto ha tenido que ejercitarse. Pero el aprecio es otra cosa, y no creo que eso se haya desgastado todavía en el espíritu de tu viejo trovador.

He encontrado a mis hijos siempre buenos y tiernos, a mis dos niñas alegres y dulces siempre. Esta mañana, soñaba, y me he despertado diciéndome esta extraña frase: Siempre hay un gran protagonista joven en el drama de la vida. Protagonista en la mía: Aurore. La verdad es que es imposible no idolatrar a esa pequeña. Su inteligencia y su bondad son tan completas que me parece un sueño.

Tú también, sin saberlo, eres un sueño... así es. Plauchut te ha visto una vez y ya te adora. Eso demuestra que no es estúpido. Cuando dejé París, me encargó que te diera recuerdos de su parte. [...]

Un tierno abrazo para ti y también para tu mamá. Dame algún signo de vida. ¿Avanza la novela?

#### **41. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 31 de octubre de 1868]**

Sábado por la noche

Siento remordimientos por no haber respondido en tanto tiempo a su carta, querida maestra. Usted me hablaba “de las miserias” pasadas. ¿Cree que las ignoraba? Le confesaré incluso (entre nosotros) que me sentí, en esa ocasión, herido, más todavía en mi buen gusto que en mi afecto por usted. No encontré a muchos de sus íntimos suficientemente interesantes. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cómo llegan a ser los hombres de letras tan estúpidos!», fragmento de la correspondencia de Napoleón I. Bonito fragmento, ¿eh? ¿No le parece que lo denigran demasiado, a ese hombre?

La infinita estupidez de las masas me hace ser indulgente con los individuos, que tan odiosos pueden llegar a ser. He acabado de leer los diez primeros tomos de Buchez y Roux. Lo que he sacado en claro es un inmenso disgusto al enfrentarme con los Franceses. ¡En nombre de Dios! ¡Hemos sido

tan ineptos durante todo este tiempo en nuestra bella patria! Ni una idea liberal que no haya sido impopular, ni una cosa justa que no haya escandalizado, ni un gran hombre que no haya recibido huevos podridos o cuchilladas. «Historia del espíritu humano, historia de la necedad humana», como dijo el señor Voltaire.

Y me convenzo cada vez más de esta verdad: estamos podridos de catolicismo. La doctrina de la Gracia nos ha llegado tan al fondo, que el sentido de la Justicia ha desaparecido. Lo que más me ha horrorizado de la historia del 48, como de sus orígenes naturales en la Revolución, es que no se despegó de la Edad Media, a pesar de lo que se cree. He encontrado en Marat fragmentos enteros de Proudhon, y creo que los volvería a encontrar en los predicadores de la Liga.

¿Cuál es la medida que propusieron los más avanzados después de Varennes? La Dictadura. Y la dictadura militar. Se cerraron las iglesias, pero se elevaron los templos, etc. Le aseguro que me vuelvo estúpido con la Revolución. Es un abismo que me fascina.

Sin embargo, trabajo en mi novela como una bestia. Espero que a finales de año no me queden más de cien páginas por escribir. Es decir, aún seis buenos meses de trabajo. Iré a París lo más tarde que pueda. Voy a pasar el invierno en la más completa soledad, buena manera de perder la vida rápidamente.

Maurice me ha escrito una carta extraordinariamente amable. Pero ¿por qué se deja disgustar por Buloz? Somos demasiado modestos con esos tipos.

¿Cuándo vendrá usted a hacerme una visita? Yo quizá iré a París tres o cuatro días hacia finales de diciembre.

¿Qué hace usted ahora? Etc., etc.

Todo mi cariño.

## **42. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant 20 de noviembre de 1868]**

Me dices: ¿cuándo nos veremos? Pues bien, hacia el 15 de diciembre, aquí, bautizaremos como protestantes a nuestras dos niñas. Ha sido idea de Maurice, a quien casó el pastor y que no quiere persecución ni influencia católica alrededor de sus hijas. Nuestro amigo Napoleón es el padrino de Aurore, yo la madrina. Mi sobrino es el padrino de la otra. Todo será entre nosotros, en familia. Tienes que venir. Maurice lo quiere, y si dices que no, lo

apenarás mucho. Tú traerás tu novela, y en cualquier rato libre me la leerás, te hará bien leerla a quien sabe escucharte. Presentamos nuestro trabajo a los demás, y luego nos juzgamos mejor, sé de qué hablo. Di que sí a tu viejo trovador. Si no, lo sentirás.

Te abrazo seis veces si dices que sí.

### **43. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 24 de noviembre de 1868]**

Martes

Querida maestra,

¡No se imagina usted la pena que me da! A pesar de las ganas que tengo, le respondo “no”; aunque me atormenten las ganas de decirle “sí”. Sé que esto me da un aire de hombre imperturbable que es muy ridículo. Pero me conozco: si voy a su casa en Nohant, tendré por lo menos un mes de ensueños sobre el viaje. Las imágenes reales reemplazarán en mi pobre cerebro a las imágenes ficticias que a duras penas compongo, y todo mi castillo de cartas se hundirá.

Hace tres semanas, por haber sido tan necio de aceptar una comida en el campo cerca de aquí, perdí cuatro días. ¿Qué me ocurriría a la vuelta de Nohant? ¡Usted no puede comprenderlo, pues es fuerte!

Iré a su casa cuando esté “libre de inquietudes”. Presente usted a Maurice, no mis excusas, sino mi sentimiento.

Mi madre regresa a Rouen el próximo jueves. Y yo voy a quedarme aquí hasta finales de febrero sin duda. En ese momento, espero haber llegado a mi último capítulo, que me llevará aún tres meses. En resumen, es necesario que haya acabado en junio, si quiero publicar en octubre.

¿Y usted? ¿Qué hace ahora?

Su viejo trovador la abraza como la quiere, es decir muy fuerte.

### **44. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 19-20 de diciembre de 1868]**

Noche de sábado

Me parece que se le guarda un poquito de rencor al viejo Trovador (mil excusas si me equivoco) y que se le considera un cerdo desconsiderado (con perdón) por no haber ido al bautizo de los Dos Amorcitos del amigo Maurice.

¡Mi querida maestra debería escribirme para decirme si me equivoco y para darme noticias tuyas!

He aquí las mías. Trabajo desmesuradamente y estoy, en el fondo, regocijado por la perspectiva del Fin que empieza a verse. Para que llegue más rápidamente, he tomado la resolución de permanecer aquí todo el invierno, hasta finales de marzo probablemente. Suponiendo que todo vaya de la mejor manera, no habré terminado del todo hasta acabar mayo.

No sé nada de lo que sucede por ahí, ni leo nada, salvo un poco de Revolución Francesa, después de las comidas, para hacer la digestión. He perdido la buena costumbre, que tenía en otros tiempos, de leer todos los días un poco de latín. Ya no sé ni una palabra. Volveré a lo Bello cuando me haya librado de mis odiosos burgueses. ¡Y no pienso volver a ellos!

Mi único recreo consiste en ir a comer todos los domingos a Rouen, a casa de mi madre. Parto a las seis y vuelvo a las diez. Tal es mi existencia.

¿Le dije que recibí la visita de Turguéniev? ¡Cómo le gustaría a usted!

Sainte-Beuve va tirando. Lo veré la semana que viene, pues estaré en París dos días, para buscar algunos datos que necesito. ¿Datos sobre qué? ¡Sobre la guardia nacional!

Escuche esto: como Le Figaro no sabía con que llenar sus columnas, se les ha ocurrido decir que mi novela cuenta la vida de Chancelier Pasquier. Alboroto en París de la familia del susodicho, que ha escrito a otra parte de la familia que vive en Rouen, los cuales han buscado un abogado, de quien mi hermano ha recibido la visita para que... en resumen, que he sido estúpido por no haber “sacado partido de la ocasión”. No me diga que no es bonito, como tontería.

La abrazo, como la quiero, desde el fondo del corazón y con fuerza.

## **45. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 21 de diciembre de 1868]**

Es cierto que me enojé y que me supo mal, no por exigencia ni por egoísmo, sino al contrario, porque nosotros estuvimos alegres y contentos, y porque tú no te has querido distraer y divertirte con nosotros. Si hubiera sido

para divertirse por tu cuenta, mejor para ti, pero fue para enfermar, para envenenarte la sangre y para hacer un trabajo que maldices, y que —al querer y deber hacerlo a pesar de todo— habrías de poder hacer a tu aire y sin que te absorbiera. Me dices que tú eres así. No tengo nada que decir, pero a una le apena tener por un amigo adorable a un cautivo encadenado lejos de aquí, y al que una no puede liberar. Quizá haya un poco de coquetería por tu parte, para hacerte compadecer y amar más. Yo, que no estoy enterrada en la literatura, he leído y vivido mucho estos días de fiesta, pero pensando siempre en ti y hablándole de ti al amigo del Palais-Royal, a quien le habría gustado verte y que te ama y aprecia mucho.

Turguénev ha sido más afortunado que nosotros, pues te pudo arrancar de tu tintero. Lo conozco muy poco, pero le aprecio. ¡Qué talento, y qué original y templado es! Creo que los extranjeros lo hacen mejor que nosotros. Ellos no se las dan de nada, y nosotros, o nos subimos a un pedestal, o nos embarramos. El francés no tiene ya un entorno social, no tiene un entorno intelectual.

A ti te exceptúo de todo esto, tú que haces una vida de excepción, y yo me exceptúo a causa de un fondo de bohemia despreocupada que he conservado. Pero yo no sé insistir y pulir, y amo demasiado la vida, me distraigo demasiado en los aliños, en todo lo que no es el plato principal, para ser verdaderamente una literata. Tengo mis ataques, pero no duran. ¡La existencia en que uno no sabe nada de su yo es tan buena, y la vida en que uno no interpreta ningún papel, un espectáculo tan hermoso de ver y escuchar! Cuando tengo que entregarme a fondo, saco fuerzas del coraje y la resolución, pero ya no me divierto. De ti, trovador apasionado, sospecho que te divierte tu oficio más que nada en el mundo. A pesar de lo que dices, bien podría ser que el arte fuese tu única pasión, y que tu enclaustramiento, que me entenece, tonta de mí, fuese tu jardín de las delicias. Ojalá fuera así, pero reconócelo, para tranquilizarme.

Te dejo para ir a vestir a las marionetas, pues hemos retomado los juegos y las risas con el mal tiempo, y supongo que lo haremos buena parte del invierno. He aquí la imbécil que tú llamas Maestro. ¡Buen Maestro, que prefiere divertirse que trabajar!

Despréciame profundamente, pero quíereme siempre. Lina me encarga que te diga que no eres gran cosa, y Maurice también está furioso, pero te quieren a pesar suyo e incluso te envían abrazos. El amigo Plauchut quiere que te dé recuerdos suyos. Te adora también.

Besos, pedazo de ingrato.

Había leído la tontería de Le Figaro, y no me hizo reír. Parece que el tema ha tomado proporciones grotescas. A mí me han atribuido en los periódicos un

nieto en lugar de mis dos nietecitas, y un bautizo católico en lugar de un bautizo protestante. No importa. Hay que mentir un poco para distraerse.

## **46. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 1 de enero de 1869]**

Noche de Fin de Año, a la una

¿Por qué no empezar el año 1869 deseándole a usted y a los suyos que sea “bueno y feliz, y todo lo demás...”? Es cursi, pero me gusta.

Ahora charlemos: no, no “me enveneno la sangre”, porque nunca me he encontrado mejor. En París me dijeron que me veían “fresco como una jovencita”, ¡y la gente que ignora mi biografía atribuía esta apariencia de salud al aire del campo! ¡He ahí lo que son los prejuicios! A cada uno su higiene. Yo, cuando no tengo hambre, la única cosa que puedo comer es pan seco. Y las cosas más indigestas, como las manzanas para sidra, verdes, y el tocino, son las que me quitan los dolores de estómago. Y otras por el estilo. Un hombre que no tiene sentido común no debe vivir según las reglas del sentido común.

En cuanto a mi pasión por el trabajo, yo la compararía con un prurito. Me rasco gritando. Es a la vez un placer y un suplicio. ¡Y no hago nada de lo que quiero! Porque uno no escoge sus temas. Ellos se imponen. ¿Encontraré alguna vez el mío? ¿Me caerá del cielo una idea que encaje completamente con mi temperamento? ¿Podré hacer un libro donde me dé todo entero? Me parece, en mis momentos de vanidad, que comienzo a entrever lo que debe ser una novela. Pero me quedan todavía tres o cuatro por escribir antes de llegar a ella —¡que por otra parte es una idea muy vaga!— y al ritmo que voy, será mucho si escribo esas tres o cuatro. Soy como aquél que piensa que la iglesia más bella sería aquella que tuviera a la vez la torre de Estrasburgo, la columnata de San Pedro, el pórtico del Partenón, etc.; tengo ideales contradictorios.

¿Que “el enclaustramiento al que me condeno es mi jardín de las delicias”? ¡No! Pero ¿qué le voy a hacer? Embriagarse con tinta es mejor que embriagarse con aguardiente. ¡La Musa, por muy esquiva que sea, da menos dolores de cabeza que la Mujer! No puedo compartir a la una con la otra. Hay que escoger. ¡Mi elección está hecha desde hace mucho! Queda el tema de los Sentidos. Siempre han sido mis servidores. Incluso en la época de mi más tierna juventud, he hecho con ellos absolutamente lo que he querido. Estoy cerca de los cincuenta; ¡y ya no es precisamente su fogosidad lo que me

estorba!

Este régimen no es tan terrible; lo admito, hay momentos de vacío y de terrible aburrimiento. Pero se van volviendo más y más raros a medida que uno envejece. En fin, ¡vivir me parece un oficio para el cual no estoy hecho! ¡Y sin embargo...!

Estuve en París tres días que empleé en buscar datos y recorrer lugares para mi libro. Estaba tan extenuado el viernes pasado que me acosté a las siete de la tarde. Así son mis locas orgías en la capital.

Encontré a los Goncourt admirando frenéticamente una obra titulada Histoire de ma vie de G. Sand. Lo cual demuestra por su parte más buen gusto que erudición. Ellos incluso querían escribirle a usted para manifestarle toda su admiración. En cambio, ¡nuestro amigo Harisse me pareció estúpido! ¡Compara a Feydeau con Chateaubriand, admira mucho Le Lépreux de la cité d'Aoste, encuentra que Don Quijote es aburrido, etc.!

¡Fíjese en qué raro es el Sentido literario! ¡Y sin embargo el conocimiento de las lenguas, la arqueología, la historia, etc., todo eso debería ser útil! La gente que se llama a sí misma instruida se vuelve cada vez más inepta en materia de arte. Lo que es el arte en sí se les escapa. Las glosas son para ellos más importantes que el propio texto. Se fían más de las muletas que de las piernas.

El viejo Sainte-Beuve me ha parecido recuperado. Está irrevocablemente inválido, más que enfermo.

No he tenido tiempo de ir a ver al príncipe, que tiene la fiebre terciana, o que al menos la ha tenido. “He oído decir” (como dicen) que se fatigó en Citerea. ¡Qué hombre tan singular! ¡No por esto, sino por todo lo demás!

No saldré de aquí antes de Pascua. Cuento con haber acabado a finales de mayo. ¡Me verá usted en Nohant, aunque caigan bombas!

¿Y el trabajo? ¿Qué hace ahora, querida maestra?

¿Cuándo nos veremos? ¿Irá a París en primavera?

Un abrazo.

## **47. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 17 enero de 1869]**

El individuo llamado G. Sand se encuentra bien, disfruta del maravilloso

invierno que reina en Berry, recoge flores, anota anomalías botánicas interesantes, cose vestidos y abrigos para su nuera, trajes para las marionetas, recorta decorados, viste a las muñecas, lee música, pero sobre todo pasa las horas con la pequeña Aurore, que es una niña sorprendente. No hay ser más sereno y más feliz en su interior que este viejo trovador retirado de los asuntos del mundo, que canta de tanto en tanto su pequeño romance a la luna, sin preocuparse de cantar bien o mal, porque canta lo que le pasa por la cabeza, y que, el resto del tiempo, pasea deliciosamente. No ha estado nunca tan bien como ahora. Cometi6 la estupidez de ser joven, pero como no hizo da6o, ni conoci6 las bajas pasiones, ni vivi6 para la vanidad, goza de la felicidad de ser apacible y divertirse con todo. Este p6lido personaje tiene el gran placer de quererte de todo coraz6n, de no pasar un d6a sin pensar en el otro viejo trovador, confinado en su soledad de artista apasionado, desde6oso de todos los placeres de este mundo, enemigo de la lupa y de sus dulzuras. Somos, creo yo, los dos trabajadores m6s distintos que existen. Pero cuando se ama como nosotros, todo va bien. Si uno piensa en el otro al mismo tiempo, es que tiene necesidad de su contrario. Uno se completa identific6ndose en determinados momentos con quien es diferente.

Te dije, creo, que hab6a escrito una obra al volver de Par6s. Les ha gustado, pero no creo que la representen en primavera, y su fin de invierno est6 completo, a menos que la obra que ensayan no funcione. Como no s6 desear el mal de mis colegas, no tengo prisa y el manuscrito est6 sobre la mesa. Tengo tiempo. Hago mi peque6a novela de todos los a6os, cuando tengo una o dos horas al d6a. No me disgusta no tener m6s tiempo para pensar en ella. Eso la hace madurar. Tengo siempre, antes de dormirme, un cuartito de hora agradable para continuarla en mi cabeza. [...]

Buenas noches, mi trovador. Te quiero y te abrazo con fuerza. Maurice tambi6n.

## **48. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 2 de febrero de 1869]**

Martes

Mi querida maestra,

Vea usted en su viejo trovador a un hombre muerto. He pasado ocho d6as en Par6s a la b6squeda de datos agotadores (de siete a nueve horas de coche todos los d6as, bonito m6todo para hacer fortuna con la Literatura... ¡en fin!). Acabo de releer mi plan de trabajo. Todo lo que me queda por escribir me

asusta, ¡o más bien me asquea hasta el vómito! Siempre es así cuando reanudo el trabajo. ¡Es entonces cuando me hastío! ¡Me hastío! ¡Me hastío! ¡Pero esta vez supera las anteriores! Por eso temo tanto las interrupciones. No podía hacerlo de otra manera, sin embargo. ¡Me he pateado las pompas fúnebres, el Père-Lachaise, el valle de Montmorency, todas las tiendas de objetos religiosos, etc.!

Total, tengo aún para cuatro o cinco meses. ¡Qué buen uf voy a soltar cuando acabe! ¡Y con qué ganas dejaré a los burgueses! ¡Es hora de que me divierta! [...]

Usted me hablaba de la Crítica en su última carta, diciéndome que va a desaparecer. Yo creo, al contrario, que está sólo en su aurora. Ahora ha avanzado a contrapié de la época precedente. Pero nada más (de la época de Laharpe, en que era gramática, de la época de Sainte-Beuve y de Taine, en que era histórica). ¿Cuándo será artística, nada más que artística, pero del todo artística? ¿Dónde ha encontrado usted una crítica que se preocupe de la obra en sí, de una manera intensa? Se analiza minuciosamente el medio en que se produce y las causas que la originan. Pero ¿la poética inmanente de la cual resulta? ¿Su composición, su estilo? ¿El punto de vista del autor? Nunca.

Para semejante crítica haría falta una gran imaginación y una gran bondad, quiero decir una capacidad de entusiasmo siempre dispuesta. Y además, el gusto, cualidad rara, incluso entre los mejores, hasta tal punto que nadie habla de ella.

Lo que me indigna todos los días es ver cómo se ponen al mismo nivel una obra maestra y una torpeza. Se exalta a los pequeños y se rebaja a los grandes. Nada más necio ni más inmoral.

Hablando de necedad, “he oído decir” que la Plessy se ha vuelto estúpida e insociable. Sus amigos se alejan de ella.

En el Père-Lachaise, me asaltó un asco hacia la humanidad profundo y doloroso. ¡No se imagina usted el fetichismo de las tumbas! ¡El verdadero parisino es más idólatra que un negro! Me dieron ganas de tirarme en una fosa.

¡Y la gente avanzada cree que no hay mejor ocupación que rehabilitar a Robespierre! ¡Vea el libro de Hamel! ¡Si la República regresa, volverán a bendecir los árboles de la Libertad, como política y creyendo que es una medida atrevida!

Abrace a sus dos nietas por mí. La beso en las dos mejillas, con ternura.

Su viejo

Gustave Flaubert

## 49. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 21 de febrero de 1869]

Estoy sola en Nohant, igual que tú en Croisset. Maurice y Lina han ido a Milán, para ver al padre de ella, que está muy enfermo. Si tienen la desgracia de perderlo, tendrán luego que ir a Roma para liquidar sus asuntos, un fastidio sobre un dolor, siempre es así. Esta brusca separación ha sido triste, mi pobre Lina llorando por tener que dejar a sus hijas y llorando por no estar cerca de su padre. Me han dejado a las niñas, que apenas abandono y que no me dejan trabajar excepto cuando duermen, pero yo estoy feliz de tenerlas a mi cuidado para consolarme. Recibo todos los días, en dos horas, por telegrama, noticias de Milán. El enfermo está mejor, mis hijos todavía están en Turín hoy y no saben aún lo que yo sé desde aquí. Cómo cambia el telégrafo las nociones de la vida, y cuando las técnicas estén más simplificadas la existencia estará llena de hechos y libre de incertezas.

Aurore, que vive una adoración incesante sobre las rodillas de su padre y de su madre, y que llora todos los días en cuanto me ausento, no ha preguntado ni una sola vez dónde están. Juega y ríe, de repente se detiene, sus grandes ojos bellos se fijan, dice mi padre (otras veces dice mamá). La distraigo, ella no vuelve a pensar en ello, y al cabo de un rato vuelve a empezar. ¡Son tan misteriosos, los niños! Piensan sin entender. Bastaría una palabra triste para hacer surgir su pesar. Ella lo lleva sin saberlo. Me mira a los ojos para saber si estoy triste o inquieta, yo río y ella ríe. Creo que hay que tener la sensibilidad dormida el máximo tiempo posible, y estoy segura de que ella no me lloraría si nadie le hablase de mí. ¿Cuál es tu consejo, tú que has educado a una sobrina inteligente y encantadora? ¿Es bueno hacerlos amorosos y tiernos desde el principio? Yo creí eso en otro tiempo, ahora me da miedo, viendo a Maurice demasiado impresionable y a Solange demasiado negativa. Querría que no se mostrara a los pequeños más que lo dulce y bueno de la vida, hasta el momento en que la razón pueda ayudarlos a aceptar o a combatir el mal. ¿Qué dices tú?

Te abrazo y te pido que me digas cuándo irás a París. Puesto que se ha retardado mi viaje, y visto que mis hijos pueden estar un mes ausentes, podría encontrarme contigo en París.

Tu vieja solitaria

¡Qué admirable definición encuentro con sorpresa en el fatalista Pascal!

«La naturaleza obra por progresión: itus et reditus. Pasa y vuelve, luego va más lejos, luego dos veces menos, luego más que nunca».

Qué manera de decir, ¿eh? ¡Cómo se doblega, se moldea, se ablanda y se condensa la lengua bajo esa impronta grandiosa!

## 50. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 23-24 de febrero de 1869]

Noche del martes

¿Lo que creo yo, querida maestra? ¿Si hay que exaltar o reprimir la sensibilidad de los niños? Me parece que no hay que tener ninguna idea preconcebida sobre el particular. Hay que hacer según se inclinen ellos hacia lo mucho, o lo poco. No se cambia el fondo, por otra parte. Hay naturalezas tiernas y naturalezas secas, irremediamente. Nada debería haberme endurecido tanto como haber sido criado en un hospital, y haber jugado, de niño, en un anfiteatro de disección. Sin embargo, nadie es más impresionable que yo respecto a los dolores físicos. Es verdad que soy hijo de un hombre que era extremadamente humano, sensible en el buen sentido de la palabra. La visión de un perro que sufría humedecía sus ojos. No por ello hacía peor sus operaciones quirúrgicas. Y realizó algunas realmente terribles. «No mostrar a los pequeños más que lo dulce y bueno de la vida, hasta el momento en que la razón pueda ayudarlos a aceptar o a combatir el mal», ése no sería mi consejo. Porque en ese caso debe de producirse en su corazón algo horrible, un desencanto infinito, y porque, ¿cómo podría formarse la razón, si no se aplica (o si uno no la aplica diariamente) a distinguir el bien del mal? La vida debe ser una educación incesante. Hay que aprender, desde que uno empieza a Hablar hasta Morir.

Me dice usted cosas muy ciertas sobre la inconsciencia de los niños. Quien pudiera leer claramente en sus pequeños cerebros encontraría las raíces mismas del genio humano, el origen de Dios, la savia que produce más tarde las acciones, etc. Un negro que habla a su ídolo y un niño a su muñeca me parecen cercanos uno al otro.

El niño y el bárbaro (el primitivo) no distinguen lo real de lo fantástico. Recuerdo perfectamente que a los cinco o seis años quería “enviar mi corazón” a un niña de la que me había enamorado (me refiero a mi corazón material). ¡Ya lo veía, en medio de la paja, en una fuente, una fuente para ostras!

Pero nadie ha ido tan lejos como Usted en esos análisis. Hay en la Histoire de ma vie algunas páginas de una profundidad desmesurada. Esto que digo es totalmente cierto, pues los espíritus más alejados del suyo, quedan atónitos

ante ellas. Pongo por testigos a los Goncourt. [...]

¡Su pobre nuera debe estar pasándolo muy mal! ¡Y Maurice, claro está! ¡Y usted también! Lo siento por todos. He visto al señor Calamatta dos veces: una vez en casa de la señora Colet, y la segunda en casa de usted, la primera vez que fui a visitarla. Deme noticias tuyas.

¡Y el invierno que sigue! Raras veces he pasado uno mejor, a pesar de una abominable gripe que me hizo toser y moquear durante tres semanas. Espero, en unos diez días, comenzar mi penúltimo capítulo. Cuando ya lo tenga en marcha (hacia la mitad), iré a París. Hacia Pascua, no antes. Cuento con que nos veamos. Pues la echo de menos como un animal. O más bien como un hombre de espíritu.

El buen Turguéniev estará en París a finales de marzo. Sería bonito que cenásemos los tres juntos. [...]

Ahora releo Don Quijote. ¡Qué libro gigantesco! ¿Hay otro más hermoso?

Van a dar las cuatro. Es hora de irse a la cama.

Adiós, la beso en las dos mejillas, igual que a la señorita Aurore, con toda la ternura del trovador.

## **51. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 2 de abril de 1869]**

Aquí volvemos a estar tranquilos. Mis hijos han llegado muy cansados. Aurore ha estado un poco enferma. La madre de Lina ha venido con ella para arreglar algunos asuntos. Es una mujer leal y excelente, muy artista y muy amable. Yo he pasado también un buen catarro, pero ya remite, y nuestras dos encantadoras niñas consuelan a su mamá. Si el tiempo no fuera tan malo y estuviera menos acatarrada, saldría ahora mismo hacia París, porque tengo ganas de verte. ¿Cuánto tiempo vas a estar? Dímelo rápidamente.

Me gustará mucho reanudar el trato con Turguéniev, al que conocí sin haberlo leído, y al que luego leí con gran admiración. Parece que tú lo quieres mucho, en ese caso yo también lo quiero, y espero que cuando tu novela esté acabada, lo traigas aquí. Maurice, que ama lo que no se parece al resto, también lo conoce y lo aprecia mucho.

Yo trabajo en mi novela de comediantes, como una esclava. Intento que sea divertida y explique algo sobre el arte. Es una forma nueva para mí y me divierte. Tal vez no tenga ningún éxito. Hoy están de moda las marquesas y las

princesitas, pero ¿qué más da? Deberías encontrarme un título que resumiera esta idea: La novela cómica moderna.

Mis hijos te envían su cariño, tu viejo trovador abraza a su viejo trovador.

[...] Me dices que estás pagando facturas y que estás apurado. Si necesitas dinero, en este momento dispongo de algo. Tú sabes que me ofreciste una vez prestarme algo, y que si lo hubiera necesitado, habría aceptado. [...]

## 52. FLAUBERT A SAND

[París, 3 de abril 1869]

Sábado por la mañana

Querida maestra,

No creo que me vaya de París antes del 10 o 12 de junio, cuando mi novela esté acabada y pasada a limpio.

¡Gracias por la oferta pecuniaria! No la necesito, por ahora.

Ya que su novela trata de los comediantes, ¿por qué no titularla La gente del teatro? Usted conoce la materia a fondo. Sólo una cosa temo un poco para su libro, su indulgencia. Porque, en fin, esos granujas no aman el arte.

Hablando de títulos, usted me había prometido encontrar uno para mi novela. He aquí el que tengo por ahora, a falta de uno mejor:

La educación sentimental.

Historia de un joven

No digo que sea bueno. Pero por el momento es el que mejor resume el tema del libro.

Esta dificultad para encontrar un buen título me hace sospechar que la idea del libro (o más bien su concepción) no está clara.

De cualquier modo, tengo ganas de leérselo a usted.

Me estoy vistiendo para ir a recibir a mi madre, que estará aquí, con mi sobrina, hasta acabar el mes.

Cuídese el catarro y venga pronto.

Recuerdos a los suyos. Y a usted, querida y buena maestra, todo mi cariño.

## 53. FLAUBERT A SAND

[Croisset, Jueves 24 de junio de 1869]

Y bien, querida maestra, ¿cómo va eso? ¿El estómago, mejor? ¿Ha encontrado a los suyos bien, etc, etc.?

¿No volverá usted a París a comienzos o mediados de julio? ¿Podría entonces acercarse a Croisset?

No tendré grandes distracciones para ofrecerles. ¡Mi pobre madre envejece a marchas forzadas! ¡Su sordera y su debilidad aumentan día a día! Tiene cerca a las señoras Vasse de Saint-Ouen (que usted conoce) y su tristeza, gracias a esa compañía, es un poco menor. Pero cuando estamos solos, cara a cara, le aseguro, querida maestra, que es penoso.

Pero hablemos de otra cosa.

¿Es verdad que usted y Renan se han enfadado? Fue el Príncipe quien me lo dijo, la vigilia de mi partida.

Mi predicción se ha realizado. La candidatura de mi amigo Renan no ganó, y ha quedado en ridículo. Bien hecho. Cuando un hombre de estilo se rebaja a la acción, decae y debe ser castigado. Y, al fin y al cabo, ¡se trata de Política! Los ciudadanos que se acaloran a favor o en contra del Imperio o la República me parecen tan útiles como aquellos que discutían sobre la gracia eficaz o la gracia eficiente. ¡Gracias a Dios, la Política está muerta, como la Teología! Ha tenido trescientos años de existencia. ¡Ya es suficiente!

¿Se acuerda usted de que le había anunciado la conversión religiosa de esa bendita Plessy? Ahora le anuncio otra, que no sé cuándo se producirá. Pero que se producirá. Es la de Alexandre Dumas, hijo. Me impresionó su expresión mística la última vez que lo vi. Todo me lleva a creer que no me equivoco. ¡Observe la gradación católica de todas sus obras, y sus últimos prólogos! Guarde esta observación para usted, por supuesto. Pero no se sorprenda si cualquier día de éstos lo ve ir a misa.

Yo ahora estoy perdiéndome en los Padres de la Iglesia. (En cuanto a mi novela, La educación sentimental, ya no pienso en ella, gracias a Dios. Está pasada a limpio. Anda en otras manos. Ya no existe. ¡Adiós!). He retomado mi viejo capricho de San Antonio. He releído mis notas, he rehecho el plan, y devoro las Mémoires ecclesiastiques de Lenain de Tillemont. Espero llegar a encontrar un engarce lógico (y por tanto un interés dramático) entre las diferentes alucinaciones del santo. Ese entorno extravagante me place. Y me sumerjo en él. Eso es todo.

Mi pobre Bouilhet me agota. Se encuentra en un estado de nerviosismo tal

que le he aconsejado hacer un pequeño viaje por el Sur de Francia. Se ha apoderado de él una hipocondría invencible. ¡Una pena, él que era tan alegre en otro tiempo!

Mi sobrina se divierte enormemente en Noruega. No dejaré a mi madre hasta que ella regrese, hacia mediados de agosto. Entonces iré a verla a usted y me trasladaré.

¡Dios mío! ¡Qué cosa más bella y divertida es la vida de los Padres del Desierto! De hecho, eran todos budistas, sin duda. He ahí un problema interesante en que trabajar. Y su solución importaría más que la elección de Jouvencel o de Renan. “¡Oh, hombres de poca fe!”. ¡Viva san Policarpo!

Abrace a sus nietas por mí. Besos en las dos mejillas.

Su viejo, siempre Hindignado.

## **54. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 5 de julio de 1869]**

Lunes

¡Qué bella y encantadora carta la suya! ¡Maestro adorado! ¡No hay otro mejor que usted, palabra de honor, estoy seguro! Un viento de imbecilidad y de locura sopla hoy sobre el mundo. Los que se mantienen en pie y firmes son raros.

Mi pobre madre sigue desesperándome. Cuando no se preocupa por su nieta y acaba de atormentarse con su salud, gime por los fastidios que le causan sus labores. Y vuelta a empezar. Las señoras Vasse se la llevan mañana a su casa de Verneuil. Espero que el cambio de aires le siente bien. Me quedaré solo con los Padres de la Iglesia, a los cuales añado un montón de cosas. Su trovador picotea ferozmente. El gozo de no tener que pintar ni hacer hablar a más burgueses me alegra, a pesar de todo.

Mi pobre Bouilhet está ahora en Vichy. Después iré a Mont-Dore. Su última carta me dio buena impresión. Espero que se cure. Pero la última vez que lo vi (hace diez días), me dejó afligido. En cuanto a lo que tiene, en el fondo, no se sabe. Se siente muy oprimido, y vive en un terror casi continuo.

Creo absolutamente, como usted, que uno se puede curar cuando lo quiere. Pero la voluntad no le es dada a todo el mundo. Hay en el dolor una cierta voluptuosidad que hace que uno se abandone.

Mis estudios religiosos me han inspirado tal desprecio hacia la teología y

los cristianos, que leo las obras filosóficas de Cicerón con deleite. ¡Qué diferencia entre aquella sociedad y la que la sucedió! Acabo de releer el Jesús de Renan. Más que un buen libro, es un libro hermoso. ¡Qué espíritu más singular! El elemento femenino y el elemento episcopal lo dominan en exceso. Su Saint Paul está dedicado a su mujer como su Jesús está dedicado a su hermana. Creo que una inteligencia arrebatada ante todo por lo Verdadero y lo Justo no habría izado dos faldas en el frontispicio de su obra.

Si ha navegado entre dos aguas por propia elección, no ha hecho más que seguir su naturaleza, que está hecha toda ella de matices, de nubes, de indefinición. Por eso su intento de mezclarse en los asuntos de este mundo me ha parecido tan grotesco. La acción, que es una degradación para los hombres de su especie, exige una claridad de la que él no es capaz.

He aquí lo que quise decir cuando escribí que el tiempo de la Política ha pasado. En el siglo XVIII, el asunto capital era la Diplomacia. “El secreto de los gabinetes” existía realmente. Los pueblos se dejaban todavía conducir para que se les separara o se les confundiera. Creo que ese orden de cosas dijo su última palabra en 1815. Desde entonces, no se ha hecho otra cosa que discutir sobre la Forma exterior que conviene dar al ente fantástico y odioso llamado Estado. La experiencia prueba (me parece) que ninguna forma contiene el bien en sí. Orleanismo, republicanismo, imperio, ya no quieren decir nada, porque las ideas más contradictorias pueden entrar en cada una de esas casillas. ¡Todas las banderas se han manchado hasta tal punto de sangre y de mierda que ya es hora de no tener ninguna! ¡Abajo las palabras! ¡Nada de símbolos, ni de fetiches! La gran moraleja de esta época será la demostración de que el sufragio universal es tan estúpido como el derecho divino, aunque un poco menos odioso.

La cuestión, así pues, está desplazada. No se trata ya de soñar en la mejor forma de gobierno, porque todas son equivalentes, sino de hacer prevalecer la Ciencia. He ahí lo más urgente. El resto seguirá fatalmente. ¡Los hombres puramente intelectuales han hecho más servicio a la humanidad que todos los san Vicente de Paul del mundo! Y la Política será una eterna nadería mientras no sea una parte de la ciencia. El gobierno de un país debería ser una sección de los Institutos de Investigación, y la última de todas.

Antes de ocuparse de las cajas de seguros, e incluso de la agricultura, que envíen a todos los pueblos de Francia unos cuantos Houdinis a hacer milagros.

El crimen más grande de Isidore es la mugre que ha dejado sobre nuestra bella patria. Dixi.

¡Admiro las ocupaciones de Maurice, y su vida tan sana! Pero yo no sería capaz de imitarlo. La naturaleza, lejos de fortificarme, me agota. Cuando me tumbo en la hierba, me parece que estoy ya bajo tierra, y que las lechugas

empiezan a crecer en mi vientre. Su trovador es un hombre naturalmente malsano. No amo el campo más que cuando voy de viaje, porque entonces la independencia de mi individualidad pasa por encima de la conciencia de mi nada.

Mis respetos a su corderito, el señor Gustave. ¿De quién fue la idea? Me ha hecho reír mucho.

Quiérame siempre.

Todo mi cariño.

## **55. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 20 de julio de 1869]**

Martes 5 h.

Acabo de enterrar a mi pobre Bouilhet. Y al llegar a Croisset encuentro los retratos de usted. Me parece que me los envía para consolarme. Gracias, querida maestra.

Voy a revolcarme en la desesperación. Luego, me reharé. Eso espero, al menos. ¡Pero es duro! ¡Un amigo de 37 años que se va!

¡Y he tenido que encabezar el séquito! ¡Detalles grotescos y atroces, etc.!

No puedo más. Un abrazo.

## **56. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 14 de agosto de 1869]**

El cambio de tus proyectos nos entristece, querido amigo, pero ante tus problemas y tus preocupaciones, no osamos lamentarnos. Sólo deseamos que hagas lo que pueda distraerte más y te cueste menos. Tengo la esperanza de encontrarte en París porque tú estarás algún tiempo y yo tengo a menudo asuntos que resolver allí. ¡Pero nos vemos tan poco en París y tenemos siempre tantas ocupaciones fastidiosas! En fin, es una verdadera lástima para mí no poder atenderte en nuestra casa, donde te habríamos amado de la mejor manera, y donde habrías estado en tu casa, triste cuando quisieras, ocupado si te hubiera parecido mejor. Me resigno, a condición de que estés mejor ahí y que nos compenses cuando puedas.

¿Has solucionado, al menos, tus asuntos con Lévy? ¿Te paga dos volúmenes? Querría que tuvieras con qué vivir independiente y amo de tu tiempo.

Aquí, reposo del espíritu, en medio de una actividad exuberante de Maurice y de su valerosa mujercita, que ama todo lo que él ama y lo ayuda con entusiasmo en todo lo que él emprende. Yo debo parecer la pereza en persona, en medio de todo su trabajo. Hago algo de botánica y me baño en un pequeño torrente helado. Enseño a leer a mi criado, corrijo pruebas de impresión, y me porto bien. ¡He aquí mi existencia! Y nada me fastidia en este mundo en el que me parece que, por lo que a mí respecta, todo es perfecto. Pero tengo miedo de ser más agobiante de lo que ya era. No se ama mucho a los seres de mi especie. Son demasiado inofensivos. Ámame, sin embargo, un poco al menos, porque si ya siento pena de no verte, se me haría enorme si tu silencio fuera voluntario.

Y te envío tiernos abrazos, viejo querido.

## **57. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 15 de agosto 1869]**

Domingo por la mañana

Día de la fiesta de Isidore

Querida maestra adorada,

Hace muchos días que quiero escribirle una carta para decirle todo lo que he sentido en el último mes. He pasado por estados diferentes, todos raros. Pero no he tenido suficiente tiempo ni tranquilidad de espíritu para concentrarme en ello.

En cuanto a Nohant, iré este invierno, después de que me desembarace de mi novela y de Aïssé.

Lévy me ha dado seis mil francos (primer pago), no hemos hablado del resto. Serán dos volúmenes en octavo. No se preocupe usted por su trovador. Tendrá siempre “su independencia y su libertad” porque hará como siempre ha hecho. Se ha liberado de todo, antes que atarse a una obligación cualquiera.

Y además, con la edad, las necesidades disminuyen. No sufro por no poder vivir en La Alhambra.

Lo que me haría bien, ahora mismo, sería meterme furiosamente en San Antonio. Pero no tengo ni siquiera el tiempo para leer. Y en cuanto a viajes,

me iría alegremente a pasar dos domingos a Dieppe con Caroline.

Escuche esto: su obra debía representarse, en principio, después de Aïssé. Pues bien, se ha convenido en que sea antes. Chilly y Duquesnel quieren de todas maneras que sea después. Únicamente para “aprovechar la ocasión”, para explotar la muerte de mi pobre Bouilhet. Prometen que os darían “cualquier compensación”. Pues bien, yo, que soy el propietario de Aïssé, como si fuera el autor, no quiero nada de eso. No quiero, entiéndame, que usted sea incomodada para nada.

Usted cree que soy dulce como un cordero. Desengáñese. Y haga como si Aïssé no existiera en absoluto, y sobre todo nada de delicadezas, ¿eh? Eso me ofendería. Entre simples amigos, se deben guardar consideraciones y cumplidos. Pero entre usted y yo eso me parecería poco conveniente. Nosotros no nos debemos más que amor. Dixi.

Creo que los directores del Odéon, de todas maneras, echarán de menos a Bouilhet. Yo seré menos cómodo que él en los ensayos.

¿No debía Usted ir a París para La Petite Fadette, en septiembre? Me gustaría leerle Aïssé. Así charlaríamos un poco. Algunos de los actores que proponen son, para mí, imposibles. ¡Es duro tener que trabajar con iletrados!

Recuerdos a los suyos y a usted, querida maestra, todo mi cariño.

## **58. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 17 de agosto de 1869]**

[...] Dices que no serás tan cómodo como el pobre Louis. Ya verás que hay que ser cómodo si no quieres entorpecer los ensayos, y en consecuencia perjudicar el éxito de la obra. Los actores son instrumentos frágiles; si uno los estruja, se rompen. Hay que decirles siempre que lo hacen bien, no vibran sino es con los elogios, la crítica los destroza. Por lo demás, si quieres consultarme sobre los actores más adecuados para cada papel, yo creo conocer bien y saber de qué son capaces casi todos los del Odéon, y también, cosa muy útil de saber, el grado de influencia de cada uno de ellos sobre el público del lugar. ¡He estado tantas veces a los dos lados del escenario! Lamento que no puedas venir a leerme la obra. Podría intentar ir a París para ello, si me necesitas antes de que yo tenga que ir.

No puedo escribirte más. Me duele la mano. Me he hecho un corte. Me dedico a la botánica puesto que no puedo garabatear. Me queda el brazo para agarrarte por el cuello y abrazarte.

[sin firma]

## 59. FLAUBERT A SAND

[París, 31 de agosto o 1 de septiembre de 1869]

Querida maestra,

Después de quince días de haberle comunicado a Chilly sus intenciones de usted, que eran también las mías, no he recibido ninguna respuesta. ¿Y usted?

Su viejo trovador está asqueado de las correcciones de sus pruebas. ¿Cómo puede exaltar a ciertas personas la imprenta? A mí me provoca náuseas.

Mi alojamiento en Rue Murillo me fastidia también. Necesitaría ver Azul o trabajar con furor.

Un abrazo.

Gustave Flaubert

¿Cuándo viene usted a París? ¿Y La Petite Fadette? Cuénteme sus proyectos.

## 60. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 2-4 de septiembre de 1869]

Jueves

No sé nada de Chilly, ni de La Petite Fadette. En pocos días saldré para hacer un viaje por Normandía. Pasaré por París. Si quieres viajar conmigo (oh, pero no, tú no viajas); en fin, ya se verá. Creo que me he ganado unas pequeñas vacaciones. He trabajado como una bestia de carga. Yo también tengo necesidad de ver azul. Pero a mí el azul del mar me basta, y tú en cambio querrías ver el azul del firmamento artístico y literario sobre nuestras cabezas. ¡Bah! Eso no existe. Todo es prosa y vulgar prosa en el mundo que los hombres han creado. Sólo aislándose un poco uno puede reencontrar en sí al ser normal.

Retomo mi carta interrumpida durante dos días, por culpa de mi mano herida, que me molesta bastante. No voy a ir a Normandía; los Lambert, a quienes quería ver en Yport, vuelven a París, y mis asuntos también me requieren allí. Te veré, pues, probablemente la semana que viene, y te abrazaré

con fuerza. ¡Lástima que no pueda poner la carita rosa y morena de Aurore en lugar de la mía! Ella no es sólo lo que uno llama bonita, sino que es adorable y de una rapidez de entendimiento que nos asombra a todos. Además, es tan divertida en su balbuceo como una persona mayor con ingenio.

¡Así pues, me veré forzada a volver a pensar en mis asuntos! Es lo que me produce más horror y lo que turba realmente mi serenidad. Tú me consolarás, charlando un poco conmigo, cuando tengas tiempo.

Hasta pronto, valor con el trabajo nauseabundo de las pruebas. Yo me ahorro eso, pero desde luego no hay por qué hacer como yo.

Mis hijos te envían sus recuerdos y tu trovador te quiere.

Sábado por la noche

He recibido esta tarde noticias del Odéon. Se están ocupando de mi obra y no me hablan de nada más.

## **61. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 15 de noviembre de 1869]**

¿Qué haces, mi querido viejo trovador? ¿Corriges pruebas como un esclavo, hasta el último minuto? Se anuncia tu libro para de aquí a dos días. Lo espero con impaciencia, ¿verdad que no me olvidarás? Te van a elogiar y a denigrar, ya lo sabes. Tú eres demasiado superior como para no causar envidia y eso no te altera, ¿no es cierto? Estoy segura de que no. Tu naturaleza hace que te estimule lo que abate a otros. Habrá escándalo, seguro. [...] Los progresistas sinceros, los verdaderos demócratas, te aprobarán. Los idiotas se pondrán furiosos, y tú dirás: ¡adelante con los faroles!

Yo corrijo también las pruebas de Pierre qui roule y estoy a la mitad de una novela que no hará mucho ruido. Es todo lo que pido por ahora. Hago alternativamente mi novela, lo que me place, y a la vez hago lo que complace a la revista y que a mí no me place nada. Así me apaño, tal vez me equivoco. Quizá lo que yo prefiero sea lo peor. Pero ya he dejado de preocuparme por mí misma, suponiendo que alguna vez me haya preocupado mucho. La vida siempre me ha llevado lejos de mí y seguirá haciéndolo hasta el fin. El corazón siempre ha ido por delante de la cabeza. Ahora mismo son las niñas las que ocupan todo mi intelecto, Aurore es una joya, una naturaleza ante la cual me admiro. ¿Cuánto durará esto?

Tú pasarás el invierno en París, y yo no sé cuándo iré. [...] Pero no me impaciento, tú me has prometido venir cuando estés libre, en Navidad, o más

tarde, a celebrar las fiestas con nosotros. No pienso en otra cosa, y si faltas a tu palabra, causarás nuestra desesperación.

Te abrazo con todo mi corazón, como te quiero.

## **62. FLAUBERT A SAND**

**[París, 16 de noviembre de 1869]**

Martes a mediodía

Querida maestra,

Comienzo por confesar que soy un cerdo. Habría querido escribirle. Pero tenía: 1.º, mis pruebas; 2.º, la *féerie* en la que vuelvo a trabajar desde hace 15 días, sin descanso; 3.º, los trámites para el alojamiento de mi sobrina, que ahora está en Polonia; 4.º, recibir a mi madre que, mientras espera su habitación en casa de mi sobrina, se aloja en un hotel y 5.º, un asunto que no me concierne y que ya le comentaré en el silencio del despacho.

Mi libro aparece, creo, mañana. O pasado mañana, como muy tarde. ¡Usted tendrá el primer ejemplar, pardiez! [...]

No veo por qué no tendría que ir a Nohant en Navidad.

Recuerdos a los suyos, y a Usted, querida maestra, mil abrazos de su viejo

Gustave Flaubert

## **63. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, Martes 30 de noviembre de 1869]**

Querido amigo del alma,

He releído tu libro, y mi nuera lo ha leído también, y algunos de mis amigos jóvenes, todos lectores de buena fe y sinceros, y en absoluto estúpidos. Todos nosotros compartimos la opinión de que es un bello libro, con la fuerza de los mejores de Balzac y más real, es decir, más fiel a la verdad, de principio a fin. Son necesarios el gran arte, la forma exquisita y la severidad de tu trabajo para prescindir de las flores de la fantasía. Tú derramas, no obstante, la poesía a manos llenas, la captan tus personajes o no. Rosanette en

Fontainebleau no sabe qué prados pisa, pero es poética igualmente. Todo eso es de una gran maestría y tu lugar está bien asentado. Vive, pues, tan tranquilo como puedas, a fin de durar mucho tiempo y producir mucho.

He ojeado dos trozos de artículos que no me dieron la impresión de ir contra ti, pero no sé qué puede pasar, la política parece absorberlo todo. Tenme al corriente. Si no se te hace justicia, me enfrentaré a ellos y diré lo que pienso. Tengo todo el derecho.

No sé exactamente cuándo, pero durante este mes, iré sin duda a abrazarte y a intentar arrancarte de París. Mis hijos cuentan con ello, y todos, todos te enviamos nuestros elogios y nuestro cariño.

Tu viejo trovador

#### **64. FLAUBERT A SAND**

**[París, 3 de diciembre de 1869]**

Querida maestra,

Su viejo trovador ha sido fuertemente denigrado en los Papeles. Lea Usted Le Constitutionnel del último lunes y Le Gaulois de esta mañana; está claro. Me tratan de cretino y de canalla. El artículo de Barbey d'Aureilly (Constitutionnel) es, en su género, un modelo, y el de Sarcey, aunque menos violento, no le va a la zaga. ¡Esos señores se exclaman en nombre de la moral y del ideal! También recibo palos en Le Figaro y en Paris, de Cesena y Duranty.

¡Me da igual! ¡Lo que no impide que esté sorprendido ante tanto odio! ¡Y tanta mala fe!

La Tribune, Le Pays y L'Opinion nationale, por el contrario, me han elogiado mucho.

En cuanto a los amigos, las personas que han recibido un ejemplar dedicado, tienen miedo de comprometerse y me hablan de cualquier otra cosa. Los valientes son raros. El libro, sin embargo, se vende bastante bien, a pesar de la política, y me da la impresión de que Lévy está contento.

Sé que los burgueses de Rouen están furiosos conmigo, a causa del padre Roque y de los sótanos de las Tullerías. Dicen que «se debería prohibir la publicación de libros como éstos» (textual), que doy la mano a los rojos, que soy culpable de atizar las pasiones revolucionarias, etc., etc.[...]

En resumen, recojo pocas hojas de laurel, y ninguna hoja de rosa me hiere.

¡Qué ganas tengo de abrazarla!

Mil abrazos de su viejo

Gustave Flaubert

Todos los periódicos citan como prueba de mi bajeza el episodio de la Turca, que tergiversan, por supuesto. ¡Y Sarcey me compara al marqués de Sade, que reconoce no haber leído!

Todo esto no me afecta lo más mínimo. Pero me pregunto: ¿para qué publicar?

## **65. FLAUBERT A SAND**

**[París, 7 de diciembre de 1869]**

4, Rue Murillo, Parc Monceau. Martes, 4 h

Querida maestra,

Su viejo trovador está siendo pateado de una forma inaudita. La gente que ha recibido de mí mismo un ejemplar de mi novela, evitan hablarme de ella. Por miedo de comprometerse o por compasión hacia mí. ¡Los más indulgentes piensan que no he hecho otra cosa que cuadros y que la composición, la estructura, están ausentes! Saint-Victor, que ensalza los libros de Arsène Houssaye, no quiere hacer un artículo sobre el mío, por encontrarlo demasiado malo. Théo está ausente y nadie (absolutamente nadie) sale en mi defensa.

Así pues, usted ya adivinará lo siguiente: si quiere encargarse de hacerlo, estaré encantado. Si le fastidia hacerlo, no haga nada. Sobran los cumplidos entre nosotros. [...]

Sarcey ha publicado un segundo artículo contra mí. Barbey d'Aurevilly dice que ensucio el riachuelo en que me baño.

Todo esto no me hiera. Pero, ¡en nombre de Dios!, ¡cuánta estupidez!

¿Cuándo vendrá usted a París?

Un abrazo.

## **66. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 10-11 de diciembre de 1869]**

Viernes a sábado por la noche

He rehecho esta tarde mi artículo. Está mejor, es un poco más claro. Espero mañana tu telegrama. Si tú no emites tu veto, enviaré el artículo a Ulbach, que el 15 de este mes, abre su periódico, y que me ha escrito esta mañana para pedirme con urgencia un artículo cualquiera. Ese primer número será, creo, muy leído, y será una buena publicidad. Lévy será mejor juez que nosotros para ver qué puede ser más útil en este momento: consúltale.

Pareces sorprendido por la malevolencia. Eres demasiado ingenuo. Tú no sabes hasta qué punto tu libro es original, y cuánto ofende eso a mucha gente, por la fuerza que tiene. Tú haces estas cosas como quien echa una carta al buzón, ¡ah, claro!

He insistido en el diseño de tu libro. Es lo que menos se ha comprendido y no obstante lo más sólido. He intentado hacer comprender a los lectores simples cómo deben leerlo; porque son los simples los que dan el éxito. Los sutiles no quieren el éxito de los demás. No me ocupo de los malvados; sería hacerles demasiado honor.

[sin firma]

## **67. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 14 de diciembre de 1869]**

No veo aparecer mi artículo, y aparecen otros que son malvados e injustos. Los enemigos siempre son mejor servidos que los amigos. Y además, cuando una rana empieza a croar, todas las demás se añaden. Se trata con algún respeto a quien salta sobre los hombros de la estatua. Siempre ha sido así. Tú asumes los ataques con un talante que nunca cede a la trifulca, y muchos no lo comprenden. La impersonalidad absoluta es discutible, y yo no la acepto en absoluto. Pero me asombra que Saint-Victor, que tanto la ha predicado y que ha criticado mi teatro porque no era impersonal, te abandone en lugar de defenderte. La crítica ya no sabe dónde está, ¡dejémonos de teorías!

No te preocupes por todo esto y sigue adelante. No tengas sistema y obedece a tu inspiración.

El tiempo es bueno, al menos por aquí, y preparamos las fiestas de Navidad en familia, al lado del fuego. Le he encargado a Plauchut que te traiga, os esperamos. Si no puedes venir con él, ven al menos a celebrar con nosotros el fin de año y aléjate un poco de París. ¡Puede ser tan fastidioso!

Lina me manda que te diga que te autoriza a no quitarte tu ropa de estar por casa y tus pantuflas. No hay damas, no hay extraños. En fin, nos harás muy felices, y hace tiempo que lo prometes.

Te envío un abrazo y estoy todavía más furiosa que tú por esos ataques, pero no desanimada, y si te tuviera aquí, te prometo que te repondrías tan deprisa que enseguida correrías a empezar una nueva novela.

Un abrazo.

Tu viejo trovador

## **68. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 9 enero 1870]**

[...] Siguen hundiendo tu libro. Eso no le impide ser un bello y buen libro. Se le hará justicia tarde o temprano, siempre se hace justicia. Al parecer, se ha adelantado a su tiempo; o más bien ha llegado demasiado a tiempo. Ha captado demasiado bien el desasosiego que reina en los espíritus. Ha metido el dedo en la llaga. La gente se reconoce en él demasiado.

Todos te adoran aquí, y tenemos la conciencia suficientemente limpia como para enfadarnos con la verdad; hablamos de ti cada día. Ayer, Lina me decía que ella admira mucho todo lo que haces, pero que prefería Salambó a tus pinturas modernas. Si hubieras estado escondido en un rincón, he aquí lo que le habrías oído decir a ella, a mí y a los otros:

Es más grande que la media de los demás. Su espíritu es como él, fuera de las proporciones comunes. En eso, tiene de Víctor Hugo al menos tanto como de Balzac, pero tiene el gusto y el discernimiento que le faltan a Hugo, y es artista, lo cual Balzac no es. ¿Es entonces más que ellos dos? ¿Chi lo sa? Todavía no ha dado todo lo que puede de sí. El potencial de su cerebro lo ofusca. No sabe si será poeta o realista, y como él es lo uno y lo otro, eso lo fastidia. Debe desembarazarse de sus influencias. Lo ve todo y quiere captarlo todo a un tiempo. No está a la altura del público que quiere comerlo todo a pequeños bocados, y a quien las grandes tajadas asfixian. Pero el público irá a él de cualquier modo, cuando haya comprendido. Incluso irá a él muy pronto, si el autor descende a querer ser comprendido. Para eso debería hacer una concesión al relajamiento de su inteligencia. Habría que reflexionar mucho antes de osar darle ese consejo.

Hasta aquí el resumen de lo dicho. No es inútil conocer la opinión de la buena gente y de la gente joven. Los más jóvenes dicen que La educación

sentimental los ha dejado tristes. No se reconocen, ellos que aún no han vivido. Pero tienen ilusiones, y dicen: ¿por qué ese hombre tan bueno, tan amable, tan alegre, tan sencillo, tan simpático, quiere desanimarnos de la vida? Lo que dicen está mal razonado, pero como es instintivo, quizá hay que tenerlo en cuenta.

[...]

Te abrazo, por mí y por toda la nidada.

## **69. FLAUBERT A SAND**

**[París, 12 enero 1870]**

Miércoles por la tarde

[...] ¡No se habla de otra cosa que de la muerte de Noir! El sentimiento general es el Miedo, ¡nada más!

¡En qué tristes costumbres nos hemos enfangado! ¡Hay tanta estupidez en el ambiente que se vuelve feroz! ¡Estoy menos indignado que asqueado! ¿Qué me dice usted de esos señores, que van a parlamentar armados de pistolas y de bastones con dardo? ¿Y de ese otro, de ese príncipe que vive en medio de un arsenal y que lo usa? ¡Muy bonito! ¡Muy bonito!

¡Qué carta hermosa me escribió usted anteayer! ¡Pero su amistad la ciega, querida maestra! No pertenezco a la familia de la que usted habla. Me conozco y sé lo que me falta. ¡Y me falta muchísimo!

Al perder a mi pobre Bouilhet he perdido a mi comadrón, aquél que veía en mi pensamiento más claramente que yo mismo. Su muerte ha dejado en mí un vacío del que cada día que pasa me doy más cuenta.

¿A santo de qué, hacer concesiones? ¿Por qué forzarse? Estoy bien resuelto, al contrario, a escribir de ahora en adelante para mi agrado personal, y sin ninguna coacción. ¡Pase lo que pase! Tengo casi cincuenta años. Es hora de divertirse, esto es, de soltarse.

No me iré de París antes de su llegada. Cuento con usted en doce días, ¿no es así?

Abrazos a todos, besos de nodriza para mis dos amiguitas, etc., etc.

Y a usted, todo el cariño del viejo trovador

## **70. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 11 marzo 1870]**

¿Cómo estás, mi pobre niño? Yo estoy contenta de estar aquí, en medio de mis amores de familia. Pero estoy triste, sin embargo, por haberte dejado triste, enfermo y contrariado. Dame noticias tuyas, una palabra al menos, y piensa que nos atormentan tus disgustos y tus sufrimientos.

## **71. FLAUBERT A SAND**

**[París, 15 marzo 1870]**

Martes por la tarde

Querida maestra,

Estoy todavía bastante derrengado y muy débil, más aún de espíritu que de cuerpo. Entro en el periodo hosco y misantrópico: todo y todos me fastidian y me irritan. ¡Siento que la vejez me invade! ¡No encuentro persona con la que charlar!

Durante diez días me libré francamente, plenamente, a una tristeza negra. Cerré mi puerta y no vi a nadie. Después volví al trabajo, a leer cosas ásperas tales como las Enéadas de Plotino. Voy todos los días a la Biblioteca Imperial o a la del Instituto. Ceno solo en casa, me acuesto a las 11 y duermo hasta las 9 de la mañana. Eso es todo.

[...]

Mi semblante se restablece. Tomo aceite de hígado de bacalao para tonificarme un poco.

¿Y usted? ¿Cuándo nos veremos? A comienzos de abril, ¿no es así?

[...]

Recuerdos a todos los suyos y a usted, querida maestra, mil abrazos.

## **72. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 17 de marzo de 1870]**

No estoy de acuerdo. Tú no entras en la vejez. No hay vejez en la

hosquedad ni en la misantropía. Al contrario, cuando uno es bueno, uno deviene mejor, y como tú ya eres mejor que la mayoría de los otros, tú debes devenir exquisito. Además, tú te jactas cuando te propones estar irritado contra todo y todos. No podrías. Eres débil ante la pena como todos los que son tiernos. Los fuertes son aquellos que no aman. Tú no serás nunca fuerte, y tanto mejor. Tampoco hay que seguir viviendo solo. Cuando la fuerza retorna, hay que vivir y no reservarse para uno mismo.

Espero que renazcas con la primavera. Hoy es la lluvia que relaja. Mañana será el sol que reanima. Nosotros salimos todos de una u otra enfermedad. Las chicas seriamente acatarradas, Maurice bastante tocado por las agujetas y el frío, yo de nuevo con escalofríos y anemia. Eso es todo: el fastidio del mal dobla siempre el mal. ¿Cuándo seremos sabios como los Antiguos lo entendían? En suma, no quiere decir otra cosa que ser pacientes. Veamos, querido trovador, hay que ser paciente, sólo para empezar, y después, uno se habitúa. Si no trabajamos en nosotros mismos, ¿cómo esperar que algún día estemos en disposición de trabajar en los demás?

En fin, en medio de todo esto, no olvides que aquí se te quiere y que el mal que te haces nos duele también.

Iré a verte y a zarandearte en cuanto haya recuperado mis piernas y mi voluntad, que aún no me responden. Espero, sé que lo harán.

Abrazos de todos mis enfermos. La marioneta no ha perdido más que su arco y todavía está sonriente y dorada. El bebé de Lolo74 ha sufrido sus desgracias. Pero sus ropas visten a otras muñecas. Yo no bato más que un ala, pero te abrazo y te amo.

### **73. FLAUBERT A SAND**

**[París, 17 de marzo de 1870]**

Jueves

Querida maestra,

Ayer por la tarde recibí un telegrama de Madame Cornu con estas palabras: «Venga a mi casa, asunto urgente». Hoy me he ido para allá. Y he aquí la historia.

La emperatriz mantiene que usted ha hecho alusiones muy desagradables a su persona en el último número de la Revue.

«¿Cómo? ¡A mí, a quien todo el mundo ataca ahora! ¡No lo habría creído

nunca! ¡Y yo que la quería hacer nombrar para la Academia! Pero ¿qué le he hecho yo?». Etc., etc. En resumen, está desolada, y el emperador también. Él no está indignado, sino abatido.

La señora Cornu ha intentado en vano hacerle ver que se equivocaba, y que usted no había pretendido hacer ninguna alusión. He aquí toda una teoría del modo en que se hacen las novelas.

—Bien, pues entonces que escriba en los periódicos que no me ha querido ofender.

—¡Eso no lo hará! —le responde.

—Escribidle para que os lo diga.

—No me atrevería a hacer eso.

—¡Pero yo quiero saber la verdad, de cualquier modo! ¿Conocéis a alguien que...?

Entonces la señora Cornu me ha llamado.

—¡Ah! Y no le digáis que os he hablado de esto.

Tal es la conversación que la señora Cornu me ha transmitido. Quiere que usted me escriba una carta donde me diga que la emperatriz no le sirvió a de modelo. Yo enviaría esa carta a la señora Cornu, quien la haría llegar a la emperatriz. Eso es todo.

¡Esta historia me parece estúpida, y esa gente exageradamente delicada! ¡Con la de barbaridades que se dicen por ahí!

La emperatriz ha sido siempre muy amable conmigo, y a mí no me importa ser agradable con ella. He leído el famoso pasaje. No veo en él nada de ofensivo. ¡Pero los cerebros femeninos son tan extraños!

¡Yo tengo fatigadísimo el mío (mi cerebro), o más bien él está en horas bajas ahora mismo! ¡Ya puedo trabajar, que nada sale! ¡Nada! Todo me irrita y me hiere; y como me contengo en público, me atacan, de vez en cuando, crisis nerviosas de llanto en que me parece que voy a estallar. Siento, en fin, una cosa del todo nueva: la proximidad de la vejez. La sombra me invade, como diría el viejo Hugo.

[...]

Espero el retorno de usted a París con doble impaciencia, pues cuando usted ya no esté aquí, volveré a Croisset. París empieza a crispas un poco mis nervios.

¿Le había dicho que tomo aceite de hígado de bacalao, como un renacuajo? ¿No es penoso?

Un fuerte abrazo.

Su viejo trovador, hirsuto.

#### **74. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 19 marzo de 1870]**

Sé, amigo mío, que tú le eres muy fiel. Sé que Ella es demasiado buena para los desgraciados que la rodean, eso es todo lo que sé de su vida privada. No he accedido jamás a ninguna revelación, ni documento sobre ella, ni una palabra, ni un hecho, que me hayan autorizado a retratarla. Así pues, no he trazado más que una figura imaginaria, lo juro, y aquellos que pretendieran reconocerla en una sátira serían en todo caso malos servidores y malos amigos.

Yo no hago sátiras. No sé cómo se hace eso. No hago ni siquiera retratos, no es mi estilo; yo invento. El público que no sabe en qué consiste la invención ve por todas partes modelos. Se equivoca y rebaja el arte.

He aquí mi respuesta sincera. Sin más dilación, la llevo al correo.

#### **75. FLAUBERT A SAND**

**[París, 20 de marzo de 1870]**

Querida maestra,

Acabo de enviar su carta (que le agradezco) a la señora Cornu, insertándole un escrito de su trovador donde me permito manifestar firmemente mi modo de pensar. Los dos papeles serán puestos bajo los ojos de la dama y le enseñarán un poco de estética.

Ayer vi L'Autre<sup>76</sup> y lloré en varias ocasiones. Eso me hizo bien. ¡Qué tierna y exaltante es! ¡Qué bella obra! Y qué amor despierta su autora. La he echado mucho de menos. Tenía necesidad de abrazarme a usted, como un niño pequeño. Mi corazón oprimido ha descansado, gracias. Creo que todo va a ir mejor.

Había muchísima gente. Berton y su hijo salieron dos veces a saludar.

¡Cuídese! Y no trabaje demasiado.

Abrace por mí a Lolo y los demás. Mil besos de

su viejo trovador

## 76. FLAUBERT A SAND

[París, 19 de abril de 1870]

Martes por la mañana

Querida maestra,

¡No es la estancia en París lo que me fatiga, sino la serie de desdichas que me han caído encima desde hace ocho meses! Trabajo un poco. Porque, sin el trabajo, ¡qué sería de mí! Me cuesta mucho ser razonable, sin embargo. He estado sumergido en una melancolía negra que reaparece a propósito de todo y de nada, muchas veces a lo largo del día. ¡Después se desvanece, y vuelta a empezar! Hace demasiado tiempo que no he escrito. ¿El vertedero nervioso se agota?

En cuanto esté en Croisset empezaré el texto sobre Bouilhet, deber lamentable y doloroso, del que tengo prisa por desembarazarme para meterme en San Antonio. Al ser un tema extravagante, espero que me divierta.

¿Y usted? Maurice no debe de estar del todo restablecido, si pasa usted las noches cerca de él.

He visto a su médico, el señor Favre, que me ha parecido bastante extraño y un poco locatis, entre nosotros. Debe de haber quedado contento conmigo, pues le he dejado hablar todo el rato. Hay grandes iluminaciones en su conversación, cosas que resplandecen un momento. Después, uno no pesca nada.

En cuanto a Lévy, he aquí la historia. Me ha dado 16 000 francos. Después del recuento de páginas, no me debía, estrictamente, más que 14 000. En el último pago, le hice notar mi sorpresa al no recibir 20 000. Entonces me respondió: «¡No se preocupe! ¡Más tarde, ya veremos! Quedará usted contento conmigo. Pero espere un poco».

No me atrevo a recordarle su promesa, ¡pero bien sabe Dios que esos 4000 francos me irían de maravilla! Porque mi estancia prolongada de este año en París ha sido desastrosa para mi pequeña bolsa, y además tengo deudas. Si Lévy no es delicado conmigo, si se hace rogar, si no suelta la pasta prometida, seré grosero y violento. Eso es seguro. Me conozco. Su trovador no es nada sociable ni fácil en estos casos. Tiene el sistema desarreglado. Entiendo mi comicidad, aunque a mí no me hace reír en absoluto. Y Lévy tiene el derecho de regatear un poco, porque finalmente mi novela no ha funcionado como

esperábamos (me pregunto por qué, pero es así). Por otra parte, él ha ganado conmigo suficiente dinero como para estirarse un poco. Y me merezco un pequeño premio.

Ésta es la situación, querida maestra. Usted podría escribir al susodicho Michel que espero el cumplimiento inmediato de su promesa (que yo no le voy a recordar). Si me lo niega, no diré una palabra, pero le guardaré rencor. Si está dispuesto a abrir su cartera, me precipito a su casa.

Mi intención es marcharme de aquí hacia el 8 de mayo. Tengo quehaceres hasta entonces.

Abrace por mí a toda la gente de la casa. Echo de menos a Lolo. ¡Pienso en ella a menudo!

A usted, un fuerte abrazo desde el fondo del corazón.

### **77. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 26 de abril de 1870]**

3 de la mañana

Lévy me ha escrito que se considera un buen amigo tuyo y que hará todo lo posible por demostrártelo. Le he escrito, como por propia iniciativa, e irá a verte. No te vayas sin haberlo visto, será en breve.

Un abrazo, todo va bien por aquí, pero todavía no puedo partir.

### **78. FLAUBERT A SAND**

**[París, 29 de abril de 1870]**

Viernes, 9 de la noche

Querida y buena maestra,

Michel Lévy ha entrado en mi casa hace poco, a las 6, y ha empezado a hablar de nuestros asuntos:

—La señora Sand me ha dicho que estaba usted apurado.

—¡Es cierto! ¡Lo estoy siempre!

—Bueno, pues...

Y entonces se ha embarcado en una serie de frases dirigidas a probarme que no gana apenas dinero en su profesión, que incluso se ha visto obligado a trasladarse cerca de la Ópera, y que todavía no ha cubierto sus gastos con La educación sentimental. En resumen, vea lo que me propone: prestarme, sin intereses, 3000 o 4000 francos, a condición de que le prometa mi próxima novela con las mismas condiciones, esto es, a unos 8000 francos el volumen. ¡Si no ha repetido treinta veces «lo hago por complacerle, palabra de honor», que me cuelguen!

Así pues, toda su generosidad, todo su cariño por mí se limitan a avanzarme dinero de mi próximo libro, del cual fija de antemano el precio. Le aseguro a usted que he sido gentil. ¡Y que él debe considerarme un cretino! Porque no he puesto cara de sorpresa. Mi conclusión ha sido que lo reflexionaré. Pero está todo reflexionado. No carezco de amigos, empezando por usted, que me prestarían el dinero sin intereses. Pero, gracias a Dios, no he llegado a ello. A no ser por una necesidad imperiosa, no entiendo que alguien acepte un préstamo, pues, tarde o temprano, hay que devolverlo, de modo que no sirve de mucho.

Problema psicológico: ¿por qué estoy tan alegre tras la visita de Michel Lévy? Mi pobre Bouilhet me decía a menudo: «No hay un hombre más moral ni que ame más la inmoralidad que tú, una infamia te regocija». Estaba en lo cierto, en el fondo. ¿Es un efecto de mi orgullo? ¿O una especie de perversidad?

¡A paseo, después de todo! No son cosas de ese tipo las que me turban. Me contento con repetir, con Athalie:

«¡Dios de los judíos, tú ganas!».

Y no pienso más en ello. Le pido también a usted que no le hable de esto a Lévy cuando le escriba o lo vea. Tendrá mi prólogo al libro de versos de Bouilhet. En cuanto al resto, entiendo que en adelante soy totalmente libre. ¡Se acabó!

¿Y usted, querida maestra? ¿No nos veremos, entonces, en París? Yo regreso a Croisset el próximo jueves. Y no me moveré de allí hasta el mes de octubre.

Nota: he vuelto a ver al doctor Favre, ayer, en casa de Dumas. ¡Extraño hombre! Necesitaría un diccionario para comprenderlo.

No me dijo usted cómo está Maurice.

Recuerdos a todos y a usted mil abrazos.

Gustave Flaubert

¿Ha leído usted los dos volúmenes de Taine?

Conocía la Ética de Spinoza, pero nada del Tractatus theologico-politicus, que me impresiona, me deslumbra, me transporta de admiración. ¡Por Dios! ¡Qué hombre! ¡Qué mente! ¡Qué Ciencia y qué espíritu! Es más potente que el señor Caro, decididamente.

¡No tiene usted idea del grado de estupidez en el que el plebiscito sobre las reformas constitucionales ha sumergido a los parisinos!

Abrace a Lolo de mi parte. ¿Cuándo nos veremos? ¿No puedo contar con una pequeña visita a Croisset? No, nada de pequeña. Una buena visita. Tengo que hablarle extensamente de dos planes.

## **79. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 20 de mayo 1870]**

Hace un buen tiempo que estoy sin noticias de mi viejo trovador. Debes de estar en Croisset. Si hace tanto calor como aquí, debes de sufrir. Tenemos 34 grados a la sombra, 24 por la noche. Maurice ha tenido una fuerte recaída de dolor de garganta, sin peligro esta vez. Pero la inflamación era tan fuerte que durante tres días apenas podía tragar más que un poco de agua y de vino. Ni el caldo aceptaba. Finalmente este calor insensato lo ha curado; parece que nos sienta bien a todos, porque Lina se ha marchado esta mañana, valiente, a París. Los niños están alegres y lo embellecen todo. Yo no escribo nada, tengo bastante que hacer con seguir cuidando y atendiendo a mi hijo y, como la madre está ausente, las niñas me absorben. Trabajo, de todas maneras, en proyectos y ensoñaciones. Tal vez serán algo cuando pueda emborronar un papel.

Me mantengo sobre mis pies, como dice el doctor Favre. Todavía no la vejez, o más bien la vejez normal, la calma... de la virtud, esa cosa de la que la gente se burla, y que yo misma digo en tono burlón, pero que corresponde, detrás de una palabra enfática e idiota, a un estado de inofensividad forzada, sin mérito por ello, pero agradable y digna de saborear. Se trata de hacerla útil al arte cuando uno cree en él, a la familia y a la amistad cuando uno se dedica a ellas. No me atrevo a decir cuán ingenua y primitiva soy en este aspecto. Está de moda burlarse de ello, pero me da igual, yo no quiero cambiar.

Hasta aquí mi examen de conciencia de primavera, para no estar todo el verano pensando más que en aquello que no sea yo. Veamos, tú. Tu salud, para empezar. ¿Y esa tristeza, ese disgusto que París te dejó, están olvidados? ¿No hay más circunstancias exteriores dolorosas? ¡Has sido duramente golpeado! ¡Dos amigos íntimos perdidos uno tras otro! Hay épocas de la vida en que la

suerte nos trata con ferocidad. Tú eres demasiado joven para concentrarte en la idea de una recuperación de los afectos en un mundo mejor, o en este mundo mejorado. Es necesario, a tu edad (y a la mía, yo aún lo intento), atarse aún más a lo que nos queda. Tú me lo escribías cuando yo perdí a Rollinat, mi doble en esta vida, el amigo verdadero, con quien el sentimiento de la diferencia de sexos no había jamás empañado el puro afecto, incluso cuando éramos jóvenes. Era mi Bouilhet y aún más, porque, a la intimidad de corazón, se unía un respeto religioso por un verdadero tipo de coraje moral que había superado todas las pruebas con una dulzura sublime. Yo le debía todo lo que de bueno tengo. Intento conservarlo por amor a él. ¿No es ésa una herencia que nuestros muertos amados nos dejan? La desesperación que nos haría abandonarnos sería una traición hacia ellos y una ingratitud. Dime que estás tranquilo, que no trabajas demasiado y que trabajas bien. Estoy un poco inquieta al no recibir ninguna carta tuya desde hace tanto. No te la quería pedir antes de poderte decir que Maurice está completamente curado. Él te abraza y las niñas no te olvidan. Yo te quiero.

He escrito por mi cuenta y riesgo a Lévy. Espero una respuesta, que te haré llegar.

## **80. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 21-22 de mayo de 1870]**

Noche del sábado

¡No, querida maestra! No estoy enfermo, pero he estado ocupado por mi mudanza de París y mi reinstalación en Croisset. Además, mi madre ha estado bastante indispueta. Ahora se encuentra mejor. Después, me he puesto a desembrollar el resto de papeles de mi pobre Bouilhet, sobre quien ya he empezado el texto. Esta semana he escrito cerca de seis páginas, lo que para mí está muy bien; este trabajo me resulta penoso de cualquier modo. Lo difícil es saber qué no hay que decir. Me aliviaré un poco, dejando ir dos o tres opiniones dogmáticas sobre el arte de escribir. Será la ocasión para expresar lo que pienso, cosa dulce de la que me he privado largo tiempo.

Me dice usted cosas muy bellas y muy buenas también, para retornarme el coraje. No lo tengo apenas, pero hago como si lo tuviera, lo que tal vez venga a ser lo mismo.

No siento ya la necesidad de escribir, porque escribía especialmente para un solo ser que ya no está. ¡Ésa es la verdad! Y sin embargo continuaré escribiendo. Pero el gusto ya no está, la implicación se ha ido. ¡Hay tan pocas

personas que aman lo que yo amo, que se inquieten por lo que me preocupa! ¿Conoce usted en París, que es tan grande, una sola casa donde se hable de literatura? ¡Y cuando se aborda eventualmente, es siempre por sus lados subalternos y exteriores, la cuestión del éxito, de la moralidad, de la utilidad, de la actualidad, etc.! Me parece que me convierto en un fósil, un ser sin relación con lo que le rodea.

Lo mejor que podría pedir es volver a sentir un afecto nuevo. Pero ¿cómo? Casi todos mis viejos amigos están casados, oficiales, pensando en su pequeño comercio todo el año, en la caza durante las vacaciones, en el whist después de comer. No conozco uno que sea capaz de pasar conmigo una tarde leyendo a un poeta. Ellos tienen sus asuntos; yo no tengo asuntos. Dese cuenta de que estoy en la misma posición social en que me encontraba a los 18 años. Mi sobrina, a la que amo como a una hija, no vive conmigo, y mi pobre buena madre está tan vieja que toda conversación (dejando aparte su salud) es imposible con ella. Todo esto da lugar a una existencia poco risueña.

En cuanto a las damas, “mi pequeña localidad” no dispone de ellas, y, después de todo, ¡para qué!... No he podido jamás compartir a Venus con Apolo. O es una o el otro, pues soy un hombre de excesos, que se da todo entero a aquello que practica.

Me repito las palabras de Goethe: «por encima de las tumbas, adelante», y espero habituarme a este vacío. Nada más.

Cuanto más la conozco a usted, más la admiro. ¡Qué fuerte es!

Pero es usted demasiado buena; haber escrito por su cuenta al hijo de Israel... ¡Que se guarde su oro! Ese granuja no duda en absoluto de su bondad, debe de creerse muy generoso proponiéndome prestarme dinero sin intereses, pero a condición de atarme con un nuevo contrato. No se lo tengo en cuenta, porque no me ha herido, no me ha tocado ninguna fibra sensible.

Aparte de un poco de Spinoza y de Plutarco, no he leído nada desde mi retorno, estando como estoy muy ocupado con mi trabajo actual. Es una tarea que me llevará hasta fin de julio. Tengo ganas de quitármela de encima para volverme a lanzar a las extravagancias del buen san Antonio. Pero tengo miedo de no estar suficientemente dispuesto.

Es una bella historia, ¿no es cierto?, esa de la señorita de Hauterive. Ese suicidio de amantes para huir de la miseria debe de inspirar bellas frases morales a Prudhomme. Yo los comprendo. Lo que hicieron no es americano sino algo como romano y antiguo. No eran fuertes, cierto, ¿tal vez demasiado delicados?

¿Cuándo nos veremos?

Saludos a Maurice (que se cuide y cure definitivamente su fuelle). Cuatro buenos besos a sus nietas, un buen apretón de manos a todos y a usted

Su viejo trovador

## **81. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 26 de junio de 1870]**

Domingo

Su trovador acaba de enterrar a un amigo. ¡De los siete que éramos en los inicios de las cenas en Magny, no quedamos más que tres! ¡Estoy a rebosar de féretros, como un viejo cementerio! Es demasiado, francamente.

Y en medio de todo ello, ¡continúo trabajando! Ayer terminé, mal que bien, el texto sobre mi Bouilhet. Voy a ver si hay algún modo de arreglar una comedia suya, en prosa. Después de eso, me meteré en el San Antonio.

¿Y usted, querida maestra? ¿Qué es de usted y de todos los suyos?

Mi sobrina está en los Pirineos y vivo solo con mi madre, que cada día está más sorda. De manera que mi existencia carece absolutamente de alegrías. ¡Necesitaría echarme a dormir durante seis meses en una playa cálida! Pero para eso me faltan tiempo y dinero. Así pues, hay que volver a emborronar papeles, y cavar como un forzado.

Iré a París a principios de agosto. Después pasaré allí todo el mes de octubre para los ensayos de Aïssé. Mis vacaciones se limitarán a ocho días en Dieppe hacia finales de agosto. Ésos son mis proyectos.

¡El entierro de Jules de Goncourt fue lamentable! ¡Théo lloró a lágrima viva!

¿Cuándo nos veremos, por fin?

Un abrazo muy fuerte.

Gustave Flaubert

## **82. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 27 de junio de 1870]**

Todavía un disgusto para ti, mi pobre amigo. Yo también tengo uno, y bien

grande, lloro a Barbès, una de mis religiones, uno de esos seres que reconcilian con la humanidad. Tú recuerdas al pobre Jules y compadeces al desdichado Edmond. Quizá estás en París para intentar consolarlo. Acabo de escribirle y pienso que una vez más has sido golpeado en tus afectos. ¡Qué tiempos! Mueren todos, todo muere y la tierra muere también, devorada por el sol y el viento. No sé de dónde saco el coraje para vivir todavía en medio de estas ruinas. Amémonos hasta el final.

Me escribes poco, estoy inquieta por ti.

### **83. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 29 de junio de 1870]**

Nuestras cartas se cruzan siempre y mantengo la superstición de que si te escribo por la tarde, recibiré una carta tuya por la mañana. Podríamos decirnos:

«Te vi, mientras dormía, un poco triste.»

Lo que me preocupa de la muerte del pobre Jules, es quien le sobrevive. Estoy segura de que los muertos están bien, que reposan quizá antes de revivir, y que en todo caso, vuelven a caer en el crisol para resurgir con todo lo que tuvieron de bueno, e incluso más. Barbès no hizo más que sufrir en toda su vida. Ahora duerme profundamente, pronto despertará. Pero nosotros, pobres supervivientes, no los vemos más. Poco antes de su muerte Duvéyrier, que parecía curado, me dijo: ¿cuál de nosotros partirá primero? Teníamos la misma edad. Se lamentaba de que los primeros en partir no pudieran hacer saber a los que se quedaban que eran felices, que se acordaban de sus amigos. Yo le dije: ¿quién sabe? Entonces nos juramos aparecernos el uno al otro, intentar al menos hablar, el primer muerto al superviviente. Eso no sucedió, lo esperé, no me dijo nada. Era un corazón de los más tiernos y de un carácter sincero. No debió de poder; no debe estar permitido; o bien yo no supe escucharlo, no lo entendí.

A mí, es el pobre Edmond el que me preocupa. Esa vida en común, acabada, no puedo imaginarme la ruptura de ese lazo, a menos que también él crea que no se muere realmente.

Me gustaría ir a verte. Parece que estás fresco en Croisset, porque querrías dormir en una playa cálida. Ven aquí, no tendrás playa, pero sí 36 grados a la sombra y un río frío como el hielo, que no hay que desdeñar. Voy allí todos los días a chapotear después de mis horas de trabajo (porque hay que trabajar, Buloz me avanza mucho dinero). Heme aquí explicando mis cosas, como dice

Aurore, y sin poder moverme antes del otoño. Ya deambulé bastante después de mis fatigas de enfermera. El hijo de Buloz se presentó uno de estos días para espabilarme. Así que de nuevo a la faena.

Ya que tú irás a París en agosto, ven a pasar algunos días con nosotros. Al menos reirás. Trataremos de distraerte y de zarandearte un poco. Verás a las niñas crecidas y hermosas. La pequeñita empieza a hablar. Aurore charla y discute. Llama a Plauchut viejo soltero. Y, por cierto, con todos los abrazos de la familia, recibe los mejores recuerdos de este buen hombre.

Yo te abrazo tiernamente y te suplico que te portes bien.

## **84. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 2 de julio de 1870]**

Sábado por la tarde

Querida buena maestra,

¡La muerte de Barbès me ha afligido mucho, por usted! Uno y otro tenemos nuestros duelos. ¡Qué desfile de muertes desde hace un año! Estoy atontado, como si me hubieran dado golpes de bastón en la cabeza. Lo que me aflige (porque todo lo remitimos a nosotros mismos) es la espantosa soledad en que vivo. ¡No tengo nadie, lo digo bien, nadie, con quien charlar!

«¿Quién se ocupa hoy en día de facundia y de estilo?».

¡Aparte de usted y de Turguénev, no conozco a un mortal con quien explayarme sobre las cosas que me llegan al corazón, y usted vive muy lejos de mí!

Sigo trabajando, sin embargo; he resuelto meterme de lleno en mi San Antonio, mañana o pasado. Pero para comenzar una obra de largo aliento, hay que tener una cierta alegría que me falta. Espero a pesar de todo que ese trabajo extravagante me divierta. ¡Oh, cómo querría no pensar más en mi pobre yo, en mi miserable pellejo! Ése está perfecto. Duermo formidablemente. “La carrocería es buena”, como dicen los burgueses.

Los asuntos de Bouilhet me reclamarán en París en agosto. Después iré a pasar cinco o seis días a Dieppe, en casa de mi sobrina. Todo eso me fastidia y me trastorna mucho. Los viajes cortos me resultan odiosos. Porque me cuesta tanto meterme en el trabajo como interrumpirlo. Y después será forzoso que pase en París todo el mes de octubre, por los ensayos de Aïssé. Después de lo cual volveré aquí, donde me quedaré todo el invierno. Al menos, ésas son mis

previsiones.

[...]

El pobre Edmond de Goncourt está en Champagne con unos parientes suyos. Me ha prometido venir hacia finales de mes. ¡No creo que la esperanza de volver a ver a su hermano en un mundo mejor lo consuele de haberlo perdido!

Se parlotea mucho sobre esta cuestión de la inmortalidad. Porque la cuestión es saber si el yo persiste. La respuesta afirmativa me parece una presunción de nuestro orgullo. Una protesta de nuestra debilidad contra el orden eterno. ¿No tendrá tal vez la muerte más secretos que revelarnos que la vida?

¡Qué año maldito! Me parece que ando perdido por el desierto. ¡Y le aseguro, querida maestra, que soy valiente, a pesar de todo! Y que hago esfuerzos prodigiosos por ser estoico. Pero el pobre cerebro se resiente, por momentos. ¡No necesito más que una cosa (y sé que no se me va a dar), y es tener un entusiasmo cualquiera!

[...]

La abrazo como la amo, esto es, muy fuerte.

## **85. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 22 de julio de 1870]**

Viernes por la tarde

¿Qué es de usted, querida maestra, y de los suyos? Yo me siento descorazonado, afligido por la idiotez de mis contemporáneos. La irremediable barbarie de la Humanidad me llena de una tristeza negra. Ese entusiasmo que no tiene como móvil ninguna idea hace que desee reventar para no verlo más.

El buen francés quiere luchar 1.º por envidia a Prusia, 2.º porque el estado natural del hombre es el salvajismo, 3.º porque la guerra contiene en sí un elemento místico, que enardece a las masas.

¿Volvemos a la guerra entre razas? Eso temo. La espantosa carnicería que se prepara no tiene ni siquiera un pretexto. Son las ganas de luchar por luchar.

Lloro por los puentes destruidos, los túneles hundidos, todo ese trabajo humano perdido, en fin, una negación tan radical.

El congreso de la Paz ha fracasado, por el momento. La civilización me parece lejana. Hobbes tenía razón: «Homo homini lupus».

El burgués de aquí no llega a más. Considera que Prusia ha sido demasiado insolente y quiere “vengarse”. ¿Ha visto usted que un caballero ha propuesto a la Cámara el pillaje del ducado de Bade? ¡Ah, que yo no pueda vivir entre los beduinos!

He empezado mi San Antonio. Y podría ir bastante bien si no pensase en la guerra.

¿Y usted?

Mi madre está en Dieppe con Caroline. Estoy solo, en Croisset, por algún tiempo. No hace mucho calor. Pero yo chapoteo igualmente en el Sena como una marsopa.

Y la abrazo muy fuerte, querida buena maestra.

## **86. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 26 de julio de 1870]**

Esta guerra me parece infame y la Marsellesa autorizada un sacrilegio. Los hombres son animales feroces y vanidosos. Estamos en las dos veces menos de Pascal. ¿Cuándo llegará el más que nunca?

Aquí tenemos de 40 a 45 grados de calor a la sombra. Incendian los bosques: otra estupidez bárbara. Los lobos vienen a pasearse por nuestro corral, de donde los ahuyentamos por la noche, Maurice con un revólver, yo con una linterna. Los árboles pierden sus hojas y tal vez la vida. El agua potable va a empezar a escasear. Las cosechas son poco más que nulas, y encima tenemos la guerra, ¡qué suerte! La agricultura perece, la hambruna amenaza, la miseria incuba en espera de convertirse en revuelta. Pero nosotros luchamos contra los prusianos. ¡Mambrú se va a la guerra!

Dices con razón que para trabajar es necesaria una cierta alegría. ¿Dónde encontrarla, en esta época maldita? Felizmente, nosotros no tenemos a nadie enfermo en la casa. Cuando veo a Maurice y Lina en sus asuntos, a Aurore y Gabrielle en sus juegos, no me atrevo ni a quejarme, por miedo a perderlo todo.

Te amo, mi querido amigo, te amamos todos.

Tu trovador

## 87. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 3 de agosto de 1870]

Miércoles

¿Cómo, querida maestra? ¡Usted también! ¿Desmoralizada, triste? ¿Qué va a ser de los débiles, entonces?

Yo tengo el corazón en un puño, hasta un punto que me espanta. Y ruedo hacia una melancolía sin fondo, a pesar del trabajo, a pesar del buen san Antonio que debería distraerme. ¿Es la continuación de mis penas reiteradas? Es posible. Pero la guerra ha colmado el vaso. Me parece que entramos en el negro.

¡He ahí, pues, el hombre natural! ¡Hagan teorías ahora! Alaben el Progreso, la Ilustración y el buen sentido de las Masas, y la dulzura del pueblo francés. Puede estar segura usted de que aquí uno se haría matar si se atreviese a pedir la Paz.

Por lo que se ve venir, vamos a retroceder un buen trecho.

¿Acaso van a comenzar de nuevo las guerras de razas? ¿Veremos, en un siglo, a millones de hombres matarse continuamente? ¡Todo Oriente contra Europa, el viejo mundo contra el nuevo! ¿Por qué no? ¿Las grandes obras colectivas, como el canal de Suez, quizá sean, bajo otra forma, esbozos y preparaciones de esos conflictos monstruosos de los que no tenemos idea?

¿Puede ser, también, que Prusia sufra una derrota que entra en los designios de la Providencia, para restablecer el equilibrio europeo? Ese país tiende a hipertrofiarse, como Francia lo hizo bajo Luis XIV y Napoleón. Los demás órganos se sienten asfixiados. De ahí un conflicto universal. ¿Las sangrías formidables serán útiles?

¡Ah, qué letrados somos! ¡La humanidad está lejos de nuestro ideal! Y nuestro inmenso error, nuestro error funesto es creerla parecida a nosotros, y querer tratarla en consecuencia.

El respeto, el fetichismo que hay por el sufragio universal me rebela más que la infalibilidad del papa. [...] ¿Cree usted que si Francia, en lugar de estar gobernada, en suma, por la muchedumbre, estuviera bajo el poder de los Mandarines, estaríamos donde estamos? Si, en lugar de haber querido ilustrar a las clases bajas, nos hubiéramos ocupado de instruir a las altas, no habría usted visto al señor de Kératry proponer el pillaje del ducado de Bade, medida que la opinión pública encuentra muy justa.

¿Ha estudiado usted a Prudhomme últimamente? ¡Es formidable! ¡Admira el Rhin de Musset, y se pregunta si Musset «hizo otra cosa»! ¡He ahí a Musset convertido en poeta nacional! ¡Y descubren a Béranger! ¡Qué inmensa bufonada es todo esto! Pero una bufonada poco alegre.

La miseria se anuncia claramente. Todo el mundo está al límite, ¡empezando por mí! Pero nosotros estamos, quizá, demasiado acostumbrados a lo confortable y a la tranquilidad. ¿Nos anegamos en la materia? Habría que volver a la gran tradición, no aferrarnos tanto a la Vida, a la Felicidad, al dinero ni a nada, ser como eran nuestros abuelos, personas ligeras, volátiles.

En otro tiempo, pasaban la vida muriéndose de hambre. La misma perspectiva asoma en el horizonte. ¡Es abominable lo que usted me cuenta sobre el pobre Nohant! El campo, aquí, ha sufrido menos que por allí.

Mañana parto hacia Dieppe, donde están mi madre y su nieta. Ella envejece de un modo espantoso. Tampoco por ese lado mi porvenir es muy alegre.

El lunes estaré en París. Escríbame a la Rue Murillo, 4, donde estaré unos ocho días. He de saber qué va a ser de Aïssé. Y del libro de versos de Bouilhet. Eso me obliga a volver a ver a mi estimado Lévy.

¿Y nosotros, cuándo nos veremos?

Recuerdos a todo el mundo, y para usted mis abrazos.

## **88. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 7 de agosto de 1870]**

Domingo por la tarde

¿Estás en París, en medio de esta tormenta? ¡Qué lección reciben los pueblos que quieren amos absolutos! ¡Francia y Prusia degollándose por cuestiones que ni siquiera entienden! ¡Henos aquí ante los grandes desastres, y cuántas lágrimas por todas partes, incluso si resultáramos vencedores! No se ven sino pobres campesinos llorando a sus hijos que parten. La movilización se lleva a los que nos quedaban, ¡y cómo los tratan, para empezar! ¡Qué desorden, que desorganización en esta administración militar que todo lo absorbe y lo engulle! ¿Esta horrible experiencia probará finalmente al mundo que la guerra debe ser suprimida o que la civilización perecerá?

Nosotros estamos aquí, recibiendo noticias de derrotas. Quizá mañana sabremos de alguna victoria, y tanto en un caso como en otro, ¿qué quedará de

bueno y útil?

Finalmente ha llovido por aquí, con una tormenta espantosa que lo ha arrasado todo. El campesino labra y rehace sus campos, faenando duro siempre, triste o alegre. Es estúpido, dicen: no, es niño en la prosperidad, hombre en el desastre, más hombre que nosotros que nos lamentamos; él no dice nada y, mientras otros se matan, siembra, reparando siempre por un lado lo que se destruye por el otro. Nosotros vamos a intentar hacer igual y buscamos una fuente de agua a 50 o 100 metros bajo tierra. El ingeniero está aquí y Maurice le está enseñando la geología del suelo. Tratamos de excavar en las entrañas de la tierra para olvidar lo que pasa en la superficie. ¡Pero nada puede distraer de esta consternación!

Escríbeme dónde estás. Te envío ésta a donde me indicaste, Rue Murillo. Te queremos y te abrazamos todos.

## **89. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 17 de agosto de 1870]**

Miércoles

Llegué a París el lunes y volví el miércoles. ¡Ahora conozco el fondo del parisino! Y he excusado, en mi corazón, a los más feroces políticos del 93. ¡Ahora los comprendo! ¡Cuánta estupidez! ¡Cuánta ruindad! ¡Cuánta ignorancia! Mis compatriotas me provocan ganas de vomitar. Hay que meterlos en el mismo saco que Isidore.

¿Merece quizá este pueblo ser castigado? ¿Y tengo yo miedo de que lo sea?

Me resulta imposible leer cualquier cosa, y menos escribir. Paso el tiempo como todo el mundo, esperando las noticias. ¡Ah, si no tuviera a mi madre, a fe que me habría ido!

Sin saber en qué ocuparme, me he alistado como enfermero en el Hôtel-Dieu de Rouen, donde mi colaboración no será inútil. Mi hermano no tiene ya alumnos. Mi inacción me asfixia hasta lo insoportable.

Si se llega a dar el sitio de París, iré a la línea de fuego. Mi fusil está preparado. Pero, mientras, permanezco aquí en Croisset, donde debo estar. Ya le diré por qué.

He visto en la capital ignominias que envejecen a un hombre.

Y no estamos más que en el primer acto, porque luego entraremos en la

ignominia social. ¡La cual será seguida de una reacción vigorosa y larga!

He aquí a donde nos ha llevado el Sufragio Universal, ¡nuevo Dios que me parece tan bárbaro como el viejo! ¡No importa! ¿Cree usted que será desmantelado, el buen Sufragio Universal? ¡En absoluto! ¡Después de Isidoro tendremos a Paletto I!

¡Lo que más me apena de esta guerra es que los prusianos tienen razón! ¡Y después de ellos, los rusos! ¡Ah, cómo me gustaría reventar para no pensar más en todo esto!

En Nohant deben de estar menos atormentados que nosotros por la cuestión pecuniaria. Todos los obreros del Sena Inferior van a pedir limosna en pocos días. Mi sobrino Commanville se comporta valerosamente. Él hace trabajar a los suyos, a pesar de todo. Mi hermano ha abandonado a sus pacientes y no se ocupa más que de asuntos públicos. Rouen arma y entrena, a su costa, a toda su población movilizable. Es una idea que aún no se ha practicado en ningún otro municipio.

La pobre literatura está prácticamente abandonada, querida maestra. ¡El San Antonio no tiene más que 14 páginas! Imposible avanzar.

¿Dónde está Maurice?

Deme noticias frecuentes de usted y abrace por mí a sus queridas pequeñas.

Todo suyo,

## **90. SAND A FLAUBERT**

**[La Châtre, 14 de octubre de 1870]**

Estamos vivos, en La Châtre. Nohant ha sido arrasada por una viruela complicada, horrible. Tuvimos que llevar a las pequeñas a la Creuse, a casa de unos amigos que vinieron a buscarnos, y nosotros pasamos tres semanas buscando en vano un refugio para una familia durante un trimestre. Nos llamaron del Midi y nos ofrecieron su hospitalidad, pero no quisimos abandonar la región donde, de un momento a otro, podríamos ser útiles, aunque uno no sabe muy bien aún por dónde tirar. Hemos vuelto, pues, a casa de los amigos más próximos a nuestro hogar abandonado, y esperamos los acontecimientos.

Decir todo lo que hay de peligroso y de problemático en el establecimiento de la república en nuestras provincias sería del todo inútil. No hay que hacerse

ilusiones: nos jugamos el todo por el todo, y el fin podría muy bien ser el orleanismo. Pero estamos siendo hasta tal punto llevados por lo imprevisible que me parece pueril hacer predicciones. El asunto es sobrevivir al próximo desastre. No digamos que es imposible, no lo creamos. No desesperemos de Francia; sufre la expiación de su demencia, pero renacerá, sea como sea. Quizá nosotros seremos arrastrados. Morir de una pulmonía o por una bala, es igualmente morir. ¡Muramos sin maldecir nuestra raza!

Te queremos siempre y todos nosotros te abrazamos.

## 91. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 27 de noviembre de 1870]

Domingo por la tarde

Vivo aún, querida maestra. Pero no voy mucho mejor, ¡me siento tan triste! Si no le he escrito antes, es porque esperaba sus noticias. No sabía dónde estaba usted.

Hace seis semanas que esperamos, día a día, la visita de los señores prusianos. Uno pone la oreja, creyendo oír a lo lejos el rumor de los cañones. Rodean el Sena Inferior en un radio de 15 a 20 leguas. Están cada vez más cerca, porque ocupan el Vexin, que han devastado completamente. ¡Qué horrores! ¡Es para avergonzarse de ser humano!

[...]

¡No creo que haya en toda Francia un hombre más triste que yo! (todo depende de la sensibilidad de cada uno). Muero de pena. He aquí la verdad. Y los consuelos me irritan. Lo que me enerva es 1.º la ferocidad de los hombres y 2.º la convicción de que vamos a entrar en una era estúpida. Será utilitaria, militar, americana y católica. ¡Muy católica! ¡Ya lo verá usted! La guerra de Prusia termina la Revolución Francesa, y la destruye.

Pero ¿y si fuéramos vencedores?, me dirá usted. Esa hipótesis es contraria a todos los precedentes de la historia. ¿Cuándo ha visto usted al Sur derrotar al Norte, y a los católicos dominar a los protestantes? Francia va a seguir a España e Italia. ¡Y el paletismo comienza!

¡Qué hundimiento! ¡Qué caída! ¡Qué miseria! ¡Qué abominaciones! ¿Puede uno creer en la civilización y el progreso, ante todo lo que pasa? ¿De qué sirve la Ciencia, si ese pueblo, lleno de sabios, comete abominaciones dignas de los hunos? ¡Y peores que las de ellos! Porque son sistemáticas, frías, voluntarias, y no tienen como excusa ni la pasión ni el Hambre.

[...]

No faltan las frases hechas: “¡Francia se alzar  de nuevo! ¡No hay que desesperarse, es un castigo saludable, éramos verdaderamente demasiado inmorales!, etc.”. ¡Oh, eterna parodia! ¡No! ¡No es tan fácil recuperarse de un golpe como éste!

Yo me siento tocado por todo esto hasta la médula. Si tuviera veinte años menos, quizá no pensaría todo esto, y si tuviera veinte años más, me resignar a.

¡Pobre París! Lo encuentro heroico. ¡Pero, si volvemos a él, no será ya nuestro París! Todos los amigos que yo tenía all  est n muertos o dispersados. No tengo ya centro. ¡La literatura me parece una cosa vana e inútil! ¿Podr  algún día rehacerme?

¡Me resulta imposible ocuparme de lo que sea! Paso mis días en una ociosidad sombr a y devoradora. Mi sobrina Caroline est  en Londres. ¡Mi madre envejece de hora en hora! Voy con ella a Rouen, dormiremos allá del lunes hasta el jueves, para evitar la soledad del campo. Después volveremos aquí.

¡Oh, si pudiera huir a un país donde no viera más uniformes, donde no oyera más tambores! ¡Donde no se hablara de masacres, donde uno no estuviera obligado a ser ciudadano! ¡Pero la tierra ya no es habitable para los pobres Mandarines!

Adiós, mi querida y buena maestra. Piense en mí y escr bame. Me parece que sería más fuerte si usted estuviera cerca de mí. Abraze de mi parte a todos los suyos, y a usted mil abrazos de su

viejo trovador

## **92. FLAUBERT A SAND**

**[Dieppe, 11 de marzo de 1871]**

Querida maestra,

¿Cuándo volveremos a vernos? No me parece que París tenga un aire precisamente alegre. ¡Ah, en qué mundo estamos entrando! Paganismo, Cristianismo, Muflismo, he ahí las tres grandes etapas de la humanidad. Es triste encontrarse al principio de la tercera.

No quiero contarle todo lo que he sufrido desde el pasado septiembre. ¿Cómo no he reventado aún? ¡Eso es lo que me asombra! Nadie ha estado más

desesperado que yo. ¿Por qué? He pasado malos momentos en mi vida, he sufrido grandes pérdidas, he llorado mucho, he guardado para mí unas cuantas angustias. Pues bien, todos esos dolores, acumulados, no son nada, digo bien, nada en absoluto, en comparación con esto de ahora. ¡Y no me rehago! ¡No me consuelo! No tengo ninguna esperanza.

Yo no me creía progresista, ni humanitario, sin embargo. ¡Qué más da, tenía mis ilusiones! ¡Cuánta barbarie! ¡Qué retroceso! ¡Acuso a mis contemporáneos de haberme mostrado los sentimientos de un bruto del siglo XII! ¡La hiel me ahoga! Esos oficiales que rompen los cubitos de hielo con guantes blancos, que saben sánscrito y que se arrojan sobre el champán, que te roban el reloj y a continuación te lanzan su tarjeta de visita, esta guerra por el dinero, esos civilizados salvajes me provocan más horror que los Caníbales. ¡Y todo el mundo va a imitarlos, va a ser soldado! Rusia tiene ahora 4 millones, pronto toda Europa llevará uniforme. Si nos tomamos la revancha, será ultraferoz. ¡Y fíjese en que nadie piensa en otra cosa que en vengarse de Alemania! El gobierno, tal como está ahora, no podrá mantenerse especulando sobre esta pasión. ¡El asesinato a gran escala va a ser el fin de todos nuestros esfuerzos, el ideal de Francia!

Acaricio el siguiente sueño: ¡ir a vivir al sol, en un país tranquilo!

Escuchemos las nuevas hipocresías: declamaciones sobre la virtud, diatribas sobre la corrupción, austeridad de costumbres, etc., ¡palabrería total!

Tengo actualmente en Croisset metidos a cuarenta prusianos. Cuando mi pobre hogar (al que ahora tengo horror) esté vacío y limpio, volveré allí, después iré sin duda a París, a pesar de su insalubridad.

Recuerdos a los suyos, y todo para usted

Su viejo trovador

Gustave Flaubert

¡poco alegre!

### **93. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 17 de marzo de 1871]**

Recibí tu carta del 11 ayer.

Todos nuestros espíritus han sufrido más que en cualquier otro tiempo de nuestra vida, y sufriremos para siempre esta herida. Es evidente que el instinto salvaje tiende a tomar la delantera. Pero me aflige algo peor, es el instinto

egoísta y ruin; es la innoble corrupción de los falsos patriotas, de los ultrarepublicanos que llaman a la venganza y se esconden; buen pretexto para los burgueses que quieren una fuerte reacción. Me temo que ni siquiera seremos vindicativos, que esas fanfarronadas llenas de cobardía nos disgusten tanto que nos empujen a vivir día a día, como bajo la Restauración, soportándolo todo y no pidiendo sino descansar de una vez. Más tarde habrá un despertar. ¡Yo ya no estaré, y tú serás viejo! ¿Ir a vivir al sol en un país tranquilo? ¿Dónde? ¿Qué país va a estar tranquilo en esta lucha de la barbarie contra la civilización, lucha que va a ser universal? ¿No es el sol mismo un mito? O se esconde o nos calcina, y todo es igual en este desdichado planeta; amémoslo a pesar de todo y habituémonos a sufrir.

He escrito mis impresiones y mis reflexiones durante la crisis. La Revue des Deux Mondes publica ese diario. Si lo lees, verás que por todas partes la vida ha sido destrozada a fondo, incluso en las regiones donde la guerra no ha llegado. Verás también que no me he tragado, aunque suelo ser bastante ingenua, la farsa de los partidos. Pero yo no sé si serás de mi opinión: que la libertad plena nos salvará de estos desastres y nos llevará de nuevo a la vía del progreso posible. Los abusos de libertad no me dan miedo por ellos mismos, sino por los que, horrorizados ante ellos, tienden siempre hacia los abusos de poder. En este momento, el señor Thiers parece comprenderlo: pero ¿podrá y sabrá mantener el principio por el cual se ha convertido en árbitro de este gran problema?

Venga lo que venga, amémonos, y no dejes de explicarme nada de lo que te concierne. Tengo el corazón en un puño y un recuerdo tuyo lo hace descansar un poco de una perpetua inquietud. Tengo miedo de que esos inmundos huéspedes hayan devastado Croisset, porque ellos siguen, a pesar de la paz, presentándose por doquier odiosos y repugnantes. [...]

Ven a casa, aquí se está tranquilo. Materialmente siempre lo hemos estado. Nos esforzamos por retomar el trabajo. Nos resignamos, ¿qué otra cosa podemos hacer? Aquí eres amado, y vivimos amándonos. Tenemos con nosotros a los Lambert, a quienes hospedaremos todo el tiempo que podamos. Nuestras niñas han regresado sanas y salvas. Aquí vivirás en paz y pudiendo trabajar, ¡porque hay que hacerlo, estemos en vena o no! La estación va a ser hermosa. París se calmará durante este tiempo. Tú buscas un rincón apacible. ¡Está en tu mano, con todos estos corazones dispuestos!

Te abrazo mil veces por mí y por toda la camada. Las niñas son maravillosas, y el pequeño de los Lambert, encantador.

[Neuville-près-Dieppe, viernes 31 de marzo de 1871]

En respuesta a la suya de 17 de marzo.

Querida maestra,

¡Mañana, finalmente, me resigno a volver a Croisset! ¡Es duro! ¡Pero hay que hacerlo! Voy a intentar retomar mi pobre San Antonio y olvidar a Francia.

Mi madre se queda aquí con su nieta hasta que sepamos dónde instalarnos, sin miedo de prusianos ni motines.

Hace quince días, partí de aquí con Dumas hacia Bruselas, de donde contaba con regresar directamente a París. ¡Pero “la nueva Atenas” me parece que sobrepasa a Dahomey en ferocidad e idiotez!

¿Es esto el fin de la Broma? ¿Se habrán acabado la metafísica hueca y las ideas recibidas? Porque todo el mal proviene de nuestra gigantesca ignorancia. Lo que debería ser estudiado es creído sin discusión. ¡En lugar de observar, se afirma!

Es necesario que la Revolución Francesa deje de ser un dogma, y que la examine la Ciencia, como el resto de asuntos humanos. Si hubiéramos sido más sabios, no habríamos creído que una fórmula mística es capaz de hacer ejércitos, ni que la palabra República basta para vencer a un millón de hombres disciplinados. Habríamos dejado a Badinguet en el trono expresamente para hacer la paz, y acto seguido a la cárcel con él. Si hubiéramos sido más sabios, habríamos sabido hacer lo que los voluntarios del 92, y la retirada de Brunswick, ganada a precio de oro por Danton y Westermann. ¡Pero no! ¡Siempre la misma cantinela! ¡Siempre la farsa! ¡He aquí ahora la Comuna de París que nos devuelve a la pura Edad Media! [...]

Estamos balanceándonos entre la Sociedad de San Vicente de Paul y la Internacional. Pero ésta última hace demasiadas burradas como para tener una vida larga. Prefiero que ella venza a las tropas de Versalles y derroque al gobierno, los prusianos entrarán en París y “el orden reinará en Varsovia”. Si, por el contrario, es vencida, la reacción será furiosa. Y toda libertad estrangulada.

¿Qué decir de los Socialistas, que imitan los procedimientos de Badinguet y de Guillermo92: requisas, cierre de periódicos, ejecuciones capitales sin juicio, etc.? ¡Ah, qué inmundicia la plebe! ¡Y qué humillante ser hombre!

La abrazo fuertemente.

Su viejo trovador

## 95. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 24 de abril de 1871]

Lunes por la tarde

Querida maestra,

¿Por qué ninguna carta? ¿No ha recibido usted ninguna de las que le envié desde Dieppe? ¿Está enferma? ¿Vive todavía? ¿Qué quiere decir esto? Espero desde luego que ni usted (ni ninguno de los suyos) esté en París ¡“Capital de las artes, hogar de la civilización, centro de las buenas maneras y de la urbanidad”!

¿Sabe usted lo peor de todo esto? ¡Es que uno se habitúa, sí! Uno se hace, se acostumbra a prescindir de París, a no preocuparse más por ella, y pronto a creer que ya no existe.

En cuanto a mí, no soy como los burgueses. Me parece que, después de la invasión, no puede haber más desgracias. La guerra de Prusia me ha producido el efecto de un gran trastorno de la naturaleza, de uno de esos cataclismos que ocurren cada seis mil años, mientras que la insurrección de París es, a mis ojos, una cosa muy clara, y casi totalmente simple.

¡Qué retrógrados! ¡Qué salvajes! [...] ¡Pobre Francia, que no se deshará nunca de la Edad Media! ¡Que aún se arrastra en pos de la idea gótica de la comuna, que no es más que el municipio romano!

¡Tengo miedo de que la destrucción de la Columna Vendôme esparza la semilla de un Tercer Imperio!

¡Ah, siento el corazón oprimido, se lo juro!

¡Y la pequeña reacción que vamos a tener después de esto! ¡Cómo van a florecer de nuevo los clérigos!

Me he vuelto a meter en San Antonio, y trabajo violentamente.

¡Escríbame, pues!

La abrazo fuertemente.

Gustave Flaubert.

## 96. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 28 de abril de 1871]

No, ciertamente, no me olvido de ti, estoy triste, muy triste; quiero decir que me distraigo, que miro la primavera, que me ocupo y charlo como si no hubiera pasado nada; pero no puedo quedarme sola un instante después de esta fea aventura, sin caer en una desesperación amarga, hago grandes esfuerzos para defenderme, no quiero estar desanimada, ¡no quiero renegar del pasado y temer el porvenir! Pero mi voluntad y mi razón luchan contra una impresión profunda, insuperable por ahora. Por eso no quería escribirte antes de sentirme mejor, no porque me avergüence de tener crisis de ánimo, sino porque no querría aumentar tu tristeza, añadiéndole el peso de la mía.

Para mí, la innoble experiencia que París sufre no prueba nada contra las leyes del eterno progreso de los hombres y las cosas, y si uno tiene ciertos principios adquiridos en el espíritu, buenos o malos, no pueden resultar debilitados o modificados. Hace mucho tiempo que he aceptado la espera como se acepta el tiempo que hace, la duración del invierno, la vejez, el fracaso en todas sus formas. Pero creo que la gente de partido (los sinceros) debería cambiar sus fórmulas o darse cuenta tal vez de lo vacío de cualquier fórmula a priori.

No es eso lo que me pone triste. Cuando un árbol muere, hay que plantar otros dos. Mi pena viene de una pura debilidad del corazón que no sé vencer. No puedo vivir al lado de la ignominia de los demás. Me aflijo por todos los que han hecho el mal; aunque reconozco que no me interesan en absoluto, su moral me descorazona. Uno se compadece de un pajarillo caído del nido, ¿cómo no compadecer a una masa de conciencias caídas en el fango? Se sufrió menos durante el sitio de los prusianos. Amábamos París, desdichado a su pesar. Hoy, nos apenamos por él en la misma proporción en que ya no podemos amarlo. Los que nunca aman se jactan de odiarlo mortalmente. ¿Qué responder? ¡Tal vez no haya que responder nada! El desprecio de Francia quizá sea un castigo merecido por la ruindad insigne con que los parisinos han aceptado a los intrigantes y sus desmanes. Es una continuidad de la aceptación de los intrigantes del Imperio. Otros canallas, la misma cobardía.

Pero yo no te quería hablar de esto, ¡tú ya te exclamas bastante! Habría que distraerse, porque pensando en ello demasiado, uno llega a desentenderse de sus propios miembros, y se deja amputar con estoicismo.

No me has dicho cómo has reencontrado tu encantador nido de Croisset. Los prusianos lo ocuparon; ¿lo destrozaron, lo ensuciaron, te robaron algo? Tus libros, tus objetos queridos, ¿lo has hallado todo? ¿Respetaron tu despacho? Si tú pudieras volver a trabajar allí, la paz se instalaría en tu espíritu. Yo espero que el mío se cure y sé que debo colaborar en mi propia curación con una cierta fe a menudo debilitada, pero de la que hago un deber.

Dime si el tulipero se ha helado este invierno y si las peonías están bellas. Yo hago con frecuencia el viaje en mi espíritu, vuelvo a ver tu jardín y sus alrededores. ¡Qué lejos queda aquello, y qué de cosas han venido después! Una no sabe si no tiene cien años.

Sólo mis pequeñas me devuelven a la noción del tiempo, ellas crecen, son divertidas y tiernas, es por ellas que me siento aún de este mundo, y es por ti también, querido amigo, que siento el corazón siempre sano y vivo. ¡Cómo me gustaría verte! Pero no hay modo de ir o venir.

Te abrazamos todos y te amamos.

## **97. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 30 de abril de 1871]**

Querida maestra,

Respondo enseguida a sus preguntas sobre lo que me concierne personalmente. ¡No! Los prusianos no saquearon mi casa. Birlaron algunas cosillas sin importancia, un neceser, una lámina, pipas, en suma, no hicieron daño. En cuanto a mi despacho, lo respetaron. Yo había enterrado una gran caja llena de cartas, y puesto a buen recaudo mis voluminosas notas sobre San Antonio. Lo encontré todo intacto.

¡Lo peor de la invasión, para mí, ha sido que mi pobre madre ha envejecido diez años! ¡Qué cambio! No puede caminar sola y padece de una debilidad desesperante. Es muy triste ver a los que uno quiere degradarse poco a poco.

[...]

Para no lloriquear más sobre las miserias públicas y sobre las mías, me he lanzado con furia de nuevo sobre San Antonio, y si nada me lo impide y continúo a este ritmo, lo habré acabado el próximo invierno. Tengo de veras ganas de leerle a usted las 60 páginas que he escrito. Cuando se reanuden las comunicaciones por ferrocarril, venga a verme unos días. Hace mucho tiempo que su viejo trovador la espera. Su carta de esta mañana me ha enternecido. ¡Qué bondad la suya y qué inmenso corazón tiene usted!

No soy como la mayoría de la gente, que parece afligirse por los combates en París. A mí me parecen más tolerables que la invasión. Porque, después de ella, no hay más desesperación posible, y una vez más se prueba nuestro envilecimiento. “¡Ah, gracias a Dios, los prusianos están aquí!” ha sido el grito universal de los burgueses. ¡Yo meto en el mismo saco a los señores

obreros y que los tiren a todos juntos al río!

Por otra parte, todo volverá a su cauce, y la situación se calmará. Vamos a convertirnos en un gran país plano e industrial como Bélgica. La desaparición de París (como centro de gobierno) dejará a Francia incolora y torpe. No tendrá ya corazón, ni centro, ni, creo yo, espíritu.

En cuanto a la Comuna, que está a un paso de su final, es la última manifestación de la Edad Media. ¿La última? ¡Esperemos que sí!

Odio la Democracia (al menos tal como se entiende en Francia) porque se apoya sobre la “moral del evangelio”, que es la inmoralidad misma, digan lo que digan, porque es la exaltación de la Gracia en detrimento de la Justicia, la negación del Derecho, en una palabra: la antisociabilidad.

La Comuna rehabilita a los asesinos, igual que Jesús perdonó a los ladrones. Y se desvalijan las casas de los ricos, porque se ha aprendido a maldecir a Lázaro, que no era un malvado rico, sino simplemente un rico. “La república está por encima de cualquier discusión” equivale a decir: “el papa es infalible”. ¡Siempre las fórmulas! Siempre los dioses.

[...] ¿En qué hay que creer, entonces? ¡En nada! Ése es el comienzo de la Sabiduría. Ya va siendo hora de deshacerse de los “Principios” y de entrar en la Ciencia, en el Examen. La única cosa razonable (vuelvo siempre sobre eso) es un gobierno de Mandarines, a condición de que los Mandarines sepan algunas cosas, o incluso de que sepan muchas cosas. El pueblo es un minero eterno, y estará siempre (en la jerarquía de los elementos sociales) en el último escalón, porque es el número, la Masa, lo ilimitado. Poco importa que un montón de campesinos sepan leer y ya no escuchen a su cura; importa infinitamente más que muchos hombres como Renan o Littré puedan vivir, y sean escuchados. Nuestra salvación no está, ahora, más que en una aristocracia legítima, entiendo por eso una mayoría que se componga de otra cosa que de cifras.

Si Francia hubiera sido más ilustrada, si hubiera habido en París más gente que conociera la historia, no habríamos sufrido ni a Gambetta, ni Prusia, ni la Comuna. ¿Qué hacen los católicos para conjurar un gran peligro? ¡Se persignan, y se encomiendan a Dios o a los Santos! Nosotros, que estamos tan avanzados, nos ponemos a gritar “viva la República” evocando los recuerdos del 92. [...]

Por el momento, París está completamente epiléptica. Es el resultado de la congestión que le provocó el sitio. El resto de Francia vive en un estado mental alterado. [...]

Esta locura es la continuación de una gran idiotez. Y esa idiotez viene de un exceso de farsa. Porque a fuerza de mentir uno se vuelve idiota. Se había

perdido toda noción del bien y del mal, de lo bello y de lo feo. Observe usted la crítica de estos últimos años. ¿Qué diferencia aprecia entre lo Sublime y lo Ridículo? ¡Qué falta de respeto! ¡Qué ignorancia! ¡Qué caos! ¡«Hervido o asado, es lo mismo»! Y, al mismo tiempo, qué servilismo hacia la opinión del día, el plato de moda.

Todo era falso; falso realismo, falso ejército, falsa banca, e incluso falsas fulanas. Se las llamaba “Marquesas” de la misma manera que las grandes damas se trataban familiarmente de “marranillas”. [...] Y esa falsedad (que tal vez era herencia del romanticismo, predominio de la Pasión sobre la forma y de la inspiración sobre la regla, se aplicó sobre todo en la manera de juzgar. Se alababa a una actriz no como actriz, sino como una buena madre de familia. Se pedía al arte que fuera moral, a la filosofía que fuera clara, al vicio que fuera decente y a la ciencia “que se pusiera a la altura del pueblo”).

Pero ya es una carta demasiado larga. Cuando me pongo a insultar a mis contemporáneos, no acabaría nunca.

Un abrazo muy fuerte.

Su viejo

## **98. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 11 de junio de 1871]**

Domingo por la tarde

Querida maestra,

¡Jamás había tenido tantas ganas, tanta necesidad de verla a usted como ahora! ¡Acabo de llegar de París, y no sé con quién hablar! Estoy que reviento. ¡Estoy abatido, o más bien desolado! El olor de los cadáveres me disgusta menos que los miasmas de egoísmo que exhalaban todas las bocas. ¡La vista de las ruinas no es nada después de la inmensa estupidez parisina! Con raras excepciones, todo el mundo me ha parecido loco de atar. La mitad de la población tiene ganas de estrangular a la otra mitad, que siente lo mismo. Eso se lee claramente en los ojos de los transeúntes. ¡Y los prusianos ya no existen! ¡Se les excusa y se les admira! Las gentes “razonables” quieren nacionalizarse alemanes. Le aseguro que es para desesperarse de la especie humana.

[...]

Exceptúo de la locura general a Renan, que me ha parecido, por el

contrario, muy sabio, y al buen Soulié, que me encargó que le dijera a usted mil cosas tiernas de su parte. La princesa Mathilde me pidió varias veces noticias suyas. Ha perdido el norte. Quiere regresar a Saint-Gratien sea como sea. He reunido multitud de detalles horribles que voy a ahorrarle a usted.

[...]

Los imperialistas son la peor canalla del mundo. De eso estoy seguro. Y tengo las pruebas.

Cuando la historia desembrolle el incendio de París, podrá distinguir sus elementos, entre los cuales hay, sin ninguna duda: 1.º Prusia, y 2.º la gente de Badinguet. No queda ninguna prueba escrita contra el Imperio. Y Haussmann se va a presentar audazmente a las elecciones de París.

[...]

Hasta pronto, ¡y deme noticias suyas! Mi pobre madre está un poco menos débil desde hace algunos días.

Un abrazo bien fuerte para usted y para los suyos.

Su viejo trovador

## **99. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 14 de junio de 1871]**

¡Tienes ganas y necesidad de verme y no vienes! Eso no está bien, porque yo también, y todos nosotros aquí, suspiramos por ti. ¡Nos separamos tan felices, hace 18 meses, y tantas cosas atroces han pasado desde entonces! Volvernos a ver, después de haber sobrevivido, sería el consuelo debido. Yo no puedo moverme, estoy sin blanca, y tengo que trabajar como un negro. Además, no he visto a un solo prusiano, y querría guardar mis ojos vírgenes de esa suciedad. ¡Ah, amigo mío, qué años nos ha tocado pasar! Nada volverá; la esperanza se va con todo lo demás.

¿Cuál será el contragolpe de esta infame Comuna? ¿Isidore, o Enrique V, o el reino de los incendiarios guiado por la anarquía? Yo, que tengo tanta paciencia con mi especie y que durante tanto tiempo he visto sólo lo bueno, hoy no veo más que tinieblas. Juzgaba a los demás por mí misma. Yo había vencido a mi propio carácter, había dominado las ebulliciones inútiles y peligrosas, había sembrado sobre mis volcanes hierba y flores que los embellecían, y me figuraba que todo el mundo puede mejorarse, corregirse o contenerse, que los años pasados por mí y por mis semejantes no podían estar

perdidos para la razón y la experiencia. Y he aquí que me despierto de un sueño para encontrar a una generación dividida entre el cretinismo y el delirium tremens. ¡Todo es posible ahora!

Y, sin embargo, está mal desesperar. Voy a hacer un gran esfuerzo, y quizá recobre mi ecuanimidad y mi paciencia. Pero, ahora mismo, no puedo hacerlo. Estoy tan preocupada como tú, y no me atrevo ni a hablar, ni a pensar, ni a escribir, tanto temo avivar las llagas abiertas de todas las almas.

He recibido tu carta, y esperaba a tener fuerzas para responder; no querría sino hacer bien a los que amo, a ti sobre todo que sientes tan vivamente. No valgo nada en este momento. Siento una indignación que me devora y un asco que me asesina.

Te quiero, es todo lo que sé. Mis niños te dicen lo mismo. Dale un abrazo de mi parte a tu buena madrecita.

### **100. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 23 de julio de 1871]**

[...] ¿Dónde te parece que estamos? En Rouen ya no tenéis a los prusianos subidos al lomo, algo es algo, y se diría que la república burguesa quiere asentarse. Será vulgar, tú lo has predicho, y yo no lo dudo en absoluto. Pero después del reino inevitable de los tenderos, la vida bien tendrá que extenderse y repartirse por todos lados. Las indecencias de la Comuna nos muestran peligros que no habían sido previstos y que ahora dirigen una vida política nueva para todo el mundo: resolver nuestros propios asuntos y forzar al proletariado creado por el Imperio a saber qué es posible y qué no lo es. La educación no enseña de un día para otro la honestidad y el desinterés. El voto es la educación inmediata. Ellos votaron a los Raoul Rigault y compañía. Ahora ya saben lo que vale un peine. Que sigan así y se morirán de hambre. No hay otro modo de hacerles comprender a corto plazo.

¿Trabajas? ¿Cómo va San Antonio? Dime qué haces en París, lo que ves, lo que piensas. Yo no tengo el coraje de ir. Ven a verme antes de volver a Croisset. Me fastidia no verte. Es una especie de muerte.

### **101. FLAUBERT A SAND**

**[París, 25 de julio de 1871]**

[...] Encuentro París un poco menos enloquecida que en junio. Al menos en apariencia. Se comienza a odiar a Prusia de un modo natural, es decir que se vuelve a entrar en la tradición francesa. Ya no se hacen más frases loando a esos civilizadores. En cuanto a la Comuna, se espera a verla renacer en cualquier momento y la “gente de orden” no hace absolutamente nada para impedir su retorno. A los males nuevos se aplican viejos remedios que nunca han curado (ni prevenido) el menor mal. [...]

Creo como usted que la República burguesa puede establecerse. ¿Su falta de elevación puede ser una garantía de solidez? Es la primera vez que vivimos bajo un gobierno que no tiene príncipes. ¿Va a comenzar la era del Positivismo en política?

El inmenso asco que me provocan mis contemporáneos me empuja hacia el Pasado. Y trabajo en mi buen San Antonio, con todas mis fuerzas. He venido a París únicamente por él. Porque me resulta imposible procurarme en Rouen los libros que necesito actualmente. Estoy perdido en las religiones de Persia. Intento hacerme una idea clara del dios Hom, lo cual no es fácil. He pasado todo el mes de junio estudiando el Budismo, sobre el cual tengo ya un montón de notas. He querido agotar el tema, tema, dentro de mis posibilidades. También he hecho un pequeño Buda, que creo que es amable. ¡Qué ganas tengo de leerle a usted este libro (el mío)! No voy a Nohant porque no me atrevo a alejarme de mi madre. Su compañía me aflige y me enerva, mi sobrina Caroline se aloja conmigo para ayudarme con esta querida pero penosa carga. En quince días regresaré a Croisset.

[...]

Hasta pronto, querida maestra. Un abrazo muy fuerte.

## **102. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 6 de septiembre de 1871]**

¿Dónde estás, mi querido viejo trovador? Yo no te he escrito, estoy apenada hasta el fondo del alma. Esto pasará, espero, pero estoy enferma del mal de mi nación y de mi raza. No puedo aislarme en mi razón y en mi irreprochabilidad personales. Siento los grandes lazos aflojados y como rotos. Me parece que nos vamos todos hacia quién sabe dónde. ¿Tienes tú más fuerza que yo? ¡Dame un poco de ella!

Te envío los recuerdos y el cariño de nuestras niñas. Se acuerdan de ti y dicen que te envíe sus retratos. Ahí están, las pequeñas, uno las cría con amor como a plantas preciosas. ¿Qué hombres encontrarán ellas para protegerlas y

continuar nuestra obra? ¡Me parece que de aquí a veinte años no habrá más que cobardes y granujas!

Dame noticias tuyas. Háblame de tu pobre madre, de tu familia, de Croisset. Ámanos siempre como te amamos.

### 103. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 6 de septiembre de 1871]

Miércoles por la tarde

Y bien, mi querida maestra, ¿es que ha olvidado usted a su trovador? ¡Debe estar bien agobiada por el trabajo! ¡Cuánto tiempo hace que no veo sus líneas! ¡Cuánto tiempo que no charlamos! ¡Qué pena que vivamos tan lejos uno del otro! ¡Siento una gran necesidad de usted!

¡No me atrevo a dejar a mi pobre madre! Cuando algo me obliga a ausentarme, Caroline viene a reemplazarme. Si no fuera por eso, iría a Nohant. ¿Usted estará allí indefinidamente? ¿Hay que esperar al fin del invierno para abrazarnos?

Me gustaría leerle San Antonio, que está en su primera mitad. Después expandirme y rugir a su lado.

[...]

No creo en un cataclismo próximo, porque nada de lo que estaba previsto llega. La Internacional acabará quizá por triunfar, pero no como ella lo espera, no como todo el mundo teme. ¡Ah, qué cansado estoy del innoble obrero, del inepto burgués, del estúpido campesino y del odioso clérigo!

Por eso me pierdo, tanto como puedo, en la antigüedad. Ahora hago hablar a todos sus dioses, en estado de agonía. El subtítulo de mi libro podría muy bien ser “el colmo de la insensatez”. Y la tipografía pierde importancia en mi espíritu, cada vez más. ¿Por qué publicar? ¿A quién le importa el arte actualmente? Hago Literatura para mí, como un burgués que tornea servilleteros en su desván. ¡Me dirá usted que valdría más ser útil! Pero ¿cómo serlo? ¿Cómo hacerse escuchar?

Turguénev me ha escrito diciendo que a partir del mes de octubre vendrá a instalarse en París para todo el invierno. ¡Será alguien con quien hablar! Porque yo ya no puedo hablar de lo que sea con quien sea.

[...]

¡Hasta pronto, querida buena maestra! Un abrazo muy fuerte.

Su viejo

Gustave Flaubert

Besotes a las niñas, amigos y demás.

#### **104. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 8 de septiembre de 1871]**

Como de costumbre, nuestras cartas se han cruzado; tú seguramente recibirás hoy los retratos de mis nietas, no especialmente hermosas en este momento de su crecimiento, pero sí con unos ojos tan bellos que nunca podrán ser feas.

Ya ves que estoy, como tú, desalentada e indignada, pero desgraciadamente soy incapaz de odiar ni al género humano ni a nuestro pobre país. Pero me siento impotente para reavivar el corazón y el espíritu. Trabajo, sin embargo, ni que sea para hacer, como tú dices, servilleteros y, mientras hago algo para el público, me olvido de mí misma. Le Temps me ha hecho el favor de obligarme a escarbar en mi cesto de las sobras. Allí he encontrado las profecías que la conciencia nos inspira a cada uno, y esos pequeños retornos al pasado deberían darnos coraje; pero no es del todo así. Las lecciones de la experiencia no sirven más que cuando es demasiado tarde.

[...]

No puedo ir a verte, querido viejo, y sin embargo me merecería unas buenas vacaciones. Pero no puedo abandonar la home por una serie de razones largas de explicar, y de ningún interés, pero inflexibles. No sé ni siquiera si voy a ir a París este invierno. ¡Mira tú qué vieja! Me figuro que no puedo más que fastidiar a los demás y que no se me puede aguantar si no es en mi casa. Tendrás que ser tú, puesto que cuentas con ir este invierno, el que venga a verme aquí, con Turguénev. Avísale de esa visita.

Te abrazo como te amo, y todo mi mundo también.

#### **105. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 8 de septiembre de 1871]**

¡Ah, qué hermosas son! ¡Qué preciosidades! ¡Qué cabecitas dulces y serias! ¡Mi madre se ha enternecido mucho, y yo también! Eso se llama “una delicadeza”, querida maestra. Y se la agradezco enormemente. ¡Envidio a Maurice! Su existencia no es árida como la mía.

Nuestras dos cartas se han cruzado, una vez más. Eso prueba sin duda que sentimos las mismas cosas, al mismo tiempo y en el mismo grado.

¿Por qué está usted tan triste? La humanidad no ofrece nada de nuevo. Su irremediable miseria me ha llenado de amargura, desde mi juventud. Ahora no siento ninguna desilusión. Creo que la multitud, el número, la masa, será siempre odiosa. Nunca hay más que un pequeño grupo de espíritus, siempre los mismos, que se pasan la llama. En tanto que todo el mundo no se incline ante los Mandarines, en tanto que la Academia de las Ciencias no reemplace al Papa, toda la Política, y la Sociedad, desde sus raíces, no será más que un revoltijo de farsas desalentadoras. Todavía chapoteamos en los restos de la Revolución, que fue un aborto, un fracaso, un chasco, y eso porque procedía de la Edad Media y del cristianismo, religión antisocial. La idea de igualdad (que es toda la democracia moderna) es una idea esencialmente cristiana, y que se opone a la de la Justicia. Observe usted cómo la Gracia, ahora, predomina. ¡El Sentimiento lo es todo, el derecho nada! Nadie se indigna siquiera contra los asesinos. [...]

Para que Francia se recobre, es necesario que pase de la inspiración a la Ciencia, que abandone toda metafísica, que entre en la Crítica, es decir, en el examen de las cosas.

Estoy convencido de que pareceremos a la posteridad extremadamente estúpidos. Las palabras República y Monarquía les harán reír, como nosotros nos reímos del realismo y el nominalismo, porque yo desafío a quien sea a que me muestre una diferencia esencial entre ambos términos. Una república moderna y una monarquía constitucional son idénticas. ¡Qué más da! ¡Siguen riñendo, se gritan, se pelean!

En cuanto al Pueblo, la instrucción “gratuita y obligatoria” va a acabar con él. Cuando todo el mundo pueda leer Le Petit Journal y Le Figaro, nadie leerá otra cosa. Porque el burgués, el señor rico, no lee otra cosa. La Prensa es una escuela de embrutecimiento, porque ahorra tener que pensar. [...]

El primer remedio sería acabar con el sufragio universal, la vergüenza del espíritu humano. Tal como está constituido, un solo elemento prevalece en detrimento de todos los otros; el Número domina al espíritu, la instrucción, la raza, e incluso el dinero.

Pero una Sociedad Católica (que siempre tiene necesidad de un Dios, de un Salvador) ¿no es ciertamente incapaz de defenderse? El partido conservador

no tiene ni siquiera el instinto de la Bestia (porque la bestia, al menos, sabe luchar por su subsistencia). Será devorado por los Internacionales = los Jesuitas del porvenir. Pero los del pasado, que no tenían Patria ni Justicia, no triunfaron. Y la Internacional zozobrar , porque vive en lo Falso;  ninguna idea, sólo codicia!

 Ah, querida maestra, si usted pudiera odiar! Es eso lo que le ha faltado: el Odio. A pesar de sus grandes ojos de esfinge, usted ha visto el mundo a través de un filtro de oro. Venía del sol de su corazón. Pero han surgido tantas tinieblas, que ahora usted no reconoce ya lo que veía.  Adelante, pues!  Grite, excl mese! Tome su alta lira, y puntee la cuerda de bronce. Los monstruos huir n. Salp quenos con las gotas de sangre de Themis95 herida.

 Por qué siente usted “los grandes lazos rotos”?  Qu  tienen de roto? Sus lazos son indestructibles. Su simpatía no puede ir sino hacia lo Eterno.

Nuestra ignorancia de la historia nos hace calumniar nuestra época. Ha sido siempre así. Unos pocos años de calma nos han engañado. Eso es todo. Yo mismo creía en el refinamiento de las costumbres. Hay que evitar ese error y no valorar más nuestra época que la de Pericles o la de Shakespeare, épocas atroces, en las que se hicieron cosas bellas.

Dígame que levanta usted cabeza. Y piense de vez en cuando en su viejo trovador que la quiere.

## **106. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 16 de septiembre de 1871]**

Querido viejo,

Te respond  anteayer, y mi carta tom  tales proporciones, que la envi  como artículo a Les Temps para la próxima quincena, porque les prometí enviarles dos artículos por mes. Esa carta a un amigo no te designa ni tan siquiera con unas iniciales, porque no quiero debatir contigo en público. Doy en ella mis razones para sufrir y querer todavía. Te la enviar  y será como seguir charlando contigo. Verás que mi pena forma parte de mí y que no depende de mí creer que el progreso es un sueño. Sin esa esperanza, ninguna persona sirve para nada. Los mandarines no necesitan saber, y además la instrucción de unos cuantos no tiene razón de ser sin la esperanza de una influencia sobre las masas; los filósofos no han hecho otra cosa que ocultarse, y esos grandes espíritus hacia los que tu alma se siente inclinada, Shakespeare, Molière, Voltaire, etc., no hicieron otra cosa que manifestarse. Déjame sufrir, venga, me sienta mejor que ver la injusticia con rostro sereno, como dijo

Shakespeare. Cuando haya apurado la copa de mi amargura me recuperaré. Soy una mujer, tengo mis ternuras, mis piedades y mis cóleras. No seré jamás un sabio ni un erudito.

[...]

Estoy contenta de que las pequeñas te hayan gustado. Tú eres tan bueno, estoy segura de ello. Un abrazo muy fuerte. No sé yo si serías un buen mandarín, no me pareces nada chino, y te quiero con todo el corazón.

Trabajo como un esclavo.

## **107. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 7 de octubre de 1871]**

Sábado

Querida maestra,

Recibí ayer su texto, y le respondería por extenso, si no estuviera en medio de los preparativos para mi partida a París. Voy a intentar acabar con Aïssé.

Buena parte de su artículo me ha hecho soltar unas lágrimas. ¡Sin convertirme, que quede claro! Me emocioné, eso es todo, pero no me convenció.

Busco en usted una palabra que no encuentro por ninguna parte: Justicia. ¡Y todo nuestro mal viene de olvidar absolutamente esa noción primordial de la moral! Y que para mí comporta toda la moral.

La gracia, el humanitarismo, el sentimiento, el ideal, nos han jugado ya bastantes malas pasadas como para que empecemos a intentarlo con el Derecho y la Ciencia. Si Francia no se decanta pronto por el estado crítico, la creo irrevocablemente perdida. La instrucción gratuita y obligatoria no hará nada (más que aumentar el número de imbéciles). Renan lo ha dicho de manera soberbia en el prólogo de sus Cuestiones contemporáneas. Lo que nos hace falta sobre todo es una aristocracia natural, es decir, legítima. No se puede hacer nada sin cabeza. Y el sufragio universal, tal como existe, es más estúpido que el derecho divino. ¡Verá usted cosas buenas si la dejan vivir! La masa, el número, es siempre idiota. No tengo muchas convicciones. Pero ésta es fuerte. No obstante, hay que respetar a la masa, por inepta que sea, porque contiene los gérmenes de una fecundidad incalculable. Dele la libertad, pero no el poder.

Yo no creo más que usted en las distinciones de clases. Las castas son cosa

de la arqueología. Pero creo que los Pobres odian a los Ricos, y que los ricos tienen miedo de los pobres. Eso será eterno. Predicar el amor de unos hacia los otros es inútil. Lo más urgente es instruir a los Ricos, que en suma son los más fuertes. ¡Ilustren al burgués para empezar! Porque no sabe nada, absolutamente nada. Todo el sueño de la democracia consiste en elevar al proletario al nivel de idiotez del burgués. ¡El sueño se ha cumplido en parte! Lee los mismos periódicos y tiene las mismas pasiones.

Los tres grados de la instrucción han demostrado su eficiencia desde hace un año. 1.º la instrucción superior ha permitido a Prusia vencer; 2.º la instrucción secundaria, burguesa, ha producido los hombres del 4 de septiembre; 3.º la instrucción primaria nos ha dado la Comuna. Su ministro de Instrucción primaria fue el gran Vallès, que se jactaba de despreciar a Homero.

En tres años, todos los Franceses podrían saber leer. ¿Cree usted que eso nos haría más avanzados? Imagine, por el contrario, que en cada población, hubiera un burgués, uno solo, que hubiera leído a Bastiat, y que ese burgués fuera respetado, ¡las cosas cambiarían!

¡Hoy me entero de que la masa de los parisinos echa de menos a Badinguet! Un plebiscito se pronunciaría a favor de él, no tengo duda. ¡Qué gran invento es el sufragio universal!

No obstante, no estoy desanimado como usted y el gobierno actual me gusta, porque no tiene ningún principio, ninguna metafísica, ninguna farsa.

Me explico mal. Usted merece otra respuesta. Pero tengo prisa, lo cual no me impide mandarle un abrazo muy fuerte.

Su viejo trovador

Gustave Flaubert

¡No tan trovador, sin embargo! ¡Porque la silueta del amigo que se entrevé en su artículo, es la de un tipejo poco amable y de un completo HHegoísta!

## **108. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 10 de octubre de 1871]**

Respondo a tu post-scriptum. Si yo hubiera respondido a Flaubert yo no habría... respondido, porque sé bien que en ti el corazón no está siempre de acuerdo con el espíritu, desacuerdo del que padecemos todos, por otra parte, obligados a inclinarnos de un lado u otro a cada instante. Yo respondí a un fragmento de carta de un amigo cualquiera, que nadie conoce y que nadie

puede reconocer, porque me dirijo a una parte de tu razón que no te representa por completo.

Tú eres trovador de todas maneras, y si yo hubiera de escribirte en público, el personaje sería el que tiene que ser. Pero nuestras verdaderas discusiones deben quedar entre nosotros como las caricias entre amantes, y aún más dulces, pues la amistad tiene sus misterios también, más allá de las tormentas de la personalidad.

Esa carta que me has escrito a vuelapluma está llena de verdades bien dichas, contra las cuales no pienso protestar. Pero habría que encontrar el hilo entre tus verdades de razón y mis verdades de sentimiento. Francia no está, por desgracia, ni contigo, ni conmigo. Está con la ceguera, la ignorancia y la estupidez. Eso, desde luego, no lo niego, es eso justamente lo que me apena.

¿Es ésta una época para estrenar Aïssé? Es, según tú me has dicho, una obra distinguida, delicada, como todo lo que él hacía, y me dicen que el público de los teatros está más espeso de lo que ha estado nunca. Harías bien en ver dos o tres obras cualesquiera para apreciar el estado de la literatura en París. La provincia proveerá menos que en el pasado. Las pequeñas fortunas están demasiado menguadas como para permitirse viajes frecuentes a la capital. Si París ofreciera, como en mi juventud, un ambiente inteligente e influyente, una buena obra quizá no tendría 100 representaciones, pero una mala no tendría 300. Pero ese ambiente resulta ahora imperceptible y su influencia ha desaparecido. ¿Quién, entonces, llenará de nuevo los teatros? ¿El tendero parisino sin guía y sin una buena crítica? En fin, tú no mandas en este asunto de Aïssé. Hay un heredero que probablemente se impacienta.

[...]

Debes de estar muy ocupado, no quiero escribirte demasiado. Te mando un tierno abrazo. Mi familia te ama y se acuerda de ti.

### **109. FLAUBERT A SAND**

**[París, 12 de octubre de 1871]**

Jueves por la tarde

¡Jamás en la vida, querida buena maestra, había dado usted una muestra parecida de su inconcebible candor! ¿Cómo? ¿En serio cree usted haberme ofendido? ¡La primera página de su carta casi parece una excusa! ¡Me hace reír! ¡Además, usted puede decirme de todo! ¡De todo! Sus golpes serán para mí caricias.

Usted presta sus cualidades a los demás, juzgándolos a priori llenos de buenos sentimientos. Me refiero a una de sus últimas cartas, en la que usted consideraba muy bien y muy valiente el retorno de la princesa Mathilde a Saint-Gratien. A mí me parece bien, pero para mí, porque la quiero y su compañía me es agradable. En cuanto a ella, opino que debería haberse quedado un tiempo más en el exilio. Eso hubiera sido más valeroso, y de un corazón más bravo. Pero como ella se moría de ganas de volver a Francia, me callé, e incluso me puse a su servicio, pues uno de mis amigos íntimos fue quien hizo los trámites necesarios para ello. Ella regresó porque es como un niño malcriado que no sabe resistir a sus impulsos. He ahí toda la psicología del asunto. Y yo le hice un bonito favor (del que ella no se enteró) yendo a su casa de Saint-Gratien, ¡en medio de los prusianos! Había dos soldados en la puerta. Como no tengo ni una gota de sangre de emperador en mis venas, sudé la gota gorda cuando pasé delante de los guardias. Yo bien que me privé de mi casa, cuando los prusianos se instalaron allí. Creo que ella podía haber hecho lo mismo. Guarde esto para usted, por supuesto, ¡y no hablemos más de ello!

¡En fin, volvamos a la discusión! Me repito, insistiendo de nuevo sobre la Justicia. Vea usted cómo se ha llegado a negarla por doquier. ¿Es que acaso la Crítica moderna no ha abandonado el arte por la historia? El valor intrínseco de un libro no es nada en la escuela Sainte-Beuve-Taine. Se toma todo en consideración, excepto el talento. De ahí, en los periódicos, el abuso de la personalidad, las biografías, las diatribas. Conclusión: la falta de respeto del público.

En el teatro, la misma historia. No se preocupan por la obra, sino por la idea que hay que predicar. Nuestro amigo Dumas sueña con la gloria de Lacordaire. ¡O más bien de Ravignan! Impedir que se arremanguen las faldas se ha convertido, hoy, en una idea obsesiva. ¡Vea usted nuestros avances, cuando toda la moral consiste para las mujeres en privarse del adulterio, y para los hombres en abstenerse de robar!

En resumen, la primera injusticia ha sido practicada por la Literatura, que no se preocupa por la Estética, la cual no es más que una justicia superior. Los Románticos deberán rendir cuentas con su sentimentalidad inmoral, su neocristianismo, peor que el viejo. Recuerde usted una historia del viejo Hugo, en La leyenda de los siglos, donde un sultán es salvado porque ha tenido piedad... de un cerdo. ¡Es siempre la historia del Buen Ladrón, bendecido porque se arrepintió! Arrepentirse está bien, pero no hacer el mal vale más. La escuela de las rehabilitaciones nos ha llevado a no ver ninguna diferencia entre un granuja y un hombre honesto. Una vez, discutiendo con Sainte-Beuve, ante testigos, le rogué que tuviera tanta indulgencia con Balzac como la tenía con Jules Leconte. Me respondió tratándome de “gañán”. He ahí adónde lleva la generosidad.

Se ha perdido tan totalmente el sentido de la proporción que el consejo de guerra (de Versalles) trata más duramente a periodistas implicados que a organizadores de la insurrección. ¡Es para volverse loco! Esos señores, por otra parte, me interesan muy poco. Creo que se habría debido condenar a galeras a toda la Comuna, y obligar a esos imbéciles sanguinarios a limpiar todas las ruinas de París, con la cadena al cuello, como simples forzados. Pero eso hubiera herido a la humanidad; hay que ser tierno con los perros rabiosos. Y que se zurzan aquéllos a quienes han mordido.

Todo esto no cambiará, en tanto el sufragio universal sea lo que es. Todo hombre (para mí), por ínfimo que sea, tiene derecho a una voz, la suya. Pero no es igual a su vecino, que tal vez vale cien veces más. En una empresa industrial (sociedad anónima), cada accionista vota en razón de su aportación. Así debería ser en el gobierno de una nación. ¡Yo bien valgo 20 electores de Croisset! El dinero, el espíritu, la raza misma deberían ser contadas, en resumen, todas las fuerzas. En este momento, yo no veo más que una: el número. ¡Ah, querida maestra, usted que tiene tanta autoridad, usted debería poner el cascabel al gato! ¡Todo el mundo lee sus artículos de Le Temps, que tanto éxito tienen! ¿Y quién sabe? Quizá haría usted un inmenso servicio a Francia.

Aïssé me ocupa enormemente. O más bien me cansa. [...] ¿No tendrán los Franceses mejor cosa que hacer que ver Aissé? Estoy muy indeciso. ¡Y es necesario que me decida! En cuanto a esperar que se levante un nuevo viento literario, como no se levantará mientras yo viva, es mejor arriesgarse ahora mismo.

Esos asuntos teatrales me desgastan mucho. ¡Porque me implico en ello! Desde hace un mes he estado en una exaltación que roza la demencia.

[...]

Le envío cien mil besos.

Su viejo

## **110. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 25 de octubre 1871]**

Tus cartas caen sobre mí como una lluvia que empapa la tierra y hace crecer de golpe lo que estaba en germen. Me dan ganas de responder a tus razonamientos, porque son fuertes y empujan a la réplica. No pretendo que mis réplicas sean también fuertes: son sinceras, y surgen de mis raíces, como

las plantas. Por eso acabo de escribir un artículo sobre el tema que tú planteas, dirigiéndome esta vez a una amiga, que me escribió en un sentido similar al tuyo, con menor brillantez, no hay que decirlo, y un poco desde el punto de vista de la aristocracia intelectual, para la cual ella no cumple del todo los requisitos.

Mis raíces, eso no se extirpa de uno mismo así como así, y me sorprende que me invites a hacer salir de ellas tulipanes, cuando no pueden responderte sino como patatas. Desde los primeros días de mi eclosión intelectual, cuando—instruyéndome yo sola junto al lecho de mi abuela paralítica, o por los campos cuando la dejaba con alguien— ya me planteaba las cuestiones más elementales sobre la sociedad. No estaba más avanzada a los 17 años que un niño de 6, gracias a Deschartres (el preceptor de mi padre), que era una contradicción de los pies a la cabeza, gran instrucción y ausencia de sentido común; gracias al convento donde me habían metido Dios sabe por qué, porque yo no creía en nada; gracias también a una fortaleza de pura Restauración en la que mi abuela, filósofa, pero ya en sus últimos días, se extinguía, sin resistirse a la corriente monárquica. Entonces yo leía a Chateaubriand y a Rousseau; pasaba del Evangelio al Contrato social; leía la historia de la Revolución escrita por los devotos, la historia de Francia escrita por los filósofos; y un buen día, combiné todo aquello como una luz hecha de dos lámparas, y tuve principios. No te rías, eran principios de niña muy ingenua, que pervivieron en mí a través de todo, a través de Lélia y la época romántica, a través del amor y la duda, los entusiasmos y los desencantos. Amar, sacrificarse, no retirarse a menos que el sacrificio sea perjudicial para aquellos que son el objeto de él, y seguir sacrificándose, con la esperanza de servir a una causa verdadera, el amor. No hablo aquí de la pasión personal, sino del amor de la raza, del sentimiento extendido del amor propio, del horror del yo solo. Y ese ideal de justicia del que tú hablas, yo jamás lo he separado del amor, porque la primera ley por la que una sociedad natural subsiste es que todos se sirvan mutuamente, como las hormigas y las abejas. Estamos de acuerdo en llamar instinto a esa colaboración de todos para un mismo fin de los animales, y en realidad importa poco. Pero en el hombre el instinto es amor; quien se sustrae al amor, se sustrae a la verdad, a la justicia.

He pasado por revoluciones y he visto de cerca a los principales actores; he visto el fondo de su alma, debería decir más bien el fondo de su saco: ningún principio, y tampoco ninguna verdadera inteligencia, ninguna fuerza, ninguna perdurabilidad. Nada más que los medios y un fin personal. Sólo uno de ellos tenía principios, no todos buenos, pero ante la sinceridad de los cuales no contaba para nada su personalidad: Barbès. Entre los artistas y los literatos, no encontré ni uno. Tú eres el único con quien puedo intercambiar ideas que no sean las del oficio. No sé si tú estabas en Magny un día en que los llamé a todos Señorones. Decían que no hacía falta escribir para los ignorantes; me

criticaban porque yo no quería escribir más que para ellos. Los amos están provistos, ricos y satisfechos. Los imbéciles carecen de todo; los compadezco. Amar y compadecer no se diferencian. Y éste es el mecanismo poco complicado de mi pensamiento.

Tengo la pasión del bien, lejos de todo sentimentalismo prejuiciado. Desprecio con todo mi corazón a aquél que asegura tener mis principios y hace lo contrario de lo que dice. No compadezco al incendiario ni al asesino que caen bajo el peso de la ley. Compadezco profundamente a la clase a la cual una vida brutal, mísera, sin medios ni ayuda, ha llevado a producir semejantes monstruos. Compadezco a la humanidad, yo la querría buena, porque no puedo abstraerme de ella; porque ella es yo; porque el mal que ella se hace me desgarran el corazón; porque su vergüenza me sonroja; porque sus crímenes me retuercen el vientre; porque no puedo comprender el paraíso en el cielo ni en la tierra para mí sola. Estoy segura de que me comprendes, tú que eres bondad de la cabeza a los pies.

¿Estás todavía en París? Hace unos días tan hermosos que estoy tentada de ir a abrazarte. Pero no me atrevo a derrochar el dinero, aunque pudiera, mientras haya tanta miseria. Soy avara porque me sé pródiga cuando olvido; y siempre acabo olvidando. Además, ¡tengo tanto que hacer!... No sé nada, no me entero de nada, porque siempre tengo que volver a empezar. Sé, sin embargo, que tengo necesidad de volverte a ver. Es una parte de mí que echo de menos.

Mi Aurore me tiene muy ocupada. Aprende muy deprisa y habría que educarla a triple galope. Comprender la apasiona, saber la disgusta. Es perezosa como lo fue su señor padre. Por suerte, yo no me impaciento. Me ha prometido escribirte muy pronto una carta. Ya ves que no te olvida. La marioneta de la Titite ha perdido su cabeza, a fuerza literalmente de ser abrazada y acariciada. La aman aun sin cabeza; ¡qué ejemplo de fidelidad en la desgracia! Su vientre se ha convertido en un cofre a donde van a parar los juguetes.

[...]

Un abrazo. Dime cómo te va con Aïssé, el Odéon, y todo ese lío en que te has metido. Te quiero, es la conclusión de todos mis razonamientos.

## **111. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 14 de noviembre 1871]**

¡Uf! ¡Acabo de terminar mis Dioses! Quiero decir, la parte mitológica de

mi San Antonio, ¡que me ha ocupado desde principios de junio! ¡Qué ganas tengo de leérsela a usted, querida maestra de mi corazón!

¿Por qué resistió usted a sus impulsos? ¿Por qué no ha venido este otoño? No hay que pasar mucho tiempo sin ver París. Yo iré hacia allí pasado mañana. No será especialmente divertido, este invierno, con Aïssé, un volumen de versos por imprimir (me gustaría enseñarle a usted el prólogo), ¿qué sé yo? ¡Un montón de cosas no precisamente agradables!

No he recibido el segundo artículo anunciado.

Su viejo trovador no puede más. ¡Mis noches más largas, desde hace tres meses, no han sido de más de 5 horas! He trabajado de manera frenética. Creo haber llevado mi libro a un considerable grado de insensatez. La idea de las estupideces que hará decir a los burgueses me sostiene. O, mejor dicho, no necesito que nada me sostenga, un ambiente tal me complace naturalmente.

¡Cada vez es más estúpido, ese buen burgués! ¡Ni siquiera va a votar! ¡Los animales lo sobrepasan en instinto de conservación! ¡Pobre Francia! ¡Pobres de nosotros!

¿Sabe que leo, para distraerme, ahora? Bichat y Cabanis, que me divierten enormemente. ¡En esa época sí que sabían hacer libros! ¡Ah, qué lejos están nuestros doctores de hoy de aquellos hombres!

No sufrimos más que de una cosa: la Estupidez. Pero es formidable y universal.

Cuando se habla del embrutecimiento de la plebe, se dice algo injusto, incompleto. Me obligué a leer todas las declaraciones de intenciones de los candidatos al Consejo General del Sena Inferior. Había casi sesenta, todos surgidos de la fina flor de la burguesía, de gente rica, respetada, etc., etc. Pues bien, la desafío a encontrar gente tan innoblemente burra y cafre. Conclusión: hay que ilustrar a las clases ilustradas. Empecemos por la cabeza, que es lo que está más enfermo; el resto ya llegará.

¡Usted no es como yo, usted está llena de masedumbre! ¡A mí, hay días en que la cólera me asfixia! Yo querría ahogar a mis contemporáneos en las letrinas. O al menos, dejar caer sobre sus crestas torrentes de injurias, cataratas de invectivas. ¿Por qué es así? Yo también me lo pregunto.

¿Qué tipo de arqueología ocupa a Maurice? Un abrazo a sus nietas de mi parte.

Su viejo

## **112. FLAUBERT A SAND**

**[París, 23 de enero de 1872]**

Martes por la mañana

Usted recibirá muy pronto *Dernières Chansons*, *Aïssé* y mi Carta al Consejo Municipal de Rouen, que debería aparecer en *Le Temps*, antes de publicarse en un folleto.

Me olvidé de avisarla de esto, querida maestra: usé su nombre. La comprometí, citándola entre las celebridades que colaboraron para el monumento de Bouilhet. Encontré que su nombre quedaba bien en la frase. Un efecto de estilo, que es cosa sagrada, ¡no me lo reproche!

Hoy me he vuelto a sumergir en mis lecturas metafísicas para mi *San Antonio*. El próximo sábado voy a leerle 130 páginas, todo lo que he hecho, a *Turguéniev*. ¡Que usted no pueda estar!

Un abrazo.

## **113. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 25 de enero de 1872]**

Has hecho muy bien inscribiéndome, y además yo quiero contribuir. Decide tú la suma que debo poner y dímelo para que te la haga enviar.

He leído tu prólogo (en *Le Temps*), que tiene un fin muy bello y emotivo. Pero veo que tu pobre amigo estaba como tú pálido y desmejorado, y, a la edad que tienes, me gustaría verte menos irritado, menos ocupado por la estupidez de los demás. Para mí, eso es tiempo perdido, igual que quejarse del fastidio de la lluvia o de las moscas. El público a quien se le ha dicho tantas veces que es estúpido, se enfada y se convierte en más estúpido, porque, enfadado o irritado, uno se convierte en sublime si es inteligente, en idiota si es estúpido.

Por otra parte, puede ser que esa indignación crónica sea una necesidad de tu organismo. A mí, me mataría. Tengo una inmensa necesidad de estar tranquila para reflexionar e investigar. En este momento, me inclino por lo práctico, a despecho de tus anatemas. Intento aclarar los inicios de la infancia en la vida espiritual, convencida de que los primeros aprendizajes imprimen su sello sobre todos los demás y que la pedagogía siempre le busca los tres pies al gato. En resumen, estoy estudiando una cartilla. ¡No te me eches encima!

Una sola cosa me sabe mal de no ir a París: no estar contigo y con Turguéniev cuando le leas tu San Antonio. Por lo demás, París no me llama en absoluto. Mi corazón tiene sentimientos que no quiero esconder, estando como estoy en contra de ciertas ideas. Es imposible abstraerse de ese espíritu de partido o de secta que hace que ya no se sea francés, ni hombre, ni uno mismo. Ya no se tiene país, se es de una Iglesia; uno hace aquello de lo que abomina, para no alejarse de la disciplina del grupo. Yo no puedo negar aquello que amo y no sé mentir. Prefiero callarme. Me encontrarían fría o estúpida; mejor quedarse en casa.

No me hablas de tu madre; ¿está en París con su nieta? Espero que tu silencio quiera decir que están bien. Aquí pasamos el invierno de maravilla. Las niñas son preciosas y no dan más que alegrías. Después del fúnebre invierno del 70-71, no deberíamos quejarnos de nada.

¿Puede uno vivir en paz, dirás tú, cuando el género humano es tan absurdo? Yo te lo acepto, diciéndome que quizá yo soy tan absurda como él y que ha llegado el tiempo de que me corrija.

Un abrazo muy fuerte, mío y de todos los míos.

#### **114. FLAUBERT A SAND**

**[París, 28 de enero de 1872]**

Domingo por la tarde

[...] Ayer pasé un buen día con Turguéniev, a quien le leí las 115 páginas de San Antonio que llevo escritas. Después de eso, le leí casi la mitad de Dernières Chansons. ¡Qué oyente! ¡Y qué crítico! Me maravilló por la profundidad y la claridad de sus juicios. ¡Ah, si todos los que se atreven a juzgar los libros lo hubieran escuchado, qué lección! No se le escapa nada. En medio de un poema de cien versos, ¡se fija en un adjetivo débil! Me ha dado para San Antonio dos o tres consejos excelentes.

[...]

Mi madre se encuentra bien. ¡Pero su carácter se vuelve insoportable! ¡Mi pobre sobrina ya no sabe qué hacer, ni cómo tomárselo!

Un abrazo a los suyos de mi parte, y a usted, querida maestra, uno bien fuerte, ex imo.

Gustave Flaubert

Usted me toma por un imbécil, si cree que voy a vilipendiarla por su

cartilla. Tengo el espíritu suficientemente filosófico como para saber que una cosa así es una obra muy seria.

El método es lo más alto dentro de la crítica, porque nos da los medios para crear.

### **115. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 28 de enero de 1872]**

¡Tu prólogo es espléndido y el libro es divino! Mira, ya he hecho un verso, sin quererlo. ¡Dios me perdone!

Sí, tienes razón: Bouilhet no era un poeta de segundo orden, está claro, y además los órdenes no se decretan, especialmente en un tiempo en que la crítica lo deshace todo sin hacer nada. Todo tu corazón está en ese simple y discreto relato de su vida. Ahora veo claramente por qué murió tan joven; murió de haber vivido demasiado en su espíritu. Te lo ruego, no te obceques tanto en la literatura y la erudición. Cambia de lugar, muévete, ten amantes, o mujeres, como tú quieras, y durante esas fases, no trabajes, porque no hay que jugar con fuego.

A mi avanzada edad, a menudo me precipito en torrentes de far niente: las diversiones más infantiles, las más estúpidas, me bastan, y luego emerjo más lúcida de mis accesos de imbecilidad.

Fue una gran pérdida para el arte, esa muerte prematura. En diez años, no habrá un solo poeta. Tu prólogo es bello y bueno. Hay páginas que son modélicas, y es bien cierto que el burgués las leerá sin encontrar nada destacable. ¡Ah, si uno no tuviera el pequeño santuario, la pagoda interior, donde, sin decir nada a nadie, poder refugiarse para contemplar y soñar lo bello y lo verdadero, habría que decir!: ¡para qué!

Un abrazo muy fuerte.

Tu viejo trovador.

### **116. FLAUBERT A SAND**

**[París, 26 de febrero de 1872]**

Lunes por la tarde

¡Cuánto tiempo hace que no le he escrito, querida maestra! ¡Tengo tantas cosas que decirle, que no sé por dónde comenzar! ¡Pero qué estúpido es vivir así, separados, queriéndonos como nos queremos!

¿Ha dicho usted a París un adiós eterno? ¿No nos veremos más por allí? ¿Vendrá usted a Croisset, a escuchar San Antonio?

Yo no puedo ir a Nohant porque mi tiempo, dada la escasez de mi cartera, está medido al segundo; y tengo aún por lo menos un mes de lecturas e investigaciones en París. Después de eso, desembarazaré a mi pobre sobrina de la compañía de su abuela, que se ha vuelto insociable, inaguantable; ¡qué decadencia! ¡Y qué triste es sentir cómo crece la impiedad en nuestro corazón! (Estamos buscando una dama de compañía, ¡no es nada fácil de encontrar!). Así pues, hacia Pascua regresaré a Croisset y me volveré a meter en faena. Empiezo a tener ganas de escribir.

Ahora leo la Crítica de la razón pura de Kant, traducido por Barni, y repaso mi Spinoza. Durante el día, me divierto hojeando los bestiarios medievales, buscando lo más barroco que encuentro entre los animales. Estoy en medio de monstruos fantásticos. Cuando haya agotado la materia, espero que dentro de poco, iré al Museo a soñar despierto ante los monstruos reales. ¡Y después las indagaciones para el buen San Antonio se habrán acabado!

Usted me expresó, en su penúltima carta, su preocupación por mi salud. Puede estar usted tranquila, jamás he estado tan convencido de que es robusta. La vida que he llevado este invierno era para matar a tres rinocerontes. Y aún así me encuentro muy bien. ¡Debe de ser que el envoltorio está bien hecho! Pues la hoja está bien afilada. ¡Pero todo se convierte en tristeza! ¡La acción, sea cual sea, me asquea de la existencia! He seguido sus consejos: me he distraído. Pero eso me divierte mediocrementemente. Decididamente, no me interesa otra cosa que la sacrosanta literatura.

Mi prólogo a *Dernières chansons* ha suscitado en la señora Colet un furor pindárico. He recibido una carta anónima, en verso, donde me representa como un charlatán que toca el tambor sobre la tumba de su amigo, un desgraciado que hace el payaso ante la crítica, después de haber ¡«adulado al César»! Triste ejemplo de las pasiones, como diría Prudhomme.

A propósito del César, no puedo creer lo que se dice por ahí, sobre su próximo retorno. ¡A pesar de mi pesimismo, no creo que lleguemos a eso! Sin embargo, si se consulta al dios llamado Sufragio Universal, ¿quién sabe?... ¡Ah, qué bajo hemos caído!

He visto Ruy Blas, lamentablemente interpretada, excepto por Sarah [Bernhardt]. Mélingue es un pocero sonámbulo, y los demás son igualmente irritantes. El viejo Hugo se lamentó amigablemente de no haber recibido mi

visita, y me pareció que debía hacerle una. Y lo encontré... ¡encantador! Repito la palabra. ¡En absoluto gran hombre, en absoluto pontífice! Este descubrimiento, que me sorprendió mucho, me sentó bien. Porque yo tengo tendencia a la veneración. Y me gusta amar lo que admiro. Con esto me refiero a usted, mi querida maestra.

[...]

Un fuerte abrazo para sus nietas de mi parte, y para usted todo mi cariño.

Suyo,

Gustave Flaubert

### **117. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 28-29 de febrero de 1872]**

Miércoles a jueves, 3 de la madrugada

¡Ah, querido viejo, he pasado doce tristes días! Maurice ha estado muy enfermo. Siempre esas dichas anginas que en principio no parecen nada y que se complican con abscesos y tienden a volverse malignas. No ha estado en peligro, pero sí al borde de él, con todos los sufrimientos crueles, extinción de la voz, imposibilidad de tragar, todas las molestias asociadas a los dolores violentos de garganta que tú conoces bien, porque los has sufrido a veces. En él, el mal tiende a hacerse peor, y la mucosa ha sido tantas veces atacada por el mismo mal, que no tiene energía para rehacerse. No obstante, poco o nada de fiebre, y ha estado casi siempre en pie, con el abatimiento moral de un hombre habituado a una acción continua del cuerpo y del espíritu, a quien el espíritu y el cuerpo le prohíben actuar. Lo hemos cuidado tan bien que creo que ya está curado, aunque esta mañana aún he tenido mis dudas y he mandado llamar al doctor Favre, nuestro salvador ordinario.

Durante estos días le he hablado, para distraerlo, de tus investigaciones sobre los monstruos; ha recuperado sus carpetas para buscar algo que te pudiera ayudar; pero no ha encontrado más que puras fantasías de su propia invención. Yo las he encontrado tan originales y tan divertidas, que lo he animado a enviártelas. No te servirán de nada, si no es para reírte un buen rato, en tus horas de descanso.

Espero que no tenga una recaída. Es el alma y la vida de la casa. Cuando enferma, estamos todas muertas, madre, mujer e hijas. Aurore dijo que preferiría estar ella enferma en lugar de su padre. Nosotros cinco nos amamos apasionadamente, y la sacrosanta literatura, como tú la llamas, es secundaria

para mí en la vida. Siempre he amado a alguien más que a ella, y a mi familia más que a nadie.

¿Por qué tu pobre madrecita está tan irritable y desesperada, con una vejez que yo vi tan fresca aún y tan despierta? ¿Es la sordera súbita? ¿Tiene una falta total de filosofía y de paciencia ante las enfermedades? Sufro por ello contigo, porque comprendo cuánto sufres tú.

Otra vejez que empeora por momentos, porque se hace malvada, es la de la señora Colet. Yo creía que todo su odio era contra mí, y me parecía de locos, porque nunca le he hecho nada, no he dicho nada contra ella, ni siquiera después de ese orinal de libro donde excretó todo su furor sin causa alguna. ¿Qué tiene contra ti, teniendo en cuenta que vuestra relación es agua pasada? ¡Strange, strange! ¿Y a Bouilhet? ¿Lo odiaba también ella, a ese pobre poeta? Está loca.

Ya puedes imaginar que no he podido escribir ni una línea, en estos doce días. Confío en volver a la faena cuando haya terminado mi novela, que se quedó inconclusa en las últimas páginas. Va a empezar a publicarse y todavía no he terminado de escribirla. Estoy trabajando todas las noches hasta el amanecer; pero no tengo el espíritu suficientemente tranquilo para distraerme de mi enfermo.

[...]

Explícame cómo es que el viejo Hugo no ha recibido una sola visita después de Ruy Blas. ¿Es que Gautier, Saint-Victor, sus fieles, lo dejan de lado? ¿Tiene que ver con la política?

[sin firma]

## **118. FLAUBERT A SAND**

**[París, 3 de marzo de 1872]**

Querida maestra,

He recibido los dibujos fantásticos. Me han divertido mucho. ¿Puede ser que haya un simbolismo profundo escondido en los dibujos de Maurice? En todo caso, yo no lo he descubierto... ¡Ensueños! Hay dos monstruos muy divertidos: 1.º un feto en forma de balón y a cuatro patas; 2.º una calavera unida a un intestino.

¡Maurice no debe de estar tan enfermo como usted dice, si se divierte así! ¡Entiendo, no obstante, que esos perpetuos dolores de garganta la atormenten a

usted! ¿No son el resultado de una mala dieta? Yo culpo a los cigarrillos. ¿Por qué no fumar en largas pipas de madera? Es lo que irrita menos la garganta.

[...]

Estoy preocupado por Théo. Me parece que ha envejecido extrañamente. Debe de estar muy enfermo, de una enfermedad del corazón, sin duda. ¡Otro que se apresura a dejarme!...

¡No! La Literatura no es lo que amo más del mundo. Me expliqué mal (en mi última carta). Le hablaba a usted de distracciones, y de nada más. No soy tan repelente como para preferir las frases a los Seres. Con la edad, mi sensibilidad se exaspera. Pero la materia es sólida y la máquina sigue funcionando. Por otra parte, después de la guerra de Prusia, no puede haber peor embrutecimiento.

[...] ¡Oh, calma del gran Goethe, nadie puede admirarte más que yo, puesto que nadie te posee menos!

¡Y la Crítica de la razón pura del tal Kant traducida por Barni es una lectura más espesa que La vie parisienne de Marcelin! ¡No importa! ¡Llegaré a entenderla!

He acabado el esbozo de la última parte de San Antonio. Tengo prisa por ponerme a escribir. ¡Hace tanto que no escribo! ¡Echo de menos el estilo!

¡Y a usted, aún más, querida y buena maestra! Deme noticias de Maurice.  
[...]

Un fuerte abrazo a todos.

Su viejo trovador

Gustave Flaubert

siempre intranquilo, siempre HHHindignado como san Policarpo.

## **119. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 31 de marzo de 1872]**

Domingo de Pascua

Heme aquí de nuevo, querida maestra, y poco alegre. Mi madre me preocupa. Su decadencia aumenta de día en día, y casi de hora en hora. Ha querido venir, aunque los pintores no han acabado aún de trabajar, y estamos muy incómodos. A finales de la semana que viene, tendrá una dama de

compañía, que aligerará mis ocupaciones.

Tuve, hace diez días, una violenta discusión con Michel Lévy, ¡que es un pedazo de granuja! Me negó a la cara una palabra dada. Eso me dio la impresión de una bofetada en plena cara, y me puse pálido, luego rojo. Y entonces su trovador... ¡se puso bueno! Nunca la Casa Lévy había presenciado semejante sarao.

Fue por *Dernières chansons*. ¿Sabe usted cuánto habrán dado Aïssé y *Dernières chansons* al heredero de Bouilhet, al pobre Philippe, que sacrificó 30 000 francos para salvar del fuego los manuscritos de Bouilhet? ¡Al final, todo junto le dará alrededor de 400 francos! Le ahorro los detalles del asunto, pero es así. He aquí cómo se recompensa la virtud. ¡Si fuera recompensada, ya no sería virtud!

¡No importa! Esta última historia con Lévy me ha afectado como una fuerte sangría. ¡Es humillante ver que uno no consigue lo que se propone! Y cuando uno ha dado a cambio de nada su corazón, su espíritu, sus nervios, sus músculos y su tiempo, se le cae el mundo encima. Mi pobre Bouilhet hizo bien al morir, la época no es halagüeña.

En cuanto a mí, estoy firmemente decidido a no dar trabajo a las imprentas en muchos años, sólo para no tener dolores de cabeza, para evitar cualquier relación con los impresores, los editores y los periódicos, ¡y sobre todo que nadie me hable de dinero!

Mi incapacidad en cuanto a éste último crece en proporciones espantosas. ¿Por qué la mera vista de una cuenta me enfurece? Esto ya parece demencia. Hablo muy seriamente. Fíjese en que este invierno lo he malogrado todo. Aïssé no ha hecho dinero. *Dernières chansons* me ha llevado a reñir con Lévy. [...] Estoy cansado, profundamente cansado, de todo.

¡Ojalá no fracase también con San Antonio! Voy a volver con él en cuanto acabe con Kant y con Hegel. Esos dos grandes hombres contribuyen a embrutecerme. ¡Y cuando abandono su compañía, me lanzo con voracidad sobre mi viejo y tres veces grande Spinoza! ¡Qué genio! ¡Qué obra la *Ética*!

He leído también un poco de astronomía, siempre para San Antonio. Pero no me siento en vena. ¡Cómo voy a estarlo, con la inquietud permanente que me provoca mi pobre madre!

[...]

Hasta pronto, querida maestra. Mil besos a los suyos, y a usted todo mi cariño.

Su

Gustave Flaubert

**120. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 6-7 abril 1872]**

Noche del sábado, 1 h.

Querida maestra,

¡Mi madre acaba de morir!

Un abrazo

**121. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 9 de abril de 1872]**

Estoy contigo, todo el día y la noche, y en todo momento, querido amigo. Pienso en todo lo triste que ocurre a tu alrededor. Querría estar cerca de ti. La contrariedad de estar aquí encerrada me hace sufrir más. Me gustaría que me enviaras unas palabras para decirme que tienes el ánimo que te hará falta. El fin de esa digna y querida existencia ha sido doloroso y largo, porque desde el día en que empezó su enfermedad ha estado acostada, y tú no podías hacer mucho por distraerla y consolarla. ¡He aquí, lamentablemente, el final de la incesante y cruel preocupación, que acaba como las cosas de este mundo, la aflicción después de la lucha! ¡Qué amarga, la conquista del reposo! Y esa preocupación la vas a echar de menos, lo sé. Conozco ese tipo de consternación que sigue al combate contra la muerte. En fin, mi pobre hijo, no puedo sino abrirte un corazón maternal que no va a reemplazar nada, pero que sufre con el tuyo, muy vivamente, con cada una de tus desdichas.

**122. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 16 de abril de 1872]**

Martes

Querida maestra,

Debería haber respondido enseguida a su carta, ¡tan tierna! Pero estaba demasiado destrozado. Me faltaba la fuerza física. Hoy por fin empiezo de

nuevo a oír a los pájaros cantar y a ver cómo verdean las hojas. Ya no me irrita el sol, lo cual es una buena señal. Si pudiera recobrar el gusto por el trabajo, estaría salvado.

[...]

Mi madre dejó Croisset a Caroline, a condición de que yo conserve mi piso. Hasta la liquidación completa de la sucesión, permaneceré aquí. Antes de decidir algo sobre el porvenir, tengo que saber de qué dispondré para vivir. Después de eso, ya veremos. ¿Tendré la fuerza para vivir, en la absoluta soledad? Lo dudo. Me estoy haciendo viejo. [...]

Creo que dejaré el piso de París, nada me llama allí. Todos mis amigos han muerto. Y el último, el pobre Théo, ¿tiene para mucho tiempo? ¡Tengo miedo! ¡Ah, es duro rehacerse a los cincuenta años!

Me he dado cuenta, después de 15 días, de que mi pobre madre era el ser al que más he amado. Es como si me hubieran arrancado una parte de mis entrañas.

¡Qué necesidad siento de verla a usted! ¡Cuánto la necesito! En cuanto me desembarace de mis asuntos, iré a verla. Si usted va a París, hágamelo saber, iré deprisa a abrazarla.

[...]

Un abrazo muy fuerte.

Su viejo trovador

Gustave Flaubert

Muchos recuerdos a Maurice, al que envidio más que nunca, porque la tiene a usted. Y besos a la señorita Aurore, a pesar (o a causa) de su tos ferina.

### **123. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 28 de abril de 1872]**

Tengo a mi pobre Aurora muy enferma, día y noche en mis brazos. Tengo un trabajo urgente que debo terminar de cualquier modo. Si todavía no he escrito el artículo sobre Bouilhet, puedes estar seguro de que me ha sido imposible. Lo haré al mismo tiempo que otro sobre L'Année terrible.

Iré a París del 20 al 25 de mayo, como muy tarde. Tal vez antes, si Maurice envía antes a Aurore a Nismes, donde están Lina y la pequeña. Te escribiré, me vendrás a ver a París o iré a verte. Yo tengo también ganas de abrazarte, de

consolarte (de decirte que tus penas son las mías). Hasta entonces, sólo unas palabras, para decirme si tus asuntos se arreglan y si tú estás mejor.

Tu viejo

**124. FLAUBERT A SAND**  
**[Croisset, 29 de abril de 1872]**

Lunes por la tarde

¡Qué buena noticia, querida maestra! ¡En un mes, o quizá antes, la veré, por fin! Arréglole todo para no estar demasiado ocupada en París, ¡así tendremos tiempo para charlar! Lo que estaría mejor que bien sería que viniera usted aquí, conmigo, a pasar algunos días. Estaríamos más tranquilos que allí. Mi “pobre vieja” la quería a usted mucho. Me gustaría mucho verla en su casa, cuando todavía hace tan poco que ella se fue.

Me he puesto de nuevo a trabajar. ¡Porque la existencia no es tolerable si uno no se olvida de su miserable persona!

Pasará tiempo hasta que sepa lo que tendré para vivir. [...]

Sea como sea, conservaré mi piso de Croisset. Será mi refugio. Y tal vez mi única vivienda. París no me atrae ya. ¡En poco tiempo no tendré ya amigos allí! Excepto Edmond de Goncourt y Turguéniev, todos los colegas me horripilan por su vulgaridad constitutiva o sus pretensiones grotescas. El ser humano (incluyo en él al eterno femenino) cada vez me divierte menos.

¿Sabe usted que Théo está muy enfermo? ¡Se muere de hastío y de miseria! ¡Nadie habla ya su lengua! Somos, en efecto, unos pocos fósiles que sobrevivimos, perdidos en un mundo nuevo.

Ya le conté la indecencia del señor Lévy, que me negó una promesa hecha. Me hacía pocas ilusiones con ese judío. Pero la indignación que me provocó me ha quedado en el corazón, aunque después hayan caído sobre él pesos más dolorosos. ¿Por qué pienso ahora en él? Esto prueba que tengo el cerebro bien vacío.

Abrace de mi parte a la señorita Aurore, a pesar de su enfermedad. Que se cure pronto. Para usted, querida maestra, mi mejor, mi más profundo afecto.

**125. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 5 de julio de 1872]**

Hoy quiero escribirte, 68 años. Salud perfecta, a pesar de la tos ferina que me deja dormir en cuanto la remojo en un pequeño torrente furibundo, frío como el hielo. El agua borbotea entre las piedras, las flores, las altas hierbas, bajo una sombra deliciosa, es una bañera ideal.

[...] ¡Qué verano espléndido! Las gramíneas tienen seis pies de alto, los campos de trigo son manteles de flores. El campesino piensa que hay demasiadas, pero yo le dejo decir, ¡es tan bello! Voy al río a pie, me meto en el agua helada. El médico piensa que es una locura, le dejo decir también, yo me curo mientras sus enfermos se cuidan y revientan. Soy de la misma naturaleza que la hierba de los campos: agua y sol, eso es todo lo que necesito.

¿Estás viajando por los Pirineos? ¡Ah, te envidio, yo los amo tanto! Hice por allí algunas excursiones insensatas, pero no conozco Luchon. ¿Es bello también? No te vayas de allí sin ir a ver el Circo de Gavarnie, y el camino que llega hasta él. Y Cauterets, y el lago de Gaube. Y el camino de Saint-Sauveur. ¡Dios, qué hermoso es viajar, ver las montañas, las flores, los precipicios! ¿Todo eso te fastidia? ¿Acaso recuerdas que hay editores, directores de teatro, lectores y público, cuando recorres el país? Yo lo olvido todo, como cuando canta Pauline Viardot.

El otro día descubrimos a tres leguas de nuestra casa un desierto, desierto absoluto, un bosque de una gran extensión donde no encontramos ni una choza, ni un ser humano, ni una oveja, ni una gallina, nada más que flores, mariposas y pájaros durante todo un día.

Pero ¿dónde te encontrará mi carta? Esperaré para enviarla hasta que me hayas enviado una dirección.

[sin firma]

## **126. FLAUBERT A SAND**

**Bagnères-de-Luchon (Haute-Garonne),**

**[Maison Binos, 12 de julio de 1872]**

¡Aquí estoy desde el domingo por la tarde, querida maestra, y no más contento que en Croisset! Un poco menos incluso, porque estoy desocupado. Hay tanto ruido en la casa donde estamos que es imposible trabajar. ¡La vista de los burgueses que nos rodean me resulta, además, insoportable! No estoy hecho para los viajes. ¡El más mínimo cambio me incomoda! ¡Su viejo

trovador está muy viejo, realmente! El doctor Lambrou, el médico de aquí, atribuye mi susceptibilidad nerviosa al abuso del tabaco. Por complacerle, voy a fumar menos, ¡pero dudo mucho que eso me cure!

Acabo de leer Pickwick de Dickens. ¿Lo conoce usted? Tiene trozos soberbios; ¡pero qué composición más defectuosa! A todos los escritores ingleses les ocurre, exceptuando a Walter Scott. ¡Les falta planificación! ¡Eso es intolerable para nosotros, los Latinos!

[...]

Mi última historia con Lévy me ha disuadido de cualquier publicación. San Antonio está acabado. Va a dormir en un cajón hasta tiempos mejores, si llegan.

¿Cómo voy a empezar un libro que exigirá de mí grandes lecturas, y sin arruinarme en libros? ¿Conoce usted en París algún librero que me pudiera alquilar los libros que yo necesite?

¿Qué hace usted ahora? La última vez, nos vimos poco y mal.

Esta carta es estúpida. Pero hacen tanto ruido encima de mi cabeza que no la tengo libre (la cabeza).

En medio de mi aturdimiento, le envió un abrazo para usted y para los suyos.

Su viejo tontaina, que la quiere.

## **127. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 19 de julio de 1872]**

Querido viejo trovador,

Nosotros también nos vamos, pero sin saber aún a dónde. Me da absolutamente igual. Yo quería llevar a mi nidada a Suiza. Ellos prefieren ir en sentido opuesto, hacia el Océano. Vayamos hacia el Océano, puesto que se trata de viajar y bañarse, estoy loca de alegría. Decididamente, nuestras dos viejas trovadorías son antinómicas. Lo que te fastidia me divierte. Yo amo el movimiento, el ruido, e incluso las cosas fastidiosas de los viajes tienen su gracia para mí, porque forman parte del viaje. Soy más sensible a lo que trastorna la calma de la vida sedentaria que a lo que es trastorno normal y obligatorio en la vida nómada. Soy exactamente igual que mis nietas, que están excitadísimas antes de partir. Pero es curioso observar cómo los niños, aunque aman los cambios, querrían llevarse siempre su medio habitual, sus

juguetes, por todo el mundo. Aurora hace las maletas de sus muñecas, y Gabrielle, que prefiere los animales, pretende llevarse sus conejos, su perrito y un cerdito al que protege (hasta que se lo coma). Such is life.

Creo que, a pesar de tu pésimo humor, ese viaje te hará bien. Te fuerza a dejar reposar a tu cerebro, y si fumas menos, ¡tanto mejor! La salud ante todo. Espero que tu sobrina te fuerce a moverte un poco; ella es tu hija, y debe tener alguna autoridad sobre ti, o el mundo está patas arriba.

No puedo ayudarte en el asunto de la librería que necesitas para alquilar libros. Yo siempre me dirijo para esas cosas a Mario Proth y no sé dónde los consigue él. Cuando vuelvas a París, dile de mi parte que te lo indique. Es un joven atento y eficiente. Vive en Rue Visconti, 2. Me parece que Charles-Edmond también podría ayudarte, y también Troubat.

A propósito de Troubat, quizá me equivoqué al prevenirte contra él. Creo que mi cerebro no funciona del todo bien. En todo caso, encargar a un empleado de Lévy que vele por tus intereses en la empresa, ¡es un sueño! Yo coloqué a un amigo mío en Lévy y me juró controlar mis cuentas. Hube de renunciar a ello. Lo ponía en la alternativa de engañarme o perder su trabajo, que necesitaba absolutamente. Troubat no necesita menos el suyo. Por lo demás, sé que Lévy es duro en las negociaciones, pero no estoy segura de que no sea honesto, cuando ha firmado algo. Tú te sorprendes de que la palabra dada no equivalga a un contrato. Eres muy ingenuo. En los negocios, no cuenta más que lo escrito. Nosotros somos Don Quijotes, mi viejo trovador, hemos de resignarnos a ser estafados por los mesoneros. La vida es así y quien no quiera ser engañado debe irse a vivir al desierto. No hay vida en abstenerse de todo lo malo en este bajo mundo. Hay que tragar lo amargo y lo dulce.

Para tu San Antonio, si tú me lo permites, en el primer viaje que haga a París, intentaré encontrarte un editor o una revista. Pero deberíamos charlar sobre él, y deberías leérmelo. ¿Por qué no vienes a casa en septiembre? Yo estaré aquí hasta el invierno.

Me preguntas qué hago ahora. Después de París, he hecho un artículo sobre la señorita Flaugergues, que aparecerá en L'Opinion nationale, con un texto de ella; un artículo para Le Temps sobre Victor Hugo, Bouilhet, Leconte de Lisle y Pauline Viardot. Espero que estés satisfecho con lo que digo de tu amigo. He hecho un segundo cuento fantástico para la Revue des Deux Mondes, un cuento para niños; he escrito un centenar de cartas, la mayor parte de ellas para reparar las pifias o aligerar la miseria de los imbéciles de mis conocidos. La pereza es la lepra de nuestro tiempo, y la vida se consume trabajando para los que no trabajan. No puedo quejarme, me encuentro bien. Sumerjo todos los días en el Indre y en su cascada helada mis 68 años y mi tos crónica. Cuando ya no sea útil y agradable para los demás, ¡querría irme

tranquilamente sin decir ni mu!, o al menos, no diciendo más que esto, que la pobre especie humana no vale gran cosa, pero que formo parte de ella, y que seguramente no valgo mucho más.

Te quiero y te abrazo. Mi familia te envía también su cariño, el buen Plauchut incluido. Vendrá de viaje con nosotros. Cuando estemos en algún lugar por algunos días te escribiré para tener noticias tuyas.

## 128. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 26 de octubre de 1872]

Querido amigo,

Aún una pena más para ti; una pena prevista, pero igualmente dolorosa. Pobre Théo, lo compadezco profundamente, no porque haya muerto, sino por no haber vivido desde hace veinte años. Si hubiera consentido vivir, existir, actuar, olvidar un poco su personalidad intelectual para conservar su persona material, habría podido vivir mucho tiempo todavía y reavivar su fondo, del que había hecho un tesoro estéril. Decían que había sufrido mucha miseria; durante el sitio de París, lo entiendo. Pero ¿después? ¿Por qué y cómo?

Estoy preocupada por la falta de noticias tuyas. ¿Estás en Croisset? Has debido ir a París para el entierro de ese pobre amigo. ¡Cuántas separaciones crueles! Temo que te vuelvas hosco y descontento de la vida. Me parece que consideras demasiado la felicidad como algo posible, y que la ausencia de felicidad, que es nuestro estado crónico, te contraría y te sorprende demasiado. Huyes de los amigos, te sumerges en el trabajo y tomas por tiempo perdido el que emplearías en amar o dejarte amar. ¿Por qué no has venido a casa con la señora Viardot y Turguéniev? Los amas, los admiras, te sabes adorado aquí, y tú te escondes para estar solo.

Y bien, ¿por qué no podrías casarte? Estar solo es odioso, es mortal, es cruel también para los que te aman. Todas tus cartas son tristes y me desgarran el corazón. ¿No tienes ninguna mujer que ames o por la que serías amado con placer? Tómala. ¿No hay por ahí ningún muchacho del que pudieras creerte padre? Críalo, hazte su esclavo, olvídate de ti por él.

En cualquier caso, vivir encerrado en uno mismo es malo. No hay placer intelectual comparable al de volver a uno cuando se ha estado mucho tiempo fuera. Pero habitar siempre en ese yo que es el más tiránico, el más exigente, el más loco de los compañeros, no, no hay que hacerlo.

Te lo suplico, ¡escúchame!, tú encierras una naturaleza exuberante en una

cárcel. Haces, de un corazón tierno e indulgente, un misántropo prejuiciado, y eso no te hará ningún bien. En fin, me preocupas y quizá te digo tonterías, pero vivimos tiempos crueles y no hay que sufrirlos maldiciéndolos. Hay que superarlos compadeciéndolos. Eso es todo. Te quiero, escíbeme.

Iré a París dentro de un mes, para el estreno de Mademoiselle La Quintinie. ¿Dónde estarás tú?

[sin firma]

## 129. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 28-29 de octubre de 1872]

Noche del lunes

Querida maestra,

Usted adivinó que mi pena se había redoblado y me escribió una carta muy tierna. ¡Gracias! Y le mando un abrazo más fuerte aún que de costumbre.

Aunque prevista, la muerte del pobre Théo me ha desolado. ¡Es el último de mis amigos íntimos que se va! Él cierra la lista. ¿A quién veré ahora, cuando vaya a París? Conozco a pensadores (o al menos, a gente a la que llaman así), pero un artista, ¿dónde está?

Le aseguro que murió asqueado de la «carroñería moderna». Eran sus palabras. Y me las repitió muchas veces, este invierno. «¡Maldita sea la Comuna!», etc. El 4 de septiembre inauguró un orden de cosas donde la gente como él no tiene nada que hacer en el mundo. No se pueden pedir peras al olmo. Los obreros de lujo son inútiles en una sociedad donde la plebe domina. ¡Cómo lo echo de menos! Él y Bouilhet me faltan y nadie puede reemplazarlos. ¡Era tan bueno, además, y como se dice habitualmente, tan sencillo! De aquí a un tiempo se admitirá (si alguna vez alguien vuelve a ocuparse de literatura) que era un gran poeta. Mientras, es un autor absolutamente desconocido. ¡También lo es Pierre Corneille!

Tenía dos odios. El odio a los tenderos en su juventud. Ése le dio su talento. El odio a los granujas en su madurez. Éste último lo mató. Murió de cólera reconcentrada, y por la rabia de no poder decir lo que pensaba. Fue oprimido por Girardin, por Turgan, por Fould, por Dalloz. Y por esta República. Le digo esto a usted porque he visto cosas abominables y porque soy la única persona, seguramente, a quien él hacía tales confidencias. Le faltaba lo que es más importante en la vida, para él y para cualquiera: el Carácter. No haber entrado en la Academia fue para él una verdadera pena.

¡Qué debilidad! ¡Y qué poco hay que estimarse! ¡La búsqueda de un honor cualquiera, además, me parece incomprensible!

No estuve en su entierro por culpa de Catulle Mendès, que me envió un telegrama demasiado tarde. Hubo muchísima gente. Un montón de cretinos y farsantes fueron a dejarse ver, como de costumbre. [...]

En resumen, ¡yo no lo compadezco! Lo envidio. Porque, francamente, la vida no es una maravilla.

No, no creo en “la felicidad posible”, sino en la tranquilidad. Es por eso que me alejo de lo que me irrita. Soy insociable. Así pues, huyo de la Sociedad. Y me siento bien. Un viaje a París es para mí ahora una pesadez. Apenas agito el vaso, las heces suben y todo se estropea. El menor diálogo con quien sea me exaspera, porque todo el mundo me parece idiota. Mi sentimiento de la Justicia me exaspera continuamente. ¡Nadie habla más que de Política, y de qué manera! ¿Dónde hay una apariencia de idea? ¿A qué aferrarse? ¿Por qué causa apasionarse?

No me considero, sin embargo, un monstruo de egoísmo. Mi yo se dispersa de tal manera en los libros que paso días enteros sin sentirlo. Tengo malos ratos, es cierto. Pero me recupero con esta reflexión: “Nadie, al menos, me molesta”, tras lo cual recobro mi aplomo. En fin, me parece que me comporto según mi tendencia natural, ¿no es eso estar en la Verdad?

En cuanto a vivir con una mujer, a casarme como usted me aconseja, es un horizonte que me parece del todo irreal. ¿Por qué? No lo sé. Pero es así. El ser femenino no ha encajado nunca en mi vida. Y además, no soy precisamente rico. Y además, además... soy demasiado viejo. Y demasiado especial, como para infligir a perpetuidad mi persona a otro. Hay en mí un fondo de eclesiástico que nadie conoce. Charlaríamos sobre todo esto mucho mejor de viva voz que por carta.

[...]

Trabajo como un poseso. Leo medicina, metafísica, política, de todo. Porque he emprendido un proyecto de gran envergadura, que me exigirá bastante tiempo. Perspectiva que me place.

[...]

Hasta pronto, querida maestra. Siga queriéndome.

Su viejo

Gustave Flaubert

## 130. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 29 de noviembre de 1872]

Me malcrías. No me atrevía a enviarte esas novelas, que estaban en mi mesa, con tu nombre, desde hace ocho días. Temía estorbar tu trabajo e irritarte. Lo has dejado todo para leer a Maurice y a mí. Tendríamos remordimientos, si no fuéramos tan egoístas, contentos de tener un lector que vale por diez mil. Nos hace mucho bien, porque Maurice y yo trabajamos en el desierto, sin saber nunca, más que el uno por el otro, si hemos triunfado o fracasado, intercambiándonos críticas, y sin tener referencias de los jueces reconocidos. Michel no nos dice nunca, sino después de un año o dos, si se han vendido. En cuanto a Buloz, cuando tratamos con él, nos dice invariablemente que los resultados han sido malos o mediocres. Sólo Charles-Edmond nos anima y nos pide textos. Escribimos sin preocuparnos por el público; eso quizá no es malo en sí, pero entre nosotros a veces es excesivo. Tus comentarios nos dan ánimo, que no nos falta nunca, pero que a menudo es un ánimo triste, mientras que el tuyo es brillante y alegre, sano de respirar.

Hice bien en no tirar Nanon al fuego, como estuve a punto de hacer cuando Charles-Edmond me dijo que le gustaba y que lo quería para su periódico.

Te agradezco, pues, tus lisonjas, especialmente por Francia, que Buloz no publicó más que a regañadientes y a falta de algo mejor. Ya ves que no me miman precisamente. Pero no me enfado y no hablo nunca de ello. Es así de simple. Desde el momento en que la literatura es una mercancía, el vendedor que la explota no aprecia más que al cliente que compra, y si el cliente desprecia el producto, el vendedor le dice al autor que su mercancía no gustó. La república de las letras no es más que una feria donde cada uno vende sus libros. No hacer concesiones al editor es nuestra única baza, conservémosla y vivamos en paz, incluso cuando pone mala cara, y reconozcamos también que él no es el culpable. Tendría más criterio si el público lo tuviera.

En fin, ya he desembuchado, ocupémonos de San Antonio, aun sabiendo que los editores serán estúpidos. Lévy no lo es, sin embargo, pero tú estás enfadado con él. Me gustaría hablar de todo esto contigo. ¿Quieres venir? ¿O esperar a mi próximo viaje a París? Pero ¿cuándo voy a ir? No lo sé. Temo las bronquitis de invierno, y no me desplazo sino es una necesidad absoluta, por razones de Estado.

No creo que se estrene Mademoiselle La Quintinie. Los censores han declarado que es una obra de la más alta y de la más sana moralidad, pero que ellos no podían decidir por sí mismos autorizar la representación. Hay que ir más arriba, es decir al ministro, que la reenviará al general Ladmirault. Es para morirse de risa. Pero yo prescindo de todo eso, y prefiero dejarlo hasta que

haya un nuevo orden. Si el nuevo orden es la monarquía clerical, qué le vamos a hacer. Por mi parte, ya me da igual que pongan trabas, pero ¿cuál será el porvenir para las siguientes generaciones?

[sin firma]

### 131. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 4 de diciembre de 1872]

Miércoles a las 3 h.

Querida maestra,

Tomo una frase de su última carta. Es a propósito de Lévy, que no le dice nunca nada de sus obras, y de Buloz, que las echa por tierra delicadamente. «El editor tendría criterio si el público lo tuviera». O si el Público lo forzara a tenerlo, pero eso es pedir lo imposible. Solamente nosotros podemos exigir que el editor sea honesto, y que para explotarnos mejor, no nos mienta a la cara, impunemente. Ellos tienen ideas literarias, créame, igual que los directores de teatro. Unos y otros pretenden saber del asunto. Y como su estética se mezcla con su mercantilismo, ¡bonito resultado!

¿Por qué Lévy, que ha ganado, y que sigue ganando cada día tanto dinero con usted y con Dumas padre (por no poner más que dos ejemplos), los desprecia de esa manera? ¡Cada libro de usted es siempre inferior al precedente! ¡Que me cuelguen si no es así! ¡Admira más a Ponsard y a Octave Feuillet! Lévy es un académico. Yo le he hecho ganar más dinero que Cuvillier-Fleury, ¿no es cierto? Bien, pues haga un paralelo entre nosotros dos y se hará una idea de cómo la trata a usted. [...]

¿Para qué publicar (en estos tiempos abominables que corren)? ¿Para ganar dinero? ¡Qué ridiculez! ¡Como si el dinero pudiera ser la recompensa del trabajo! ¡Y podría serlo! Eso será cuando se haya destruido la Especulación. ¡Hasta entonces, no! Y, además, ¿cómo medir el Trabajo, como valorar el Esfuerzo? Queda, entonces, el Valor comercial de la obra. Habría que suprimir todo intermediario entre el Productor y el comprador. De cualquier manera, esta cuestión es insoluble. Porque yo escribo (hablo de un autor que se respete) no para el lector de hoy sino para todos los lectores que puedan aparecer, mientras la lengua viva. Mi mercancía no puede ser, por ello, consumida ahora, porque no está hecha exclusivamente para mis contemporáneos. Mi trabajo queda por tanto indefinido, y en consecuencia impagable.

¿Para qué, entonces, publicar? ¿Para ser comprendido, aplaudido? Pero

usted misma, la gran George Sand, usted sufre el aislamiento.

¿Hay hoy en día, no digo ya admiración o simpatía, sino la apariencia de un poco de atención por las obras de arte? ¿Cuál es el crítico que se lee el libro que debe reseñar?

En diez años, posiblemente nadie sabrá hacer ni un par de zapatos. ¡Así de espantosamente estúpidos seremos! Todo esto es para decirle que, hasta tiempos mejores (en los cuales no creo), guardo San Antonio en el fondo de un armario. Si lo hago aparecer, prefiero que sea al mismo tiempo que otro libro completamente diferente. Trabajo en uno, ahora, que podrá hacerle compañía. Conclusión: lo más sabio es mantenerse tranquilo.

¿Por qué Duquesnel no va a ver al general Ladmirault, Jules Simon, Thiers? Me parece que ese retraso le concierne. ¡Qué bella cosa es la Censura! Tengámoslo claro: ¡existirá siempre!, porque siempre ha existido. ¿Acaso nuestro amigo Alex Dumas hijo, de un modo graciosamente paradójico, no ha cantado sus beneficios, en el prólogo de La Dama de las camelias?

¡Y quiere usted que no esté triste! Me temo que volveremos a ver cosas abominables gracias a la tozudez inepta de la Derecha. Los normandos, que son la gente más conservadora del mundo, se inclinan hacia la Izquierda, ¡muy decididamente!

Si se consultara ahora a la burguesía, ella haría al viejo Thiers rey de Francia. Una vez fuera Thiers, se lanzaría en los brazos de Gambetta. E incluso temo que lo haga bien pronto.

¡Me consuelo pensando que el próximo jueves tendré 51 años!

[...]

Mi sobrina Caroline, a quien acabo de hacer leer Nanon, está encantada. Lo que la ha sorprendido es la “juventud” de la obra. Me parece un juicio acertado. Es un muy buen libro. Igual que Francia, que, aunque más simple, tal vez sea aún más logrado, más irreprochable como obra.

He leído, esta semana, L’Illustre docteur Mathéus d’Erckmann-Chatrian. ¡Qué palurdos! He ahí a dos granujas que tienen el alma repugnantemente plebeya.

Hasta pronto, querida maestra.

Su viejo trovador

le envía abrazos.

Gustave Flaubert

Pienso todo el tiempo en Théo. No me consuelo de esa pérdida.

## 132. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 8 de diciembre de 1872]

Y bien, si tienes claro tu ideal, si tienes un libro para el porvenir en el pensamiento, si te sientes con la suficiente confianza y convicción, nada de cólera y nada de tristeza. Seamos lógicos. Yo he llegado a un estado filosófico de serenidad muy satisfactorio, y no he exagerado nada al decirte que todas las jugarretas que me han hecho, o toda la indiferencia que me hayan podido demostrar, no me afectan realmente y no me impiden, no sólo ser feliz más allá de la literatura, sino tampoco serlo con ella y trabajar con alegría. ¿Te han gustado mis dos novelas? Con eso me siento pagada. El silencio que ha invadido mi vida (hay que decir que lo he buscado) está lleno de una voz verdadera que me habla y me basta. Yo no he ido tan lejos como tú en mi ambición. Tú quieres escribir para todos los tiempos. Yo creo que dentro de cincuenta años estaré perfectamente olvidada, o tal vez seré considerablemente incomprendida. Es la ley de las cosas que no son de primer orden, y yo no me he creído jamás de primer orden. Mi idea ha sido más bien la de actuar sobre mis contemporáneos, aunque sea sólo sobre algunos, y compartir con ellos mi ideal de dulzura y de poesía. He perseguido siempre ese fin, al menos he hecho todo lo posible por alcanzarlo, lo hago todavía y mi recompensa es aproximarme cada vez un poco más a él.

Eso por lo que a mí respecta; pero, para ti, la meta es más vasta, lo veo claramente, y el éxito más lejano. Por eso deberías estar más de acuerdo contigo mismo, estando aún más tranquilo y más satisfecho que yo. Tus cóleras pasajeras son buenas. Son el resultado de un temperamento generoso y como no son malvadas ni odiosas, ¡yo las amo! Pero tu tristeza, tus semanas de spleen, no las comprendo, y te las reprocho. [...]

Tienes cincuenta años, mi hijo también, o casi. Está en su mejor edad, tú también, si no te consumes en pensamientos estériles. ¿Por qué dices a menudo que querrías estar muerto? ¿No crees, entonces, en tu obra? ¿Te dejas influir, pues, por tal o cual hecho del presente? Puede ser, no somos dioses y cualquier cosa que no funciona, cualquier debilidad o inconsecuencia, turba nuestro mundo interior. Pero la victoria se vuelve día a día más fácil cuando estamos seguros de amar la lógica y la verdad. Ellas llegan a prevenir, a vencer de antemano las crisis de humor, de disgusto o de desánimo.

Todo eso me parece fácil cuando se trata del gobierno de uno mismo: los sujetos de la gran tristeza están en otros lugares, en el espectáculo de la historia que se desarrolla a nuestro alrededor. Esa lucha eterna de la barbarie

contra la civilización es motivo de una gran amargura para aquellos que se han despojado del elemento bárbaro y que van por delante de su época. Pero dentro de ese gran dolor, de esas cóleras secretas, hay un gran estímulo que justamente nos anima al inspirarnos la necesidad de actuar. Sin eso, confieso que, por mi parte, lo abandonaría todo.

Ya he recibido bastantes cumplidos en mi vida, en el tiempo en que importaba la literatura. Siempre he desconfiado de ellos cuando me llegaban de desconocidos, me hacían dudar más de mí misma. En cuanto al dinero, podría haber ganado suficiente para hacerme rica. Si no lo soy, es porque no me he esforzado por serlo, me basta con lo que Lévy hace por mí (Lévy, que es mejor de lo que tú dices). Lo que me gustaría es dedicarme totalmente a la botánica, eso sería para mí el paraíso en la tierra. Pero no puede ser, eso no serviría más que para mí misma, y si las penas son buenas para algo, es para defendernos del egoísmo. No hay que maldecir ni despreciar la vida. No hay que malgastarla voluntariamente. Tú, que tanto amas la justicia, empieza por ser justo contigo mismo, debes conservarte y desarrollarte.

Escúchame; te amo tiernamente, pienso en ti todos los días y a propósito de todo, mientras trabajo pienso en ti. He conquistado ciertos bienes intelectuales que tú mereces más que yo y de los que tú puedes hacer un mejor uso. Piensa también que mi espíritu está siempre junto al tuyo y que quiere para ti una larga vida y una inspiración fecunda en goces verdaderos.

Me prometes venir, eso sí es una alegría y una fiesta para mi corazón y para toda la familia.

Tu viejo trovador.

Deberías contarme con detalle lo que te hizo Michel. Si ha hecho algo mal, intentaré que lo repare.

### **133. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 12 de diciembre de 1872]**

Querida maestra,

¡No se preocupe más por Lévy! Y no hablemos más de él. No es digno de ocupar nuestro pensamiento ni un minuto; me ofendió profundamente en un tema sensible: el recuerdo de mi pobre Bouilhet. Eso es irreparable. No soy cristiano, y la hipocresía del perdón me resulta imposible. No tengo por qué frecuentarlo más. Eso es todo. No quiero verlo nunca más. Amén.

Y no tome usted demasiado en serio las exageraciones de mi ira. No crea

que cuento “con la Posteridad para vengar la indiferencia de mis contemporáneos”. Solamente quería decir esto: cuando uno no se dirige a la Masa, es justo que la Masa no te pague. Esto es Economía Política. Dicho de otro modo, sostengo que una obra de arte (digna de ese nombre y hecha a conciencia) es inapreciable, no tiene valor comercial, ni se puede pagar. Conclusión: si el artista no tiene rentas, ¡debe morir de hambre! Bonita cosa.

¡Y hablan de la independencia de las letras! Parece que el Escritor, como ya no recibe su salario de los grandes, es mucho más libre, mucho más noble. Toda su nobleza social consiste ahora en ser igual a un Tendero. ¡Qué progreso! En cuanto a mí, usted me dice: «Seamos lógicos», pero eso es lo difícil.

No estoy del todo seguro de escribir buenas obras, ni de que el libro con que sueño ahora pueda estar bien hecho. Lo cual no me impide intentarlo. Creo que la idea es original, nada más. Y como espero verter en él la hiel que me asfixia, es decir, soltar unas cuantas verdades, espero de ese modo purgarme y volverme un poco más Olímpico. Cualidad que me falta del todo. ¡Ah, cómo me gustaría admirarme!

Entro hoy en mi año 52, y quiero enviarle un abrazo. Lo cual hago con ternura, ya que usted me quiere tanto.

Su viejo trovador

Gustave Flaubert

Un duelo más. Estuve en el entierro del viejo Pouchet, el pasado lunes. Sostuve a su hijo Georges, que sollozaba desconsoladamente. La vida de ese buen hombre fue bella, y lloré por él.

¡No salgo de los funerales! ¡Es para hacerse enterrador!

### **134. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 20 de julio de 1873]**

Domingo

Yo no soy como el señor de Vigny: no amo en absoluto «el sonido del cuerno al fondo de los bosques». ¡Hace dos horas que un imbécil instalado en la isla que tengo delante me asesina con su instrumento! Ese miserable me estropea el sol, y me priva del placer de disfrutar del verano. Porque hace un tiempo espléndido. ¡Pero reviento de cólera! Me gustaría, sin embargo, charlar con usted un poquito, querida maestra.

¡Para empezar, felicidades por sus 70 años, que me parecen más robustos que los 20 de otros! ¡Qué naturaleza de Hércules tiene usted! Bañarse en un río helado es la prueba de una Fuerza que me asombra, y el signo de una salud de hierro tranquilizadora para sus amigos. Viva mucho tiempo. Cuídese para sus queridas nietas, para el buen Maurice, para mí también, para todo el mundo. Añadiría que para la Literatura, si no temiera su espléndido desdén.

¡Bueno! ¡Otra vez el cuerno de caza! Es delirante. ¡Estoy por ir a buscar al guarda rural!

Yo no comparto sus desdenes. E ignoro completamente, como usted dice, «el placer de no hacer nada». Cuando no tengo entre manos un libro, o no sueño con escribir uno, me invade un hastío para gritar. La vida, en fin, no me parece tolerable más que escabulléndose de ella. O habría que librarse a los placeres desenfrenados... ¡y ni eso!

Ya he acabado con *Le Sexe faible* que será representado —al menos eso es lo que ha prometido Carvalho— en enero, si *L'Oncle Sam* de Sardou es autorizado por la Censura. En caso contrario, sería en noviembre.

Como he tomado la costumbre, durante seis semanas, de ver las cosas teatralmente, de pensar a través del diálogo, ¡he aquí que me he puesto a esbozar el plan de una obra! La cual tiene por título *Le Candidat*. Mi esbozo ocupa 20 páginas. ¡Pero no tengo a quién mostrárselo! Así que voy a dejarlo en un cajón, y volveré a mi libro. Leo la *Histoire de la médecine*, de Daremberg, que me distrae mucho. Y he acabado el *Essai sur les facultés de l'entendement*, de Garnier, que me parece bastante necio. He aquí mis ocupaciones.

Parece que se ha calmado. Respiro.

[...]

No sé si en Nohant se habla tanto del sah de Persia como en nuestras regiones. ¡El entusiasmo ha llegado lejos! ¡Un poco más y lo nombran emperador! Su estancia en París ha tenido sobre la clase comerciante y obrera una influencia monárquica, no lo dude usted. Y a los señores clérigos les va bien. ¡Incluso muy bien!

Al otro lado del horizonte: ¡los horrores que se cometen en España! Parece que el conjunto de la humanidad sigue siendo igual de agradable.

Abrace a los suyos de mi parte, querida maestra, especialmente a Lolo.

Su viejo Botija, que la quiere mucho.

[sin firma]

## 135. FLAUBERT A SAND

[París, 31 de diciembre de 1873]

Miércoles

Ya que tengo un momento de tranquilidad, ¡aprovecho para charlar un poco con usted, querida maestra! Para empezar, un abrazo a todos los suyos, y reciban todos mis buenos deseos para el nuevo año.

He aquí lo que hay de nuevo sobre su Padre Botija.

Botija está muy ocupado, pero sereno. Y muy pacífico, lo que sorprende a todo el mundo. ¡Sí, así es! ¡Nada de indignación! ¡Nada de efervescencias! Los ensayos de *Le Candidat* han comenzado, y aparecerá impreso a principios de febrero. Carvalho parece bastante contento, y sin embargo me ha hecho fundir dos actos en uno solo. ¡Eso deja el primer acto con una longitud desmesurada! He hecho el trabajo en dos días. ¡Ya lo ve, Botija se porta bien! He dormido 7 horas en total, desde el jueves (día de Navidad) hasta el sábado.

Para completar mi carácter eclesiástico, ¿sabe usted qué voy a hacer? Seré padrino. La pequeña Charpentier, en su entusiasmo por San Antonio, ¡me vino a decir que quería llamar Antoine al niño que va a traer al mundo! La intenté disuadir de infligir a ese joven cristiano el nombre de un hombre tan convulso. ¡Pero tuve que aceptar el honor que me hacía! ¡Aunque me cuesta, o me costará! ¿Se imagina usted mi vieja jeta al lado de la fuente bautismal, al lado del nene, de la nodriza y de los padres? ¡Oh, Civilización, he aquí tus golpes ocultos! ¡Buenos modales, tales son tus exigencias!

[...]

A propósito de la Iglesia, he leído entero (cosa que no había hecho nunca) el Ensayo sobre la indiferencia del ciudadano Lamennais. Conozco ahora, y a fondo, a todos esos inmensos farsantes, que han tenido sobre el siglo XIX una influencia desastrosa. ¡Afirmar que el criterio de certidumbre reside en el sentido común, también llamado Moda o Costumbre, no es más que preparar el terreno al Sufragio universal, que es, para mí, la Vergüenza del espíritu humano!

Acabo de leer, también, *La Chrétienne* de Bautain. Libro curioso para un novelista. En él uno siente su época, su París moderno. Para desengrasarme, me he tragado un volumen de Garcin de Tassy, *La Littérature hindoustanie*. Allí dentro, al menos, uno respira.

Ya ve usted que su Botija no está completamente embrutecido por el teatro. Por otra parte, no tengo ninguna queja del Vaudeville. Todo el mundo es

educado y eficiente. ¡Qué diferencia con el Odéon!

[...]

San Antonio será impreso a finales de enero.

¡Hasta pronto, querida maestra! ¿Cuándo nos veremos? ¡Nohant está tan lejos! ¡Y yo voy a estar muy ocupado todo este invierno!

¡Que 1874 le sea leve!

Su viejo

Gustave Flaubert

que la quiere.

### **136. FLAUBERT A SAND**

**[París, 28 de febrero de 1874]**

Sábado por la tarde

El estreno de *Le Candidat* será el viernes próximo, a menos que sea el sábado. O quizá el lunes. Ha sido retrasado por una indisposición de Delannoy. Y por *L'Oncle Sam*. ¡Porque hay que esperar a que el tal Sam baje de los 1500 francos!

Creo que mi obra será bastante bien representada. Eso es todo. En cuanto a lo demás, no tengo ni idea. Y estoy muy tranquilo por lo que respecta al resultado, indiferencia que me asombra bastante.

Si no estuviera abrumado por toda la gente que me pide entradas, me olvidaría totalmente de que voy a comparecer sobre las tablas, y me libraría a las risotadas del populacho. ¿Es eso estoicismo o fatiga?

He tenido (y aún arrastro) la gripe. De lo cual resulta, para su Botija, una lasitud general, acompañada de una violenta (o más bien profunda) melancolía. Mientras escupo y toso al lado del fuego, medito sobre mi juventud. ¡Recuerdo a todos mis muertos, resbalo hacia la Oscuridad! Puede ser el resultado de demasiada actividad desde hace ocho meses, o de la ausencia radical del elemento femenino en mi vida, pero jamás me había sentido más abandonado, más vacío y más deshecho. ¡Lo que usted me decía (en su última carta) sobre sus queridas niñitas me ha removido el fondo del alma! ¿Por qué yo no tengo eso? ¡Nací sin embargo con toda la ternura! Pero uno no decide su destino. Fui cobarde en mi juventud. ¡Tenía miedo de la Vida! Todo se paga.

Hablemos de otra cosa. Será más divertido.

S. M. el emperador de todas las Rusias no ama a las Musas. La Censura del “autócrata del Norte” ha prohibido formalmente la traducción del San Antonio, las pruebas me llegaron de San Petersburgo, el domingo pasado. También la edición francesa será prohibida allí. Es una pérdida grave de dinero para mí. Fue de muy poco que la Censura francesa prohibiera mi obra de teatro. El amigo Chennevières me echó una buena mano. Sin él, no habría sido representada. Botija disgusta al Orden. ¿No es absurdo este odio ingenuo de la Autoridad, de todo gobierno, sea cual sea, contra el Arte?

¿Ha leído usted Noventa y tres, del viejo Hugo? Me gusta más este libro que los últimos suyos. Hay unas cuantas cosas bellas en el primer volumen. Pero todos los personajes hablan como Hugo. No tiene el don de hacer personajes verdaderos.

Ahora leo libros de higiene. ¡Oh, qué cómico! ¡Qué desfachatez la de los médicos! ¡Qué caradura! ¡Qué pandilla de asnos, la mayoría! He acabado La Gaule poétique de Marchangy (¡el enemigo de Béranger!). Ese libro me ha provocado accesos de risa. Para meterme en algo más fuerte, he releído al inmenso, al sacrosanto, al incomparable Aristófanes. ¡He ahí un hombre! ¡Qué mundo aquel en que se producían obras como ésa!

[...]

He visto al príncipe Napoleón. Lo he encontrado delgado y moreno. Me pidió noticias de usted. Hemos hablado poco de política, gracias a Dios.

La beso en las dos mejillas, con ternura.

Su viejo

Gustave Flaubert

### **137. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 10 de marzo de 1874]**

Nuestras dos pequeñas, con una fuerte gripe, han ocupado todo mi tiempo, pero sigo en los periódicos la marcha de tu obra. Iré a aplaudirte, mi Botija querido, cuando pueda dejar a estas pequeñas enfermas. Así pues, es el miércoles cuando te juzgan. El juicio puede ser bueno o estúpido, ¡no se sabe nunca!

Yo he vuelto a la faena, después de haber descansado de la larga novela publicada por la Revue, que está siendo exitosa. Te la enviaré cuando aparezca

en un volumen.

Dame enseguida noticias tuyas, el jueves. No hace falta que te diga que el éxito o el fracaso no prueban nada, que son un billete de lotería. Es agradable tener éxito; para un espíritu filosófico, el fracaso debe ser poco desolador. Yo, sin saber nada de la obra, estoy segura del éxito del primer día. En cuanto a lo que vendrá después, es siempre lo desconocido y lo imprevisto, día a día.

Un abrazo tierno de todos.

### **138. FLAUBERT A SAND**

**[París, 12 de marzo de 1874]**

Jueves, a la 1 h.

Querida maestra,

¡Bonito Fracaso! Los que quieren consolarme pretenden que la obra remontará ante el verdadero público, ¡pero no me lo creo!

Nadie mejor que yo conoce los defectos de mi obra. Si Carvalho no me hubiera agobiado durante un mes con sus correcciones imbéciles (que luego eliminé), yo habría hecho retoques o más bien correcciones que seguramente hubieran cambiado el resultado final. Pero estaba tan harto que ni por un millón hubiera cambiado una sola línea. En resumen, estoy hundido.

Hay que decir, también, que la sala era detestable. Todo esnobs y becarios que ni siquiera comprendían el sentido literal de las palabras. Se tomaban a risa los pasajes poéticos. Un poeta dice: «Yo soy de 1830, aprendí a leer con Hernani y habría querido ser Lara». ¡Entonces, una salva de risas irónicas! Etc.

Y además, el público se engañó, a causa del título. ¡Esperaban otro Rabagas! Los conservadores se sorprendieron de que no atacara a los republicanos. Igualmente, los otros echaron de menos algunas injurias a los monárquicos.

Los actores interpretaron maravillosamente, Saint-Germain entre otros. Delannoy, que lleva el peso de la obra, estaba desolado. No sé qué hacer para aliviar su disgusto.

En cuanto a Botija, ¡está tranquilo, muy tranquilo! Comió bien antes de la representación y, después de ella, aún cenó mejor. Menú: dos docenas de ostras de Ostende, una botella de champán helado, 3 cortes de rosbif, una ensalada de trufas, café y copa.

La religión y el Estómago sostienen a Botija.

No diré que no me habría ido bien ganar algo de dinero. Pero como mi fracaso no es un asunto de arte ni de sentimiento, ahí me las den todas.

Me digo: ¡Por fin se acabó! Y me invade como un sentimiento de liberación.

¡Lo peor de todo es el chanchullo de las entradas! Fíjese: me dieron 12 butacas de platea y un palco (Le Figaro tenía 18 butacas y 3 palcos). Ni siquiera vi ni al jefe de la claqué. Se diría que la administración del Vaudeville estaba confabulada para hacerme fracasar. Su propósito se ha cumplido.

No pude dar ni una cuarta parte de las entradas que necesitaba. Y compré muchas (para gente que luego me ponía de vuelta y media por los pasillos). Los “bravos” de algunos fieles fueron ahogados enseguida por los “chitón”. Cuando se pronunció mi nombre al final, hubo aplausos (para el autor, no para la obra), con acompañamiento de dos bonitos silbidos que salieron del gallinero. Ésa es la verdad.

Los periódicos de esta mañana son educados. No les puedo pedir más.

Hasta pronto, querida maestra. No me compadezca. Porque no estoy en esa situación. Yo también, como sus pequeñas, tengo una fuerte gripe. Pero ya va mejor.

Un abrazo a todos.

Gustave Flaubert

Unas bellas palabras de mi criado, cuando esta mañana me ha traído la carta de usted. Como reconoce su letra, me ha dicho, suspirando:

«¡Ah, la mejor no estaba allí, anoche!».

Y yo estoy de acuerdo.

### **139. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 3 de abril de 1874]**

Hemos leído Le Candidat y vamos a releer San Antonio. Esta última, no tengo ninguna duda de ello, es una obra maestra. Estoy menos contenta de Le Candidat. No está visto por ti, espectador, asistiendo a una acción y queriendo interesarse por ella. El tema es deprimente, demasiado real para el teatro y tratado con demasiado amor por la realidad. El teatro es una lente donde una rosa real no hace ningún efecto, es necesaria una rosa pintada. Y ni siquiera

una rosa pintada por un maestro haría efecto. Debe ser una pintura cualquiera, una especie de truco. Lo mismo para la obra. Leída, no es demasiado alegre. Al contrario, resulta triste. Como no hace reír, y uno no se interesa por ninguno de los personajes, tampoco se interesa por la acción. Esto no quiere decir que no puedas y no debas hacer teatro. Creo, por el contrario, que lo harás muy bien. Es difícil, muy difícil, cien veces más difícil que la literatura para leer. De veinte intentos, a menos que seas Molière y tengas un mundo propicio para pintar, fracasas dieciocho veces. No importa. Hay que tomárselo con filosofía, has hecho la prueba, uno se habitúa deprisa a este combate y continúa hasta que consigue tocar al adversario, el público, la bestia. Si fuera pan comido, si uno tuviera éxito a la primera, no tendría ningún mérito aceptar esta lucha diabólica de uno contra todos.

Ya ves, querido, te digo lo que pienso. Puedes estar seguro de mi honestidad cuando te apruebo sin reservas. No he leído los periódicos que hablan de ti. Lo que piensen no tiene ninguna importancia para ti ni para mí misma. Los juicios individuales no prueban nada. La prueba del teatro se hace sobre el ser colectivo, y para leer tu obra, he intentado ponerme en la piel de todos. Si hubieras tenido éxito, hubiera estado contenta del éxito, no de la obra. Ciertamente, tiene, desde el punto de vista del estilo, el talento que no puede no estar. Pero es una bella técnica empleada para hacer una casa que no se sostiene sobre el terreno donde tú la pones. El arquitecto se ha equivocado de lugar. El tema estaría bien para una sátira, Mr. Prudhomme, o para una tragedia, Richard d'Arlington. Tú lo haces exacto, el arte del teatro desaparece. Es lo que ocurre con la fotografía. Da igual la perfección de lo que se ve, no hay arte. ¡Y tú, tan artista! Como dicen los campesinos ¡volvamos a empezar, todo se puede mejorar!

Yo escribo una obra ahora, y me parece excelente. Cuando la vea a la luz del quinqué de los ensayos, me parecerá detestable, y tiene tantas oportunidades de ser valiosa como de ser una nulidad. Uno no sabe nunca cuánto vale lo que hace, y nuestros mejores amigos tampoco lo saben. Cautivados por la lectura, se desilusionarán ante la representación. No es que nos hubieran engañado. Quedan asombrados por un efecto nuevo. Quieren aplaudir y sus manos no les responden. La electricidad se ha disipado. El autor se ha equivocado, ellos también. ¿Y qué más da? Cuando el autor es un artista, y un artista como tú, eso le provoca el deseo de recomenzar, y su experiencia le ayuda. Me gustaría más verte recomenzar ahora mismo que verte enfrascado otra vez en tus dos personajillos. Me guío por lo que tú me has dicho del tema, que tiene mucho de verdadero, de buena observación y de fiel reflejo. Tú tienes esas cualidades en primer grado; y tienes otras, las facultades de intuición, de gran visión, de verdadero poderío, que son casi superiores. Tú, insisto en ello, has trabajado tanto con las unas como con las otras, maravillando al público con ese contraste extraordinario. Se trataría de

mezclar lo real y lo poético, lo real y lo ficticio. ¿Acaso el arte más completo no resulta de la mezcla de esos dos órdenes de expresión? Tú tienes dos públicos, uno para Madame Bovary, otro para Salambó. Mételes juntos en la misma sala y haz que queden todos contentos.

Buenas noches, mi trovador, te amo y te abrazo, todos te enviamos nuestro abrazo.

## **140. FLAUBERT A SAND**

**[París, 8 de abril de 1874]**

Miércoles

Querida maestra,

Gracias por su larga carta sobre Le Candidat. [...]

Yo creo, diga usted lo que diga, que el tema era bueno. Pero lo estropeé. Ni uno de los críticos lo ha señalado. Yo lo sé. Y eso me consuela.

¿Qué me dice de La Rounat, que en su artículo me ruega «en nombre de nuestra vieja amistad» que no haga imprimir mi obra, hasta tal punto la encuentra «estúpida y mal escrita»? [...]

¡Una de las cosas más cómicas de esta época es el Arcano teatral! Se diría que el arte del teatro se escapa a la inteligencia humana y que es un misterio reservado a los que escriben como los cocheros. La cuestión del éxito inmediato prima por encima de todo lo demás. ¡Es la escuela de la desmoralización! Si mi obra hubiera sido apoyada por la dirección, habría podido hacer dinero, como otra cualquiera. ¿Habría sido mejor entonces? Usted sabe que no me han dado apenas entradas, que no vi al jefe de la claqué y que me silbó uno de los administradores del teatro.

El amigo de usted, Saint-Germain, me denigró de tal manera, antes, durante y después de mis 4 representaciones, que me abstuve de enviarle la obra. Comportamiento que le chocó. Me preguntó por qué, después de decir que le parecía bien que el público se riera ante frases que considero excelentes. Charpentier casi lo echó de su librería, tan lejos había ido en sus diatribas contra mí. Le aseguro a usted que todo esto me es indiferente, en el fondo. Pero no hay que ser memo y hay que saber con quién se las tiene uno.

Y ya que estamos con chismes, los empleados del señor Lévy declaran a los clientes que «a la señora Sand le parece detestable La tentación de San Antonio». Pero hay clientes que se indignan y niegan el hecho, como

Turguéniev (¡porque es a él, a Turguéniev, a quien pretendían convencer!).

La tentación no se porta mal. La primera tirada de 2000 ejemplares está agotada. Mañana saldrá la segunda. He sido destrozado en algunos periódicos, y exaltado por dos o tres personas. En suma, nada serio ha aparecido aún, y no sé si aparecerá. ¡Renan no escribe más (eso dice él) en el Journal des Débats, y Taine está ocupado instalándose en Annecy!

He sido execrado por los señores Villemessant y Buloz, que hicieron todo lo posible para ser desagradables conmigo. ¡Villemessant me reprocha que no «me mataran los prusianos»! ¡Todo esto es para vomitar!

¡Y usted quiere que no subraye la Necedad humana! ¡Y que me prive del placer de pintarla! Pero lo Cómico es el único consuelo de la Virtud. Hay, además, una manera de tratarla que puede ser elevada. Es lo que voy a tratar de hacer con mis Dos personajillos. ¡No lamente usted que sea demasiado realista! Al contrario, llevaré la idea a tal extremo que temo que termine pareciendo imposible. ¡Este trabajo que voy a comenzar de aquí a 6 semanas me llevará cuatro o cinco años! Eso será lo mejor.

Hasta pronto, querida maestra. Recuerdos a los suyos, y a usted todo el cariño

de

Botija.

## **141. FLAUBERT A SAND**

**[París, 1 de mayo de 1874]**

Viernes por la tarde

Querida maestra,

Todo va bien. ¡Las injurias se acumulan! Es un concierto, una sinfonía en que todos se ensañan con su instrumento. Me han denigrado desde Le Figaro a la Revue de Deux Mondes, pasando por La Gazette de France y Le Constitutionel. ¡Y no han acabado aún! Barbey d'Aurevilly me ha injuriado personalmente, y el buen Saint-René Taillandier, que me declara «ilegible», me atribuye frases ridículas. Eso por lo que hace a lo impreso. En cuanto a las palabras, son del estilo. Saint-Victor (¿por servilismo hacia Michel Lévy?) se burla de mí en las cenas en Bréban, igual que el excelente Charles-Edmond, etc., etc. En cambio, soy admirado por los profesores de la facultad de teología de Estrasburgo, por Renan, por el padre Didon, dominicano, ¡y por la cajera de

mi carnicero!, sin contar algunos otros. Ésa es la verdad.

Lo que me asombra más es que hay en muchas de esas críticas un odio contra mí, contra mi persona, un prejuicio de denigración, del cual quisiera saber la causa. No me siento herido. Pero esa avalancha de tonterías me entristece. Uno siempre prefiere inspirar buenos que malos sentimientos. Por lo demás, ya no pienso en San Antonio, ¡adiós!

Me voy a meter, este verano, en otro libro del mismo estilo. Después de eso, volveré a la novela pura y dura. Tengo en la cabeza dos o tres que querría escribir, antes de reventar. Actualmente, paso mis días en la biblioteca, donde acumulo notas. En quince días volveré a mi casa en el campo. En julio, iré a descongestionarme a lo alto de una montaña, en Suiza, obedeciendo al consejo del doctor Hardy, que me llama «mujer histérica», expresión que me parece profunda.

[...]

La eché de menos a usted en casa de la señora Viardot, hace quince días. Cantó Ifigenia en Áulide. No le sabría decir cómo fue de bello, transparente, en fin, sublime. ¡Qué artista es esa mujer! ¡Qué artista! Emociones como ésa consuelan de la existencia.

[...]

Abrace por mí a las pequeñas y que ellas se lo devuelvan, de mi parte.

Su viejo

Botija.

## **142. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 26 de mayo de 1874]**

Martes

Querida maestra,

¡Heme aquí de nuevo en mi soledad! Pero estaré aquí poco tiempo, porque de aquí a un mes iré a pasar veinte días al Rigi para respirar un poco, esparcirme, ¡desneuropatizarme! Hace mucho tiempo que no he tomado el aire. Me siento fatigado. Necesito un poco de reposo.

Después de eso, me pondré a trabajar en mi gran libro que me exigirá, al menos, cuatro años. ¡Tendrá eso de bueno!

Le Sexe faible, enviado al Vaudeville por Carvalho, me ha sido devuelta, y me la ha devuelto igualmente Perrin, del Théâtre-Français, que encuentra la obra escabrosa y poco conveniente. «¡Sacar a escena una cuna y una nodriza en Francia!, ¡qué se ha creído usted!». Así pues, la he llevado a Duquesnel, que aún no me ha respondido.

¡Cómo se extiende la Desmoralización del teatro! Los burgueses de Rouen, incluido mi hermano, me han hablado del fracaso de Le Candidat en voz baja (sic), con aire contrito, como si hubiese comparecido ante un juzgado de lo penal acusado de fraude. No tener éxito es un crimen, y el éxito es el criterio del Bien. Lo cual me parece sumamente grotesco.

[...]

El buen Turguéniev debe de estar ahora en San Petersburgo. Me ha enviado desde Berlín un artículo favorable sobre San Antonio. No es el artículo que más me ha complacido, pero, en fin, es de él. Nos hemos visto mucho este invierno. Y lo quiero cada vez más.

También frecuento al viejo Hugo, que es (aunque le falta criterio político) un hombre encantador.

[...]

¡Ah, cuántas ganas tengo de verla a usted y de que charlemos largamente! El mundo está mal hecho. ¿Por qué no vivir con los que uno ama? ¡La abadía de Theleme es un bello sueño!, pero nada más que un sueño.

Un fuerte abrazo de mi parte para las pequeñas,

y todo suyo, su

Botija.

¿Cómo va la edición del libro de Maurice sobre las mariposas?

### **143. FLAUBERT A SAND**

**[Kaltbad Rigi (Suiza), viernes 3 de julio de 1874]**

¿Es verdad, querida maestra, que la semana pasada estuvo usted en París? Pasé de camino hacia Suiza y leí en “un papel” que usted había ido a ver Les Deux Orphelines, que había dado un paseo por el Bois de Boulogne, cenado en Magny, etc., lo que demuestra que, gracias a la libertad de prensa, uno no es dueño de sus acciones. De ello resulta que el padre Botija le guarda a usted rencor por no haberle avisado de su presencia en la “nueva Atenas”. Me ha

parecido que allí todo el mundo era más imbécil y más vulgar que de costumbre. ¡La Política ha llegado al embrutecimiento! Me han mareado con el retorno del Imperio. ¡Dudo que eso ocurra! Sin embargo... En ese caso habría que exiliarse. Pero ¿cómo, y adónde?

[...]

Hace quince días hice un pequeño viaje por la Baja Normandía, donde descubrí finalmente un lugar propicio para ¡hacer vivir a mis dos personajillos! Será entre el valle del Orne y el valle del Auge. Tendré que volver más veces. ¡A partir de septiembre tengo que empezar esa ruda tarea! Me da miedo, en realidad; estoy abrumado de antemano.

Como usted ya conoce Suiza, es inútil que le hable de ella. Y usted se me enfadaría si le dijera cómo llega a aburrirme. He venido por obediencia, porque me lo han ordenado, para descongestionarme y calmar mis nervios. Dudo que el remedio sea eficaz, pero, en todo caso, habrá sido mortalmente fastidioso.

No soy un hombre de Naturaleza. Y no me interesa nada de un país que no tiene historia. Daría todos los glaciares de Suiza por el museo del Vaticano.  
[...]

Hace tiempo que no recibo cartas tuyas, querida maestra. Envíeme una larguísima.

Un tierno abrazo.

Su viejo

#### **144. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 6 de julio de 1874]**

(ayer, 70 años)

Estuve en París del 30 de mayo al 10 de junio. Tú no estabas. Desde mi regreso, he estado enferma, con gripe y reuma, y a menudo privada del uso del brazo derecho. No he tenido la paciencia de guardar cama. Paso las tardes con mis niñas y olvido mis pequeñas miserias que pasarán, como todo pasa.

Por eso no te pude escribir, ni siquiera para agradecerte la bonita carta que me escribiste sobre mi novela. En París estuve un poco superada por la fatiga. Envejeczo y empiezo a notarlo. No es que esté más a menudo enferma, sino que la enfermedad me afecta más. Da igual. No tengo derecho a lamentarme, con el amor y los cuidados que me dan en mi nido. Animo a Maurice a viajar

sin mí, porque me faltan fuerzas para acompañarlo. Mañana parte hacia Le Cantal, con un criado, una tienda de campaña, una lámpara y cantidad de utensilios para examinar los insectos de aquella zona. Le dije que te aburrías en el Rigi. No lo entiende.

[7 de julio]

Retomo mi carta, empezada ayer. Me cuesta todavía mucho mover la pluma. Y hoy aún tengo un dolor en el costado, y no puedo. Hasta mañana.

[8 de julio]

En fin, hoy quizá podré. Me sabe mal pensar que quizá me acusas de haberte olvidado, mientras estoy impedida por una debilidad del todo física, en la que el corazón no tiene nada que ver.

Me dices que te patalean demasiado. Yo no leo más que Le Temps y para mí ya es demasiado abrir un periódico y ver de qué habla. Deberías hacer como yo e ignorar la crítica cuando no es seria, e incluso cuando lo es. No he entendido nunca de qué le sirve al autor criticado. La crítica parte siempre de un punto de vista personal del cual el artista no reconoce la autoridad. A causa de esta usurpación de poderes en el orden intelectual, se llega a discutir el sol y la luna, lo cual no les impide en absoluto mostrarnos su faz tranquila.

No quieres aficionarte a la naturaleza. Peor para ti; tú que das tanta importancia al detalle de los asuntos humanos ¿no te preguntas si en ti mismo no hay una fuerza natural que desafía los “si” y los “pero” de la verborrea humana? Nosotros somos naturaleza, en la naturaleza, por la naturaleza y para la naturaleza. El talento, la voluntad, el genio, son fenómenos naturales como el lago, el volcán, la montaña, el viento, el astro, la nube. Lo que el hombre manosea es bello o feo, ingenioso o estúpido; lo que recibe de la naturaleza es bueno o malo, pero es. Existe y subsiste. No es a ese barullo de apreciaciones llamado la crítica a quien uno debe someter lo que hace y lo que quiere hacer. La crítica no sabe nada. Su asunto es charlar. Sólo la naturaleza sabe hablar a la inteligencia, en una lengua imperecedera, siempre la misma, porque surge de la verdad eterna, de lo bello absoluto. Lo difícil cuando uno viaja es encontrar la naturaleza, porque por todas partes el hombre se ha instalado y casi por doquier todo lo ha estropeado. Seguramente por eso te cansas de ella, porque te aparece transformada o disfrazada. Sin embargo, los glaciares están aún intactos, espero.

Pero no puedo escribirte más. Tengo que decirte rápidamente que te quiero y que te envío un fuerte abrazo. Dame noticias tuyas. Espero poderme levantar en pocos días. Maurice espera a que yo esté mejor para partir. Yo me esfuerzo todo lo que puedo. Mis pequeñas te mandan un abrazo. Son maravillosas. Aurore se apasiona por la mitología (George Cox, traducción de Baudry). ¿Lo

conoces? Trabajo adorable para los niños y los padres.

Ya basta, no puedo más. Te quiero, no albergues pensamientos negros y resígnate a aburrirte un poco, si el aire es bueno allá arriba.

[sin firma]

## 145. FLAUBERT A SAND

[Croisset, 26 de septiembre de 1874]

Sábado

[...] ¿Qué hace usted, querida maestra? Usted y los suyos. La salud, el trabajo, etc. En nombre de Dios, o más bien en el mío, envíe usted rápido una carta, y que sea un poco larga. Se lo agradeceré.

Yo, después de haberme embrutecido como un burro en el Rigi, volví a casa a principios de agosto, y me metí de lleno en mi libro. El principio no ha sido fácil. Ha sido incluso espantable, y he cuidado de no perecer de desesperación. Pero ahora va mejor. ¡A saber qué vendrá! Por lo demás, hay que estar absolutamente loco para emprender un libro así. Tengo miedo de que, por su concepción misma, sea radicalmente imposible. Veremos. ¡Ah, si consiguiera llevarlo a buen puerto...! Qué sueño.

[...]

¡El espíritu público me parece cada vez más bajo! ¿A qué profundidad de estupidez descenderemos? El último libro de Belot ha vendido 8000 ejemplares en 15 días. La conquista de Plassans de Zola, 1700 en seis meses. ¡Y no ha aparecido ni un artículo sobre ella! ¡Todos los idiotas se pasan ante *Une chaîne de Scribe!* Francia está enferma, muy enferma. Y mis pensamientos, cada vez más, son de color de ébano.

[...]

Estoy seguro de que usted piensa que soy un cascarrabias y que está a punto de responderme: “¡Y qué importa todo eso!”.

Pero todo importa. Y nos mata la Farsa, la ignorancia, la vanidad, el desprecio de la grandeza, el amor a la banalidad, la charlatanería imbécil.

«La Europa que odias te mira riendo», dijo Ruy Blas. A fe que tiene razones para reír.

Y

San Policarpo

la besa en las dos mejillas.

## 146. SAND A FLAUBERT

[Nohant, 28 de septiembre de 1874]

No, ciertamente no me olvido de mi Botija adorado, pero me he vuelto tan aburrida que no me atrevía a escribirte. Soy insignificante como la gente feliz en su interior y acostumbrada a sus obligaciones. Todos los días se parecen, las relaciones firmes no cambian. Sin embargo, he tenido, durante casi un año, la vecindad de mi hija, que adquirió la vieja propiedad de mi hermano y que se instaló en ella. Fue un poco contra mi voluntad, porque yo sabía que se iba a aburrir de nosotros, y eso ha pasado. Nos deja después de diez meses, afortunadamente, porque además de su gran espíritu y su encanto, tiene el carácter más fantasioso y liante que se pueda imaginar. Yo tengo mucha paciencia, pero los demás no tanto, y respiran cuando se va. A eso se añaden sus frases sobre su amor al país y a la familia, una pose perpetua que todas sus acciones desmienten, y una malevolencia hacia todo y todos, que resulta muy cómica en contraste con su pretensión de querer a todo el mundo y admirarlo todo. Es una naturaleza esencialmente literaria, en el mal sentido de la palabra. Es decir, todos sus sentimientos se expresan en palabras y no penetran bajo la epidermis. Ella es feliz, de todos modos, porque se quiere mucho. En fin, no me atormento más.

No he tenido una salud demasiado buena este año, y no he dejado la home. Yo quería que me dejaran sola y que se llevaran a las niñas de viaje. Lina no quiso y mis pequeñas han continuado a mi lado. Aurore es grande y robusta como si tuviera doce años. Es un ángel de rectitud y sinceridad. Sigo siendo su profesora y su inteligencia me maravilla.

He vuelto a mi tarea anual, ahora hago mi novela. La facilidad aumenta con la edad, y además no me permito trabajar más de dos o tres meses cada año, si no me convertiría en una fábrica y creo que mis obras carecerían de la conciencia necesaria. Tampoco escribo más de dos o tres horas cada día, y el trabajo interior va haciéndose mientras emborrono mis acuarelas.

[...]

No te daré sermones sobre la misantropía esta vez. Te diría siempre lo mismo, porque siempre es lo mismo (y si no lo fuera, el mundo terminaría). En todas las épocas, el mundo ha sido estúpido para el pequeño número de personas que no lo eran. Precisamente para evitar la pena yo me he hecho

estúpida a conciencia, por egoísmo tal vez.

Te quiero y te envío un abrazo. Los míos te abrazan y te quieren. Escríbenos más a menudo, no trabajes demasiado y quiere a tus viejos amigos que hablan de ti continuamente.

Tu trovador.

## **147. FLAUBERT A SAND**

**[París, 2 de diciembre de 1874]**

Miércoles

[...] Me doy a todos los diablos por culpa de mi libro, y me pregunto más de una vez si no estoy loco por haber emprendido este trabajo. Pero como Thomas Diafoirus, me endurezco contra las dificultades y avanzo, a paso de tortuga, todo sea dicho. Aparte de las dificultades de ejecución, que son espantosas, debo aprender un montón de cosas que ignoro. En un mes, espero haber acabado con la agricultura y la jardinería. ¡Y no estaré más que en los dos tercios de mi primer capítulo!

Hablando de libros, lea usted Fromont y Risler de mi amigo Daudet, y Las diabólicas de mi enemigo Barbey d'Aurevilly. Es para partirse de risa. Tal vez se deba a la perversidad de mi espíritu, que ama las cosas malsanas, pero esta obra me ha parecido extremadamente divertida. No se puede ir más lejos en lo grotesco involuntario.

Calma chicha, por lo demás. Francia se hunde dulcemente como un barco podrido. Y el espíritu de supervivencia, incluso en los más sólidos, parece quimérico. Basta con estar aquí, en París, para hacerse una idea del envilecimiento universal, de la necesidad, de la chochez en que chapoteamos.

La sensación de esta agonía me penetra. Y estoy triste a más no poder. Cuando no me torturo por mi trabajo, gimo por mí mismo. Ésa es la verdad. En mis ratos de descanso, no hago otra cosa que pensar en los que están muertos. Le diré algo que suena muy pretencioso, ¡nadie me comprende! Pertenezco a otro mundo. ¡La gente de mi oficio es tan poco de mi oficio!

Apenas nadie más que V. Hugo para charlar de lo que me interesa. Anteayer me citó de memoria a Boileau y a Tácito. Me hizo el efecto de un regalo, tan rara es la cosa. Por otra parte, los días en que no tiene políticos en su casa, es un hombre adorable.

[...]

Hay un hombre al que envidia más que a ningún otro. Es su hijo, que no ha organizado su vida como la mía. ¡Ah, si yo tuviera a esos dos amores de hijitas, qué felicidad! Pero uno no es el dueño de su destino. La fuerza de las cosas te empuja suavemente sin que te des cuenta, hasta que, un día, te encuentras solo en un agujero. Esperando el agujero definitivo.

Me parece que la debo aburrir con mis eternas jeremiadas. Las detengo, y la abrazo con ternura.

Su viejo

Botija.

### **148. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 8 de diciembre de 1874]**

Pobre amigo querido,

Te amo más cuanto más desdichado te vuelves. ¡Cómo te atormentas y cómo te afecta todo! Porque todo eso de lo que te lamentas es la vida. Y nunca ha sido mejor para nadie y en ninguna época. Uno la siente más o menos, uno la comprende más o menos, y cuanto más está uno por delante del tiempo en que vive, más sufre. Pasamos como sombras sobre un fondo de nubes que el sol rasga poco y raramente, y lloramos sin cesar por ese sol que no puede hacer más. Porque está en nuestras manos despejar nuestras nubes.

Tú amas demasiado la literatura; ella te matará y tú no matarás la idiotez humana. Pobre querida idiotez, que yo no odio, y que miro con ojos maternales. Porque es una infancia, y toda infancia es sagrada. ¡Qué odio le profesas, qué guerra le has declarado! Tú tienes demasiado saber e inteligencia, mi Botija, y olvidas que hay algo más allá del arte, esto es, la sabiduría, de la cual el arte, en su apogeo, no es más que la expresión. La sabiduría lo comprende todo, lo bello, lo verdadero, el bien y el entusiasmo en consecuencia. Ella nos enseña a ver más allá de nosotros algo más elevado, y a asimilarlo poco a poco mediante la contemplación y la admiración.

Pero no conseguiré cambiarte. No conseguiré ni siquiera hacerte comprender cómo alcanzo y disfruto la felicidad, es decir, la aceptación de la vida, tal como es. Hay alguien que podría cambiarte y salvarte, es el viejo Hugo, porque él tiene un lado de gran filósofo, además de ser un gran artista, cosa que yo no soy. Debes verlo a menudo. Creo que eso te calmará. Yo no tengo suficiente energía para persuadirte. Él, creo que ha conservado su furia y que a la vez ha adquirido la dulzura y la mansedumbre de la vejez.

Debes verlo con frecuencia, y contarle tus penas, que son grandes, lo veo claramente, y que tienden demasiado al spleen. Piensas demasiado en los muertos, los crees llegados al reposo eterno. No lo tienen. Ellos son como nosotros, ellos buscan. Siguen buscando.

Todo mi mundo está bien y te envía abrazos. Yo no me he curado del todo aún, pero espero, curada o no, poder caminar lo suficiente para ir a despertar a mis nietas, y para quererte, mientras me quede un suspiro.

## **149. FLAUBERT A SAND**

**[París, 13 de enero de 1874]**

Miércoles

¿Me perdonará usted este retraso, querida maestra? Me parece que la debo aburrir con mis eternas jeremiadas. ¡Me repito como un jeque! ¡Me vuelvo idiota! Fastidio a todo el mundo. En resumen, su Botija se ha convertido en un tipo insoportable, a fuerza de ser intolerante. Y como no puedo contenerme, debo, por consideración a los demás, ahorrarles las expansiones de mi bilis.

Desde hace seis meses, no sé qué tengo, pero me siento profundamente enfermo, sin poder precisar más. Conozco a unas cuantas personas que están en el mismo estado. ¿Por qué? Tal vez sufrimos el Mal de Francia. Aquí en París, donde late su corazón, se siente mejor que en las extremidades, en provincias.

Le aseguro que todo el mundo siente hoy algo turbio e incomprensible. Nuestro amigo Renan es uno de los más desesperados. Y el príncipe Napoleón piensa exactamente como yo. Ellos tienen los nervios sólidos. Pero yo estoy afectado por una hipocondría bien diagnosticada. Habría que resignarse. Y yo no me resigno.

Trabajo todo lo que puedo, para no pensar en mí. Pero como he emprendido un libro absurdo por sus dificultades de ejecución, el sentimiento de impotencia se añade a mi mal.

La única cosa que me ha sostenido en estos últimos tiempos ha sido mi cólera contra Halanzier y contra el suplicio de la Ópera. La verdad es que nunca he visto a ese señor. ¡Qué más da! La importancia dada a ese hombre, que durante un mes ha sido el personaje más grande de Europa, me exaspera. Por lo demás, la inauguración de la Ópera ha tenido algo de siniestro. Reyer me dijo que había creído ver una segunda entrada de los prusianos en París. ¡Estamos apañados!

[...]

No me diga usted que «la Estupidez es sagrada como todas las infancias». Porque la Estupidez no contiene ningún germen. Y déjeme creer que los Muertos no siguen “buscando” y que descansan. Bastante atormentados estamos sobre la tierra como para que nos dejen tranquilos cuando estamos debajo.

¡Ah, cómo la envidio! ¡Cómo me gustaría tener su Serenidad! ¡Sin contar el resto! Y sus dos queridas pequeñas, a las que envió un tierno abrazo, igual que a usted.

Su viejo idiota

San Policarpo.

## **150. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 16 de enero de 1875]**

Yo también, querido Botija, te envió un abrazo al comenzar el año y deseo que te sea soportable, ya que no quieres oír hablar del mito de la felicidad. Tú admiras mi serenidad: no viene de mi fondo, sino de la necesidad que tengo de no pensar más que en los demás. No me queda mucho tiempo, la vejez avanza y la muerte toca mi hombro. Soy aún, si no necesaria, al menos extremadamente útil para los míos, y lo seguiré siendo mientras me quede un suspiro, pensando, hablando, trabajando para ellos. El deber es el maestro de maestros. Es el verdadero Zeus de los tiempos modernos, hijo del tiempo que se ha convertido en su amo. Es el que vive y actúa en todas las agitaciones del mundo. No razona, no discute. Sólo examina sin temor, avanza sin mirar hacia atrás. Cronos el estúpido devoraba las piedras. Zeus las rompe con su rayo, y ese rayo es la voluntad. Yo no soy un filósofo, sino tan sólo una servidora de Zeus, que quita la mitad de su alma a los esclavos, pero que la deja entera a los valientes. No me permito el lujo de pensar en mí, de darle vueltas a cosas desoladoras, de desesperar de la especie humana, de contemplar mis dolores y mis dichas pasadas, y de llamar a la muerte. ¡Por Dios!, si fuera más egoísta, la vería venir con alegría. ¡Es tan cómodo dormir en la nada, o despertarse en una vida mejor! [...]

Pero para quien aún debe trabajar, ella no debe ser llamada antes de la hora en que el agotamiento abra las puertas de la libertad. Te ha faltado tener niños. Es el castigo de los que quieren ser demasiado independientes; pero ese sufrimiento es una gloria para los que se consagran a Apolo. No te lamentes, pues, de tener que trabajar, aprovecha tu martirio, hay un bello libro por hacer

en el horizonte.

Renan se desespera, me dices. No lo creo. Creo que sufre, como todos los que ven alto y lejos, pero él tiene fuerzas proporcionales a su visión. Napoleón V comparte sus ideas. Me ha escrito una carta muy sabia. Él desea ahora una salud relativa para una república razonable, y yo la creo posible aún. Será muy burguesa y muy poco ideal. Pero hay que empezar por el principio. Nosotros, los artistas, tenemos poca paciencia. Queremos enseguida la abadía de Theleme. Pero antes de decir: “Haz lo que quieras”, habrá que pasar por el “Haz lo que puedas”.

Te quiero y te envío un abrazo de todo corazón, mi querido Policarpo. Mis niños, grandes y pequeños, se unen a mí. ¡Nada de debilidad, adelante! Todos nos debemos a nuestros amigos, a nuestros conocidos, a nuestros conciudadanos. ¿Acaso crees que yo no tengo necesidad de ayuda, en mi larga tarea que aún no ha terminado? ¿No amas a nadie, ni siquiera a tu viejo trovador, que siempre canta y a menudo llora, pero que se agarra como un gato furioso a la vida?

[sin firma]

### **151. FLAUBERT A SAND**

**[París, 27 de marzo de 1875]**

Sábado por la tarde

Querida maestra,

¡Maldigo una vez más la manía dramática y el placer que sienten ciertas personas al anunciar noticias graves! Me dijeron que usted estaba muy enferma. Su última carta me ha tranquilizado. Y esta mañana he recibido la de Maurice. Loado sea Dios.

¿Qué decirle de mí? No estoy mal, tengo... no sé qué. El bromuro de potasio me ha calmado, y me ha proporcionado un eczema en medio de la frente. Suceden en mi persona cosas anormales. Mi hundimiento físico debe de tener alguna causa oculta. Me siento viejo, agotado, desanimado. Y los demás me aburren tanto como yo mismo.

Sin embargo, trabajo, pero sin entusiasmo, como quien hace los deberes. Quizá lo que me enferma sea el trabajo, porque he emprendido un libro insensato.

Usted me aconsejaba, en una de sus últimas cartas, que frecuentara al viejo

Hugo. ¡Pues bien, me desilusionó la última vez que lo vi! Dijo una cantidad inimaginable de tonterías sobre Goethe, ¡creía por ejemplo que había escrito El campo de Wallenstein, y atribuyó Las afinidades electivas a Ancillon! ¡No había oído hablar jamás de Prometeo y el Fausto le parece una obra débil! ¡Esa visita me puso literalmente enfermo!

Si los Fuertes están así, ¿cómo estarán todos los demás? ¿Dónde encontrar motivos para la exaltación?

He ahí por qué me pierdo en mis recuerdos de infancia como un vejestorio. No espero de la vida nada más que un montón de hojas de papel que emborronar de negro. Me parece que atravieso un desierto sin fin, para llegar no sé adónde, ¡y que yo soy a la vez el desierto, el viajero y el camello!

Hoy he pasado la tarde en el entierro de Amédée Achard. Funerales protestantes, tan estúpidos como si hubieran sido católicos. ¡Todo París! ¡Y los reporteros, en masa!

Su amigo Paul Meurice vino hace ocho días a proponerme «hacer el Salón» para Le Rappel. He declinado el honor, porque no me parece bien que alguien haga la crítica de un arte del cual ignora la técnica. ¡Y, por lo demás, para qué la crítica!

Soy razonable, salgo todos los días, hago ejercicio. Y vuelvo a casa cansado y más embrutecido. Ya ve lo que gano. En fin, su trovador (poco trovadoresco) se ha vuelto un triste vejete. Si le escribo tan poco ahora es para no aburrirla con mis lamentos. Porque nadie es más consciente que yo de mi insoportabilidad.

[...]

Un abrazo para todos, y sobre todo para usted, muy grande, fuerte y dulce.

Su

Botija

cada vez más resquebrajado.

El resquebrajado es la palabra justa. Porque siento cómo escapa el contenido.

## **152. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 7 de mayo de 1875]**

¿De modo que no voy a recibir noticias tuyas? Dices que prefieres que te

olvidemos que lamentarte sin cesar. Como es inútil, pues no te olvidaremos, laméntate, pero dínos que existes y que nos quieres todavía.

Como eres mejor de lo que quieres aparentar, sé que no te alegrarás de la muerte del pobre Michel Lévy. Para mí, ha sido una grave pérdida en todos los sentidos, porque siempre se preocupó por mí, y me lo demostró con innumerables detalles y favores.

Por aquí, todo va bien. Me encuentro bien desde que ha dejado de hacer frío, y trabajo mucho. También hago muchas acuarelas, y leo La Ilíada con Aurore, que no acepta otra traducción que la de Leconte de Lisle, afirmando que las demás le escamotean a su Homero. La niña es una singular mezcla de precocidad e infancia. Tiene nueve años y está tan grande que aparenta doce. Juega con sus muñecas con pasión, y es literaria como tú y yo, mientras aprende la lengua que todavía no domina.

¿Estás todavía en París con este tiempo tan hermoso? Nohant está ahora mismo exuberante de flores, desde las cimas de los árboles hasta el césped. Croisset debe de estar aún más bello, porque es más fresco, y nosotros luchamos en nuestros cultivos contra la sequía, que se ha vuelto crónica en Berry. Pero si estás aún en París, tienes delante ese bello parque de Monceaux, por donde espero que pasees, pues es muy necesario. ¡La vida tiene ese precio, moverse!

¿No vendrás a vernos? Estés triste o alegre, aquí te queremos igualmente y esperamos que sientas lo mismo.

Pienso ir a París el mes que viene. ¿Estarás allí?

### **153. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 10 de mayo de 1875]**

La gota que va y viene, dolores que me recorren todo el cuerpo, una invencible melancolía, el sentimiento de “la inutilidad universal” y grandes dudas sobre el libro que hago, esto es lo que tengo, querida y valerosa maestra. Añada a esto las inquietudes económicas, y las ganas permanentes de reventar, con los retornos melancólicos al pasado, he aquí mi estado. Y le aseguro que hago grandes esfuerzos por salir de él. Pero mi voluntad está agotada. No puedo decidirme a hacer nada efectivo. ¡Ah, lo pasé bien en mi juventud, y ahora la vejez se me anuncia negra! Desde que me someto a hidroterapia, no obstante, me siento un poco menos espeso y esta tarde voy a volver al trabajo, sin mirar hacia atrás.

He dejado mi piso de la calle Murillo y me he cambiado a otro más espacioso, contiguo al que mi sobrina acaba de alquilar en el bulevar de la Reine-Hortense. Estaré menos solo el próximo invierno. Porque ya no puedo soportar la soledad, lo cual es signo de que tengo la cabeza vacía.

No voy a salir de aquí en bastante tiempo, porque quiero avanzar en mi libro, que me pesa sobre el pecho como 500 000 kilos. Mi sobrina vendrá a pasar aquí todo el mes de junio. Cuando se haya ido, haré una excursión arqueológica y geológica a Calvados, y eso será todo.

¡No!, no me alegro de la muerte de Michel Lévy, e incluso le envidio esa muerte tan dulce. No se lo merecía. Da igual, me hizo mucho daño. Me hirió profundamente. Mi ruptura con él vuelve a menudo a mi memoria. Y me hace sufrir. Es verdad que estoy dotado de una sensibilidad absurda. Cosas que a otros los rasguñan, a mí me desgarran. ¡Que no esté capacitado para la alegría como lo estoy para el dolor!

Las palabras que me envía usted sobre Aurore leyendo a Homero me han sentado bien. Eso es lo que me falta: ¡una niñita como ella! Pero uno no decide su destino. Uno lo sufre. Yo he vivido siempre al día, sin proyectos de futuro, y persiguiendo mi meta (una sola, la literatura) sin mirar a derecha ni a izquierda. Todo lo que había a mi alrededor ha desaparecido, y ahora me encuentro en el desierto. En resumen, el elemento distracción me falta absolutamente.

¡Para escribir bien, hace falta una cierta vitalidad! ¿Qué hacer para recuperarla? ¿Qué pasos hay que seguir para no pensar incesantemente en el propio yo miserable? Lo más enfermo en mí es el “Humor”. El resto, sin eso, iría bien. Ya ve usted, querida maestra, que tengo razón al ahorrarle mis cartas. Nada tan necio como un llorica.

Para usted, un abrazo más tierno que nunca, y otro para sus pequeñas.

Botija.

## **154. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 15 de agosto de 1875]**

Mi pobre y querido viejo,

He conocido hoy, por una carta de ese perezoso de Turguéniev, la desgracia que se ha abatido sobre tu sobrina. ¿Es irreparable? Su marido es joven e inteligente, ¿no podría empezar de nuevo, o buscar un empleo que le asegure la subsistencia? No tienen niños, no necesitan una fortuna para vivir,

jóvenes y despiertos como son los dos. Turguénev me dice que tus bienes han mermado con este desastre. Si sólo han mermado, podrás soportar esta contrariedad. No tienes vicios que satisfacer, ni ambiciones que alcanzar, estoy segura de que sabrás organizarte la vida para adaptarla al nivel de tus recursos. Lo más duro de soportar para ti debe de ser la pena de esa joven que es una hija para ti. Pero tú le darás el consuelo y el coraje que necesita. Es el momento de dejar a un lado las propias penas para suavizar las de los demás. Estoy segura de que mientras te escribo tú has calmado ya su espíritu y enternecido su corazón. Quizá el desastre no es tan grande como parecía en un principio. Todo se calmará y encontraréis una salida, porque siempre es así, y el valor de los hombres se mide por su energía y por sus esperanzas, que son siempre un signo de fuerza y de inteligencia. [...]

Querido amigo, ánimo, haz una novela excelente y exitosa, y piensa en quienes te aman, que se entristecen con tu desánimo. Ámalos, ámanos, y reencontrarás tu fuerza y tu entusiasmo.

Te enviamos un abrazo muy tierno. No escribas si eso te fastidia, dinos solamente si estás mejor. Te quiero.

## **155. FLAUBERT A SAND**

**[Croisset, 18 de agosto de 1875]**

Miércoles

Querida maestra,

¡No le escribo porque tengo cosas demasiado tristes que decirle! Desde hace un año, presentía una gran desgracia. No era otra la causa de mi spleen. Ahora ha llegado. Mi pobre sobrina está completamente arruinada, y yo lo estoy en buena parte. En el mejor de los casos, nos quedará algo para vivir humildemente.

Desde mi juventud, todo lo he sacrificado a mi tranquilidad de espíritu. Ahora la he perdido del todo. Usted sabe bien que no soy un cuentista. Pues bien, deseo morir lo antes posible, porque estoy acabado, exhausto y viejo como si tuviera cien años. Necesitaría entusiasarme por una idea, por un tema para un libro. Pero la Fe ya no está. Y mi trabajo se ha vuelto imposible.

Así pues, estoy no solamente inquieto por mi porvenir material, sino que tengo la sensación de que el porvenir literario ha desaparecido.

Lo que sería sensato ahora sería buscar un trabajo, una ocupación remunerada, pero ¿para qué sirvo yo? ¡Y, además, tengo 54 años, y a esta

edad, uno no cambia de hábitos, uno no rehace su vida!

Me he defendido contra la desdicha. He querido ser estoico. Todos los días hago grandes esfuerzos para trabajar. ¡Imposible! Mi pobre cerebro está triturado.

Necesito salir de aquí (porque hace cuatro meses, que agonizo en este lugar con mi pobre sobrina), y es probable que dentro de quince días vaya a Concarneau, donde estaré todo el tiempo que pueda, en compañía de Georges Puchet, que trabaja en piscicultura en la costa.

Tengo miedo de perder Croisset. ¡Eso sería el golpe de gracia!

Dé un abrazo de mi parte a las pequeñas, y para usted todo mi cariño.

Su viejo trovador, totalmente fastidiado

### **156. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 7 de septiembre de 1875]**

Te entristeces, te desanimas. Me entristeces a mí también. Da igual, prefiero que te lamentes a que te escondas, querido amigo, y no quiero que dejes de escribirme.

Yo también tengo grandes penas, y a menudo. Mis viejos amigos mueren antes que yo. Uno de los más queridos, que educó a Maurice y que esperaba que me ayudara a educar a mis nietas, acaba de morir súbitamente. Me ha causado un profundo dolor. La vida es una serie de golpes en el corazón. Pero el deber sigue ahí, hay que continuar y cumplir nuestra tarea, sin entristecer más a los que sufren con nosotros.

Te pido con el corazón que tengas fuerza de voluntad, y que sientas que compartimos las penas contigo. Dinos que se ha hecho la calma y que el horizonte está despejado.

Te queremos, triste o alegre. Danos noticias tuyas.

### **157. FLAUBERT A SAND**

**Concarneau (Finistère), Hôtel Sergent.**

**[Domingo 3 de octubre de 1875]**

Querida maestra,

Ahora siempre dudo antes de escribirle. Porque tengo miedo de cansarla con mis lamentos. Un hombre que llora por su dinero no tiene nada de interesante. Pero ¿qué le voy a hacer? No soy ni estoico, ni cristiano. ¡Y me siento profundamente afectado! He recibido un golpe en la cabeza del que no me voy a reponer. La desgracia no sirve para nada, aunque los hipócritas pretendan lo contrario.

Mi sobrino se ha comido la mitad de mi pequeña fortuna. Para impedir que quebrara, he hipotecado el resto. Y no sé de qué voy a vivir ahora, eso es todo.

En cuanto a hacerme el fuerte, después de eso, y consolarme con las palabras “dedicación”, “deber”, “sacrificio”, ¡no y no! Estoy acostumbrado a una gran independencia de espíritu, a un desentendimiento completo de la vida material. Y a mi edad uno no rehace su vida. Uno no cambia de costumbres. Tengo el corazón triturado y la imaginación achatada. Ésta es mi situación.

Busco el tema para una novela, sin encontrar nada que me guste. Porque he abandonado a mis dos personajillos. ¿Los retomaré? Lo dudo. Me he vuelto demasiado temeroso, demasiado perezoso, una vaca estéril, un animal. Sin embargo, para ocuparme con algo, voy a tratar de poner por escrito la leyenda de San Julián el Hospitalario. Será muy corto, unas treinta páginas, quizá.

Me acuesto a las 10, me levanto a las 9. Me hartó de bogavantes y paseo por la orilla del mar, rumiando mis recuerdos y mis penas, lamentando mi vida arruinada, hasta el día siguiente, ¡y vuelta a empezar! Mi amigo G. Pouchet disecciona ante mí los moluscos, y me da explicaciones por las que trato de interesarme. Como en una taberna y escucho a los burgueses de la región hablar de caza y de sardinas. Los envidio, porque parecen felices. Leo regularmente *Le Siècle* y *Le Temps*, ¡buenas lecturas! Pero todo eso no me hace feliz.

He leído que van a reponer en la Comédie-Française una obra de usted. ¿Es verdad? ¿En ese caso usted iría a París, este invierno? ¿Cuándo? Yo no estaré allí antes de mediados de noviembre. Nada me llama en la capital, más bien al contrario. Temo el próximo invierno, que no será fácil para mi sobrina ni para mí. Tal vez se vea obligada a vender Croisset, y quizá yo me veré forzado ¡a buscar un lugar!, sí, un lugar para vivir. Hay que ver lo que quedará de la liquidación. ¡Bueno, ya estoy otra vez con mis malditos asuntos! Perdóneme esta inconveniencia. Y quiera siempre

a su viejo trovador

derrotado del todo

## 158. FLAUBERT A SAND

[París, Faubourg-Saint-Honoré]

[Jueves, 16 de diciembre de 1875]

Todo va un poco mejor; aprovecho para escribirle, querida maestra adorada.

Pongamos un poco de orden en nuestra charla. 1.º los negocios (los execrables negocios) no tienen mal aspecto. El liquidador de Commanville va a detener la liquidación y propondrá un acuerdo a sus acreedores. Es posible que lo acepten (?). Si les deja la fábrica y los terrenos, que tienen gran valor, puede ser que la empresa reanude su actividad. Pero para eso hay que encontrar capital. Su intención es formar una sociedad de accionistas. Toda la dificultad consiste en encontrar un Presidente. El resto vendrá solo. Es muy fácil o muy difícil de hacer. Basta con conocer a alguien en las altas finanzas. El asunto puede estar resuelto en 24 horas. Pero no conocemos a nadie en ese mundo. ¿Y usted?

Así pues, el porvenir es todavía muy incierto. Pero no quiero pensar más en ello. Porque me volvería loco, he estado a punto este verano. Le hablo muy en serio.

Mi pobre sobrina, que ha sido la más valiente de nosotros tres, está ahora pálida como si la hubiesen sangrado. Su anemia me preocupa. Aparto de mí los pensamientos negros, e incluso trabajo.

Ya sabe usted que abandoné mi gran novela, para escribir una tontería medievalesca, que no tendrá más de 30 páginas. Eso me permite meterme en un lugar más limpio que el mundo moderno y me siento bien. Después, voy a intentar una novela contemporánea, pero dudo entre diversos embriones de ideas. Querría hacer algo desgarrado y violento. Me falta todavía el hilo del collar (es decir, lo principal).

Exteriormente, mi vida ha cambiado muy poco. Veo a las mismas personas. Recibo las mismas visitas. Mis fieles del domingo son el gran Turguénev, más amable que nunca, Zola, Alphonse Daudet y Goncourt. Usted no me ha hablado nunca de los dos primeros. ¿Qué piensa de sus libros?

No leo mucho, excepto a Shakespeare, que he retomado de cabo a rabo. Eso lo rehace a uno, y te entra aire nuevo en los pulmones, como si estuvieras en la alta montaña. Todo parece mediocre al lado de ese hombre prodigioso.

Como salgo muy poco, no he visto aún al viejo Hugo. Esta noche, sin embargo, voy a resignarme a pasar un mal rato, y le voy a presentar mis respetos. Su persona me gusta infinitamente, ¡pero su Corte...! ¡Misericordia!

[...]

¿Cuándo nos veremos? ¡Yo no puedo ir a Nohant! Y usted, ¿ha abandonado París para siempre?

Recuerdos a todos los suyos. Abrace por mí a sus queridas pequeñas, y a usted

su viejo trovador

que la quiere

### **159. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 18 y 19 de diciembre de 1875]**

Por fin reencuentro a mi viejo trovador, que me tenía seriamente preocupada. Te veo firme, esperando las oportunidades que traen los acontecimientos exteriores y reencontrando en ti mismo la fuerza para conjurarlos, sean cuales sean, mediante el trabajo.

¿A qué llamas tú alguien de las altas finanzas? Yo no tengo idea, pero tengo relación con Victor Borie. Supongo que me ayudará si ve en ello algún negocio. ¿Quieres que le escriba?

¿Vas a volver al trabajo, pues? Yo también, porque después de Flamarande, no he hecho otra cosa que holgazanear. Estuve enferma todo el verano. Pero mi excelente amigo Favre me curó maravillosamente y vuelvo a la acción.

¿Qué haremos? Tú, con toda seguridad, vas a continuar en tu desolación, yo en mi consolación. Yo tampoco sé para qué sirven nuestras desdichas. Pero tú las ves pasar, las maldices, y te abstienes de apreciarlas literariamente. Te limitas a pintarlas, escondiendo minuciosamente tu sentimiento personal, por sistema. Sin embargo, se ven claramente al trasluz, y la gente que te lee se pone aún más triste. Yo quisiera hacerlas menos lamentables. No puedo olvidar que mi victoria personal sobre la desesperación ha sido obra de mi voluntad y de una nueva manera de entender las cosas que es opuesta a la que tenía antes.

Sé que rechazas la intervención de lo individual en la literatura. ¿No es más bien falta de convicción que principio estético? Uno no puede tener una filosofía propia y que no salga a la luz. Yo no tengo consejos literarios para darte, no tengo ningún juicio formulado sobre tus amigos escritores de los cuales me hablas. A Goncourt, yo misma le he expresado todo mi pensamiento. En cuanto a los otros, creo firmemente que tienen más

conocimientos y talento que yo. Pero creo que les falta, como a ti, una visión más amplia de la vida. El arte no es solamente pintura. La verdadera pintura está, además, llena del alma de quien la hace. El arte no es solamente crítica y sátira. Crítica y sátira no pintan más que una parte de la verdad. Yo quiero ver al hombre tal como es. No es bueno ni malo. Es bueno y malo. Pero hay algo más, el matiz, que para mí es la meta del arte. Siendo bueno y malo, hay una fuerza interior que lo lleva a ser más malo que bueno, o más bueno que malo.

Me parece que tu escuela no se preocupa del fondo de las cosas y que se queda en la superficie. A fuerza de buscar la forma, devalúa el fondo. Se dirige a los letrados. Pero no hay letrados propiamente dichos. Uno es hombre ante todo. Se puede encontrar al hombre en el fondo de toda historia y de todo hecho. Ése fue el fallo de *La educación sentimental*, en la cual tanto he reflexionado desde que apareció, preguntándome por qué tanta animadversión contra una obra tan bien hecha y tan sólida. Ese defecto era la ausencia de acción de los personajes sobre sí mismos. Sufrían los hechos y no se adueñaban nunca de ellos. Pues bien, yo creo que el defecto principal de una historia es lo que tú no has querido hacer. En tu lugar, yo intentaría lo contrario. Tú te nutres en este momento de Shakespeare, y haces bien. Era precisamente él quien confrontaba a los hombres con los hechos, y fíjate en que, fuera para bien o para mal, los hechos siempre eran vencidos por ellos. Los aplastaban, o se destrozaban con ellos.

La política es una comedia en este momento, hemos tenido la tragedia, ¿acabaremos en la ópera o en la opereta? Leo a conciencia el periódico todas las mañanas, pero me es imposible pensar ni interesarme por esos asuntos. Todo está absolutamente vacío de cualquier ideal y no puedo interesarme por ninguno de los personajes de esa farsa. Todos son esclavos de los hechos, porque han nacido esclavos de sí mismos.

Mis queridas pequeñas están bien. Aurore es una niña maravillosa, un alma bella dentro de un cuerpo hermoso. La otra es la gracia y la amabilidad en persona. Soy una profesora asidua y paciente, y no me queda tiempo para escribir mis cosas, porque ya no puedo quedarme despierta más allá de medianoche, y porque quiero pasar la velada con mi familia. Pero esa falta de tiempo me estimula y me hace encontrar un verdadero placer en el trabajo. Es como un fruto prohibido que saboreo a escondidas.

Todo mi querido mundo te abraza y se alegra de saber que estás mejor. ¿Te he enviado *Flamarande* y las fotografías de mis nietas? Si no es así, dímelo y te lo envío todo.

Tu viejo trovador que te quiere,

Un abrazo para tu encantadora sobrina. ¡Qué bella carta me ha escrito! Dile que se cuide y que se cure pronto.

¡Cómo! ¿Littré es senador? Es para no creerlo, cuando se sabe cómo está la Cámara. De todos modos, hay que felicitarla por esta muestra de respeto hacia ella misma.

## 160. FLAUBERT A SAND

[París, hacia el 31 de diciembre de 1875]

Querida maestra,

Su carta, del día 18, tan tiernamente maternal, me ha hecho reflexionar mucho. La he releído diez veces y le prometo que no estoy seguro de haberla comprendido. En pocas palabras, ¿qué quiere usted que haga? Debería concretar sus consejos.

Hago todo lo que puedo continuamente para expandir mi mente y trabajo desde la sinceridad de mi corazón. Lo demás no depende de mí.

¡Yo no me hundo en “la desolación” por placer! ¡Esté usted segura de ello! ¡Pero no puedo cambiar mis ojos! En cuanto a mi “falta de convicción”, ¡ay!, las convicciones me asfixian. Me dejo llevar continuamente por cóleras e indignaciones. Pero en el ideal que tengo del Arte, creo que no las debo mostrar, y que el Artista no debe aparecer en su obra más de lo que aparece Dios en la naturaleza. ¡El hombre no es nada, la obra lo es todo! Esta disciplina, que tal vez parte de un punto de vista falso, no es fácil de cumplir, y para mí, al menos, es una suerte de sacrificio permanente que hago al Buen Gusto. Me sería muy agradable decir lo que pienso, y dejar esparcirse al señor Flaubert en mis obras. Pero ¿a quién le importa ese señor?

Pienso, como usted, mi maestra, que el Arte no es solamente crítica y sátira. Yo no he intentado jamás hacer intencionadamente ni la una ni la otra. Siempre me he esforzado por llegar al alma de las cosas, y por evitar las generalidades, y también me he alejado, expresamente, de lo Accidental y de lo dramático. ¡Nada de monstruos, y nada de Héroe!

[...]

A propósito de mis amigos, habla usted de “mi escuela”. ¡Pero no me he esforzado yo hasta lo indecible por no tener escuela! A priori, las rechazo todas. Ésos a los que frecuento, y a los que usted se refiere, buscan todo lo que yo desprecio, y se inquietan por todo lo que me repugna. Para mí es muy secundario el detalle técnico, la observación local, en fin, el aspecto histórico y exacto de las cosas. Yo busco por encima de todo la Belleza, que a ellos les importa poco. Permanecen insensibles mientras yo quedo devastado de

admiración o de horror. Las frases que me pasman les parecen ordinarias. Goncourt, por ejemplo, es muy feliz cuando ha cazado en la calle una frase que puede meter en un libro. Yo estoy muy satisfecho cuando he escrito una página sin asonancias ni repeticiones. Daría todas las leyendas de Gavarni por algunas expresiones brillantes de los maestros, como «la sombra era nupcial, augusta y solemne» del viejo Hugo, o ésta de Montesquieu: «Los vicios de Alejandro eran extremos, como sus virtudes. Era terrible en su cólera. Ella lo volvía cruel».

En fin, intento pensar bien para escribir bien. Pero escribir bien es mi meta, no lo oculto.

Me falta «una visión más amplia de la vida». ¡Tiene usted mil veces razón! Pero ¿cuál es la solución?, le pregunto. No despejará usted mis tinieblas con la Metafísica, ni las mías ni las de nadie. Las palabras Religión o Catolicismo de una parte, Progreso, Fraternidad, Democracia de la otra, no responden a exigencias espirituales de nuestro tiempo. El nuevo dogma de la Igualdad que preconiza el Radicalismo está desmentido experimentalmente por la Fisiología y por la Historia. No veo la manera de establecer, hoy, un Principio nuevo, aparte del de respetar a los ancianos. Por eso busco, sin encontrarla, esa Idea de la que debe depender todo el resto.

Mientras tanto, me repito la frase que el viejo Littré me dijo un día: «¡Ah, amigo mío! El Hombre es un compuesto inestable, y la tierra un planeta inferior».

Nada me da tanta fuerza como la esperanza de salir de aquí próximamente, y no para ir a otro mundo, que podría ser peor. «Preferiría no morir», dijo Marat. ¡Ah, no, yo no! ¡Basta de fatigas!

Escribo ahora una nimiedad que las madres podrán leer a sus hijas. Tendrá unas treinta páginas. Tengo aún para unos dos meses. ¡Tal es mi Inspiración! Se la enviaré en cuanto aparezca (no la inspiración, la historieta).

Tengo las dos fotos de sus queridas pequeñas. Pero no tengo Flamarande.

¡En fin, que 1876 les sea propicio a todos!

Un tierno abrazo, querida maestra adorable.

Su

Botija

cada vez más arisco

[Nohant, 12 de enero de 1876]

Mi querido Botija,

Querría escribirte todos los días; me falta tiempo. En fin, ahora tengo un rato libre; estamos sepultados por la nieve; es un tiempo que adoro: esta blancura es como una purificación general, y las diversiones dentro de casa son más íntimas y más dulces. ¿Se puede odiar el invierno en el campo? ¡La nieve es uno de los más bellos espectáculos del año!

Parece que no soy suficientemente clara en mis sermones; tengo eso en común con los ortodoxos, pero yo no lo soy; ni en la noción de la igualdad, ni en la de la autoridad, no tengo ideas fijas. Quizá piensas que quiero convertirme a una doctrina. Pero no, ni lo sueño. Cada uno tiene su punto de vista, y yo lo respeto. En pocas palabras, puedo resumir el mío: no colocarse detrás de un cristal opaco, que no refleja más que tu propia nariz. Ver tan lejos como sea posible, el bien, el mal, cerca, alrededor, por todas partes; percibir la gravitación incesante de todas las cosas tangibles hacia la necesidad del bien, de lo bueno, de lo verdadero, de lo bello.

No digo que la humanidad esté en camino hacia su cima. Confío en ello, a pesar de todo; pero no discuto sobre eso, es inútil, porque cada uno juzga según su visión personal, y es cierto que el aspecto general es ahora mismo bastante pobre y feo. Además, no tengo necesidad de estar segura de la salvación del planeta y de sus habitantes para creer en la necesidad del bien y de lo bello; si el planeta no sigue esa ley, perecerá; si los habitantes la rechazan, serán destruidos. Otros astros, otras almas tomarán el relevo, ¡qué se le va a hacer! En cuanto a mí, quiero gravitar, hasta mi último suspiro, no con la certeza ni la exigencia de encontrar en el más allá un buen lugar, sino porque mi único placer es mantenerme, con los míos, en el camino que asciende.

En otras palabras, huyo de la cloaca y busco lo seco y limpio, segura de que es la ley de mi existencia. Ser hombre es poca cosa; estamos todavía muy cerca del mono, del cual dicen que procedemos. Tal vez sea así; razón de más para alejarnos de él y poder llegar al menos a la altura de la verdad relativa que a nuestra raza le ha sido dado comprender; ¡ciertamente muy pobre, muy limitado, muy humilde! Pues bien, asumámoslo en la medida de lo posible y no suframos porque alguien nos lo quite.

Creo que estamos de acuerdo en esto; pero yo practico esta simple religión y tú no, porque te dejas abatir; tu corazón no se ha dejado penetrar por ella, por lo cual maldices la vida y deseas la muerte como un católico que aspira a la compensación, aunque ésta sea sólo el reposo eterno. Nadie puede estar seguro de esa compensación. La vida quizá es eterna, y en consecuencia el

trabajo eterno. Si no es así, si el YO perece del todo, tengamos la decencia de haber hecho nuestra tarea, es nuestro deber; porque tenemos deberes evidentes hacia nosotros mismos y nuestros semejantes. Lo que destruyamos en nosotros, lo destruiremos en ellos. Nuestro abatimiento los abate, nuestras caídas los arrastran; debemos permanecer en pie para que ellos no caigan. El deseo de una muerte próxima, como el de una vida larga, es una debilidad, y quisiera que no la admitieras más como un derecho. Yo he creído tenerlo en otro tiempo; creía sin embargo lo que hoy pienso; pero no tenía fuerza y, como tú, decía: “No puedo hacer nada”. Me engañaba a mí misma. Uno lo puede todo. Uno tiene la fuerza que no creía tener, cuando uno desea ardientemente “ascender”, subir un escalón cada día, decirse: “El Flaubert de mañana tiene que ser superior al de ayer, y el de pasado mañana, más sólido y más lúcido aún”. En cuanto sientas el pie en el escalón, lo subirás enseguida. Entrarás poco a poco en la edad más feliz y más favorable de la vida: la vejez. Es en ella cuando el arte se manifiesta con toda su dulzura; mientras uno es joven, se manifiesta con angustia. Tú prefieres una frase bien hecha a toda la metafísica. A mí también me gusta ver resumido en unas cuantas palabras aquello que llena gruesos volúmenes; pero, esos volúmenes hay que haberlos comprendido a fondo (sea para admitirlos, sea para refutarlos) para encontrar el resumen sublime que es el arte literario en su más alta expresión; por eso no hay que despreciar los esfuerzos del espíritu humano para llegar a la verdad.

Te digo esto porque me parece que tienes una confianza excesiva en las palabras. En el fondo, tú lees, cavilas, trabajas más que yo y que muchos otros. Tú has adquirido una formación a la cual yo no llegaré jamás. Eres, pues, cien veces más rico que todos nosotros; eres rico y lloras como un pobre. ¿Cómo hacer caridad con un mendigo que tiene su jergón lleno de oro, pero que no se quiere nutrir más que de frases bien hechas y de palabras escogidas? Pero, diablos, hurga en tu jergón y come tu oro. Nútrete de las ideas y los sentimientos amasados en tu cabeza y en tu corazón; las palabras y las frases, la forma a la que tanta importancia das, saldrá sola de tu digestión. Tú la consideras un fin, no es más que un efecto. Las manifestaciones felices no salen más que de una emoción, y una emoción no sale sino de una convicción. Uno no puede sentirse fuertemente emocionado por algo en lo que no cree con ardor.

No digo que tú no creas, al contrario: toda tu vida de afecto, de protección y de bondad amable y simple, prueba que tú eres el más convencido de que existe. Pero, en cuanto hablas de literatura, ¡quieres, no sé por qué, ser otro hombre, uno que debe desaparecer, que se aniquila, que no está! ¡Qué manía! ¡Qué falsa regla de buen gusto! Nuestra obra no vale nunca más que por lo que valemós nosotros mismos.

¿Quién te habla de poner a tu persona en escena? Eso, en efecto, no vale

nada, si no se hace realmente como un relato. Pero ¿retirar la propia alma de aquello que uno hace, qué fantasía enfermiza es ésa? Ocultar la propia opinión sobre los personajes que uno saca a escena, dejar en consecuencia al lector dudando sobre la opinión que debería tener, es querer no ser comprendido, y, desde ese momento, el lector te abandona; porque, si quiere entender la historia que le cuentas, es a condición de que le muestres claramente que éste es un personaje fuerte y aquél uno débil.

La educación sentimental fue un libro incomprendido, te lo he dicho más de una vez, y no me has escuchado. Le faltaba o bien un corto prólogo o, en cada ocasión, una expresión a propósito, ni que fuera un epíteto felizmente encontrado para condenar el mal, caracterizar el desfallecimiento, señalar el esfuerzo. Todos los personajes de ese libro son débiles y todo lo abortan, excepto lo que sigue sus malos instintos; he ahí el reproche que te hago, porque no se comprendió que tú querías precisamente retratar una sociedad deplorable, que fomenta esos malos instintos y arruina los nobles esfuerzos; siempre que no se nos comprende en absoluto, es culpa nuestra. Lo que el lector quiere, ante todo, es penetrar en nuestro pensamiento, y eso es lo que tú le niegas con altivez. Entonces cree que lo desprecias y que te quieres burlar de él. Yo te he comprendido porque te conocía. Si me hubiera llegado tu libro sin firma, lo habría encontrado bello pero extraño, y me preguntaría si eres un inmoral, un escéptico, un indiferente o un derrotado. Tú dices que debe ser así y que el señor Flaubert faltaría a las reglas del buen gusto si mostrara su pensamiento y el objetivo de su empresa literaria. Eso es falso, archi-falso. Desde el momento en que el señor Flaubert escribe bien y seriamente, uno se adhiere a su personalidad, uno quiere perderse o salvarse con él. Si lo dejas en la duda, ya no se interesa más por tu obra, la malinterpreta o la abandona.

Otras veces ya he combatido tu herejía favorita, que es que uno escribe para veinte personas inteligentes y que el resto da igual. Eso no es cierto, porque la falta de éxito te irrita y te afecta. Además, no hubo veinte críticas favorables a ese libro tan bien hecho y tan notable. No hay que escribir para veinte personas, ni para tres, ni para cien mil. Hay que escribir para todos aquellos que tienen sed de lectura y que pueden aprovechar una buena obra. Hay que ir directamente a la moralidad más elevada que uno encuentre en sí mismo y no hacerse el misterioso con el sentido moral y provechoso de su obra. Eso sucedió con Madame Bovary. Si una parte del público se exclamó escandalizada, la parte más sana y juiciosa vio una dura y desgarradora lección dada a la mujer sin conciencia y sin fe, a la vanidad, a la ambición, a la sinrazón. Unos la compadecían, otros la querían; pero la lección quedaba clara, y podría haberlo quedado más, y para todos, si hubieras querido, mostrando de antemano la opinión que tú tenías, y que debía tenerse, de la heroína, de su marido y de sus amantes.

Esa voluntad de pintar las cosas como son, las aventuras de la vida tal como se presentan a la vista, no está bien pensada, para mí. Pintad de forma realista o poética las cosas inertes, eso me da igual; pero, cuando uno aborda los movimientos del corazón humano, es otro asunto. No podéis abstraeros de esa contemplación; porque el hombre sois vosotros, es el lector. En cualquier caso, vuestro relato es una charla entre vosotros y él. Si le mostráis fríamente el mal sin mostrarle nunca el bien, se contraría. Se pregunta si es él el malvado o si lo sois vosotros. Trabajáis, sin embargo, para emocionarlo y captar su atención; no lo conseguiréis jamás si antes no os habéis emocionado vosotros mismos, o si lo disimuláis tan bien que os juzga indiferentes. Tiene razón: la suprema imparcialidad es una cosa antihumana y una novela debe ser humana ante todo. Si no lo es, le vale de bien poco estar bien escrita, bien compuesta y llena de detalles bien observados. Le falta la cualidad esencial: el interés.

El lector se desentiende igualmente de un libro donde todos los personajes son buenos sin matices y sin debilidades; enseguida se da cuenta de que eso tampoco es humano. Creo que el arte, este arte especial de la narración, no vale si no es por la oposición de los caracteres; pero, en su lucha, yo quiero ver triunfar el bien; que los hechos aplasten al hombre honesto, lo consiento, pero no que sea corrompido ni domesticado por ellos; debe subir al patíbulo sintiendo que es más feliz que sus verdugos.

15 de enero de 1876.

Hace tres días que te escribí esta carta y, todos los días, estoy a punto de tirarla al fuego; porque es larga y dispersa, y probablemente inútil. Las naturalezas opuestas en ciertos asuntos difícilmente se influyen y temo que no me entiendas mejor hoy que la otra vez. Te envío de cualquier modo estos garabatos para que veas que me preocupo por ti tanto como por mí misma.

Necesitas un éxito después de una mala época que te ha afectado profundamente; yo te digo dónde están las condiciones seguras para el éxito. Guarda tu culto por la forma; ocúpate ante todo del fondo. No tomes la verdadera virtud por un lugar común en la literatura. Dale su representación, haz pasar la honestidad y la fuerza a través de esos locos e idiotas de los que te gusta burlarte. Muestra lo que hay de sólido en el fondo de esos abortos intelectuales; en fin, deja de lado las convenciones realistas y regresa a la verdadera realidad, que presenta una mezcla de lo bello y lo feo, de lo apagado y lo brillante, pero donde la voluntad del bien encuentra a pesar de todo su lugar y su utilidad.

Un abrazo de todos nosotros.

[París, 6 de febrero de 1876]

Domingo por la tarde

Debe usted, querida maestra, tratarme interiormente de “bendito cerdo”. Porque no he respondido a su última carta, y no le he dicho nada de sus dos volúmenes, eso sin contar que esta mañana he recibido de usted un tercero.

Pero he estado, desde hace quince días, enteramente ocupado en mi pequeño cuento que estará pronto acabado. He tenido diversos asuntos que resolver, diferentes lecturas por acabar y, más serio que todo eso, la salud de mi pobre sobrina, que me preocupa mucho, y por momentos me altera de tal modo que no sé ni lo que hago. ¡Ya ve usted cómo lo paso! Esta joven está anémica en un grado extremo. Se debilita por momentos. La han obligado a abandonar la pintura, que es su única distracción. Ningún reconstituyente ordinario le hace nada. Desde hace tres días, por orden de un nuevo médico que me parece más docto que los otros, ha empezado a hacer hidroterapia. ¿Conseguiré eso hacerla digerir y dormir bien? ¿Y reforzar todo su ser? Su pobre Botija se divierte cada vez menos en la vida. Ya ha tenido demasiado, infinitamente demasiado. ¡Hablemos de sus libros! Será mejor.

Me han gustado, y la prueba es que me los he acabado de un tirón, el uno y después el otro, Flamarande y Les deux frères.

Qué mujer encantadora es la señora de Flamarande y qué buen hombre el señor de Salcède. El relato del rapto del niño, la carrera en coche, y la historia de Zamora son pasajes perfectos. El interés siempre es sostenido e incluso va progresando. Lo que más me maravilla en las dos novelas (como en todo lo que usted hace, por lo demás) es el orden natural de las ideas, el talento o más bien el genio narrativo. ¡Pero qué abominable granuja vuestro señor de Flamarande! En cuanto al criado que cuenta la historia, me pregunto por qué no mostró usted más claramente sus celos.

Aparte del conde, todos son gente virtuosa en esta historia, e incluso de una virtud extraordinaria. Pero ¿cree usted que son del todo verdaderos? ¿Hay muchos de su estilo? Sin duda, mientras uno la lee a usted, los acepta, a causa de la habilidad de la ejecución. Pero, ¿después?

En fin, querida maestra, y con esto respondo a su última carta, he aquí, creo yo, lo que nos separa esencialmente. Usted, en primer lugar, en todas las cosas, sube al cielo, y de allí desciende a la tierra. Usted parte del a priori, de la teoría, del ideal. De ahí su conformidad con la vida, su serenidad y, para decir la palabra exacta, su grandeza. Yo, pobre bribón, yo estoy pegado a la tierra como si llevara suelas de plomo, todo me turba, me desgarras, me descompone, y hago esfuerzos por alzarme... Si quisiera adoptar la manera

que tiene usted de ver el mundo, yo sería risible, sin más. Por mucho que usted me ruegue, yo no puedo tener otro temperamento que el mío. Ni otra estética que la que tengo, en consecuencia. [...]

En cuanto a dejar ver mi opinión personal sobre la gente que pongo en escena, ¡no y no! ¡mil veces no! No me reconozco el derecho de hacerlo. Si el lector no extrae de un libro la moralidad que puede encontrarse en él, es que el lector es un imbécil, o que el libro es falso desde el punto de vista de la exactitud. Porque desde el momento en que una cosa es Verdadera, es buena. Los libros obscenos son inmorales porque carecen de verdad. Nada sucede “así” en la vida.

Y además, yo reniego de eso que han convenido en llamar el realismo, aunque me hagan uno de sus pontífices.

En cuanto al Público, su gusto me asombra cada vez más. Ayer, por ejemplo, asistí al estreno de *Le Prix Martin*, una bufonada que me parece muy graciosa. Ni una de las palabras de la obra hizo reír y el desenlace, que me parece extraordinario, pasó desapercibido. Así pues, buscar lo que pueda gustar me parece la más quimérica de las empresas. Desafío a quien sea a decirme por qué medios se llega a gustar. El éxito es una consecuencia, no debe ser nunca un objetivo. No lo he buscado nunca (aunque lo desee) y aún menos lo busco ahora.

Después de mi cuento, voy a hacer otro, porque estoy demasiado agotado como para meterme en una gran obra. Había pensado en publicar *San Julián* en un periódico. Pero he renunciado. ¿Para qué? Todos esos tugurios (me refiero a los periódicos) me dan un asco tal que prefiero alejarme de ellos.

Estudio a los demócratas en casa del viejo Hugo, que sigue siendo encantador conmigo. ¡Pero qué caterva a su alrededor, Dios mío!

Hasta pronto, pues, ya basta de bilis. La extensión de su última epístola me ha enternecido. ¡Usted me quiere demasiado!

Y yo también, y le envío un fuerte abrazo.

Su viejo

### **163. FLAUBERT A SAND**

**[París, 18 de febrero de 1876]**

Viernes por la tarde

¡Gracias de todo corazón, querida maestra! Me ha hecho usted pasar un día

exquisito. Me he leído hoy su último volumen de La Tour de Percemont. Marianne. Como tenía muchas cosas por terminar, entre otras mi cuento de San Julián, había dejado ese libro en un cajón, para no sucumbir a la tentación. Terminé anoche mi historia, y esta mañana me he lanzado sobre la obra, y la he devorado.

¡Me parece una joya perfecta! Marianne me ha emocionado profundamente, y he llorado dos o tres veces. Me he reconocido en el personaje de Pierre. Ciertas páginas me parecían fragmentos de mis memorias. ¡Si yo tuviera el talento para escribir así! ¡Qué encantador, poético y verdadero es todo! La Tour de Percemont me había gustado mucho. Pero Marianne me ha dejado literalmente fascinado. Los Ingleses son de mi misma opinión, porque en el último número de L'Athenaeum le han hecho una muy buena reseña. Así pues, debo decirle que en esta ocasión la admiro plenamente, sin la menor reserva. Y estoy muy contento de ello.

Usted ha sido siempre buena conmigo, y yo la quiero con ternura.

Pero todo parece conjurarse contra su viejo Botija para fastidiarlo y atormentarlo. Tengo desde hace diez años un criado del que estaba muy contento, y con quien siempre he tenido (puedo decirlo sin jactancia) muchas consideraciones. Esta mañana, me ha anunciado que no quería servirme más porque no he sido «amable con él». ¡La verdadera razón es que tengo menos dinero! Y aunque le he aumentado el sueldo cada año, como sabe que me he empobrecido, me desprecia. ¡Esta gente es tan burguesa como los otros! ¡Fíese usted del Pueblo! El odio sordo que nos profesan, haga lo que haga uno por ellos, me da vértigo. Le pido perdón a usted por entretenerla con estos “asuntos domésticos”. Pero tengo el corazón un poco herido, ¡y me lamento! Ya está.

Ahora que he acabado mi cuento, voy a empezar otro. Los dos juntos podrían formar un pequeño volumen que publicaré este otoño. En cuanto a publicarlos antes en algún periódico, ¡no! Es más fuerte que yo. No puedo decidirme a entrar en uno de esos antros, todos me disgustan por su ignominia.

Y además, cuanto menos dinero tengo, menos ganas tengo de ganarlo. Desde el momento en que una cosa parece favorable a mis intereses pecuniarios, me asquea como si se tratara de una bajeza. ¿Es eso orgullo? Así lo creo, ¿y usted?

Turguéniev me sermonea para que retome lo antes posible mi gran libro sobre mis dos Personajillos. Le gusta mucho ese proyecto. Pero las dificultades de una obra como ésta me asustan. Y sin embargo, no querría morir antes de haberla hecho. Porque, en definitiva, es mi testamento. Dentro de cuatro o cinco meses, volveré a él, quizá. ¡Tengo tan pocas fuerzas en este momento!

[...]

Hasta pronto, querida maestra. Dé un beso por mí a sus pequeñas.

Su viejo, que la quiere.

#### **164. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 6 de marzo de 1876]**

Te escribo a vuelapluma porque acabo de recibir del señor Perrin la noticia del estreno de la reposición de *Le Mariage de Victorine*, una obra mía, en el Théâtre-Français.

No he tenido tiempo de prepararme ni ganas de irme así, de repente, pero me habría gustado invitar a algunos amigos; sin embargo, no me han ofrecido ni una sola butaca para ellos. He escrito una carta que llegará mañana y les ruego que te envíen al menos una entrada de platea. Si no la recibes, debes saber que no es por mi culpa. Lo mismo me ocurre con cinco o seis personas más. Te mando un abrazo y corro a enviar la carta.

Dame noticias de tu sobrina y abrázala de mi parte.

#### **165. FLAUBERT A SAND**

**[París, 8 de marzo de 1876]**

Miércoles, a la 1 de la madrugada.

Éxito completo, querida maestra. Los actores tuvieron que salir a saludar después de todos los actos, y hubo un aplauso caluroso. Todo el mundo estaba satisfecho. Y de un acto a otro, las aclamaciones eran más fuertes. Todos los amigos de usted, que respondieron a la llamada, estaban tristes de que usted no estuviera allí.

Los papeles de Antoine y de Victorine fueron interpretados excelentemente. El pequeño Baretta es una auténtica joya.

¿Cómo pudo hacer usted Victorine inspirándose en *Le Philosophe sans le savoir*? ¡Es algo que me asombra! La obra de usted me encantó y me hizo llorar como un animal, mientras que la otra me aburrió soberanamente. No se acababa nunca. ¡Qué lenguaje! El buen Turguéniev y la señora Viardot enarcaban las cejas, daba risa verlos.

[...]

Debía partir esta mañana hacia Pont-l'Évêque y Honfleur, para ver un pedazo de paisaje que he olvidado. Pero las inundaciones me han detenido.

Mi sobrina se encuentra mejor desde que toma sus duchas.

Lea usted, se lo ruego, la última novela de Zola, Su Excelencia Eugène Rougon. Tengo curiosidad por saber qué piensa de ella.

Un abrazo muy fuerte.

Su viejo

Botija.

### **166. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant, 9 de marzo de 1876]**

¡Desprecias a Sedaine, hereje! Es ahí donde la doctrina de la forma te ciega. Sedaine no es un escritor, ciertamente, ni falta que le hace; pero es un hombre, todo corazón y entrañas, es el sentido de la verdad moral, la visión correcta de los sentimientos humanos. ¡Me dan igual algunos razonamientos pasados de moda, y la sequedad de las frases! La idea está ahí siempre y te penetra profundamente.

¡Mi querido viejo Sedaine! Es uno de mis maestros favoritos y creo que *Le Philosophe sans le savoir* es superior a *Victorine*; ¡es un drama emocionante y muy bien trabado! Pero tú no buscas más que la frase bien hecha, eso es algo —algo solamente—, no todo el arte, de hecho ni la mitad del arte, es una cuarta parte como mucho, y cuando las otras tres partes son bellas, nadie nota su ausencia.

Espero que no vayas a buscar tu paisaje con este tiempo; aquí nos habíamos salvado hasta ahora; pero, desde hace tres días, ha llegado el diluvio, y me hubiera sido imposible ir a París.

Tu sobrina está mejor, ¡gracias a Dios!

Te quiero y te abrazo con toda mi alma.

Dile a Zola que me envíe su libro. Lo leeré con gran interés.

### **167. FLAUBERT A SAND**

[París, 10 de marzo de 1876]

[...] Me entristece usted un poco, querida maestra, atribuyéndome opiniones estéticas que no son las mías. Creo que la perfección de la frase no es nada. Pero escribir bien lo es todo, porque «escribir bien es a la vez sentir bien, pensar bien y decir bien» (Buffon).

El último término es, pues, dependiente de los otros dos, porque hay que sentir con fuerza para pensar, y pensar para expresarse. Cualquier burgués puede tener un gran corazón y una exquisita delicadeza, estar lleno de los mejores sentimientos y de las más grandes virtudes, sin convertirse por ello en artista. En fin, la Forma y el Fondo me parecen dos sutilezas, dos entidades que no existen jamás la una sin la otra.

Esa preocupación por la Belleza exterior que usted me reprocha es para mí un método. Cuando descubro una mala asonancia o una repetición en una de mis frases, estoy seguro de que chapoteo en lo Falso; a fuerza de buscar, encuentro la expresión justa, la única y, al mismo tiempo, la más armoniosa. La palabra no falta nunca cuando uno tiene la idea.

Volviendo a Sedaine, sepa usted que yo comparto todas sus opiniones y que apruebo sus ideas. Desde el punto de vista arqueológico, es curioso, y desde el punto de vista humanitario, muy loable. Estoy de acuerdo en eso con usted. Pero, hoy en día, ¿a quién le interesa? ¿Es Arte eterno, le pregunto?

[...]

En resumen, la insistencia de la Comédie-Française en presentarnos eso como una “obra maestra” me exasperó tanto, que cuando volví a casa (para hacerme pasar el mal gusto) leí antes de acostarme la Medea de Eurípides, ya que no tenía otro clásico a mano. Y la Aurora sorprendió a Botija en esa ocupación.

He escrito a Zola para que le envíe a usted su libro. Le diré también a Daudet que le envíe su Jack; me gustaría saber su opinión sobre esos dos libros, que son muy diferentes en su estilo y temperamento, pero tan destacables el uno como el otro.

[...]

¡Me fastidia no verla nunca! Un abrazo.

Su viejo

[Nohant, 25 de marzo de 1876]

Tendría muchas cosas que decir sobre las novelas de Zola, y valdría más que las dijera en un artículo que en una carta, porque hay ahí una cuestión general que habría que meditar bien. Me gustaría antes de nada leer el libro de Daudet del que tú me hablaste también, y del que no recuerdo el título. Haz que me lo envíe el editor, contra reembolso, si no me lo quiere dar. Es bien simple. En suma, de lo que no me voy a desdecir, aunque le haga la crítica filosófica de rigor, es de que *Los Rougon* es una obra de gran valor, una obra fuerte, como tú dices, y digna de ocupar el primer rango. Eso no cambia nada mi manera de ver, esto es, que el arte debe ser la búsqueda de la verdad, y que la verdad no es la pintura del mal. Debe ser la pintura del mal y del bien. Un pintor que no vea más que uno de ellos es tan falso como el que sólo ve el otro. La vida no está llena sólo de monstruos, la sociedad no está formada sólo por canallas y miserables. La gente honesta no es la minoría, porque la sociedad subsiste en un cierto orden y sin tantos crímenes impunes. Los imbéciles dominan, es cierto, pero hay una conciencia pública que pesa sobre ellos y que les obliga a respetar el derecho. Que uno retrate y flagele a los granujas, de acuerdo, también es moral, pero que se nos muestre la contrapartida: de otro modo, el lector ingenuo, que es el lector en general, se disgusta, se entristece, se asusta y te rechaza, por no desesperarse.

¿Cómo te va todo? Turguénev me ha escrito que tu último trabajo es muy notable; así pues, no estás tan averiado como pretendes. Tu sobrina está cada día mejor, ¿no es así? Yo también, después de terribles cólicos que me han atacado con una persistencia atroz. Es una buena lección, el sufrimiento físico, cuando te deja la libertad de espíritu. Uno aprende a soportarlo y a vencerlo. Por supuesto, hay momentos de desánimo en que uno se deja caer sobre la cama; pero yo pienso siempre en lo que me decía un viejo cura cuando tenía la gota: «Esto pasará, o pasará yo». Y después de eso reía, contento de su ocurrencia.

Mi Aurora empieza a estudiar historia y no está muy contenta con esos asesinos de hombres que suelen llamarse héroes y semidioses. Ella los trata de tipejos malvados.

Hemos tenido una hermosa primavera. La tierra está cubierta de flores y de nieve, y nos hartamos de coger violetas y anémonas.

[...]

Te abrazo y te quiero. Haz que salga pronto tu leyenda, que la leeremos.

Tu viejo trovador

## **169. SAND A FLAUBERT**

**[Nohant 30 de marzo de 1876]**

Querido Botija,

Estoy entusiasmada con Jack y te ruego que le envíes mi agradecimiento a Daudet. ¡Tiene talento y corazón! ¡Y qué bien hecho y visto está todo!

Te envío un volumen de cosas viejas mías que acaba de aparecer.

Te abrazo y te quiero.

Tu viejo trovador

## **170. FLAUBERT A SAND**

**[París, 3 de abril de 1876]**

Lunes por la tarde

Querida maestra,

He recibido esta mañana su libro. Tengo dos o tres más que me han enviado hace tiempo, los voy a dejar para otro momento, y leeré el suyo el fin de semana, durante un pequeño viaje que debo hacer a Pont-l'Évêque y a Honfleur para mi Historia de un corazón sencillo, una bagatela que está “en construcción”, como diría el señor Prudhomme.

Me alegro de que Jack le haya gustado. Es un libro encantador, ¿a que sí? Si conociera usted al autor, todavía lo amaría más que a la obra. Le he dicho que le envíe Risler y Tartarín. Me agradecerá usted que le haya aconsejado esas dos lecturas, estoy seguro de antemano.

Habría que estudiar más de un paralelismo entre Jack y Rougon. La segunda es, para mí, infinitamente más fuerte que la primera. ¿No piensa usted que Daudet se deja llevar un poco por el efectismo, por el pasatiempo, por lo chic? Va esquivando el fondo de las cosas, nos va sirviendo golosinas, descripciones siempre previsibles, es demasiado prolijo y complaciente con el lector. Especula sobre la sensibilidad de las mujeres. Su personaje principal es más una Víctima que un Carácter. El episodio de Cécile fracasa, y la última palabra, “liberado”, me parece de un gusto un tanto vulgar. Todo lo que le reprocho es lo que le da el éxito. Si corrigiese sus defectos, vendería menos. En cuanto a las cualidades, no hace falta que las nombre. Son considerables y

numerosas.

Rougon está concebida y ejecutada de un modo más serio. Y me parece de mayor alcance. No hay ni una palabra de más. Es sólido, y sin impostura alguna. Sin embargo, no comparto la severidad de Turguénev con Jack, ni la inmensidad de su admiración por Rougon.

Uno tiene el encanto y el otro la Fuerza. Pero ninguno de los dos está preocupado ante todo por lo que es para mí la meta del Arte, a saber: ¡la Belleza! Recuerdo haber tenido palpitaciones, haber sentido un placer violento al contemplar un muro de la Acrópolis, un muro desnudo (el que hay a la izquierda, cuando uno sube a los Propíleos). Pues bien, me pregunto si un libro, independientemente de lo que cuenta, no puede producir el mismo efecto. En la precisión de los ensamblajes, la rareza de los elementos, lo pulido de la superficie, la armonía del conjunto, ¿no hay acaso una Virtud intrínseca, una especie de fuerza divina, algo de eterno, como un principio? (Hablo como un platónico). ¿Por qué hay una relación necesaria entre la palabra justa y la palabra musical? ¿Por qué uno siempre acaba haciendo un verso cuando se estruja la cabeza? La ley de los números gobierna pues los sentimientos y las imágenes, y ¿no es acaso lo que parece el exterior lisa y llanamente el interior? Si continuara por ahí, metería completamente la pata. Porque, por otro lado, el Arte debe perseguir el bien; o más bien el Arte es tal como uno lo puede hacer. No somos libres. Cada uno sigue su vía, a pesar de su propia voluntad. En resumen, su Botija no tiene ni una idea sensata en su cocorota.

¡Qué difícil es entenderse! He ahí dos hombres a los que quiero mucho y que considero artistas de verdad: Turguénev y Zola. Lo que no impide que no admiren en absoluto la prosa de Chateaubriand y aún menos la de Gautier. Las frases que me maravillan les parecen huecas. ¿Quién se equivoca? ¿Y cómo complacer al público, cuando tus amigos no te entienden? Todo esto me entristece mucho. No se ría usted.

[...]

Su viejo

Trovador.

## **171. FLAUBERT A SAND**

**[París, 29 de mayo de 1876]**

Lunes por la tarde

[...] He trabajado mucho en estos últimos tiempos. ¡Cómo me gustaría

verla a usted para leerle mi pequeña tontería medieval! He comenzado otro cuento, titulado Historia de un corazón simple. Pero he interrumpido ese trabajo para hacer investigaciones sobre la época de san Juan Bautista, porque quiero escribir el festín de Herodías.

[...]

Usted verá, en mi Historia de un corazón simple, donde reconocerá su influencia, que no soy tan testarudo como usted cree. Creo que la tendencia moral, o más bien el fondo humano de esta pequeña obra le será agradable.

Hasta pronto, querida maestra. Recuerdos a los suyos.

Un abrazo muy tierno.

Su viejo